

A Elvira, el centro.

LAS TRIBULACIONES DE UN JOVEN MODESTO

PRÓLOGO HETEROEXEGÉTICO Y AUTOEXCULPATORIO QUE DEBE LEERSE
(como todo el libro).

Algunos de los libros que he escrito (¡pobres árboles inmolados!) llevan prólogo, y todos, libros y prólogos, son míos, cuando lo usual es que estos sean de pluma ajena. Si yo los he escrito de mi puño y letra no ha sido por el síndrome juanpalomista del yo me lo aliño y yo me lo endiño. No soy tan creído que me reputo un Ferrán Adriá de la pluma ni tan narcisista que crea que la mía (la de escribir) sea la más vistosa. Cuando he escrito un prólogo para un libro mío lo he hecho porque creía que el libro lo necesitaba para su justa apreciación y su aquilatada comprensión, y nadie mejor que uno para valorar esta necesidad. Además, ay, nadie me ha ofrecido su generosa pluma (de escribir) para la congrua exégesis. Nadie, aunque uno conoce a bastantes profesionales y aficionados a la pluma (de escribir). Y no era cosa de mendigarlo atosigando plumas (de escribir) benévolas para que me escriban panegíricos inmerecidos cuando no mendaces. Tal operación de cirugía estética de mis escritos sería, además, tan ardua como la de volver gallardo a Cuasimodo. Y para obligarles y forzarles a salir del paso ejecutando una faena de aliño, mejor aplicar lo de que más sabe el loco en su libro que el cuerdo en el ajeno.

Por otra parte, mejorar un libro con pluma ajena (aunque la mejora sea tan fácil como en los míos, tan manifiestamente mejorables) es repetir, en mi caso, la fábula del cuervo adornado con las plumas del pavo real, de forma que, cuando el lector avance en la lectura, tras el festín del prólogo de la eximio pluma, percibirá aún más la inopia de mi emplumadura porque, decididamente, mis plumas son “pennosas”.

Además, aunque dije antes que conozco a varios escritores, confieso a mi pesar que no frecuento mucho la amistad de pendulistas taumaturgos de esos que podrían obrar el milagro de arreglar mis perdularias páginas. He intentado cultivar esa amistad pero, de nuevo como en la fábula, he resultado al final expulsado de sus parnasos a picotazos, cuando advertían que yo no era el escritor ni, siquiera, el escribidos que ellos creían sino un emborrador de folios que merecían haber quedado impolutos. O sea, que no tengo amigos que sean literatos de peso, capaces de corregir la insoportable levedad de mi estilo.

Y el caso es que yo he escrito prólogos estimables para obras ajenas. Así reputo el prólogo, tan académico, de mi selección de cuentos de Leopoldo Alas “Clarín”; los prólogos, tan fundamentados, para los facsímiles y la novela de Zacarías González, y los dedicados, tan clarificadores, a mi edición de las páginas literarias inéditas de José Gutiérrez-Solana. Podría presumir de que los tres son congruos deudores míos obligados a la torna, pero los tres son ya sólo pasto de fama póstuma. O sea, que no tengo consagrado a quien solicitar y me veo en el brete de comerme mis libros con el pan de mi prólogo.

Gato escaldado, además, en esto de los prólogos, sólo uno mismo puede curarse en salud, tentarse las costuras y hacer que el prólogo sea realmente heteroexegético y autoexculpatorio. Aun así, alguna vez me ha salido el tiro por la culata. Por ejemplo, cuando escribí mi libro “Calendario escolar”, sentí que necesitaba un prólogo tanto por su título, tan poco sugestivo como equívoco y pedagógico, como por su estructura, mezcla de cuentos largos o brevísimos ordenados en función de un pretendido calendario lectivo que no valía más que para darle la unidad que necesitaba. Por estas razones escribí un prólogo intencionadamente largo, aparentemente pedante y crípticamente irónico, pues pretendía pitorrear me (quizá por no tener

prologuistas, inmaduros para mí como las uvas de la fábula) de los prólogos académicos, áulicos y doctorales, tan plúmbeos, prolijos y pedantescos. Pensé que, de esta forma, el libro se convertía en obra de humor y se desvanecía el menor resquicio de crítica contra mis colegas profesoriales, a quienes fingidamente y en broma acusaba (¿quién soy yo para criticarlos, válgame Dios) de caídos y relapsos en la desmotivación lectora ambiente, y recetaba un fingido remedio (médico, cúrate a ti mismo) para deslectores, ofreciéndoles mis líneas (nada menos, qué osadía) dosificadas según un profiláctico (¡!) calendario.

Cuando estaba convencido de haber reconducido satisfactoriamente el libro, mediante el prólogo, por los senderos del humor, los pocos lectores (pobres, los comprendo) que lo leyeron y los menos que me hicieron llegar su opinión, se dividieron en tres grupos:

A) Muchos, los menos asiduos a la lectura y los que, por ello, más necesitaban del libro (si éste no hubiera sido un libro de humor); los que menos leen entre líneas porque o se las saltan o las ven torcidas por poco frecuentadas, como los renglones de Dios, me dijeron:

-Jo, macho, vaya rollo. Largo, plomizo, pesado, pedante... Mira, dejé de leer el libro porque no aguanté el prólogo y por si todo era así.

Otros, que tenían en común la primera parte del aserto, cambiaron la segunda:

-Mira, seguí leyendo el libro por ser tú; luego me gustó más. Yo que tú hubiera prescindido del prólogo; es un peñazo pedante. El libro hubiera ganado.

B) Bastantes, algo más leídos y pacientes, suscritos al Círculo de Lectores al menos, que leen en las fiestas de guardar y en los fines de semana, sentenciaron:

-Majo, eres más oscuro que el sobaco de un grillo, por lo menos en el prólogo. Pero vamos a ver: ¿Tú defiendes el microrrelato o qué? ¿Te parece una depuración (o una deconstrucción, los de este grupo son gastrónomos) del cuento o son cuenteras y breves puntadas de quien no sabe o no quiere coser? ¿Por qué los escribes, por pereza o por la esencialidad del cuento? En definitiva o más sinceramente: ¿Por qué escribes? ¿Qué te hemos hecho los demás? Vamos, hombre...

C) La inmensa minoría, la elite, la creme de la creme, la flor y nata, los mentores de la sociedad, los elegidos...; en definitiva, los inteligentes proclamaron:

-El libro está bien, amigo. Interesante, ameno, divertido, profundo, bien escrito... Pero donde das tu medida de escritor es en el prólogo: ¡Qué guasa, qué coña, qué humor más fino y, al tiempo, más sarcástico! Pones los prólogos académicos y eruditos a caer de un burro, a caer de ellos mismos. Quien haya leído tu prólogo no volverá a escribir uno académico porque el tuyo será para ellos como el Quijote para los libros de caballería.

En este mismo grupo, otros –húbolos, palabra- fueron aún más encomiásticos, pero por humildad no se transcriben sus palabras. Los del grupo C son los responsables de que yo escriba el prólogo presente porque va a resultar que valgo más –y jorobo menos- para y en pró-logos que para y en logos. Buen filólogo va a resultar que soy. En casa del herrero...

Para que no crea el sufrido lector que el prólogo de este libro lo he escrito por vanagloria o para lograr la ovación gratuita y fácil (que, por otra parte, no le vendría mal a mi ego, porque he llegado a pensar en mis frecuentes momentos de autocritica y, por tanto, de desánimo, que mis lectores además de escasos son mancos y no aplauden), confesaré que lo he escrito porque creo que este humilde libro necesita un prólogo exegético (hetero) y exculpatorio (auto) si no encomiástico, como advierte su título.

En la larga gestación de estas páginas (“parturiunt montes, nascetur ridiculus mus”), lo primero que decidí, tras prolijas cavilaciones gestacionales (¿o gestatorias, como la silla de los papas?), fue que habría un personaje central que actuase más como hilo conductor que como protagonista. Vi que podía resultar y así quedó. Luego pensé hacerle gallego por no errar. Ya se sabe que os galegos, como los vizcainos, son de todas las partes (o, al menos, de las que ellos quieren) y valen además para un roto y para un descosido porque van y vienen, entran y salen y suben y bajan simultáneamente. O sea, que en un personaje gallego, haga lo que haga, todo es

pertinente, congruo y acorde con el decoro literario. Siempre pensé que el gran error de Gabriel García Márquez fue situar su gran novela “Cien años de soledad” en Macondo y no en Corcubión, pero bueno. Tras nuevas y largas deliberaciones llegué a asignarle sexo y a proponerle nombre. Debería ser varón (uno, como escritor, no se atreve a enfrentarse a la insondable y compleja psique femenina) y llamarse Camilín Palleiro que sonaba cariñoso y gallego. Así quedó durante semanas, pero llegó la hora de la poda y cayó el nombre. Sonaba demasiado celiano y un tanto procaz, lo que chocaba con el estatus que había decidido asignar en principio al personaje: seminarista y luego ex. ¿Por qué esto? Desde luego no es porque este estatus me resultase cercano, que no, sino porque daba juego. El seminario es un ámbito cerrado, una especie de útero, capaz de ofrecer elementos susceptibles de ser considerados como de realismo mágico. Además, el abandono de los alevines de preste de los tutelares y protectores muros y su inmersión en el proceloso mundo externo ocasiona, por el choque, multitud de aspectos sorprendentes y originales. El reciente exclaustro llega al salaz y falaz mundo como el tópico pulpo a un garaje y se encuentra, además, solo en él, aunque pueda aceptársele como animal de compañía.

El personaje-hilo dejó, pues, de ser el gallego Camilín Palleiro para convertirse en manchego y denominarse Modesto Criado. Manchego porque convenía que no estuviera lejos de Madrid, lugar inevitable por rompeolas de todas las Españas y puerto al que hubieron de arribar todos los que, por los años cincuenta y sesenta, los años de la juventud de Modesto, buscaban acomodo laboral, munidos con las armas, un tanto embotadas, que les había proporcionado el semillero clerical. Manchego también como homenaje a don Alonso (tan indefenso ante el mundo como los neoexclaustros), y manchego, en suma, porque Castilla-La Mancha es región que el autor conoce mejor que Galicia, y es conveniente dar condumio de experiencia a la inventiva o imaginaria, ahora nominada creatividad. Además, la psicología del personaje iba a ser plana y lineal como la región elegida.

Del mismo modo, se llamaría Modesto porque el vocablo es nombre propio y adjetivo, lo que permite el juego verbal, y porque se pretende lograr un personaje humilde, dócil (no se olvide que estuvo en un seminario), que se pliegue a los otros personajes que aparezcan, y dúctil, sin un ego y una autoestima excesivos.

El apellido Criado, sobre ser abundante en la región elegida, proporciona connotaciones serviles, acordes con los muchos avatares laborales (“criado de muchos amos”, aunque sin picardía) que Modesto hubo de recorrer hasta acogerse a la prisión atenuada del funcionariado. Por otra parte, el apellido permite hacer saltar una duda existencial: ¿Está Modesto realmente criado o es un inmaduro crónico e inveterado que jamás llegará a la adultez, a estar criado del todo, con la correspondiente paradoja? El apellido, pues, puede (que no lo aseguro) apuntar datos caracteriológicos. Por tales riquezas connotativas, el personaje fue bautizado inamoviblemente como Modesto Criado.

Era el momento de meter mano al título. Desde luego, ni mentar palabras como cuentos de..., leyendas de..., saga de... Lo narrado se quería real y realizable y deberían usarse por ello palabras de más fuste y realidad, por ejemplo, historia o historias por ser varias. ¿Qué tal verídicas historias de...? Se descartó el sintagma por demasiado anclado a la realidad, pues cercena la inventiva y amordaza la imaginación. No son historias y, menos, verídicas. Por otra parte ¿Cuántas historias? ¿Convenía poner número? Es que en una vida caben muchas historias y no es cosas de emular a Balzac, que uno no tiene tanta fuerza, ni siquiera a Galdós en la numerosidad de sus episodios. ¿Y titularlo episodios? Demasiado circunstancial. Tengo ya claro que la que sea irá en plural aunque, para no pasarme, voy a limitar la vida de Modesto a su juventud y debe aparecer la palabra joven. Por tanto, “lo que sea” del joven Modesto Criado. Pero “lo que sea” debe salir triste, de acuerdo con la trayectoria vital que procuraremos al infeliz Modesto. De repente, llega la inspiración, numen o estro, en forma de recuerdo o memoria y me viene a las mientes el título de una novela de Robert Musil: “Las tribulaciones del joven

Törles”. Nos acogemos a la intertextualidad y el título será: “Las tribulaciones de un joven modesto”, con la generalización del indeterminado, con lo que recuperamos el doble valor de la palabra modesto y aumentamos su extensión semántica. Acierto; Mussil superado.

En este momento ya estaba conseguida la envoltura, aunque faltaba la criatura del libro, el cuerpo, pese a que éste iba ya pasando en mi cacúmen desde la informe nebulosa a la forma más o menos alquitarada y concreta del vía crucis de las tribulaciones del joven Modesto Criado. Pero no tema el lector, las historias no serán tantas como las estaciones de la citada devoción. Serán las que destacan más en la asendereada vida del personaje. Y sean las que sean, al lector le parecerán pocas; eso anhelo.

Cocinero–lector- antes que fraile–escribidor-, ya estoy viendo al lector de estas líneas con la mosca tras la oreja y la neurona tras la píamadre.

-Sí, mucho cuento el de este prólogo, pero lo que realmente quiere el escritor es enmascarar su autobiografía, porque estos cuentos no son otra cosa que pasajes de la vida del autor. No es el primer libro suyo que leemos y en todos no hace otra cosa que hablar de su vida. Tan falto de imaginación está el pobre que sólo es capaz de recordar, no de crear. Como le den un porrazo en el coco y se quede amnésico, se acabó el escritor. Por si otro lector no se ha dado cuenta, el problema que este suspicaz lector plantea es: ¿El libro es autobiográfico o no lo es?

Me confieso: Cualquier escritor aprovecha cosas de su propia vida, al menos como fermento de sus creaciones imaginarias, y yo no voy a ser menos. Pero no se engañe el otro lector: los datos autobiográficos que apporto son escasos. El que esto escribe no estuvo en el seminario, ni es castellano-manchego, ni ha sido funcionario de Aduanas, etc. Lo que ocurre es que algunas cosas las he soñado y las mezclo porque la vida es sueño. Quiero precisar, por otra parte, para no mentir y que no se alegre el diablo, algunos extremos. Antes de escribir este prólogo, en una mesa portátil a la puerta de la vieja casa de Gredos donde vivo, he repasado concienzudamente mi vida, la he cotejado con los cuentos (el prólogo es lo último que se escribe, como el cónyuge es el último en enterarse), y reafirmo que la mayoría de los datos aportados no son autobiográficos. Son verosímiles pero no verdaderos. Pero, ¿y si fuesen autobiográficos? Pues también valdrían, porque uno cree en la literatura como remedio de males y en el derecho que le asiste, como dice Gesualdo Bufalino, de vencer las angustias con las euforias del estilo.

-Ah, ¿pero el estilo de este cuitado tiene euforias?-preguntará el maledicente.

-Mejor no meneallo, porfa, -digo yo-. Uno hace lo que puede...

No obstante, preciso más en honor de la verdad. Los cuentos más autobiográficos son los dos últimos. Ahí están las fotos, que no mienten porque, por mucho iPhoto, mucho Picasa y mucho Photoshow que se quiera, el objetivo necesita un objeto exterior, una realidad que grabar y reproducir. No se fotografían imaginaciones sino realidades físicas. Y emplazo a quien quiera a encontrar en Potes la famosa ventana (no le será difícil, está por el centro del pueblo) y le animo a que me visite en la casa de Gredos, carretera nacional 502, pasado Mombeltrán, en la que, venga cuando venga (repito: cuando venga), me encontrará. Le espero con un cigarro, un vaso de vino, mis confesiones y todo el tiempo del mundo para hablar.

Reconozco, pues, que los dos últimos cuentos son autobiográficos pero los otros no, aunque den una de cal autobiográfica y ciento de arena imaginativa. Así de floja sale la mezcla. Quizá así de floja haya sido mi vida.

O quizá no sea autobiográfico ningún cuento, o quizá lo sean todos. No hay que olvidar que, como dice Antonio Orejudo en su libro “Ventajas de viajar en tren”, “la personalidad –como la biografía, apostillo- no es otra cosa que lo que nos cuentan de alguien, lo que alguien nos cuenta de sí mismo, lo que nosotros nos contamos de alguien y lo que nosotros nos contamos de nosotros mismos (...) y cuando nos queremos dar cuenta, no tenemos una personalidad -o una biografía, apostillo- propiamente dicha que estudiar, sino una colección de cuentos, una narrativa tras otra, debajo de las cuales no hay persona (...), la dimensión del ser humano es un cuento”. Ante tan doctas palabras, me lavo las manos y que Vargas averigüe si estos cuentos son o no

autobiográficos. A ver quien es el guapo que lo demuestra. Por otra parte, tanto da. Como dice, un tanto negativamente, Paul Auster: “No hay mundo, no hay tierra, no hay nada. En el fondo es eso; al final todo es mentira. El único sitio donde existes es en tu cabeza”.

Y acabo. He escrito este prólogo largo adrede, pero lo he hecho por razones terapéuticas (uno siempre pensando en los demás...): A quien haya aguantado el chaparrón y haya sido capaz de seguir leyendo hasta aquí, le aseguro que será capaz de leer cualquier cosa, incluso las páginas que faltan de este libro. Lo peor ya ha pasado. Suerte y que no resulte irremediable. Y sean benévolos. Piensen, como dice de nuevo Paul Auster, que “las exigencias de las palabras son demasiado grandes; uno conoce el fracaso con excesiva frecuencia para poder enorgullecerse del éxito ocasional”. Si he fracasado una vez más, háganme ver que he cosechado un éxito ocasional. Gracias.

NOCHE DE TODOS LOS SANTOS

Aunque esta historia antecede en la ordenación de las historias de la vida modesta a la siguiente, ocurrió cuando la segunda estaba ya iniciada. Quiérese decir que Modesto ya no estaba al comienzo de su monaguillato; antes bien, era uno de los pesos pesados (aunque era más bien canijo) del gremio. Los que estaban cuando él entró de acólito ya se habían jubilado camino de la vida laboral y los que habían entrado después de él aún cumplían meritoriaje. Él no ostentaba la jefatura monaguillil, que a menudo solía conquistarse con los puños, pero sí de alguna forma, tenía su ascendiente entre los colegas. En el pueblo era reputado por chico listo (o listillo según pareciera) y se pensaba de él que podría ser en el futuro una lumbrera. Ahora se limitaba a ser una prometedora linternilla, pero el cura tenía de él un buen concepto y le encargaba tareas de cierta solvencia. También los compañeros le solicitaban para que les sacase de algún brete. En resumen, para asuntos de pujanza física era poquita cosa, pero en otros que exigían caletre tenía su peso.

La vida de Modesto, como la de todos los monaguillos, como la de todas las personas, se regía por un doble calendario: el público o social, con sus fiestas, sus ciclos y sus ritos, y el personal con su desarrollo. En el caso de Modesto, éste calendario parecía estar en “stand by”, tan lentamente crecía. En el otro, en cambio, no se distinguía de las demás personas, al menos de las de su pueblo.

El calendario público del otoño no era particularmente fiestero. Habían pasado las fiestas del pueblo, la “función”, antes de que esa estación llegase, y la navidad ya pertenecía a otra. Pero tenía una fiesta que marcaba para los monaguillos uno de los hitos del año, la de los fieles difuntos, llena de atractivos, actividades y miedos.

Para ellos, la fiesta de los fieles difuntos comenzaba dos domingos antes. Divididos en varios equipos (uno se quedaba para ayudar a las misas dominicales), recorrían el pueblo casa por casa, munidos de cestas, para pedir un donativo económico o de vituallas, es decir, dinero o comida, especialmente fruta. El dinero recogido lo guardaba el cura para repartirlo tras el día en cuestión. Para la comida no era tiempo excesivamente bueno por un lado (los dulces de “la función” no quedaban ya más que en la memoria y los de la navidad eran aún sólo un futurible, como lo eran las matanzas, con su séquito de juegos, somarros (carne para asar en el campo –así los niños no estorbaban en las casas matanceras-) que los niños encenizaban concienzudamente aunque luego resultase cruda). Pero estaba la fruta otoñal: higos pasados, bellotas, castañas, membrillos, granadas, manzanas del tiempo y hasta las uvas conservadas en “cuelgos” entre papeles de periódicos. Curiosamente, las peras de invierno escaseaban aunque eran una fruta con tintes mortuorios. Como el cementerio estaba cerca de unos prados en los que se cultivaban bastantes perales, cuando alguien moría se decía de él en el pueblo que “se había ido a guardar las peras del prao”.

La razón del pedimento se justificaba en el hecho de que los monaguillos habrían de pasar medrosas horas nocturnas, el día uno, tocando las campanas por los difuntos. Para que la funeral velada se hiciera más llevadera y el miedo más liviano, la comida frutal y frugal, eucaristía contra temores y sustos. A lo mejor por eso las amas de casa no prodigaban el donativo pírco; sería añadir funebridad al toque fúnebre. Los acólitos solicitaban en cada puerta:

-¿Dan algo pa los clamoreadores?

Y casi nunca pedían en vano; tales eran la fuerza de la tradición y de la solidaridad de las amas de casa ante los miedos que deberían arrostrar los niños.

Luego estaba la novena por las ánimas benditas, ya al anochecer. Modesto siempre recordaría la lúgubre canción que el sacristán, con voz trémula, entonaba al final de cada sesión del novenario: “Triste mansión del alma el purgatorio /donde las almas suplicantes penan...”. Para la devoción se colocaba en el altar mayor un cuadro que el resto del año reposaba en una capilla. La Virgen del Carmen, en la parte superior del cuadro, tendía su mano a unas almas purgantes, hombres y mujeres desnudos y sumergidos hasta el pecho en un mar de llamas. El

cuadro imponía pavor a los monaguillos porque se empeñaban en identificar las caras de las ánimas del cuadro con las de difuntos que habían conocido: el tío fulano, la tía mengana...

El día uno, Fiesta de Todos los Santos, era un día pleno. Por la mañana, pléthora de misas y, por la tarde, sesión completa de cementerio, para acompañar, por turnos, al cura y al sacristán que recorrían las tumbas donde esperaban los familiares de los inquilinos rezando (canturreando o farfullando más bien, según la cuantía del estipendio) responsos, hasta caer la tarde, cuando la luz menguaba y el frío arreciaba. El monaguillo completaba el trío de los responsantes llevando una bolsa donde caían las perras de los sufragios. Hasta ahora los difuntos, tan modosos, no habían dado señales de vida, es lógico, pero en cuanto oscurecía cambiaba la cosa. No es que los muertos se pudieran quejar, en general, del olvido de los deudos, pues se les recordaba con largos y férreos lutos, con lamparillas en las casas (al menos hasta meses después del óbito) y con hacheros en los que, durante todo el año, se encendían velas durante las misas y se sufragaban nuevos responsos al final de ellas.

Los muertos del pueblo, no eran, pues, muertos olvidados, en general, y de ello deberían estar agradecidos. Pero nunca se reza a gusto de todos y esa noche los muertos abandonaban la placidez –o al menos la quietud– de las tumbas. Esto podían hacerlo en cualquier momento, siempre de noche; por eso los vecinos procuraban no pasar por delante del cementerio en horas nocturnas. Cualquiera se exponía a un desagradable encuentro... Pero debían ser pocos los abandonadores de tumbas porque no se recordaba ningún caso de tan malhadado encuentro. Y además, de ocurrir, sucedería sólo en las inmediaciones del camposanto.

Por el contrario, la noche del día de los santos, los difuntos parece ser que abandonaban en tromba el cementerio y sus inmediaciones y paseaban por todo el pueblo, Y ay de quien se encontrase con ellos, porque era invitado perentoriamente a que acompañase a los muertos con las consecuencias que eran de prever. De hecho, las consejas referían casos de personas encontradas al día siguiente muertas en la calle. En estos casos no hacía falta parte médico de fallecimiento: el encuentro con las ánimas.

Esto ocurría sólo esta noche en todo el año. Peor lo tenían en Galicia, tierra de peregrinaciones, donde, cada dos por tres, las ánimas se echaban a la calle en busca de compañía. Menudo jubileo se traen los difuntos gallegos. En el pueblo ocurría sólo una vez al año y las ánimas respetaban las casas y no entraban en ellas. Con no salir a la calle, asunto resuelto. Otras noches sí que entraba algún muerto en una casa, pero era en casos de apariciones de difuntos particulares a deudos concretos a fin de exigir el cumplimiento de mandas incumplidas ofrecidas por el propio difunto (que exigía su cumplimiento por delegación) o por un olvidadizo familiar al que había que refrescar la memoria.

Modesto siempre recordaría una noche de los santos en que sus padres le llevaron de visita. Por el horario agrícola-ganadero del pueblo, las visitas se cruzaban tras la cena. Modesto tendría algo que ver con la visita en cuestión porque sus padres, que dejaron en casa a sus hermanos mayores, se empeñaron en llevarle con ellos. La noche era lluviosa y el niño hizo el trayecto de ida en brazos de su padre, totalmente tapado con un cobertor de lana negra (sería, más que por la lluvia, por parecer un bulto y que los fieles difuntos no se fijasen en él en caso de peligroso encuentro) y con los ojos fuertemente cerrados (si no veo quizá no me ven, dice el avestruz). Cumplida la visita –Modesto no recordaba el asunto ni la razón de su presencia–, el trayecto de retorno se hizo del mismo modo y los tres llegaron a su casa sanos y salvos sin haberse encontrado con nadie, ni vivo ni muerto, por la calle. Nunca como entonces, la casa de Modesto, el castillo de Modesto.

En tal noche cada año tenía lugar, para los monaguillos, el ápice de la festividad de los fieles difuntos. Quizá para acompañar espiritualmente con la voz de las campanas a los muertos vagantes o para demostrarles que no estaban olvidados, y también para pedir sufragios por sus almas con la oración de bronce de las campanas, los acólitos estaban, desde el toque de las ánimas grandes hasta la madrugada, tocando las campanas. Clamoreando, en el lenguaje del

pueblo. Para los niños este rito no estaba desprovisto de riesgos escatológicos y para afrontarlo hacían falta agallas, aunque la consumición frutal hacía las horas más llevaderas y los terrores menos acuciantes. Indiscutiblemente, los duelos con pan son menos.

Al interesado lector de estas líneas le interesaría quizá saber que los toques de ánimas en el pueblo eran de dos clases: el de las ánimas chicas y el de las grandes. El toque de las ánimas chicas consistían en un alegre repique al atardecer. Realmente era el toque del ángelus vespertino pero en el pueblo se creía que se tañía en recuerdo de las almas de los niños que habían muerto impolutos. Durante muchos años estuvo vinculado, además, al comienzo del vital acto de pelar la pava los novios. El “pelado” debía acabarse con el toque de las ánimas grandes. Este toque consistía en una sucesión alternada y lenta de las campanadas de las dos campanas que había en la torre, ya noche cerrada. En la noche del día de los santos se sustituía, anticipándolo, este toque por otro similar, el largo clamoreo. Así, en la noche dedicada a ellos, tocaban a más campanadas y ello les aliviaría o les sosegaría.

En el conjunto del rito, la parte más peligrosa, el camino de sus casas a la iglesia, ocurría poco después del anochecer, ya en hora propicia para los mortales encuentros, aunque no eran muy de esperar difuntos madrugadores. El de regreso, después de las doce, ya pertenecía al día de los difuntos, en el que los muertos estaban ya apaciguados y tampoco eran de esperar ánimas rezagadas o despistadas. Malo había de ser que en el día de su fiesta, en el que los vivos les honraban más cordialmente, ellos fueran a devolver mal por bien. Además les acompañaban en la ida y en la vuelta el sacristán y el cura, que los recogían y depositaban casa por casa. El cura, por otra parte, debía conocer conjuros, ensalmos, exorcismos o cualquier otra forma disuasoria de presencias ominosas. Desde luego, nunca ningún monaguillo había sufrido un contrafuero. O no se recordaba, que vaya usted a saber. En la iglesia, donde se quedaban solos, estaban algo más seguros o menos medrosos. Ya se sabía que los muertos no entraban en las casas y la iglesia era la casa de Dios y de todos. A ver si algún difunto había cogido querencia al último edificio donde había estado, aunque de cuerpo presente y alma ausente, en su funeral, y se daba un garbeo de reconocimiento... A rezar no iban a entrar porque ya no podían hacerlo, ahora dependientes de los sufragios ajenos. Malo habría de ser, aunque no las tenían todas consigo y el miedo es libre. Pero comían, reían, y aguantaban el tipo haciendo de tripas corazón y de los sentidos centinelas, alerta a cualquier ruido (cadenas, ayes, psicofonías...), luz (fuegos fatuos, ráfagas, fosforescencias...) y olor (azufre, podre, cadaverina...) que se salieran de lo normal.

En tales noches, la iglesia quedaba casi a oscuras. Sólo brillaban en ella la lamparilla del Santísimo y una pobre bombilla que lucía en el coro. A éste daba la puerta que permitía el acceso al rellano del que partía la escalera de la torre. En él se aposentaban los acólitos, sentados en reclinatorios y formando un exiguo círculo en cuyo centro se ponía la cesta del condumio y las velas –varias- que paliaban la oscuridad del recinto, pues la bombilla del coro, sobre poco potente, no estaba centrada con la puerta de la torre. La luz era así pobre y sesgada. Por el hueco de la escalera caían dos largas sogas que permitían que, con un suave tirón, las dos campanas sonasen. El clamoreo era un sobrio toque consistente en un golpe de badajo, alternativo de cada una de las campanas, cada quince o veinte segundos. No exigía esfuerzo físico sino de atención para mantener la cadencia. Por ello solían turnarse y uno tocaba las dos campanas un rato –a ojo; no había relojes- mientras los demás comían y charlaban.

Las discusiones no eran raras y estaban motivadas por la duración de las veces o turnos campaneros y por el reparto equitativo de la fruta. Aunque previamente se había hecho un reparto de la más apetecida, nunca faltaban desacuerdos. Solían sobrar bellotas, castañas y manzanas. Los membrillo se repartían para comerlos todos entre visajes de acidez que suscitaban risas. Las granadas, si no había una por cabeza (en este caso las disputas eran por el tamaño), se partían (todos llevaban navaja) equitativamente.

Así se pasaba el clamoreo. Las necesidades físicas menores se resolvían en cualquier recodo de la escalera. Ya estaba acostumbrada ésta a recibir dichas efusiones, con castigo a veces del cura o del sacristán que tenían una nariz fina en exceso para captar aromas denunciadores.

La escalera de la torre terminaba a la altura de las dos campanas en una plataforma desde la que podían voltearse en las fiestas de gran calibre litúrgico. En ella reposaba también el carracón, un artilugio de madera con cuatro tableros colocados en forma de aspa de manera que, al hacerlo girar con una manivela, golpeasen en ellos ocho mazos también de madera anclados en el eje central. Tal aparato daba poco golpe (paradoja) a lo largo del año porque sólo lanzaba su desagradable tableteo en los días de jueves, viernes y sábado santos, cuando la liturgia prohibía el cantarín sonar de las campanas. El habitáculo de las campanas tenía cuatro grandes vanos (uno a cada lado de la torre). Por eso estaba

abierto a los cuatro vientos o a más que hubiera.

Tales eran el rito anual y su entorno.

Aquel año el domingo cayó dos días antes de la festividad de todos los santos y quizá la proximidad del clamoreo había provocado mayor generosidad en las amas de casa. La recolecta de dinero y vituallas se les había dado mejor a los nocturnos campaneros: algo más de dinero y bastante más fruta ente la que destacaba una enorme y succulenta pera de invierno que enseguida suscitó las miradas golosas de los monaguillos.

El rito campanil se prometía opíparo aunque, como siempre, no sin riesgos o, al menos, no sin miedos. Pero, la noche anterior, las furias del averno y las del clima se desataron conjuntas y se metió un tiempo de perros o de la zoología completa. Llovía a cántaros, el viento se desbocaba en ráfagas vertiginosas y el frío era de tres estrellas “no frost”. Tanto que las fuerzas vivas eclesiales, o sea, el cura y el sacristán, estuvieron sopesando la posibilidad de suspender el clamoreo, aunque era triste interrumpir tan inveterada tradición. Había una ventaja:

con tan mal tiempo ni los difuntos se atreverían a sus correrías nocturnas so peligro de pillarse una pulmonía que les reintegrase a la tumba, que ya se sabe que las pulmonías a su edad son mortales de todo punto.

Los monagos estaban, por un lado, desolados (¿y ahora qué hacer con toda la fruta? ¿y el afán infantil de jugar con el peligro? ¿y el estar de parranda campanera hasta la madrugada?) y, por otro, aliviados porque a quien más y a quien menos se le encogía el medroso ombligo ante tan adversa noche. Sobre muertos, tempestad. Pero se impuso el valor. Por ellos que no quedase, que arrostrarían el peligro y el mal tiempo por mantener la tradición (y evitar, de paso, las cuchufletas subsiguientes de los niños no monaguillos en relación con no resabe qué emisiones, malolientes y por la pata abajo, provocadas por el pánico y necesitadas de copioso jabón).

Finalmente, el cuerpo eclesiástico, el cura y el sacristán, decidió celebrar el clamoreo. El viento se había calmado bastante y la lluvia había pasado de jarrear a calar bobos, a sirimirizar. A la hora oportuna, ambos liturgos fueron recogiendo a los intrépidos y los acompañaron a la iglesia. Los niños se instalaron: las velas, los reclinatorios, el cestón de la fruta. Montado el escenario, a eso de las diez de la noche, comenzó el clamoreo. Y ya sabían: si pasaba algo, ambos adultos estarían de tertulia (no les dijeron que con Heraclio Fournier) en la casa del médico, que estaba en la plaza de la iglesia. Allí estarían hasta que llegara la hora de recoger a los monaguillos, pasadas las doce.

Se procedió al reparto de la fruta: Había castañas, bellotas y manzanas de sobra, un membrillo por cabeza y varias granadas que se dividieron en porciones para que pudieran comerlas los que en ese momento clamoreaban. Más problemas planteó la succulenta pera. Partirla en partes alícuotas no era solución. Ni para un diente... Además, se desharía al partirla, de tan jugosa. Alguien propuso un mordisco por cabeza, pero se desestimó la propuesta. El problema era el mismo y estaba también el babeo compartido. Se aceptó rifarla. Le tocó a Gerardo, que se la guardó como delicia final. Así daría envidia además a los otros. La puso

debajo de su reclinatorio, lejos de ávidas manos y cerca de ávidos ojos.. Con la envidia aumentaba la suculencia de la pera.

Al rato de clamoreo, su cadencia fue como una contraseña para endriagos, tragos y demás fuerzas protervas del clima o como si se hubiera propinado una patada en salva sea la parte de Éolo, el dios de los vientos no gaseosos, con su consiguiente enfado. El caso es que la lluvia volvió a desirimirizarse (el desirimirizador que la desirimirice...) y a convertirse en una tupida cortina que ondeaba a los embates del viento, que de nuevo ululaba, aullaba, gritaba, clamaba chillaba, rugía, bramaba, vociferaba (no hay más sinónimos en el diccionario)... a través de las ventanas de la torre. El airón pandeaba las largas sogas de las campanas y provocaba campanadas no queridas que rompían el ritmo del clamoreo.

Los niños tuvieron, pese a su pavor, que ingeniar otra forma de toque. Mantenían las cuerdas tensas de manera que el badajo quedase pegado a la campana y sólo las destensaban para producir un nuevo tañido, volviéndolas a tensar. Pero así no había forma de tocar bien y menos de disfrutar de la velada por el continuo esfuerzo que el nuevo clamoreo exigía. Y no era cosa, por miedo e intemperie, de subir hasta las campanas y tañerlas desde allí. Eso hubiera sido, a todos los efectos, climáticos y mortuorios, como estar en plena calle.

Los monaguillos mantuvieron el tipo y siguieron tocando –igual- y comiendo –menos-. Alguno, para celar el miedo, siguió contando chascarrillos que los demás coreaban con más ánimo que humor. Había que mantener la antorcha del ánimo. No ocurrió lo mismo con las velas. Una ráfaga aún más fuerte de viento las apagó. ¿Quién había soplado? Ninguno de ellos tenía resuello para apagarlas todas de una vez. ¿Entonces...? Quedaba la pobre bombilla del coro pero era insuficiente. No hubo más remedio que buscar una solución. Sabían que había cerillas (las habían usado para cigarrillos secretos) en los hacheros de los difuntos que las beatas mantenían encendidos en todas las misas del año como recuerdo y plegaria por sus deudos finados. Había que bajar a la iglesia, pero ninguno se atrevía a penetrar solo en las tenebrosas naves. Se sorteó y bajaron dos. Encendieron de nuevo las velas, y la velada siguió más mal que bien, pero siguió. Chistes medrosos, disputas, anécdotas y fruta menos saboreada. Había que seguir. Pero nunca falta un malage malsín y el papel le tocó a Antonio, quizá por ser el más atemorizado y el más precisado de que su miedo no se notara.

Nueva ráfaga ululante y unos golpes huecos en lo alto de la torre. Podrían haber deducido que el carracón, aunque atado con una cuerda, era movido por el viento con fuerza suficiente para que sus mazos golpeasen contra los tableros. Pero el horno no estaba para deducciones, sobre todo cuando Antonio preguntó:

-¿Y esos golpes? A ver si hay alguien –o algo- ahí arriba...

Modesto, más para convencerse a sí mismo, respondió:

-Será el aire que mueve el carracón...

Pero Antonio retrucó inmisericorde:

-Sí, sí, el aire..., un aire en pena...

Un gracioso, para rebajar el miedo, hizo el chiste grosero:

-Un aire en pena es un peo.

Siguieron tocando, aparentemente como si tal cosa, pero ahora más atentos a los ruidos extraños que al tocar y al comer. Una quejumbrosa ráfaga más y un golpe seco en la parte superior de la escalera. Podrían haber deducido que se podía haber soltado uno de los mazos del carracón, flojos como ellos sabían. Pero el ánimo no estaba para conjeturas. Y Antonio de nuevo:

-¿Habéis oído? Eso es la pisada de una bota muy grande en un peldaño...

Ay Dios, la cosa se ponía fea; a lo peor había alguien –o algo- allí arriba que comenzaba ahora a bajar. A los muchachos no les llegaba la camisa al cuerpo de atemorizados. Ya no hablaban ni comían, pendientes sólo de tocar –uno- y de gritos, susurros, ayes, pisadas y cualquier ruido extraño que delatasen ominosas presencias –todos-.

El desenlace no se hizo esperar. De repente, una ráfaga aún más fuerte, la madre de todas las ráfagas, gritó por la torre y el carracón empezó a tabletear airadamente como en la Semana Santa más luctuosa. Ya no había duda: alguien –o algo- protervo había pasado a la acción. Sálvese quien pueda. Los monaguillos saltaron como impulsados por un yet, tiraron reclinatorios, patearon velas, derribaron la cesta de la fruta y emprendieron una alocada estampida.

Modesto, que había estado sentado en la parte más alejada de la puerta de la torre, fue el último en huir. Sus compañeros ya se lanzaban en tropel por la ancha escalera del coro cuando, a la luz mortecina de la bombilla del coro, vio venir algo por el aire. Sin parar de correr lo atrapó. Era la famosa pera. Se ve que Gerardo, el afortunado dueño, quería soltar lastre. Modesto se tiró, en vez de correr, por la escalera. Caería sobre sus compañeros, apelotonados en el embudo de la puertecita del coro, pero no cayó ni se le cayó la pera y alcanzó a sus colegas.

No supieron cómo salieron de la iglesia ni cómo cruzaron la plaza, pero enseguida se encontraron gritando y aporreando la puerta del médico. Un poco contrariados salieron los contertulios (Heraclio Fournier seguía vivo). Hicieron entrar a los aterrorizados niños y procuraron entender –todos hablaban a la vez gritando jadeantes- lo que los atemorizaba: alguien –o algo- terrible en la torre, que los perseguía. Algún niño se echó a llorar. Los contertulios se dieron por enterados y los animaron disuadiéndoles de presencias siniestras. ¿Quién va a ser, bobos? El viento nada más. El cura y el sacristán decidieron volver con ellos a la torre para que los niños viesan que no había nadie y para seguir clamoreando. Ellos se quedarían también allí con ellos hasta acabar el toque. Pero nos muchachos se cerraron en banda. Ellos no volvían allí por encima de premios o castigos. Finalmente, los otros contertulios, para hacer bulto y defensa, se ofrecieron también a ir. Había más de un adulto por cada niño, y éstos se resignaron a volver. Malo habría de ser que los entes amenazadores se atrevieran con tanto mayor.

Llegaron, se reorganizó el escenario encendiendo las quebradas velas y trayendo más reclinatorios. Todos se sentaron. El sacristán reinició el clamoreo y los mayores encendieron un cigarro (la torre no era propiamente la iglesia y se podía fumar en ella) y animaron a los muchachos a seguir comiendo fruta, pero se les habían pasado las ganas. Sólo Modesto, serio y reconcentrado, hincaba el diente a la succulenta pera que le había llegado por los aires, ante las envidiosas miradas de los compañeros y la amenazadora de Gerardo, que le decía con los ojos que ya se cobraría la pera. Modesto le tenía cierto miedo, pero en aquel momento le dijo, también con los ojos:

-Ah, se siente.

MISAS ACIAGAS

Desde que Modesto Criado se convirtió en monaguillo (en lo que podría ser el primer paso de un vertiginoso escalafón clerical que podría tal vez acabar a orillas del Tiber) hasta que tiró por la borda tan prometedor futuro levítico, debió de haber asistido a unas cuatrocientas misas al año, unos años con otros. La diaria, tan fija como el paso de las horas, y alguna repe o tripitida en domingos y fiestas de guardar. Y tal cómputo sin contar los otros actos piadosos cotidianos o extras, desde el rosario a la macabra “petición de una buena muerte” del fin de año, que destemplaba el más animoso espíritu navideño.

Limitándonos, pues, a las misas, su numerosidad hizo posible que las hubiera habido de todas las clases y colores. Y no nos referimos a su solemnidad, que recorre la amplia gama que va desde las solemnísimas pontificales catedralicias a las humildísimas en que Modesto ayudaba al sacerdote siendo ambos los únicos asistentes, sino a las diferencias de situación espiritual o anímica del personaje, desde las misas enfervorizadas casi hasta la levitación (era, al fin y al cabo, un futuro levita), pasando por las misas sin pena ni gloria, es decir, sin más gloria que la del himno interno, hasta las misas aciagas, infamantes o desgraciadas por no llamarlas ominosas, funestas o dantescas. Las múltiples causas o razones que convirtieron varias misas en aciagas para Modesto pueden reducirse a dos: el preste y la suerte.

El preste o celebrante que propició las primera misas aciagas de Modesto fue el cura de su pueblo, don Gil Cobaleda, hombre de temperamento colérico que se iba como una jara contra quienes perturbasen los ritos o vulnerasen las ordalías en las que había convertido el ejercicio de la religión. O sea, que tenía un pronto que a veces duraba hasta tarde. Por ejemplo, en aquella misa mayor del día de la Patrona, la “función” religiosa tan por antonomasia que daba nombre a todas las fiestas patronales. La iglesia rebosante, la calor extremada y las puertas abiertas de par en par para la mínima brisa. También la plaza estaba llena de hombres que no habían entrado en la iglesia por imposibilidad física, el espacio, o anímica (ya cumplirían yendo a la procesión). El más que rumor de tantas conversaciones perturbaba la audición del solemne rito. Comenzó el sermón, de campanillas, y en su decurso don Gil se detuvo dos veces y conminó sendas órdenes: -¡Algunos de los hombres que están junto a la puerta grande, que salgan a decir a los de fuera que se callen! Órdenes cumplidas pero resultado efímero. Las voces enmudecían brevemente pero enseguida de nuevo sonaban in crescendo. A la tercera, el airado preste, con gesto hosco y paso marcial, se bajó del altar en medio del medroso silencio de los fieles, sólo roto por el mínimo tableteo de los abanicos, atravesó todo el pasillo central de la iglesia hasta la cancela del atrio, y profirió con voz airada:

-¡Silencio, impíos, ya que no os da la gana de honrar a vuestra patrona, por lo menos no estorbéis, jodíos sinvergüenzas!

Los grupos más próximos fueron retrocediendo como si de la puerta de la iglesia fueran a salir los toros de un encierro, y el silencio se fue extendiendo entre una ola de siseos acalladores. El preste entonces juntó piadosamente las manos ante el pecho, ensimismó el gesto con devoción y volvió al altar para continuar el fervorín sobre la paciencia y la humildad de la Virgen. Éste era el preste: casta y poderío.

Modesto subió el primer peldaño de su vertiginoso escalafón clerical, que podría acabar, etc..., el acolitaje, a los siete u ocho años, antes de hacer la primera comunión. El mundo monaguillil en el pueblo era una elite exclusivista a la que únicamente se accedía avalado por algún miembro del monaguillato. Modesto fue avalado por su hermano y por alguno más y su candidatura fue presentada ante el cura, que algo bueno debió de ver en él que compensara su menudencia. Fue aceptado y se le sometió a la primera prueba: si en quince días se aprendía las respuestas de la misa en latín, sería monago de pleno derecho y recibiría un premio. Modesto lo consiguió aunque sudó con el “Confiteor” y resudó con el “Orate, fratres”, que le sonaban a chino y como chino incomprensible se los aprendió, a puro seso. Fue examinado con éxito pero

no hubo regalo. El cura era tan largo en promesas de regalos como corto en su concesión. Hacía lo que, más o menos, decía el refrán: Prometer hasta obtener y, después de haber obtenido, olvidar lo prometido, o algo similar más penetrante.

El neófito comenzó a ayudar a misa, siempre a la izquierda, hasta que se soltase en el ritual. Cometido del izquierdista era el trasladar dos veces el voluminoso misal con el atril, de un lado a otro del altar, pero el neoacólito era tan pequeño que el cura estableció que la competencia del traslado del misal fuera temporalmente asumida por el monaguillo derechista. En cambio, el menudo ayudante sí podría, como era ritual, sostener la palmatoria en el momento de la comunión de los fieles. Y esta fue la causa de su primera misa aciaga.

Se celebraba el funeral por una señora de larga familia muy amiga de la de Modesto. La iglesia estaba tan llena de personal cercano al niño que D. Gil decidió que ayudase para que le admirase tanta gente afín a él. El momento en que el monaguillo izquierdista debía cruzar ante el altar para tomar la palmatoria de la comunión, que estaba a la derecha del altar, era cuando el cura, tras proclamar el “Ecce agnus Dei...”, se encaminaba hacia los comulgantes. Entonces, el monaguillo pasaba por detrás de él y... Pero era novato y estaba nervioso. Cuando el cura se volvió a los fieles para el “Ecce agnus...”, el niño se lanzó decidido a coger la palmatoria. Al pasar por delante del celebrante, que tenía las manos ocupadas con la hostia y el copón, sintió un punterazo en las canillas mientras una voz entre dientes, tan débil que se oyó por toda la iglesia, le advertía: -¡Por detrás, por detrás...! Pero Modesto, desconcertado por el patadón, quiso seguir hacia delante y una nueva patada le laceró la espinilla. De nuevo la voz megamusitada: -¡Por detrás, por detrás...! Con total desconcierto, el niño estaba parado en medio del presbiterio. Sólo él en toda la iglesia no entendía, por su aturdimiento, el drástico mandato: -¡Por detrás, por detrás...!, y la parroquia entera esperaba la resolución del drama. Por fin, Modesto, más por desconcierto que por entendimiento de la orden, retrocedió, el cura avanzó al borde del presbiterio y el niño pudo coger la palmatoria. Estaba avergonzado; buen estreno ante amigos y familiares. Afortunadamente, nadie, salvo algún cabroncete de la escuela, le recordó su aciago debú, que tuvo un corolario más privado: la bronca posterior del cura en la sacristía. Tras cuernos, penitencia, aprendió Modesto, dolido en su infantil orgullo de monaguillo precoz tras su litúrgico varapalo. Abrir el ojo procede y estar avisado, si uno quiere sobrevivir en este mundo de ritos y rezos que pueden volverse palos, advirtió su intuición niña.

Pero a veces era difícil mantener el ojo abierto. Modesto había subido de categoría y ya era acólito derecho y mentor de algún novato en el altar, de algún neomonago que, como no hacía mucho él mismo, aprendía a ayudar a misa. Tal ocurrió en la misa primera de un domingo, la misa de las siete de la mañana, la de las ocupadas amas de casa que querían cumplir con el precepto antes de afrontar las tareas domésticas. Para los monaguillos era un madrugón que se repartía según un riguroso calendario.

Aquella madrugada, Modesto ayudaba a la derecha y tenía pendiente de su gesto y acciones a un monaguillo reciente, mayor en edad que él pero tan bisoño en los rituales que aún no se sabía los latinajos de respuesta de la misa. Todo marchaba sobre ruedas. El cura terminó la homilía dominical, que podría resumirse, como la del vasco, en que no era partidario del pecado. Se volvió hacia el altar, de espaldas a los fieles, a los que pidió oraciones: “Orate, fratres...”. Nadie respondió a su petición, ni en latín ni en otro idioma. Los fieles, porque los textos de la misa les sonaban a latines, es decir, no los conocían y, por tanto, no los musitaban; el monaguillo nuevo porque tampoco se sabía aún las respuestas latinas, y Modesto, porque dormía beatíficamente en uno de los sitios de la derecha del presbiterio. Seguramente se había dormido por el madrugón, sus pocos años, la temperatura de la iglesia, el bisbiseo de la voz del cura homiliante..., lo que fuera, pero el caso es que dormía en plena fase REM, es decir, en un sueño muy profundo. Quizá incluso soñase con su vertiginoso escalafón clerical que podría acabar –se repite- a las orillas del Tiber.

El cura, que sabía que la respuesta latina a su petición debería de venir de la derecha, giró la cabeza y se encontró con el bello durmiente. En voz musitada le llamó: -¡Modesto! Pero las aguas del plácido estanque onírico del niño ni se movieron ni se conmovieron. Insistió con una voz algo más fuerte, ya audible por las primeras filas de los fieles, pendientes ahora de la tormenta que se cernía sobre el niño: -¡¡Modesto!! Este pasó quizá a la fase RAM pero siguió sin despertarse. Por tercera vez, quizá influido por el triple ciclo de las amonestaciones prenupciales o por el ritmo del Trisagio, el cura llamó: -¡¡¡Modesto!!! La llamada se oyó en toda la iglesia pues el silencio y la atención de los fieles alcanzaban cotas extraordinarias, azuzados ellos por la circunstancia, insólita dentro de la monotonía litúrgica. Seguramente el cura nunca había logrado tales niveles de atención, pero su llamada fue el sermón perdido de la predicación en infantil desierto, pues Modesto ni se inmutó. El oficiante se acercó raudo al durmiente y acompasó las bofetadas que le propinó con el cómputo silábico de su nombre: ¡Mo-des-to, Mo-des-to! Seis tortas. Modesto dio un salto homologable atléticamente y la nebulosa de su sueño saltó hecha añicos sin posible transición de duermevela. Inmediatamente se ubicó. El cura se situó ungidamente de nuevo frente al altar y repitió la demanda: “Orate, fratres...”, que Modesto, ya arrodillado en su sitio, respondió como correspondía.

La misa siguió de rositas y latines, es decir, por sus vías más plácidas. Pero Modesto estaba rojo por fuera, como sus hábitos monaguilliles, y desolado por dentro. De nuevo la rechifla popular y lo que le esperase en la sacristía como epílogo del rito sacrificial de la misa. Sacrificio sobre sacrificio, que en esta ocasión era el correspondiente réspice (o más bien bronca airada) más un tirón de orejas del que el celebrante era un consumado ejecutor con una técnica que podría definirse como envolvente: rodeaba con la mano todo el pabellón auricular y, una vez que éste adoptaba forma de canelón, tiraba para arriba. Solía conseguir la levitación de la víctima doliente, más preocupada de evitar el desgarramiento pabellonal. Esta vez se libró de la propina de tortas. No se salvó, en cambio, en una anterior misa aciaga.

Misa solemne de una de las tres fiestas gordas del verano: San Pedro, Santiago y la Virgen de Agosto o Asunción de la Virgen, las tres fiestas que gobiernan la maduración de los racimos, como decía la seguidilla popular: “De san Pedro a Santiago / pintan las uvas, / pa la Virgen de agosto / ya están maduras”.

Calor fuera y dentro de la repleta iglesia. Misa grande de las amenizadas por las pías voces algo gangosas de las cantoras del coro, que no prodigaba sus actuaciones quizá en beneficio tanto de la música como de la liturgia. Misa con todos sus requilorios, hasta con incensario. Modesto no tenía protagonismo en ella. Para dar solemnidad al acto y ocupación a todo el monaguillato, el cura había aumentado los roles: los dos ayudantes, cuatro más, vestidos, en los sitiales del presbiterio, cual cabildo catedralicio, y Modesto, aún bisoño, y otro con los ciriales. Eran estos dos varales metálicos de más o menos metro y medio de altura, rematados en una bola, alcachofa o capullo metálico en cuyo centro se colocaba una vela. La razón de su protagonismo, encendidos y sostenidos por un monaguillo durante toda la misa era su presentación en sociedad pues estaban recién regalados por una beata, severa e hispida, quizá amargada por su dura trayectoria vital. El presbiterio se levantaba tres o cuatro gradas sobre el suelo de la iglesia. Al terminar la grada superior, se levantaba una baja balaustrada que separaba el presbiterio y servía de comulgatorio de los fieles. Por fuera de ella se apostaba Modesto sujetando su cirial.

La misa iba viento en popa. El sacristán improvisaba arpegios en el armonio. Las cantoras desentonaban con comedimiento y el cura había estado convincente y entusiasta en el sermón, sermón no de suelo sino de púlpito, floreado de melismas, cadencias y entonaciones retóricas. Pero hay veces que el demonio mete su cola aun en lo más santo y lo perturba. O, desde un punto de vista más laico, a veces, el cosmos mejor trazado y el ordenamiento más férreo (y no hay ordenamiento mejor establecido que el de los rituales litúrgicos, refrendados por siglos de repeticiones inflexibles) son desbaratos por el caos más inesperado y aleatorio. A lo

mejor estos cataclismos (etimológicamente subversión del orden natural) tienen algo que ver con Einstein y sus relatividades, pero lo cierto es que ocurren y en los ritos religiosos también. Al fin y al cabo, las religiones juegan con esa forma de cataclismo que es el milagro. No se pueden, pues, llamar a andana.

El caso es que había pasado el ofertorio y procedía, según el orden del rito, incensar al sacerdote, que recibía el sahumerio con las manos piamente unidas ante el pecho. El monaguillo incensador, con entusiasmo digno de la mejor causa, al bambolear el incensario (turíbulo o minibotafumeiro) candente, golpeó las puntas de los ungidos dedos del celebrante. Éste barbotó un: “¡Cuidado, imbécil, que me quemas!” que se oyó sólo en el presbiterio pero que suscitó la conejil risa de los cuatro monaguillos apostados en la sillería presbiterial.

La risilla llegó a los oídos de Modesto, que se apresuró, desde el aburrimiento de su estático cometido de sujetavelas, a aprovechar cualquier ocasión de diversión o de distracción. Pero la risa va por barrios. La distracción fue la suya y la diversión la de los fieles. El caso es que el cirial, que se apoyaba en el suelo sobre una pequeña base esférica y era, por tanto, muy inestable, se soltó de las manos de Modesto y cayó sobre las tres gradas con metálico estrépito. Aunque lo recogió con vertiginosa presteza, el mal ya estaba hecho y la tierra debía de ser anoréxica y no tragaba nada, ni a Modesto, aunque éste suplicase en tales momentos ser objeto de su gula.

La risa ahora no se limitó a los acólitos sino que se extendió a los fieles todos y dejó de ser conejil para pasar a ser la de cualquier roedor mayor, un puerco espín, por ejemplo. El niño se inmovilizó aferrado al cirial porque la sangre no le corría por las venas y no se hubiera movido aunque le hubieran punzado las más lacerantes espinas, las de un puerco espín, por ejemplo. Sabía lo que esperaba durante el resto de la misa (el recochineo de toda la parroquia, sobre todo de su gremio más juvenil) y, tras ella, el ajuste de cuentas con el sacerdote. Durante el resto de la misa, que fue un sacrificio por partida doble, Modesto, pálido y exangüe, miraba continuamente hacia el cielo no por devoción sino por no ver los gestos de burla de la grey menuda. Así transcurrió la misa, eterna pero breve. Eterna por el acuciante deseo de liberarse del maldito cirial, esconderse del litúrgico boato y desaparecer de la vista de los guasones fieles. Breve porque sabía lo que ocurriría luego en la sacristía. Y ocurrió. El sacerdote no esperó ni a quitarse los ornamentos litúrgicos:

-Modesto, ven aquí.

El lobo, a cuya voz le sonaba la del cura, no amedrentó más a Caperucita. Modesto no se movió, pero no hizo falta porque fue el cura el que fue. Dos guantazos. Modesto quiso aprovechar la inercia de los dos tortazos para desaparecer entre sus compañeros, espectadores atemorizados. Pero no se le permitió:

-Vuelve aquí.

El niño ya era un autómatas obediente, que volvía con los oídos zumbantes de los bofetones. Y en sus pabellones se empleó el clerical sayón. Su técnica orejil era envolvente, como se ha dicho, y sus tirones de orejas se acompañaban con sus silabeadas palabras:

-El ci-rial re-cien es-tre-na-do, y to-do por-que el ni-ño se re-í-a de la gra-cia de su com-pa-ñe-ro. An-da, a-lé-ja-te, que te a-rran-co las o-re-jas, im-bé-cil.

Y un empellón. Modesto trastabilló y se fue a seguir llorando en silencio a un rincón de la sacristía, medio oculto entre sus pasmados compañeros.

-A ver, el del incensario, que venga.

Definitivamente, ese día el cuerpo le pedía sadomarcha al cura. Pero Modesto no estaba ni para alivios del mal ajeno ni para solidaridades. Bastante tenía con lo suyo.

Pasaron algunos años, es de suponer que con algunas aciagueces más, porque el cura seguía en la parroquia y Modesto propendía a ser el rigor de las desdichas, pero seguramente serían de menor cuantía por la poca huella que dejaron en la memoria del sufridor, que escaló el segundo peldaño de su imparable ascenso clerical (que podría acabar, etc...): ingresó en el

seminario. Más años él y menos tiempo al lado del cura (total los noventa días de las vacaciones, algunos muy benévolo como los de gracia de recién llegado y los del próximo adiós septembrino), la amenaza de misas aciagas podía darse por conjurada. Pero no lo fue del todo. Su gafe y la casta y el poderío del preste prendieron la lecha.

En medio de sus segundas vacaciones, el cura le llamó, solemne: Que el sacristán se iba de viaje (qué putada, pensó Modesto, si casi nunca salía del pueblo, qué ganas de fastidiar; ya podía haberse ido en invierno...) y que él le tenía que sustituir (pero si en otras ocasiones, se amarguró el sustituto, le suplía el sacristán del pueblo de al lado...). Que no avisaba al citado sacristán vecino porque sabía que Modesto era capaz de hacerlo (sí mucha coba, se desconsoló el cuitado, pero luego, tras los cuernos, vendría la penitencia del palo).

-Pero ya sabes, si lo haces bien, tendrás un premio, pero si lo haces mal, ya sabes, cobrarás. (Vale, sufrió el amenazado, esto se llama dar ánimos. No, si todavía a mis doce añazos, voy a cobrar; qué falta de respeto, el simoníaco éste; mal rayo le parta su unguida crisma...).

Modesto naufragó entre las procelas del miedo; ya conocía el percal de las promesas y las realidades del dómine. Quiso involucrar a sus compañeros apelando a la solidaridad compañeril, a sus obligaciones de alevitas, o sea, de su rango de alevines de levitas, a la caridad cristiana de la que deberían ser ejemplo... Pero en vano. Le dejaron sólo ante el toro y ni siquiera se avinieron a ser sus peones.

A Modesto, en pleno proceso puritano de seminarista bisoño, el comportamiento del sacristán ante lo sacro le parecía lo más anticristiano que había. Durante el rosario permanecía en la sacristía, limpiándose a veces la dentadura postiza; farfullaba las músicas litúrgicas en vez de cantarlas; en sus improvisaciones musicales al armonio se le deslizaban de vez en cuando un pasodoble o alguna tonadilla revisteril; hacía inevitable tertulia con quienes se aventurasen a subir al coro... Al lado del famoso Sacristán Fuentes del pasodoble, éste era un sacristán charco, y contaminado además. Una vez más se reforzaba la insoluble cuestión acerca de cuándo oyen misa los sacristanes.

La contaminación suprema y la deturpación absoluta de lo sagrado ocurrían con el tema de los responsos. Era la parte de la sustitución que más le horrorizaba, porque consistía en ir con el cura a perpetrar la recolecta de las preces funerales, un simoníaco mascarar de preces y gregorianos, fúnebre no sólo por el tema sino por la ejecución, por la ejecución mortal para los impolutos oídos del joven seminarista. Y mientras tanto, sus compañeros de tertulia en la sacristía...

Cada día, tras la misa, varias señoras permanecían en su sitio para sufragar preces por sus difuntos, arrodilladas algunas tras una especie de estante bajo donde ardían velas funerales votivas. Estas piadosas no sólo ofrendaban responsos a sus muertos sino también, por encargo y mediante óbolo, a los de otras mujeres que no podían acudir a la misa. El cura y el sacristán salían de la sacristía y, munidos de aceite e hisopo, se dirigían a una de las responseras. Ésta depositaba el óbolo en la mano del sacristán y pronunciaba un nombre: Juan, Sebastián, Josefa, María... El sacristán, sabido al tacto o con una furtiva mirada el montante de la limosna, iniciaba un ininteligible canturreo que siglos antes pudo haber sido gregoriano pero en su voz era "gori gori" o zorrillesca guzla berberisca. Así, en segundos, liquidaba la plegaria si es que llegaba a serlo. Si el óbolo era una peseta, correspondía una "tremenda", que no era más que la compresión o apretura del "Libérame, Dómine, de morte eterna tremenda...". Si eran dos reales, se entonaba -hiperbólico eufemismo- un responso cantado o esqueleto sonoro del "Memento mei, Dómine...". Si era un real, tocaba un responso rezado, una breve y farfullada oración (seguramente, porque no se entendía). Participar en tal pantomima escalofriaba a Modesto, aunque seguramente sería lo más costoso de su suplencia. Pero no fue así.

Un fiel cristiano del pueblo tuvo la ocurrencia de morir en esos días. Jamás Modesto había deseado tanto la inmortalidad del género humano, pero intervino Murphy con sus leyes en forma de neumonía y años. Las dos tazas de caldo del funeral y el entierro. Los solidarios

compañeros le siguieron dejando en la estacada y se aprestaron a contemplar la azarosa suplencia y a cruzar apuestas sobre su éxito o su fracaso. Pero Modesto afrontó el brete entre sudores, insomnios y miedos. Hizo lo que pudo y, de hecho, ni los apenados deudos pidieron el libro de reclamaciones ni el finado resucitó vindicativo de estar in o mal sepulto. Y eso que a Modesto le tocó officiar lo más trivializado del ritual romano.

En el paseo vespertino con el cura, obligatorio para los seminaristas, el mismo día del regreso del sacristán, el sacerdote proclamó:

-Habéis visto que Modesto solo, satisfactoriamente para mí, ha salido adelante con el empeño de sustituir al sacristán-. No aludió para nada a la insolidaridad de los otros ni a su obligación, como seminaristas, de participar en las ceremonias parroquiales. Modesto era el más pobre de los seminaristas y no le cabía, por ello, más que el ajo y el agua. -Le prometí un premio y se lo ha ganado. ¿Qué premio quieres?

El para-sacristán estaba en plena fase filigráfica y tenía muy claro lo que quería: una pluma estilográfica. La había de todos los precios; no había, pues, peligro de pasarse de ambicioso.

-La tendrás.

Si el interesado hubiera esperado sin escribir hasta haber recibido el premio, hubiera sido absolutamente ágrafo. La acieguéz de esta ocasión no fue física sino psicológica: pavor antes, vergüenza en medio y decepción después. De la promesa, el oro no llegó ni a papel de platilla y el moro fue soledad robinsoniana. Modesto quedó, sin moro, más solo que la una y en peletes de cualquier metal.

Otras misas aciagas hubo, pero menos infaustas. Al fin y al cabo, el seminarista fue creciendo y alejándose del sadismo sancionador del preste, al menos del físico. Ya no era un niño corporalmente punible sino un adolescente más expuesto a los tormentos psíquicos. Y anímico fue el martirio de la siguiente misa aciaga, propiciado no por el preste sino por la suerte. Por la peor de ellas.

Los curas del seminario menor iban, en ocasiones, a decir la misa a un lujoso internado de chicas regentado por monjas, y se llevaban a dos seminaristas para que les ayudasen. Una designación ansiada por todos los futuros celebrantes. No era sólo el romper la continua carcoma de la rutina y el salir a la calle, sino el officiar ante cincuenta o sesenta mozalbetas, seguramente tan pánfilas y tan salidas como ellos. Quizá no se pueda decir salidas o salidos; como mucho asomadas y asomados. Desde luego, en estos litúrgicos encuentros, hablar de amor platónico sería pura pornografía. Era una pura entelequia visual de pavitos y pavitas que no llegaría ni a mini-exceso en el veredicto del confesor más draconiano, un miniescarceo visual de tontipavitas internas y de levipavitos enclaustrados. En las chiquitas se resolvía en algún codazo y un breve bisbiseo con la de al lado y en los levitas en una mayor teatralización de las rutinas rituales: ojos más bajos, manos más unidas, pasos más modosos...

A Modesto se le comunicó la elección la tarde antes, un sábado. Se puso nervioso por su fortuna y durmió mal (sueños sobresaltados y sudorosos aunque no húmedos) por la grande ocasión de la epifanía de su galanura adolescente ante las anhelantes púberes canéforas (con estas literaturas soñó). Ya levantado, se aseó concienzudamente (nada de los consuetudinarios aseos numantinos) con su parvo menaje cosmético (jabón, peine y pasta de dientes) de forma que resplandeciese su anatomía visible, cara y manos, borrando posibles rastros de otros aseos menos detallados. Hecho un brazo de mar, vestido con su sotana bien cepillada y calzado con sus zapatos bien embetunados para el fasto, acompañó al cura y al otro feliz elegido.

Ya en la iglesia del colegio, se revistieron de los ornamentos congruos. Y empezó la misa. El suelo del presbiterio estaba cubierto por una tarima de madera que las monjas enceraban y pulían a conciencia, a brazo puro (natural en ellas) y a sudor caudaloso, como si de la tez de una miss se tratase. Así estaba de brillante y terso. Como un espejo. Modesto se percató del peligro de deslizamiento que existía en el contacto de tan pulida superficie con la suela de sus

zapatos. En el presbiterio hubiera hecho falta una señal equivalente a las de tráfico que avisan hielo.

Ayudaba a misa a la izquierda y todo iba bien; tanto que, en pecaminosos instantes, se preguntaba sobre el deslumbrante efecto que su gentil presencia habría causado entre la juvenil grey femenina. Y llegó el momento de la comunión. Fue a encender la vela de la palmatoria en la lámpara del Santísimo. Al inclinarla, la vela se soltó del receptáculo de la palmatoria y se zambulló, con la suavidad de un delfín, en el aguaceite de la lamparilla, que se apagó. Un ruidillo, medio risa medio exclamación, se extendió por los bancos de las pupilas. Modesto ya sabía por experiencia que el Maligno o el caos interfieren perturbando el orden más sacramentalmente establecido. Ahora se preguntaba si es que tenía algún gafe con las palmatorias y con las comuniones, ocasiones próximas

de su primera misa aciaga, o si es que en él se cumplía lo de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Debería haberse alejado “per in saecula saeculorum” de las palmatorias estableciendo con ellas la misma distancia bíblica que la de la mujer con la serpiente. Con respecto a las comuniones, debió seguir recibéndolas, aunque es estas dos ocasiones fueron más bien excomuniones.

Inmerso en el penoso trance, no se permitió más cogitaciones y, tras el trágame tierra inicial, reflejado al exterior por rubores casi incandescentes y por una momentánea inmovilidad, aceptó la situación y procuró enderezarla. No tenía cerillas a mano, luego no encendería la lamparilla ni la vela (si es que hubieran prendido, impregnadas como estaban de aceite y agua). Pero la liturgia es a menudo un conjunto de acciones no pragmáticas sino simbólicas, luego se pondría, con la palmatoria apagada, al lado del cura mientras daba la comunión. Es cierto que la vela apagada no aportaría la luz precisa que se le solicitaba; tampoco hacía falta porque la iglesia estaba repleta de luminosidades. Él cumpliría con el rito de estar al lado del sacerdote, aunque sin luz. Decidido, pues, metió la mano en el aguaceite de la lamparilla, sacó la chorreante vela y la endosó en el receptáculo de la palmatoria. Algunas gotas de aceite y agua cayeron en la impoluta tarima, pero eran el mal menor inevitable de toda buena acción. Dentro de la adversidad, creía hacer lo mejor.

Pero ya se retrasaba en acompañar al cura al centro del presbiterio. Giró raudo sobre sí mismo y entonces se produjo el seísmo absoluto. Tarima pulidísima, gotas de aceite en ella y zapatos de suela. El batacazo fue glorioso y Modesto quedó tendido en el suelo como una gran cruz. La indiscreta palmatoria se alejaba con estruendo de golpes sobre la madera. Una risotada irrefrenable, malamente ensordecida por las manos ante la boca de las mocitas, llenó los místicos ámbitos (dos esdrújulas, como la situación) del templo. El porrazo alertó al cura, que se volvió, indeciso entre esperar a que el caído se reintegrara al ritual tras la costalada o entre auxiliar al tendido, no exento él tampoco de comprometidos resbalones si abandonaba la quietud y el hieratismo litúrgicos. Pero el yacente se incorporó raudo, no sin pequeñas vacilaciones e inestabilidades de su periclitable equilibrio. El cura se acercó al borde del presbiterio y comenzó a dar la comunión procurando restar al corrido muchacho el mayor protagonismo posible. Modesto recogió la fugitiva palmatoria, luego la vela, cetro del aciago azar, la insertó en su sitio y, con ella apagada, se colocó en el lugar marcado por el ritual. Aunque náufrago en el vórtice de su vergüenza, se percató de que en los ojos, que deberían estar celados por un fervoroso recogimiento, de las doncellas comulgantes brillaba un relámpago de recochineo.

Aunque parecía imposible, la misa acabó y también pasó el pitorreo del cura y del otro acólito en la sacristía. Nada podía ya hacerle mella, tan hundida estaba su autoestima. El pavoneo de su presencia ante las mozuelas se había trocado en el más espantoso de los ridículos. Comprendió en carne propia que la vanidad es de aire, un “flatu vocis” que decían los curas, y que Dios castiga el gratuito encumbramiento de su pavoneo con el batacazo –incluso físico– más inesperado. El narcisismo, y más si era injustificado, como en su caso, no tiene cimientos. Quedó vacunado así de los floripondios de cualquier tipo de cortejo porque sintió que no habría jamás

un galán más desengalanado que él. Jamás olvidaría la lección evangélica: El que se exalta será humillado, con la piedra o el palo del porrazo. Y bien humillado estaba él pues, tras la caída de nuestros primeros padres, la suya.

Otras misas aciagas, aunque menos amargas, hubo en la vida de Modesto, pero todas sirvieron de lección (Dios escribe derecho con líneas torcidas, pensó de nuevo). Se resignó a aceptar las adversidades, no sin alguna crítica a la Providencia y aprendió que es más fácil creer (si Dios había permitido sus misas aciagas, él sabría por qué) que pensar

(por qué a otros no, ¿y la justicia divina?). Desde luego comprendió que la verdadera religión exige saber mirar también por detrás de los brillantes retablos.

DOS DÍAS DE JUNIO

Había llegado el día D (D de día, pero también de “desamen” y de “desaminario”, como decían en su pueblo). Porque de eso se trataba: de examinarse en un seminario, de sufrir una rigurosa prueba para ingresar en el seminario de una ciudad cercana al pueblo de Modesto Criado. Este seminario era una fundación benéfica que proporcionaba educación levítica gratuita a los alevines de cura. Estaba, por ello, muy demandado y los aspirantes debían de superar un duro examen.

El día D podía ser el comienzo de una prometedor singladura de velas desplegadas o un naufragio, pero suponía el fin de múltiples borrascas. Atrás quedaban la decisión de Modesto de ingresar en el seminario, la segura y dilucidada decisión de un niño de nueve años, el decirselo a sus padres y estos al cura del pueblo... Atrás quedaba el abandono de la escuela pública sustituida por las clases de preparación para el examen a manos del cura del pueblo con sus ribetes de dómine sádico. Atrás quedaban las sesiones diarias en las que el cura repartía broncas y tirones de orejas más que sonrisas y parabienes. Las clases se celebraban en la casa rectoral, en la sacristía o en el huerto parroquial, según las clemencias o las inclemencias del tiempo, más clemente, sin embargo, que el párroco. Cadalso variable. Pero lo que no variaba era el control diario del aprovechamiento escolar, que el profesor anotaba en la correspondiente hoja de un calendario de taco que los escolares estaban obligados a llevar y, ya anotadas las calificaciones, a presentar a sus padres.

Eran tres los lacerados aspirantes: Modesto, Juan Luis y Manolo. El más despabilado era Modesto (al fin y al cabo, como monaguillo, frecuentaba las velas) y quizá por ello se le exigía, más que a los otros dos, un rendimiento pleno sin los inevitables altibajos. Sus padres también porque sabían que la maltrecha economía familiar no permitía, ni siquiera, el ingreso en otro seminario que, aunque barato, no fuera gratuito. El muchacho hacía lo que su infancia le permitía y sus calificaciones diarias avanzaban por una estrecha senda: nueves, ochos, sietes y... ceros cuando sobrevenía el fiasco lectivo, que ocurría sobre todo con la Aritmética. La madre de Modesto, que era la fiscalizadora de las notas, no aceptaba más que nueves y ochos. Los sietes y, sobre todo, los ceros eran la ocasión de lamentosas regañinas: Pues tú verás lo que quieres hacer con tu vida, que nosotros no podemos ayudarte en nada..., un desgraciaíto es lo que tú vas a ser si no te enmiendas..., pues, ya sabes, de guarrero..., quien el bien tiene y el mal escoge, del mal que le venga que no se enoje..., ya me has dado el día... y alguna lágrima. Eran unas doloridas reconvencciones que ponían a Modesto, ya de por sí pusilánime, el alma en un puño y la conciencia en remordimiento. Su madre no entendía de olvidos, errores, despistes, obnubilaciones o momentáneas ignorancias, sólo de sermones inflexibles e inevitables. Llegó un momento en que Modesto no aguantó más los dramáticos varapalos que tanto le angustiaban e ideó una fraudulenta solución. Se buscó una tinta como la de la pluma del cura y, cuando sobrevenía la catástrofe, so pretexto de dejar los libros o de perentorias necesidades, falsificaba los sietes en nueves cerrando en circulito la visera del guarismo y los ceros en nueves también trazando un rabito vertical. Un poco baja quedaba la cifra en relación con el renglón de las otras, pero daba el pego. Su madre no llegó a detectar el fraude y las dolorosas broncas casi desaparecieron. No del todo porque algunos días, para que no extrañase la desaparición de los sietes y los ceros, dejaba la nota original y arrostraba el sofión.

Atrás quedaba también la aciaga tarde de los papeles sucios. Modesto tenía que escribir la solicitud de ingreso en el seminario forzosamente de su puño y letra en el pliego oficial de papel de barba. El cura les había dado el texto que tenían que copiar al pie de la letra y el niño se aprestó a ello. Total, un rato y a jugar. Cuando ya llevaba más de la mitad escrita, un borrón de la pluma. Vuelta a comprar otro pliego en la droguería papelería del pueblo. Otra vez a escribir. Nuevo borrón y nueva compra, ahora de dos pliegos para ahorrarse más viajes. El en tercer pliego ya se mezclaron la tinta de un nuevo borrón y las lágrimas del desesperado

amanuense. El cuarto se logró. Dios aprieta aunque no ahoga, pero a Modesto se le habían quitado las ganas de jugar.

Todo quedaba ahora atrás y el cura aseguró a los padres de Modesto que éste estaba perfectamente preparado para superar con éxito la prueba, salvo imponderables imprevisibles y improbables.

Cinco eran los miembros de la expedición: el cura, los tres trémulos examinandos y el padre de Juan Luis. A las siete treinta en la salida del coche de línea. No hizo falta despertar a Modesto. Un ratón le roía toda la noche el estómago; mientras se aseaba, el ratón se convirtió en castor; en el coche de línea ya era una piraña y al llegar a la ciudad -total, una hora de viaje- el intestino se lo devoraba un cocodrilo. Luego llegaron también las crías. El plan del día consistía en ir al seminario, prueba escrita, comida, prueba oral y coche de línea de nuevo. Cierre y telón del crucial día D. Pero el hombre propone...

Primer contratiempo. El cura había entendido mal. El examen era al día siguiente. Ahora había que llenar el día hasta el coche de línea. El padre de Juan Luis se marchó a sus asuntos, y el cura con los tres corderos rindieron visita al arcipreste, un fornido cura representante inequívoco de la Iglesia triunfante y su máxima autoridad local. Le visitaban no tanto o solo quizá por amistad entre los dos prestes cuanto por hacer afluir soterradas influencias a favor de los niños. El arcipreste vivía, a tono con su cargo, en un caserón del siglo dieciocho con un fastuoso patio. Allí hubo cerveza para los curas y un refresco para los alevines. Para que quedaran patentes la sagacidad interrogadora del arcipreste y la habilidad pedagógica del cura con sus congruos frutos en los muchachos, tan bien preparados que la recomendación arciprestal iba a ser puro formulismo, se les sometió a una escaramuza de preguntas. Amedrentados como estaban, los chicos menudearon errores. Sólo Modesto mantuvo elementalmente el tipo, pero ni esto ocurrió cuando se pidió a los niños que se orientaran. Quizá porque los muros del patio encarcelaban el sol y no había mojones orientadores, la rosa de los vientos se volvió loca y los tres confundieron el norte con las témporas. El cura echaba fuego por los ojos y farfullaba amenazas y disculpas. Le habían dejado en ridículo y a la recomendación sin base. Luego se iban a enterar, luego... pues vaya confianza que dais... como os salga mal el examen os dejo sin orejas. Oh las orejas, trofeo taurino preferido por el vindicativo cura en los castigos infantiles... Se llamaba don Gil, pero podía haberse llamado con cualquier nombre porque se sentía -y era- miembro de una organización universal de poder omnímodo, adobado entonces por una guerra triunfante.

Juntos, los cinco expedicionarios, se fueron a comer. Era la primera vez que Modesto pisaba un restaurante. El tormento de su estómago se unió ahora a los espasmos viscerales del pundonor. ¿Cómo había que usar tanto cubierto? Tendría que iniciar el consumo del plato tras el cura e imitar modos y maneras. Con la carta se hizo tal lío que no lograba decisiones. Tuvo que elegir don Gil por él. Espárragos (que estuvieron a punto de convertirse en lanzas porque durante ellos el cura narró al padre de Juan Luis el fiasco científico ocurrido en la casa del arcipreste) y una rodaja de merluza que para Modesto alcanzaba casi el tamaño de un coso. Pero tenía buen saque y se lo acabó todo quizá también para aplacar el zoo que vivaqueaba en su aparato digestivo. Ello aderezado con temores y temblores de que se le notase su bisoñez gastronómica.

A los postres, los mayores afrontaron el dilema: ¿Volver al pueblo para retornar al día siguiente a la ciudad? ¿Pernoctar en ella?. Optaron por lo segundo. El cura dedicaría la tarde a rendir visitas de cumplido y pernoctaría en un hotel. Los demás acompañarían al padre de Juan Luis en sus compras por los almacenes (tenía una tiendecita de todo en el pueblo). La pernocta se resolvió a lo barato, de acuerdo con la obra de misericordia de dar posada al peregrino. Buena peregrinación por los áridos yermos de la ciencia les esperaba a los muchachos. El padre de Juan Luis (llamémosle ya Juan, o tío Juan según el decoro rural) tenía unos paisanos que vivían en una casa de campo -menos que casa de campo y más que cabaña- en la vega de la ciudad, a unos cinco kilómetros. Allí pernoctarían. Contactó con ellos y se estableció el plan. Al atardecer, el tío

Juan alquiló una bicicleta y los cuatro esperaron a dos mocetones que venían de la finca con sendas bicis. Tres bicicletas, seis personas, justo, en plan tanden. Modesto viajó con uno de los mozos, sentado –o mejor, posado a lo fakir- en la barra del velocípedo. Hicieron el viaje entre los jadeos del mozo –su aliento, pelín vinoso, salía a una cuarta de la cabeza de Modesto- y los apuros de éste que se sentía culpable del sofoco del ciclista. El ocaso primaveral era fastuoso de malvas y grises, pero el muchacho no estaba para estéticas. Al dejar la carretera y tomar un camino, la bicicleta encalló en un poco de arena y ambos cayeron al suelo; sin consecuencias porque aterrizaron en blando, salvo que a Modesto casi se le clavó la manilla de un freno en la ingle, muy cerca de salva sea la parte. Le dolió bastante pero pudieron rendir viaje. Por otra parte, la jauría intestinal del muchacho se retiró a sus guaridas empujada momentáneamente por el dolor más acuciante.

Ya en la casa, la hospitalidad fue un agradable lenitivo. Se aparejó y consumió la humilde cena y llegó la hora de descansar. A los huéspedes se les dispuso un colchón matrimonial –seguramente algunos de la casa se quedaron sin él- sobre el suelo de la habitación en la que habían cenado. Modesto estaba un poco cortado por verse los cuatro –adulto incluido- en meros calzoncillos y porque éste se empeñó –era padre en funciones-

en analizar los efectos de la caída en tan íntima zona. Nada de importancia: un bultito camino de cardenal. A dormir, pues. Sí, a dormir... En un extremo del colchón se tendió el tío Juan, al lado su hijo, luego Manuel (al que el miedo le exigía estar rodeado) y Modesto en el otro extremo. Estaban como piojos en costura y cualquier movimiento de los yacentes provocaba en el más menudo, en Modesto, su desplazamiento al suelo. No llegaba a caída, pero era suficiente para interrumpir el sincopado sueño del muchacho. Una noche toledana, a fe, poco apta para alcanzar la frescura que le sería precisa para arrostrar el inminente examen.

Tocaron pronto a diana, se asearon gatunamente, desayunaron y vuelta a la ciudad con el mismo medio de transporte. No hubo percances, pero Modesto, por la aprensión y un cierto dolor inguinal, fue sobre la barra más inmóvil que un palo amedrentado. La fauna intestinal reemprendió su mordisqueo. Cuando se encontraron con el cura en el lugar y la hora prefijados, éste no estaba con cara de pocos amigos sino más bien con rostro de muchos enemigos. A Modesto los bichos internos se le removieron en zarabanda. En el hotel donde había dormido el cura se había declarado a media noche un pequeño incendio sin mayores consecuencias pero suficiente para motivar el desalojo de los durmientes. Don Gil se había pasado la noche de claro en claro y estaba de un humor de dobermanes. Modesto, que lo conocía bien, sabía que sus malos humores necesitaban pronta lixiviación y que a la menor los tres niños serían los paganos; algo menos Juan Luis por estar ahí su padre. Preciso era, pues, mantenerse dentro de las más estricta ordenanza.

A decir misa el cura se marcharon hasta la ermita-basílica de la Patrona de la ciudad, que se alzaba majestuosa en un parque cercano al gran río de la ciudad, el mayor río o quizá el único que Modesto había visto (salvo el del pueblo, juguetón todo el año y filiforme en el estiaje, algo más que un arroyo). El tío Juan se empeñó en ayudar a misa al alimón con su hijo quizá para lograr mayor acopio de auxilio divino de cara al examen. Terminada la misa, Manolo y Modesto se salieron a la puerta de la iglesia. Tenía que desvestirse el cura y rezar sus últimas preces. A Modesto le tentó el demonio de la curiosidad extemporánea y convenció a Manolo, muy reticente sin embargo, para acercarse hasta el gran río. Tenían tiempo; total estaba ahí mismo. Verlo y volver. Junto al gran río pararon muy poco, pero fue demasiado. Cuando volvieron, la ermita estaba cerrado y ni rastro de los tres oficiantes. Angustia de los dos y reconveniones de Manolo:

-Ya verás ahora la que nos cae... Si yo no quería ir..., tú tienes la culpa..., se lo diré a don Gil, aunque nos va a zurrar a los dos... ¿Y ahora qué hacemos? ¿Y si no los encontramos? ¿Y si no llegamos al examen?

Atravesaron aterrorizados el parque en dirección al centro de la ciudad. Podía coger un taxi y llegarían al seminario... Pero no hizo falta. En la terraza de un bar de la plaza a la que se abría el parque estaban los tres. El cura desayunaba y los otros miraban cómo desayunaba. Los tres con cara de enfado reconcentrado. Bronca monumental, amagos de tortazos... Don Gil parecía el vencedor de un combate entre hidras y basiliscos. No era el de las calzas verdes sino el del rostro verde de bilis explosivas. Fue breve:

-No cobráis ahora por no poner os más nerviosos para el examen, pero ya me lo pagaréis, vaya si me lo pagaréis; de eso no os quepa duda. Y con réditos...

Manolo lloraba y acusaba:

-La culpa es de Modesto que se empeñó en que fuéramos a ver el río. Yo no quería...

Modesto ni llorar podía, abrumado por toneladas de culpa y lacerado por los bocados de su desbocada fauna intestinal. Sabía que el eclesiástico ni perdonaba ni olvidaba, aunque les otorgase una mora. Se sentía como el aherrojado en una prensa hidráulica en movimiento, pero ahora había que pensar en otras cosas. Ya llegaría el día de la ira, el día aquel.

Llegaron al seminario como quien llega al pie de la guillotina. Allí, un enjambre de atemorizados niños, guillotinando también, a quienes sus padres o el cura del pueblo trataban de confortar sin conseguirlo, como el fraile en los últimos momentos del reo. Los nervios se notaban en los inquietos movimientos de los críos y en la agobiante solicitud de los mayores. Sonó un timbre con el clangor de la trompeta del juicio final. Cuando entre la agolpada grey se abrió paso un cura con gafitas y unos papeles en la mano, Modesto supo que la suerte estaba echada y, de repente, su voraz fauna gástrica se batió en retirada.

-Silencio, por favor... -Era la voz acampanada del sacerdotal verdugo de los papeles-. Silencio... -repitió-. Que vayan pasando los aspirantes según los vaya yo nombrando. Deben entrar sólo con el bolígrafo. Dentro les dirán el pupitre que deben ocupar y se les entregará papel.

Todos los pastores se cercioraron de que sus corderos llevaban bolígrafo y de que éste escribía.

-Alba, Antonio. -y un chico se destacó de la masa y penetró en un salón cuya puerta había sido abierta por una mano invisible.

-Alonso, Carlos. -y otro muchacho camino del matadero con cara de cordero degollado.

A Modesto y a los dos compañeros los cogió don Gil, que trocó su airado rictus por una mueca que quería ser sonrisa sin lograrlo:

-Ya sabéis, tranquilos y pensad bien lo que ponéis, que hay tiempo de sobra. Y no olvidéis que en el análisis suelen aparecer expresiones...

Se refería a que la radio-macuto interparroquial defendía que en el análisis gramatical, uno de los pilares del ejercicio escrito, solían aparecer casi indefectiblemente expresiones o locuciones adverbiales, conjuntivas o preposicionales.

-Corpas, Emilio...

-Criado, Modesto...

Bueno, pues ya. Muchos nervios, bastante miedo, temblor de manos y pies. Le señalaron un pupitre. Se sentó. Le dieron tres folios en blanco. Para intentar tranquilizarse se dedicó a mirar cómo se llenaba el salón. Ahora entraba Juan Luis, luego Manolo. No estaban cerca. Bueno.

-Por favor, cierren la puerta. Atentos; lo primero que haremos será el análisis gramatical. Tienen una hora. Después habrá un descanso de quince minutos y luego otra hora para la Aritmética. Pongan ahora su nombre y apellidos en la cabecera del folio. ¿Ya lo han hecho todos? Pues copien, por favor: "A pesar de que todos queremos ser santificados, hay muchos que no lo consiguen".

No se oía más que el rasgueo de los bolígrafos sobre el papel y el frotarse de las neuronas en las infantiles seseras. Alguna parecía chirriar.

-Repito: “A pesar de...”

-Jo, -pensó Modesto- ¿Estaremos en el seminario todo el tiempo hablando de iglesia y de ser buenos? No parecía muy divertido... Bueno, primero hay que entrar...

Leyó atentamente la frase. No se la daba mal el análisis gramatical. Por lo menos hasta ahora... Releyó y el aceite de la ciencia lubricó sus neuronas. Comenzó a escribir.

A: Preposición propia o separable. Indica movimiento o causa. Tachó causa

Pesar: Presente de infinitivo de pesar, verbo de la primera conjugación regular.

Le asaltó una duda. Lo que he puesto estaba bien, pero creo que también puede ser nombre. El pecador siente pesar por su pecado. Vaya, ya se me ha pegado la piedad. Lo pongo también:

Pesar: También es nombre común, género masculino y número singular, abstracto...

De: Preposición...

Una luz repentina:

-Anda, estoy tonto... si ésta es la expresión esa que dicen que siempre sale como pega.. Pues, claro. Mira que si me pasa... Otro tirón de orejas. ¿Y de qué clase es? El cura nos dijo que lo sustituyéramos por otra palabra hasta aclararnos.. A ver. “Aunque todos...” Es aunque. Mas, pero, aunque, sin embargo... Ya está: Es una expresión conjuntiva. Gol.

Todo va como la seda. El análisis de las restantes palabras no presenta muchas dificultades.

Ser santificados. Qué beatos. Ser y santificados. Ser... Pues va a ser pasiva... Bueno, lo pongo así: Presente de infinitivo del verbo santificar, de la primera conjugación regular, en voz pasiva. Otro gol.

Ahora las oraciones. Don Gil nos dijo que las oraciones con el verbo en infinitivo o no eran oraciones o eran subordinadas. Además lleva aunque, o sea, a pesar de que... Luego la principal es “hay muchos...” Pero hay tres verbos. ¿Y hay? Ay con el hay... Bueno, pues pongo impersonal..., pero ¿y muchos? Bueno, pues no pongo que es impersonal y pongo que sujeto no concertado, a ver si cuele...

Acaba el examen. Los muchachos van saliendo del salón. Él sale el primero de los tres. Fuera, el cura espera impaciente y no se anda con rodeos.

-A ver, la frase; repíttemela. -La copia en un papel-. Veamos qué has puesto...

Modesto, con cierto miedo (la bronca está a flor de piel –así de epidérmicos son los arranques del cura- y puede aflorar en cualquier momento), le dice que ha habido una expresión conjuntiva. –Bien-, oye complacido. Él sigue explicando:

-Equivale a aunque y por eso..., -pero no dice que la ha analizado palabra a palabra por si ha metido la pata...

Salen los otros dos y, de nuevo, la urgencia de las demandas. Manuel no ha visto la expresión, Juan Luis sí pero dice que es expresión adverbial. –Mal; tú, Juan Luis, a medias. Tú, Manolo..., mira que os dije que ojo, que salían casi siempre... Parece que Modesto lo ha hecho algo mejor que los otros, pero no puede despistarse porque el cura sigue disparando preguntas como dardos:

-Juan Luis, ¿esto qué es?... Manolo, ¿y esto? No, te has equivocado... A ver, Modesto, ¿qué has puesto que es hay?

Modesto aventura con sordina su respuesta como si la voz baja restase gravedad al posible error... Diagnóstico de balanza justiciera: Modesto parece que lo ha hecho casi muy bien (tenías que haber analizado las palabras que componen la expresión..., él no dice que lo había hecho porque entonces: ¿Y por qué no me lo has dicho, bobo?). Juan Luis, bastante bien y Manolo así así...

Vuelven los chicos al salón. Al mismo sitio, otros dos folios... Pero ahora no les dictan sino que les dan un folio multicopiado. Operaciones y algunos problemas. Modesto hace primero las operaciones -se lo había repetido el cura muchas veces, por si el tiempo..., pero se le

atraganta la raíz cuadrada, larga. La deja sin terminar porque le va a consumir mucho tiempo. Pasa a los problemas. De los cuatro, dos los resuelve pronto; total, uno es de quebrados y otro una regla de tres. El tercero es del tipo del señor que vende vino en arrobas, azumbres y cuartillos pero el proveedor le cobra en litros. Si pierde dinero le está bien empleado por antiguo. Aventura un resultado, pero no se acuerda bien de las equivalencias y no pondría la mano en el fuego. A ver si suena la flauta... El cuarto es uno de esos del tren que sale de Madrid a Barcelona y de otro que viaja al revés. ¿Por qué no descarrilarán y así se evita uno follones? O que se crucen donde quieran... Apela incluso a sus conocimientos de Geografía (deben de cruzarse por Calatayud, más o menos), pero las Matemáticas son las que dicen el lugar exacto, aunque sea un apeadero, o campo abierto: él no ha montado nunca en tren y le da igual dónde se crucen; propone una solución, pero la solución puede haber descarrilado, y con víctimas: él. A ver qué dice el cura revisor...

Se acaba el examen. Se reúnen, pero no se repite la indagación anterior.

-Bueno, vámonos a comer y allí vemos lo que habéis hecho. ¿Traéis el papel donde habéis hecho las cosas en sucio? -Los tres mueven afirmativamente la cabeza hasta casi el desnucamiento-. Vale, pues allí lo vemos.

Esta vez el jerarca ensotonado pide lo mismo para todos porque el menú importa poco frente al amenazante escrutinio, que comienza con la sopa.

¿A ti qué te da? ¿Y a ti?

Van rindiendo cuentas. Modesto confiesa que no terminó del todo la raíz cuadrada. Gesto casi de odio del cura.

-Pero lo que llevabas estaba bien?

-Creo que sí... -Voz y cuello de la camisa parejos.

Ahora, los problemas. Resulta que acertó el del vinatero pero se estrelló, o descarriló, con los trenes. Alhama de Aragón sería un topónimo que difícilmente iba a olvidar. El veredicto ofrece cambios: Juan Luis francamente bien, Modesto bastante aceptable, casi bastante bien (el filete se torna intragable correa con el: -Ay, calamidad- del cura),

y Manolo, flojo. Éste, propenso al rubor casi cárdeno, se enciende y comienza a llorar. Don Gil reacciona serio:

-Bueno, a ver cómo lo han hecho los otros, porque fácil el examen no era, y en este tipo de examen-oposición importa mucho cómo lo hayan hecho los demás. Dejémoslo y tranquilizaos (sí, piensa Modesto, tranquilizarnos con él), que nos espera el examen oral. Cinco cafés solos. Para que os despejéis, pero ojo con los nervios. ¿Alguien prefiere té?

A las cuatro de la tarde comienza el oral. Modesto es el primero que entrará de los tres -Criado-, luego Juan Luis -Galván- y el último Manolo -Prieto-. El examen se celebra ahora en otro sitio, un aula cuya puerta se abre al fondo del brazo corto de un pasillo en L. A la puerta un cura lee un nombre. El nombre abre la puerta y entra. La cierra el cura. Al rato se abre otra vez y sale un muchacho contrito o alborozado, según. El cura la vuelve a cerrar. El tribunal está deliberando. Dentro suena un timbre de mesa y el cura lee un nombre. El nombre abre la puerta y entra...

Los muchachos y sus acompañantes se amontonan en el lado de la L en que se abre la puerta del aula, con la fascinación nerviosa del pájaro prendido y prendado de los ojos de la culebra que se lo ha de tragar. Algunos saben que, por su apellido, aún les queda mucho tiempo para ser llamados, pero la mayoría, con sus acompañantes, se amontona en esa zona para escrutar morbosamente la cara del que sale y luego opinar en oleadas de murmullos que hacen salir huyendo al ya juzgado:

-¡Qué contento sale éste...! Tiene que haberlo hecho bien... ¡Jo ese, con qué mala cara sale, pobre...!

Alguno, chico o mayor, hasta comete la imperdonable grosería de demandar al reo que qué le han preguntado, pero éste los mira con cara de zombi y no se detiene.

Modesto ha conocido por la mañana algunos compañeros de fatigas y con ellos departe en el otro brazo de la L. El cura, el tío Juan y los otros dos pertenecen a la masa escrutante, pero él ha preferido alejarse un poco con permiso del cura (Vale, pero no te vayas muy lejos y estate pendiente). El muchacho ha dicho que si se queda cerca de la puerta se va a poner muy nervioso y su jauría particular le carcomería los higadillos con mayor fiereza. Así, hablando con estos tres o cuatro amigos ocasionales, se evade y olvida. Y tanto.

-Emilio Corpas...

Modesto, por evadirse del miedo, está discutiendo de fútbol con sus colegas:

-Pues anda que el Bilbao..., es mucho mejor el Madrid...

-Modesto Criado...

El nominado no se destaca hacia la puerta. El cura repite el nombre. El público ya comienza a corearlo, extrañado. ¿Y este muchacho? Tercera nominación. El público va corriendo la voz y coreando el nombre. Al fin y al cabo, hay bastante gente también al otro lado de la L y a lo mejor el tal Criado se ha despistado y esté ahí... El nombre va llegando como en olas a Modesto, que tarda escasamente un segundo en saber que es él el concernido. Reacciona como un muelle y trota por el estrecho pasillo que el público forma. En medio del brazo a cuyo extremo se abre la puerta del aula, se destaca el cura con cara de demonio exterminador. Modesto pasa a su lado corriendo y sin mirarlo (no está para leer el claro mensaje del gesto del cura). Nota un empujón, subtipo colleja, que le desequilibra en su carrera hasta hacerle trastabillar mientras oye una airada voz, baja de volumen pero preñada de ominosas amenazas:

-¿Dónde estabas, imbécil? Otra que me vas a pagar como hay Dios; vaya si me la vas a pagar...

Si el congestionado cura ha proferido más exabruptos, Modesto no los oye. El cura nominador está rápido y certero y abre la puerta del aula a punto para que Modesto entre dando tortoladas y a punto de caerse. Consigue frenar sin tropezarse con el pupitre que está enfrente de la puerta, pero adiós a la compostura que debe observar todo examinando y que seguro que los demás han guardado. Los tres sacerdotes del tribunal se ríen, divertidos por el aparatoso ingreso, tan poco esperable.

Bueno, tranquilícese, que parece traer prisa... (Encima coña, piensa Modesto). Siéntese...

El muchacho se sienta. Percibe en sí mismo la tranquilidad del que despeña por un precipicio en los breves instantes que median hasta estrellarse contra el fondo. Siente el amargo consuelo de lo irremediable, cuando se sabe que se ha llegado a lo peor. -Esta debe de ser la paz de los sepulcros -estuvo a punto de pensar.

-¿Ya se ha calmado?

Afirma tímidamente con la cabeza. No le sale la voz.

-Pues empecemos. Con el catecismo...

A Modesto le ha vuelto la voz y va respondiendo a las preguntas que menudean los tres curas. No se queda en blanco en ninguna; incluso cree notar gestos de aprobación en algunas de sus respuestas. Historia Sagrada, Geografía (no le han pedido que se oriente), Historia... Se ha ido creciendo y ahora está seguro, casi dominador, como el torero que ha vuelto dócil al toro.

-Bien; puede retirarse... más despacio que cuando entró... (Otra vez la coña; pero no se siente agredido ahora: ha hecho un buen examen). Modesto sonríe y abre la puerta. La sonrisa se le borra. Ahí está el cura. La que me espera... Siente que su zoo interior se aproxima peligrosamente a su intestino recto. Pero el enrabiado cura le vuelve la espalda ostentosamente sin dirigirle la palabra ni mirarlo. El chico no tiene claro si siente alivio o desconsuelo por el desaire. Se va al mismo lado del pasillo de antes donde aún están sus tres colegas.

-Bueno, ¿qué tal?

-Bien.

-¿Bien? Vaya número el tuyo. Anda que si no te dejan entrar...

Modesto, hosco:

-Aún no habían llamado a otro...

-Bueno, hombre, dínos qué te han preguntado, anda...

Se lo va diciendo. Los tres van respondiendo al alimón. Si no coinciden, discuten y, enseguida, acuden a Modesto como a un oráculo. Al fin y al cabo, él ya se ha examinado y dice que lo ha hecho bien.

El grupo se va disgregando. Les van llamando sus padres para irse acercando a la puerta del juicio final. Modesto se queda solo y se sienta en un banco rumiando sus pesares que sobrenadan sobre la alegría de haber hecho un buen examen. Lo ha hecho bien, incluso muy bien, pero ni esto conjugará la ira del cura exterminador.

Los chicos se van examinando y la gente se va marchando. Hay ya poco ruido de conversaciones y eso le permite, pese a su ensimismamiento oír que llaman a Manolo.

-Manuel Prieto

Pasa un rato y don Gil, el tío Juan y los dos compañeros llegan a él

-Hala, vámonos, que el coche de línea no espera –le dice el tío Juan.

Modesto, necesitado de un mimo tras el sofión del cura, cree notar en esas pocas palabras un deje de complicidad y de compasión- El cura ni le mira. Le va preguntando a Manolo lo que le ha preguntado el tribunal y lo que él ha respondido. A Juan Luis ya le habría reexaminado cuando salió de la prueba, seguro. Modesto hace que atiende como un desorejado, a ver si se granjea la benevolencia del ogro. Pero ni por esas. Manolo no ha respondido a alguna pregunta, se ha equivocado en otras... El cura justiciero tuerce el gesto en cada ocasión y en algunas le recrimina:

-Pero ¿cómo no te acordaste? –o- pero ¿cómo te has podido equivocar con lo que hemos machacado eso?... Don Gil no las tiene todas consigo sobre si Manolo aprobará o no y éste se pone cárdeno hasta lo purpúreo y está a punto de llorar. Los demás del grupo no saben cómo comportarse. Modesto sí. Presiente que se acerca tormenta y que, ocurra lo que ocurra, le inundará a él. Por si acaso, dentro del reducido grupo, se sitúa lo más lejos posible del clerical vórtice. Pero no le vale porque el cura se le encara:

-A ver tú, calamidad, ¿no te dijo nada el tribunal por tu gloriosa entrada?

El muchacho, contrito:

-Sí, se rieron y me dijeron que me serenase...

-¿Y qué te han preguntado, desastre? En orden y sin dejarte nada ni mentir, que te doy...

Modesto va recordando preguntas y respuestas. Don Gil va asintiendo pero no está dispuesto a mostrar complacencia:

-Bueno, parece, si no mientes, que has acertado todas las preguntas menos una a medias. Bien, pero eso no impedirá que me pagues todo lo que me has hecho en estos dos días. Hala, ir los chicos detrás de nosotros.

Los tres muchachos se retrasan unos paso y los mayores van hablando de cosas de mayores. Modesto miniprotesta:

-¿Lo que le he hecho es estos dos días?... Pero si sólo ha sido hoy, si ayer no hice nada...

Hace calor. En la estación se toman un refresco que paga el tío Juan. Gracias a eso, piensa Modesto; si lo llega a pagar el cura igual me deja a mí sin él. Suben en el autocar. Se sientan juntos el tío Juan y su hijo y el cura y Manolo (aquel se lo ha ordenado y éste mira con envidia a Modesto, que se sienta junto al pasillo al lado de una señora de unos cuarenta años, vestida de negro (quizá sea viuda) y con opulento busto (si es viuda, qué despilfarro, malicia Modesto). En cuanto arranca el autobús, el chico se duerme agotado. Le despiertan unos golpecitos de Manolo:

-Oye, que dice el cura que te estás apoyando en esa señora, que tengas cuidado...

Y el cura:

-Perdónele, señora...

-No tiene importancia, pobrecito. Se nota que el angelito va agotado, déjele...

-Buen agotado y buen angelito está hecho, si yo le contara...

A Modesto se le van volviendo a cerrar los ojos; hace esfuerzos por mantenerse derecho en su asiento pero se va ladeando. Nota su cabeza sobre el brazo de la señora y cree haber notado que se resbalaba sobre el maternal busto, pero el sueño, el sueño...

La mujer le despierta suave y cariñosamente pero Modesto emerge rápido de entre las brumas del sueño bastante avergonzado. Recuerda la blandura... Ella ya ha llegado a su destino y tiene que bajarse. Es el pueblo anterior al del muchacho. La mujer se baja.

Ahora el cura medio le sonrío:

-Menudo viaje le has dado a la pobre señora y qué paciencia ella...

-Tú, en cambio, -sonríe el tío Juan- buena almohada has tenido...

Los dos adultos ríen. Modesto sigue cortado, ahora por las risas.

Coda: La vida retorna a su rutina como si no hubiera ocurrido nada. Cierto es que Modesto fue sonsacado insaciablemente por sus padres hasta el detalle más minúsculo del viaje, hasta llegar los fondillos de la memoria. El muchacho tranquilizó a sus padres porque creía que el examen le había ido bien y porque se calló los "casus belli" con el cura. A ver si éste se olvidaba, que no había vuelto a decir nada y eso que era de arranque pronto...

Pasaron diez días. En casa de Modesto, paz en espera. La puerta de la calle, siempre entreabierta, se abrió del todo:

-¿Se puede?

Sale la madre; y el cura:

-Buenos días.

-Buenos los tenga usted, don Gil.

-¿Están su marido y Modesto?

-Sí, por ahí están... Ay, Dios mío -pensó-, ya, sea lo que sea... -y gritó-: ¡Blas, Modesto...!

Acudieron los dos y saludaron. El padre con respeto y Modesto con miedo. Fuese lo que fuese no esperaba nada bueno. La jauría interior, que se había tomado vacaciones, volvió voraz.

-Bueno, pues ya que estamos todos, enhorabuena. Modesto ha sido admitido en el seminario. Y no sólo eso. Ha sacado el número cuatro de entre treinta. Yo no esperaba menos..., así que, de nuevo, enhorabuena.

El padre miró a Modesto en silencio pero con una llamara de orgullo en los ojos. La madre comenzó a lloriquear de la emoción. Modesto no dijo nada y bajó la cabeza con más miedo que modestia pese a su nombre. A ver si él éxito conmutaba la pena, aunque... Siguió el cura:

-Pero el triunfador -a Modesto el adjetivo le quemó con su sorna- y yo tenemos una cuenta pendiente. No sé si les habrá contado...

Se explayó en un mosaico de detalles sin faltar ni la mínima tesela: la visita al río, el despiste cuando le llamaron para el examen oral, hasta el incendio de su hotel parecía atribuírselo a Modesto.

-...y lo cortés no quita lo valiente. Así que, Modesto, acércate...

Los padres no sabía dónde mirar ni qué hacer. Modesto se aproximó con cara de relapso arrepentido y con demoras de cordero inocente y consciente camino del matadero. Ya sabía él que el castigo era irremediable y aventuró su clase. El cura remangó los labios en una sonrisa lobuna, aplicó las manos a las orejas del reo hasta ocultarlas dentro de cada mano y plegarlas como un pestiño. Ofició entonces en las invisibles orejas unos semigiros como si acelerara una moto. A cada giro las orejas clamaban dolores como si las estuvieran desprendiendo.

-Te dije que me las pagarías -siguieron los giros, pero ¿hasta cuándo le duraría el rencor, sufrió Modesto- Bueno, ya..., para que aprendas. En paz.

Las orejas, liberadas, se desplegaron candentes y dolientes. El cura sonrió de nuevo ya no lobuna sino gatunamente.

-Y ahora, un abrazo. Estoy orgulloso de ti...

Y abrazó a un Modesto confuso que sintió el abrazo más como apabullamiento que como caricia.

-Amores de asno, coces y mordiscos, -pensó- pues anda que si me llegan a suspender...

LA TRAICIÓN DE UN DIEZ

Cada curso, el seminario menor castellano-manchego en el que Modesto Criado se afanaba en latinidades y otras humanidades, llevaba a los seminaristas a pasar un día de campo en una finca del propio seminario dada en colonato o aparcería. Aunque el discurrir del día era siempre el mismo, salvo imprevistos, el rompimiento próximo de la monotonía cotidiana de clases, rezos y recreos traía nerviosos los días anteriores a los alevines clericales y les provocaba un cuentagotas de pequeños insomnios de impaciencia. Ya en la fecha gloriosa, tras los timbrazos rompesueños, decenas de caras se asomaban a las ventanas del día naciente para conocer sus bondades (si hacía malo podría incluso suspenderse la excursión). Como si pudieran acelerar el paso inflexible de las horas, ese día el aseo era más numantino que de ordinario. Y era numantino no por porfiado o empecinado sino porque, con las prisas, gastaban menos agua en las abluciones que los numantinos en los días más aciagos del cerco, cuando no había agua ni para beber. Al fin y al cabo iban al campo y allí el aire campestre aventaría los efluvios corporales.

Con el día radiante, preces matinales, desayuno..., todo se demoraba ante la urgencia de los deseos. Y por fin, los cinco o seis kilómetros hasta la finca junto al río. Llegados a la gran casa de labor, despojo del atuendo de paseo y comienzo de la diversificación de asuetos. La mayor parte de los muchachos se iba a una pradera a mirar o participar en el partido de fútbol del año (cada curso se disputaban cinco seis partidos del año, siempre entre los irreconciliables equipos de la sección mayor y de la sección menor). Los no futboleros ni de mirar ni de jugar organizaban otros juegos o paseos por las riberas del río en las que se alternaban las praderas de hierba con los bosquecillos de fresnos, sauces, alisos y tamarindos. Cada grupito, en suma, se diferenciaba en su sueto. Algunos, quizá los más osados y acuáticos, se metían en un remanso del río, con las perneras de los pantalones impudicamente levantadas por encima de la rodilla, para la atenta tarea de pescar los incomedibles mejillones de río, que luego depositaban de nuevo en el arenoso lecho fluvial para mirarlos en su lenta pero afanosa tarea de volverse a enterrar en la arena. Otros grupos recorrían los huertos y los cultivos del entorno.

A la hora establecida se reunían en el corral de la casa de labranza para la comida campestre, que solía ser paella o algo similar, en la que cada uno se acomodaba en un lugar en torno a la casa tras recibir el plato de la pitanza, para comentar con los amigos las incidencias del partido o los avatares matinales. La tarde transcurría más o menos como la mañana aunque sin la encarnizada pelea futbolera. Los de cada curso, a veces subdivididos en grupos más afines, organizaban su tarde, que solían comenzar tumbados en la orilla del río contando chistes, cantando o charlando. En pecaminosas ocasiones, tras un solemne pacto de silencio, algún furtivo cigarrillo que propiciaba más el placer del riesgo que el de la nicotina. Tras el sesteo, que alguno incluso dormía, los grupos paseaban por los caminos del entorno, entre las huertas y los campos de maíz, algodón o tabaco, hasta que llegaba la triste hora del retorno. Durante el camino, si no se rezaba el rosario, se hablaba poco, cada uno a solas con el cansancio de su inquieto día, con la urgencia medrosa de los deberes no hechos para las clases del día siguiente o con la desoladora sensación de la brevedad de los buenos.

La cama y el hondo sueño del cansancio serían el último baluarte de la jornada diferente. Tras el timbrazo rompesueños, de nuevo el monótono lastre de los días iguales. A la ventana se asomaban muchas menos caras; total, daba bastante igual cómo fuese el día o dejase de serlo. En definitiva, tras los cristales, la machadiana monotonía de la lluvia o de la niebla o del sol o del aire. La monotonía.

Los escasos días de campo, siempre iguales, eran curiosamente siempre diferentes. Los avatares del partido de fútbol y su incierto resultado (casi siempre ganaban los de la sección mayor), los árboles de la ribera, el estado de los cultivos, el clima, las flores, la estación del año..., cualquier cosa aportaba diferencias a un día diferente. Y luego estaban los mínimos –o no tan mínimos- acontecimientos que se constituían en hitos de diversidad para un día diverso,

como aquella vez en que Modesto y sus amigos creyeron que saltarían a la notoriedad si los curas les permitían entreabrir las puertas del seminario.

Río arriba, a muchos kilómetros, se había ahogado el hijo de un prócer del Régimen. Al parecer, la maleza del cauce le había pinchado la canoa desde la que cazaba azulones. Se rastreó un gran trecho aguas abajo y el cadáver no apareció. Modesto y sus amigos sesteaban en la ribera de río, algunos sobre los troncos de los sauces que se inclinaban sobre la corriente. Uno de ellos vio bajar lentamente por el agua, flotando, algo más o menos cilíndrico. A esa distancia podía ser incluso un cuerpo. Alertó a los amigos y las incógnitas y las cábalas menudearon, muchas en torno al joven ahogado. Tendrían que avisar a los curas, éstos a la Guardia Civil y estos... Y la noticia en todos los periódicos: “Un grupo de seminaristas encuentra el cuerpo del hijo del conde de las Cabañas”. Y entrevistas y quizá fotos en los periódicos y a lo mejor alguna gratificación de recompensa (-Yo, una bicicleta... -Yo, un reloj...), tras la cristiana sepultura posibilitada por su descubrimiento.

El bulto seguía bajando lentamente, en un zigzag de enganchones y sueltas con las ramas de los árboles que penetraban en el agua. El hedor llegó antes que el bulto. Hedor de carne corrupta y forma corporal. Ya era identificable, como lo fueron los sentimientos de los muchachos: decepción y liberación. Era el cadáver hinchado de un cerdo grande. La fantasía se deshizo y el hedor se hizo irrespirable. Para más inri, el cuerpo se quedó enganchado entre el ramaje. Con una mano en la nariz no tuvieron más remedio que agenciarse unas ramas para empujar la carroña y liberarla de los obstáculos para que siguiera arrastrada por la corriente. Con el mal olor se alejó también la efímera aventura de la posible fama.

O como aquella otra ocasión en que Modesto fue solicitado. Un compañero, dos o tres cursos mayor, recibió de regalo paterno una armónica “Seductora Honner”. Las armónicas eran por aquellos entonces una posesión muy ansiada porque eran la máxima moda en el seminario. Modesto sabía que nunca tendría una porque sus padres eran pobres. Se la pidió algunas veces al compañero y obtuvo siempre la más contundente negativa. Aquel día de campo todo brillaba de esplendor primaveral. El partido matinal de fútbol había comenzado, pero Modesto, no muy aficionado a él, divagaba por entre los bosquecillos de ribera, algunos muy tupidos, de alisos, tamarindos y sauces. Quizá podría sorprender un conejo o ver deslizarse una culebra o correr un lagarto. Oyó el sonido de una armónica y, al salir de una de las manchas de los arbustos, vio al afortunado poseedor de la tan solicitada armónica “Seductora”, que paseaba solo tocándola.

-Hola, ¿qué haces?

-Nada, por aquí.

-Si quieres te dejo toda la mañana la armónica.

A Modesto le sonó rara la propuesta; le había negado tantas veces la armónica... Quizá la euforia del radiante día de campo trocaba a las personas y tocaba su generosidad. Cautelarmente aceptó sin mostrar ni una pizca de la sed de armónica que tenía –Bueno...

La armónica brilló en la mano oferente: -Toma, pero tienes que dejar que te haga cosquillas. Nos metemos entre estos arbolillos y nos reímos un rato...

Modesto salió corriendo hasta mezclarse con los que veían el partido. Ese día no hubo un espectador más atento, aunque al poco vio al de la armónica mirando también la contienda. Modesto supo, aunque no le importó, que nunca jamás tocaría esa armónica.

Cada día, también los de campo, tiene su afán. Pero el que transcurría ahora no había tenido nada reseñable. Apurando las últimas horas de asueto, Modesto y algunos amigos paseaban por los caminos agrícolas que recorrían las huertas y los campos de cultivo de tabaco y algodón. Una red de acequias cruzaba los regadíos y salvaba los caminos mediante sifones. Los amigos de Modesto mantenían una intrascendente charla entreverada de chistes, anécdotas, ocurrencias, provocaciones mutuas de bromas... Lo típico de unos adolescentes que charlan de nada concreto entre risotadas y voces, algo excitados por el final inapelable del día de campo. Modesto no caminaba muy junto al grupo ni participaba mucho en la charla. Siempre curioso,

iba pendiente de cualquier detalle del paisaje y de asomarse a los pozos de los sifones, vacíos entonces, por si veía algo curioso. No había visto nada especial: fango en los fondos, un conejo ahogado, algún cardo... Pero entonces lo vio. Los pozos medían al menos un metro desde el fondo hasta el tubo horizontal que, bajo el firme, dejaría pasar el agua hasta el otro lado del camino. Era, pues, muy difícil si no imposible que cualquier animalejo que cayera en uno de esos pozos pudiera salir si el agua no venía, llenaba el pozo y llegaba al tubo y a la acequia.

Entonces lo vio. En uno de los ángulos del prisma cuadrado que era cada pozo, sobre un islote de cieno, una gruesa culebra de agua, inmóvil, procesaba seguramente una laboriosa digestión que la mantenía ensopada. Modesto pudo ver bien su lustrosa piel y su forma rolliza de ofidio bien alimentado, aunque en alguno de sus anillos creyó ver la distensión irregular que debía de provocar el cuerpo de la última presa, aún no digerida del todo. En el otro extremo del pozo, en un charquito mínimo de agua lodosa, se arracimaba, unas encima de las otras, al menos una docena de ranas, también inmóviles. Curiosamente, todos los batracios estaban colocados mirando las paredes del sifón y de espaldas a la culebra.

Enseguida, la culturilla literaria de Modesto le avisó de que estaba contemplando en vivo la escena final de la fábula (no recordaba de quién era) de las ranas y el rey. Aquella de las ranas que, hartas el desorden que ellas mismas provocaban en su charco, un auténtico charco de ranas, pidieron a Zeus un rey. El dios, previsor de peligros, les envió el mal menor: un enorme tronco que flotase amenazador sobre las aguas. Efectivamente, las ranas se asustaron ante el estruendo del tronco cayendo en el agua pero pronto se soleaban y solazaban sobre él. De nuevo la anarquía y un nuevo ruego a Zeus y otro dios, temido primero y menospreciado al poco tiempo por los batracios. Nuevo caos convivencial y nueva petición al dios, que, harto, les envió la horma de su zapato: una culebra que poco a poco fue devorando a todas las ranas. Al final, en el charco reinó la paz de los muertos. Hasta la culebra se fue.

Pero Modesto enseguida abominó de la trivialidad de la ideología, tan carca, de la fabula, defensora de los autoritarismos más absolutistas y propugnadora del palo del poder y de la incapacidad del ciudadano para gobernarse. Inmerso por entonces en las cuitas existenciales y en las demandas sociales de la adolescencia, y proclive por temperamento a las cogitaciones y a las melancólicas nebulosidades de la juvenil etapa, supo entender la contundente metáfora que la escena le ofrecía. No conocía por entonces la socio-metafísica existencialista ni el fatalismo tautológico del escepticismo más árido pero entendió que la escena era una clara metáfora de todas las sociedades y de la vida o de muchas vidas. ¿La sociedad, todas las sociedades, se compone inevitablemente de culebras y de ranas? ¿No hay otras formas sociales? ¿Podrán alguna vez rebelarse las ranas? ¿La vida consiste en esperar la muerte inevitable? ¿Vivir es esperar –desesperar- a ser comido? ¿Nacemos para ser comidos y la vida se justifica sólo en la deglución?

Las ranas, inmóviles, seguramente resignadas a la muerte y a la nada, sin poder hacer nada para librarse del inflexible destino de ser devoradas una a una con la parsimonia impuesta por el aparato digestivo de la culebra, que no tenía que molestarse más que en elegir y engullir a una de ellas, cuando tuviera hambre, para luego dormir en la seguridad de una despensa viva.

Modesto se imaginó vívidamente la escena que habría de repetirse una docena de veces. La culebra se despertaría lentamente e su letargo digestivo. Vomitaría los residuos sólidos de su última víctima y permanecería quieta con el reposo del apetito satisfecho. No molestaría a las ranas; si acaso, las observaría tranquilamente eligiendo una para el próximo festín. Cuando, tras días, volviese a sentir el acicate del hambre, se desenrollaría muy lentamente y se acercaría al batracio elegido, a una de las ranas que se apretaban al otro extremo del fondo del pozo. No tendría ni que estirarse del todo para tomar su próxima comida ni proyectar la flecha de su cabeza con velocidad fulmínea para enganchar el cuerpo elegido. Las ranas, siempre de espaldas al ofidio, quizá para que su corta memoria se olvidase de la presencia enemiga y de su atroz destino, sólo se removerían al sentir el paroxismo de movimientos de la rana apresada, pero la agitación de la pirámide de ranas cesaría tan pronto como la rana atenazada comenzase, ya

inmóvil, a ser deglutida. Y de nuevo el sopor serpentino y la quietud de días o semanas. Y Modesto se imaginaba también los últimos días de la última rana, de la hasta ahora indultada, en su certeza de ser ya víctima forzosa. Quizá llegara el agua salvadora y podría salvarse (eso lo imaginaria y desearia oscuramente, no resignada del todo). Pero también podría ocurrir que llegase el agua cuando ya la rana estuviera siendo tragada, pero aún lo suficientemente viva y fuera de la boca de la culebra como para advertir que la avenida del agua ya era tarde para ella. Su suerte sería más terrible aún, con la terribilidad de lo inútil, de lo totalmente absurdo.

Y Modesto se puso a imaginar situaciones humanas equivalentes a las fases de la tragedia que observaba en el pozo. También en la vida humana todos eran, antes o después, víctimas. Era la tragedia de la total desesperanza de la vida, no sólo para las ranas sino también para la culebra, ahora dominadora de seres y circunstancias. Era otoño y quizá hasta la primavera no echasen el agua. Llegaría un momento en que la culebra habría devorado ya a todas las ranas y volvía a tener hambre y no habría que comer y la angustia le llegaría entonces a ella, y su oscura mente percibiría, aunque sin pensar en las ranas, el paralelismo de su circunstancia, y llegaría la inanición hasta la muerte. Y quizá llegaría también el agua cuando ya no pudiera ni nadar. El absurdo total, la angustia que va por barrios y a todos les llega, hasta a los verdugos, hasta a las culebras de comida segura. También el destino jugaba con ellas aunque les diese un poco más de cuerda que ellas considerarían inmunidad.

-Vamos, Modesto, ¿qué haces?-. La voz de Ángel, su más amigo, le urge...

-Id vosotros andando, que ya voy yo...

Pero no se mueve. Sentado en el reborde del sifón sigue contemplando la inmóvil escena de la culebra ensopada y de las ranas atenazadas por el pánico. Siente como una catarsis existencial, como la remoción de unos eficaces ejercicios espirituales que machacasen sobre la angustia existencial, sobre el sinsentido del existir y del ser. Siente unos helados axiomas que le penetran en el cerebro con su aguja de desoladora certeza: Seguramente la vida es así; seguramente la realidad es así bajo su corteza de apariencias, de las apariencias montadas para hacer llevaderas la realidad y la existencia. Entonces la religión sería una impostura y Dios algo tan inútil como si una de las ranas, impulsada por el terror, hubiera cogido un palito del fango y lo hubiera entronizado para todas como remedio de su trágico destino. Inútil. ¿Cómo saber la verdad de la vida? Pensó que la escena, seguramente irrelevante para muchos de sus compañeros, se había constituido para él en un jalón de su vida porque había abierto un portillo en su interior por el que entraba un torrente de ideas, dudas y certezas demoledoras, por el que se salían a borbotones su infancia y su adolescencia y entraba la corriente fría y maduradora de una árida adultez entrevista.

Llegaba la hora de irse. Modesto se apresuró hasta la casa de labor, cogió sus cosas y se unió a sus compañeros. Antes de romper a andar, un cura voceó que, como era tarde, al llegar al seminario irían directamente a la cena y que ahora aprovecharían el trayecto para rezar el rosario. Nada de él rezó Modesto, que lo aprovechó para seguir pensando en la escena porque quería apurar su valor simbólico y revelador. Ya tenía claro que era una angustiosa metáfora de la vida, pero quería exprimir sus corolarios, sus extrapolaciones para la vida humana, y hacerlos suyos, porque tenía claro que en su nebulosa forma de pensar adolescente había un antes y un después. Sentía también una especie de solidaridad y de compromiso con las ranas que habían alumbrado en él nuevos pensamientos, cruciales en su vida-

Pero la rutina de la vida impuso al día siguiente su gris monotonía. En clase de literatura les habían leído trozos de la Odisea y luego les habían puesto de tarea una redacción sobre uno cualquiera de los fragmentos leídos. Tanto éste como el enfoque eran libres: imitación, comentario, parodia, recreación... El plazo era corto, dos días, y a Modesto no se le ocurría nada válido, nada que le gustase, afanado en otras materias. Llegaron las últimas horas de estudio antes del momento de la entrega de las redacciones. De pronto se dio cuenta de que él había asistido hacía poco a la escena de la cueva del Cíclope, en la que Polifemo mantenía presos a Ulises y a

sus compañeros para irlos devorando lentamente uno a uno. Las escenas eran absolutamente idénticas. Polifemo era la culebra y las desgraciadas ranas los nautas de la interminable navegación, de la terrible navegación de la espera. El ejercicio de recreación estaba resuelto y sabía que con éxito porque lo tenía muy vivo, pero lo rechazó porque sentía que usarlo era traicionarse a sí mismo, que lo había experimentado como una experiencia crucial para su vida, y a las ranas. Las ranas no tendrían un Ulises salvador ni unas gigantescas ovejas bajo cuyo vellón se ocultasen para huir, no tendrían los vellones del agua salvadora que inundase el sifón. Las ranas no tenían escapatoria y escribir la redacción era utilizar su tragedia y traicionarlas.

Pero el tiempo apremiaba y Modesto claudicó: si las ranas no tenían su Ulises tendrían su Homero, vergonzante y avergonzado, su inhábil Homero traidor. La redacción le salió de un tirón y a su gusto; sabía que no era mala. A los dos días el profesor leyó y comentó algunas redacciones. Al final la que dijo que era la mejor. Era la suya. El cura destacó sus aciertos –casi todo- y la calificó con un diez. Pero Modesto no se alegró demasiado o tuvo una agrisada alegría. Había vendido a las ranas y comerciado con su tragedia. Él tenía que haber avisado a quien fuera para que soltasen el agua salvadora; seguro que se hubieran reído de él pero lo debía haber intentado. En todo caso, al menos, debía haber dejado a las ranas en la dignidad del recato de su tragedia, en la intimidad de su duro destino. Porque sus compañeros, a medias de envidia y de burla, se rieron del parangón y se burlaron de las reflexiones filosóficas que Modesto había deducido de unos batracios que deberían haber sido salvados, sí, pero para comerse ellos sus succulentas ancas. Al fin y al cabo, era una muerte más útil que la de ser devoradas por la bicha.

Las risas le dolieron mucho y se enfadó con algunos de los reidores. Al fin y a cabo las ranas le habían abierto pensamientos nuevos y le habían refinado catárticamente su sensibilidad. En cambio, él las había convertido en transacción, en moneda de trueque por algo tan baladí como una calificación. Había traicionado a las ranas y se había traicionado a sí mismo porque tenía que haber celado en su interior la visión de la escena de las ranas y las enseñanzas que de ellas había recibido. Éstas y la culebra deberían haberse quedado en su vida como una íntima y aleccionadora fábula. ¿Es que la madurez que le habían ofrecido no consistía más que en la capacidad de comerciar con cualquier cosa?

NOCHE DE INOCENTES

En el seminario castellano-manchego, a Modesto Criado, recién terminada la singladura de la pubertad, le había entrado esa bulimia espiritual que son los escrúpulos de conciencia, que le tenían amargurado. Nada de comulgar si había roto el preceptivo ayuno desde la media noche porque había tragado agua al lavarse los dientes o le había entrado en la boca una gota de Flöid, máximo aceptable de la cosmética seminaristil. O penitencias si en la ducha había aseado con alguna morosidad sus partes nobles. O colutorios si había proferido alguna interjección monjil que a él se le antojaba dicitario de grueso calibre. Un sinvivir, en suma, porque el Maligno tejía con tal profusión sus redes pecaminosas que los días de Modesto Criado eran una carrera de obstáculos en evitación de las cavernas del Averno por si le sobreveníá la muerte súbita. Y las noches, porque, llegados a su celda, los seminaristas tenían que apuntar los saldos del examen particular de conciencia del mediodía y del general en las últimas preces. Tal apuntamiento era para Modesto la debacle. Los pecados saltaban a su cuadernillo como las langostas en plaga, Y a ver quien era el guapo que dormía con las puertas del infierno atrayendo con el vórtice de sus fauces el alma sentenciada del pecador relapso que él era.

En el seminario castellano-manchego, no se iban a casa por las vacaciones navideñas. Nada de salidas disipantes en las que el mundo, el demonio y la carne socavarían el endeble edificio espiritual que cada seminarista construía día a día en el útero protector del seminario. En esos días de asueto, diez o doce, no había clases y la punzante disciplina habitual embotaba un poco sus pinchos. Las prácticas religiosas seguían intocables, pero se reducían algo las horas de estudio y se aumentaban las de recreo. Lo mejor eran las tardes. Dos o tres horas de paseo y un par de horas de estudio, el rosario y una película más bien rancia, casta y tolerada que, aun así, sufría el control del ojo avizor y la tijera voraz de los curas. Los filmes de todo monstruito precoz menudeaban en el programa, o las de exaltación patriótica. Por ejemplo, ya habían visto “Alba de América” y no vieron “Mediodía de América”, “Tarde de América” y “Noche en América” porque no existían (y en el último caso, tampoco, aunque hubiera existido, por si las moscas y lagarto, lagarto). También habían visto ya “A mí la legión” y más de uno había pensado: ¿Y yo qué he hecho para que la legión me caiga encima? Si por lo menos viniera a defendernos cuando estos carcamales de superiores imponen sus inapelables órdenes... O sea, películas edificantes que limpiasen, fijasen y diesen esplendor la virtud de los aspirantes a santos, o, si no era posible, que no fueran destructivas del etéreo y leve edificio espiritual de los jóvenes levitas.

Era un veintisiete de diciembre. Aquella tarde les habían puesto “Recluta con niño”, una película poco idónea para aquellos jóvenes que nunca serían militarmente mozos, en virtud de concordato, y menos reclutas con niño por mor del celibato que se cernía sobre sus sacerdotales futuros. Tras la pirotecnia de imágenes de la película, su algodónoso sentimentalismo y la rosácea luz del limpio noviazgo de los protagonistas, se imponía la disciplinada rutina para que se enfriasen las imaginaciones jóvenes, no se encalabrinasen sus sentimientos y no se salieran, ni en pensamiento, de los tutelares muros. Por tanto, cena, últimas preces y cada joven a su olivo o, mejor, a su guindo, del que debían caerse.

Modesto, candidato al elenco de santos jóvenes, llegó a su habitación y se sentó a la mesa. Se trataba de anotar, religiosamente, claro, tanto por cuidadoso como por escrupuloso, los resultados del examen general de conciencia con su balance de ascéticas conquistas y sus pecaminosas (para él todas) claudicaciones en la batalla sin cuartel de la santidad. Se demoraba en el cómputo, cuando un aguja, que había usado por la tarde para coserse un botón de la sotana, brilló sobre la mesa. Enseguida, el Maligno tentador: -Tú te crees que amas a Dios, pero sí, sí..., mucho anhelar el martirio, pero a que no te clavas esa aguja en la mano; si amases a Dios te la clavarías como sacrificio...

La mano derecha de Modesto cogió la aguja, la apoyó sobre la izquierda y apretó un poco; sintió una leve punzada pero no siguió. Insistió en el deseo y en la derrota. Definitivamente, no quiere a Dios. Hala, otro pecado. Son ya las once y cuarto. Todo el seminario ha iniciado ya la travesía de la noche, pero él tiene que ir al padre espiritual para confesarle su lacerante fracaso y que le aconseje en el punzante dilema.

Pero no todo el seminario descansaba. Los superiores habían de revisar la película que se proyectaría al día siguiente. Aunque seleccionada con todo cuidado, en comparación venatoria, la liebre del peligro podía saltar en cualquier escena. También habían de patrullar por los pasillos para evitar las candorosas inocentadas que seguramente los seminaristas se infligirían mutuamente.

Modesto salió sigilosamente de su habitación. Todo estaba a oscuras, salvo la poca luz negra que la noche proyectaba por las ventanas. Pero no necesitaba luz. Tanto frecuentaba las visitas nocturnas al director espiritual que se conocía el trayecto a ojos cerrados, o al menos oscuros, y a pasos contados. Iba por la mitad del largo pasillo que circundaba el patio central. Oyó pasos en el extremo; no podían ser otros que los curas. Pero estos le oyeron también; no podía ser otro que algún gracioso tramando unan inocentada. Y se inició la persecución. Afortunadamente para Modesto, no lejos de donde estaba se abrió la puerta de unos servicios. Una voz autoritaria le conminó: -Oye, quien seas, quédate donde estás.

Dilema de obediencia frente a salvación. Otro pecado. Aunque la puerta del servicio estaba entreabierta, asió la manilla. Notó algo pastoso en ella pero no era tiempo de indagaciones ni demoras. Empujó la puerta y una palangana le golpeó la cabeza y le bañó por entero. La gracia de la palangana con agua sobre la puerta. Tampoco se detuvo hasta ganar una de las cabinas, en la que se encerró. Sentado en el inodoro se olió la viscosidad de la mano. La gracia del picaporte untado en betún. Los pasos de los curas se acercaban. Entraron en los servicios: -Está aquí. Oye, quienquiera que seas, sal inmediatamente.

Modesto ni respiraba, aunque tiritaba por el frío del remojón, sólo compensado por las calores de la huída y del miedo. Si era preciso, a riesgo de pulmonía, aguantaría encerrado toda la noche. Al fin y al cabo, ya había pasado encerrado un buen rato (o eso le parecía a él). Silencio.

-Oye, gracioso, sal ya mismo. ¿Quieres que nos estemos toda la noche aquí? Pues nos estamos; nosotros, por lo menos, estamos secos.

Silencio.

-Bueno, déjale; no vamos a estar nos aquí toda la noche por un gracioso; además, antes o después nos enteraremos de quien es. Vamos a seguir vigilando. Por lo menos a este, mojado y embetunado, no creo que le queden muchas ganas de bromitas.

Salieron del servicio y sus pasos se alejaron. Modesto siguió allí por si le habían tendido una celada. Tras un tiempo prudencial, se decidió a salir. No se oía nada. Bajó a la planta inferior, donde estaba la celda del padre espiritual. Todo en calma, salvo él, aterido por el chaparrón y asustado. Siguió por el pasillo, que se sabía de memoria. La habitación del director espiritual no se abrió al pasillo general sino, con otras dependencias, a un pasillito secundario que se comunicaba con el general por una puerta que siempre, siempre, estaba abierta. Pero esa noche no. Esto lo descubrió la cabeza de Modesto al chocar fuertemente contra la puerta.

Hubiera sido el momento de proferir un contundente taco, pero él no se daba a exabruptos. Como si cometiese ya pocos pecados... Sólo dijo :”¡Porras!”. Y se acordó fugazmente de aquella ocasión en la que pecó gravemente de palabra. Estaban jugando al fútbol y su compañero Marciano, que era algo cojo, le puso una zancadilla, quizá sin querer, por la disimetría de sus piernas. Modesto no se enfadó (fuera los pecados de ira) pero le lanzó un aumentativo más bien cariñoso: “¡Cojón!”. Los otros jugadores se partían de risa y él cayó en la cuenta del terrible palabro que había proferido contra un amigo. Hala, otro pecado más, más materia de confesión. Se angustió...

Pero la realidad se imponía. El golpe había sido morrocotudo. Se echó mano a la frente. No estaban las gafas; en cambio, notó algo cálido y fluyente que brotaba de la ceja. Las gafas, al romperse, le habían producido un corte. Llegó a la puerta del director espiritual. Llamó con los nudillos y la entreabrió:

-Padre, soy yo. ¿Se puede?

-Sí, pasa. Siéntate un momento, que tengo que acabar el breviario y no llevo, que van a dar las doce.

El confesor, acostumbrado ya a sus visitas, ni le miró. La hora le imponía la urgencia en los rezos. Se santiguó, cerró el libro, le miró y se sobresaltó. Junto a la puerta, sentado en una silla, tiritaba Modesto (no había calefacción en todo el edificio). Estaba mojado y su cara presentaba chafarrinones de negro y rojo.

-Pero, criatura, ¿qué te ha pasado? ¿cómo estás así?

Modesto le contó brevemente su odisea y quiso abordar el tema de su pecaminosa cobardía, pero el cura le interrumpió:

-Déjate de bobadas ahora; anda, ven que te cure un poco. Toma esta toalla y límpiate. Nada una pequeña rajita en la ceja. Aguanta el alcohol aunque escueza. Más te mereces por bobo. Ahora una tirita. Como si no tiritaras tú bastante.-se rió de su chiste malo-. Y ahora, a dejarse de tonterías; ni absolución ni ocho cuartos. A la cama inmediatamente. Es una orden de padre espiritual.

Modesto salió sumiso y contrito: -Hasta mañana...

-Adiós, calamidad. Y no cuentes nada de esto mañana. Menudo pitorreo se te prepararía...

Modesto, en su regreso, no encontró moros en la costa; ni cristianos. El seminario era una balsa de silencio y de sueños angelicales. Llegó a su habitación, se desnudó y se metió entre las gélidas sábanas procurando pese al frío tomar, para evitar las tentaciones, la postura que habría de adoptar en el ataúd. Cuando entró un poco en calor se durmió.

Al día siguiente, en la primera ocasión en que pudieron hablar, sus amigos le preguntaron. Modesto iba sin gafas, con una tirita en la ceja y con todo el ojo morado.

-Es que anoche, al ir a cerrar la contraventana sin encender la luz, me choqué con ella, me golpeé en la cara, se me rompieron las gafas y me cortaron en la ceja.

Esa mentira la repitió cada vez que le preguntaban por su devastada cara. Pero no sería la última. Tras una noche de inocentes tan azarosa, sus escrúpulos hicieron crisis (no era cosa de dejarse la vida por ellos) y su conciencia pasó de ser escrupulosa a ser lasa, o sea, con grandes tragaderas morales.

WEST SIDE STORY

Que un seminarista saliera cinéfilo era tan raro y tan inútil, aunque por razones opuestas, como un oso polar albino. Ello se debía a que las pocas películas que les ponían durante el curso eran más que vulgares abominables. (¿Y ominosas? Ominosas no; se pone por la paronomasia). Eran películas que hubieran sido pateadas en un cine de barrio, pero que engañaban la insaciada hambre icónica de los futuros levitas. La televisión, ya existente en el seminario, sólo la cataban en algún que otro evento deportivo, en la patriótica demostración sindical del primero de mayo y en algún fasto religioso televisado. El verano tampoco era cinematográficamente propicio. El cura del pueblo, si es que había cine en él, se mosqueaba si los seminaristas le pedían permiso tres o cuatro veces para ir al cine, previa aportación documental de inocuidades fílmicas. A la quinta, les negaba el permiso, réspice incluido.

Pese a tales óbices, a Fidel, un compañero de Modesto Criado, le dio cinéfila. Leyó libros de cine, se suscribió “Film ideal”, una cristiana revista de cine, e hizo proselitismo de lecturas (el de visionado era imposible) entre sus amigos. No veían películas, pero estaban al cabo de la calle de estrenos, nombres y calidades cinematográficas. La afición cinéfila prendió en el grupo de amigos aunque en ellos era tan contranatura como la hidropesía en el desierto. Modesto mataba el gusanillo encargándose, en verano, de clasificar las fichas cinematográficas a las que la parroquia estaba suscrita y de colocar en el cancel las fichas de las películas que se proyectaban en los cines del pueblo. Antes se había leído de pe a pa la sinopsis de todas fichas que caían en sus manos.

Por aquellos días, una comedia musical, “West Side Story”, suscitó entusiasmos, estudios y reseñas, taquillazos y, luego, diez o doce óscares. La más laureada hasta entonces. Fidel y sus prosélitos del séptimo arte se empapuzaron todo lo que cayó en sus manos (bien es verdad que no demasiado, la censura clerical) sobre el film. En Madrid se estrenó en el cine Paz, con sonido y pantalla adecuados y a la última. Modesto hizo cuestión de principios cinéfilos el ver la cinta, aunque su logro era tan difícil como una excursión para un preso.

La ocasión le llegó en la navidad. Por vez primera dieron a los pupilos del seminario castellano-mancheño vacaciones en sus hogares. Modesto, naturalmente, las pasó en su casa, pero trazó un plan para ver la ansiada película. Consiguió de su familia el permiso para que, el día de retorno al seminario, en vez de tomar el coche de línea de la capital de la provincia, donde estaba el seminario, le dejasen tomar el autobús a Madrid. Aquí visitaría a la generosa y devota señora que le sufragaba parcialmente los gastos de sus estudios. Previamente había telefoneado al seminario solicitando autorización para llegar algo más tarde de la hora marcada para el inflexible enclaustramiento, aduciendo razones de horario de los ferrocarriles. Abrevió la visita a la madrina y se metió en el cine Paz a sabiendas de que, por la hora de la salida del tren, no podría ver la película entera.

Se sentó en su butaca expectante. La música estereofónica inundó la sala con una melodía sincopada, desenfrenada e invasiva, que sugería promesas de amores trágicos y violencias barriotas y raciales. La gran pantalla restalló en un rojo plano sobre el que iban apareciendo segmentos de líneas rectas, blancas y verticales, cada vez más numerosas, mientras el color plano del fondo cambiaba al azul, al verde, al amarillo... con la música aún martilleante. Los trazos blancos iban poco a poco dibujando sugerencias de rascacielos neoyorkinos hasta que se hicieron inconfundibles. La música inició un crescendo sobre dos obsesivas notas y las líneas pasaron del dibujo a una imagen fotográfica aérea del “sky line” visto desde el “sky”. La imagen se despeñó en un vertiginoso “travelling” que pasó de la vista aérea de la ciudad hasta acabar casi a ras de suelo enfocando una cancha de baloncesto, perdida entre el dédalo de pisos menesterosos del “West side” y cercada por una jaula de vallas aprisionantes. En ella jugaba y gamberreaba una banda de jovenachos marginales, quizá los “jets” o los “sharks”. La violencia se presumía en sus saltos y en sus voces.

Modesto se sintió abducido por las imágenes, aunque no del todo porque, a cada rato, miraba su reloj en la semipenumbra de la sala. Sabía la hora precisa en la que tenía que arrancarse de la película para tomar el metro y subir al tren. Lo tenía calculado al minuto, incluso los posibles retrasos del metropolitano. Cuando llegó el momento fatídico se desterró de la sala envidiando a los que allí seguían sorbiendo la película. Salió enajenado. No sólo era el film mágico sino la tecnología puntera de la exhibición. Era la primera vez que asistía a una sala de cine dotada de los mayores adelantos. En el metro, aún casi en trance, iba recordando todos los detalles de aquel “coitus interruptus”. Lo mismo hizo en el tren y en el trayecto por la ciudad de destino hasta chocar con el viento frío de la puerta del seminario, iluminada por dos farolas. Al franquear la entrada, la película se cayó de su pensamiento como un irreal castillo de naipes, perteneciente a un pasado, irreal pese a lo inmediato. Le parecía mentira que hacía algo más de dos horas estuviera sumergido en las pregnantas imágenes y los pictóricos sonidos de la ansiada película.

En los días siguientes presumió ante sus compañeros –ninguno había visto la película- de su aventura y de la miel en los golosos labios, no satisfechos del todo. Años antes, su compañero Ángel también había fardado de haber visto la prohibidísima película de “El último cuplé”, sorteando, a sus quince años, al cancerbero escrutador de la entrada del cine por ir acompañado de sus tíos. Tuvieron, durante meses, empalago de cuplés montielescos.

Modesto hizo empeño de ver la película entera. La ocasión surgió en el verano. Un amigo suyo cantaba misa y le había pedido que tocara el armonio en la ceremonia. No se podía negar. Consiguió el permiso familiar y, de buena mañana, se marchó en el coche de línea hasta la capital de la provincia. En la estación le esperaba un compañero para llevarle en moto hasta el pueblo del misacantano. En su casa, Modesto había dicho que no podría regresar en el día. Con el banquete y otras demoras tendría que dormir en la casa del neocura. Que ya estaba todo arreglado. Pero su intención, si podía, era llegar a Madrid ese mismo día para ver la ansiada película. La fortuna ayuda a los audaces. Unos tíos del celebrante se iban a la urbe inmediatamente después del banquete. Cómo no iban a llevar, en tan señalado día, a un amigo de su sobrino que, encima, había colaborado a la mayor solemnidad del rito con su inestimable ayuda musical.

Desde donde le dejaron en Madrid, Modesto se encaminó directamente al cine. Vio la película entera aunque no sin algún desasosiego. ¿Dónde pernoctaría? Hombre, era verano y tampoco se hundiría el mundo por pasar la noche en vela, sentado en algún banco.

Todo estuvo conforme mientras la película absorbía totalmente su atención, pero cuando comenzó a decaer hacia la desolación final, y el cortejo fúnebre de los pandilleros, ahora unidos por la tragedia, se alejaba litúrgicamente por las inhóspitas calles del West Side, la realidad se impuso. Él, osado pero indefenso seminarista, en las procelosas calles de la gran ciudad toda una noche... Cuando la pantalla se llenó de muros repletos de graffiti sobre los que desfilaban los letreros de crédito, fue como si le hubieran pinchado con mil alfileres y salió precipitado de la sala. Ya en la calle, la realidad se le endureció. Eran más de las once de la noche. Ciudadanos que se encaminaban a sus casas con total certidumbre, coches que quizá rendían su último trayecto hacia el garaje cierto... ¿Y él? Ahora veía la noche como un animal hostil, agazapado en su cubil urbano. No le importaba la cena. Como decían por su tierra, había llenado bien la andorga en el ágape posteucarístico.

Se acordó de su amigo Luis, que había dejado el seminario y velaba sus primeras armas laborales cuidando viejos. Vivía por Ventas con una hermana, enfermera, en un minúsculo piso y podía ser la solución. Hacía allí iría no sin varios breves: que no encontrara la calle, que creía recordar que se llamaba García Pedraza, 15, primero, que Luis estuviera esa noche cuidando a algún anciano y no se encontrara en casa, que estuviera pero durmiendo, que le oyera pero no abriera a tan intempestiva llamada, que estuviera también su hermana y no hubiera para él acomodo en tan minúscula casa... Por otra parte, si se desplazaba hasta Ventas y no salía bien la

cosa, no podría retornar al centro y ese barrio eras más peligroso para deambular toda la noche que la siempre concurrida Glorieta de Bilbao...

Pero tenía que decidirse ya a correr el albur porque el metro tardaría muy poco en recorrer su último viaje y, si lo perdía, ya ni siquiera tendría la azarosa solución de Luis. Al metro. Se apeó en la estación de Ventas. La boca del metro se abrió a una explanada de la que partían varias calles. ¿Cuál sería la de García Pedraza? Una chica -veinte, treinta años- había salido del metro por delante de él y se apresuraba por la explanada con la decisión del miedo nocturno y de un destino muy sabido, el de su casa.

-Oiga, señorita, perdone...

No pudo seguir porque la mujer apretó el bolso bajo el brazo y echó a correr medrosa. Modesto, inocente y confiado, no había contado con las desconfianzas y los temores de la ciudad nocturna. Se desconcertó:

Pero oiga, si yo sólo quiero...

La chica no le oyó o hizo como que no le oía, pero él sí que oyó otra voz:

-Eh. Oiga usted, quédese donde está

Modesto, preocupado por localizar la calle y preguntar a la moza, no había visto a la pareja de la Policía Nacional que patrullaba cerca y que había observado la aproximación de Modesto a la mujer y la huida de ésta.

-A ver, la documentación.

Modesto les enseñó el carnet de identidad con gesto propiciatorio. Miradas al carnet y a Modesto. Nuevas miradas.

-¿Y qué quería usted de esa chica? ¿Y por qué echó a correr?

-Por nada. Vengo buscando la casa de un amigo en la calle García Pedraza, 15, y no sé cuál es. Salió del metro delante de mí y quise preguntarle por la calle...

Entre el miedo y el amilanamiento, Modesto resultó, al parecer, convincente.

-¿Es usted de Madrid? ¿En qué trabaja?

-No, soy de un pueblo. Estudiante -no añadió más detalles; un seminarista rural suelto a esas horas por Madrid...- He venido a pasar unos días con un amigo y el tren ha llegado tarde. El amigo me espera... -mentira...-

-Bueno, vale. La calle es esa. Circule y ándese con cuidado que la noche en Madrid no está para bromas. Porque la chica no ha gritado y usted no la ha perseguido, que, si no, ahora estamos todos en la comisaría...

La calle era esa. No era larga. En seguida localizó el número. Creía recordar que Luis vivía en un primero. Todas las ventanas de los primeros estaban cerradas. ¿Estaría? ¿No estaría? Comenzó a llamar:

-Luis, Luis...

Ni flores. Ni señal de vida.

-Luis, Luis...

Ninguna luz se encendió. Ninguna ventana se abrió, pero algunas de los otros pisos sí estaban abiertas por el calor. Y esas sí dieron señales de vida:

-Eh, gamberro, deje usted de dar la lata, que no son horas y los demás tenemos que dormir.

Un vecino, en camiseta de tirantes, se asomó a su ventana.

-Perdone, no quería molestar. ¿Sabe si Luis Medina está en su casa?

-Yo qué voy a saber, pero desde luego no son horas de estar dando voces.

-Perdone de nuevo. ¿Sería usted tan amable de decirme la letra del piso de Luis? Vive en un primero.

-Ni la sé ni me importa. Y lárguese, que llamamos a la policía.

Pues qué bien, anda que si viene de nuevo la policía. ¿Y ahora qué? No se atrevía a llamar de nuevo a Luis. Ni a pulsar el timbre al azar. Entonces sí que se prepararía buena... Pero tuvo suerte. Se abrió una ventana y apareció Luis medio adormilado.

-¿Quién es?

-Luis, soy Modesto. Ábreme.

-Bueno, sube. Menudo follón has liado.

Estaba Luis solo. Hablaron un rato. Modesto le contó su aventura. Pero Luis tenía que madrugar.

-Oye, duerme aquí conmigo. Mi hermana llegará a las siete y media o las ocho y no es cosa de que se encuentre ocupada su habitación.

Apagaron la luz. Estaban estrechos y hacía calor, pero Luis se durmió en seguida. Modesto tardó más y durmió ligero. Habían sido muchas emociones y un día muy largo desde el presto madrugar al tardo dormir de madrugada. Los viajes, la ceremonia, el improvisado viaje a Madrid, la película, la aventura nocturna... Desde luego, Dios le había venido a ver con su amigo Luis. Ahora veía como una locura haberse arriesgado a una casi segura pernocta callejera. No quiso ni imaginarse cómo podría haber sido la larga noche ni el cuerpo que tendría por la mañana, si es que no la había ocurrido algún otro percance.

Se levantaron no muy tarde, pues a Luis le esperaba algún anciano decrepito. Se asearon y desayunaron deprisa. La habitación de la hermana estaba errada a cal y canto. Dormía tras su guardia nocturna. Modesto y Luis, con la promesa de verse pronto, se despidieron en el metro. Éste, camino del viejo que le necesitaba, Modesto, hacia la aventura del regreso. Cuando fue a pagar los billetes de los dos, se percató de que no le quedaba dinero para el billete de Madrid al pueblo. Cabía una solución: Dedo hasta la cabecera de la comarca. Desde ésta al pueblo el billete era mucho más barato. Tenía para él, para un bocadillo y para poco más.

Trasbordó de línea y se bajó en una estación extrema del suburbano. Ya en la carretera general se puso a hacer dedo. Tenía tiempo sobrado. El autobús no salía de la cabecera de la comarca hasta las seis de la tarde. Malo habría de ser... Y, si no, ya conocería a alguien en el autobús de Madrid al pueblo que le prestase dinero para el billete. Pasaban coches pero no paraban. Se acercaba un turismo rojo. Le hizo el gesto. El coche se detuvo.

-Perdone, ¿va hacia...?

-Sí.

-¿Me podría llevar?

-Pues claro; suba.

Modesto se sentó al lado del amable viajero. Se pusieron a hablar. El del coche sonreía mucho y preguntaba más sobre las circunstancias de la vida del autostopista. Modesto sólo le dijo que era estudiante y que, como todos los estudiantes, estaba casi sin blanca. Por eso hacía dedo. Que no era de la ciudad hacia la que se encaminaban, sino de pueblo. De pronto, tras cambiar de marcha, el gentil conductor le puso la mano sobre el muslo.

-Pero oiga...

-Mira, majo, sin disimulos. Yo te hago un favor y tú deberías hacerme otro. Así es la vida. Y no creas que pido demasiado: unos besitos, unas caricias... Salimos de la general, aparcamos en cualquier sitio y nos pasamos un ratillo bueno. Y luego, tan amigos, nos tomamos unas cañas y hasta la ciudad. No creas que soy un vicioso; es que estoy necesitado de cariño y tú eres tan joven y con tanta pinta de bueno...

Luis se declaró:

-Mire, estudio para cura. Y comprenderá usted que esto no me va. Haga el favor de bajarme, que ya seguiré por mi cuenta.

El conductor insistió un poco, pero Modesto se puso drástico y martirial:

-Haga usted el favor de pararme, que me tiro en marcha...

Ante la reacción, el conductor paró:

-Bueno, majo, lo siento, pero tampoco era para ponerse así. Tampoco nos comemos a nadie. Claro que si vas a ser cura... Aunque en ese gremio deben abundar los de mi cuerda.

Modesto se bajó y el coche partió raudo. El sol aplanaba. Ya alejados de Madrid, los coches que pasaban eran menos numerosos. Aunque molesto por el percance, hizo dedo a todos los vehículos que se acercaban. Paró un turismo blanco.

-Perdone, ¿va hacia...?

-Sí.

-¿Me podría llevar?

-Vale; suba.

Modesto se sentó al lado del amable viajero. Se pusieron a hablar. Pronto el del coche se declaró:

-Oye, majo, no sé si te has dado cuenta de que esto es un taxi. Vengo de traer a Madrid a unas personas. Naturalmente el trayecto de vuelta entra en el precio del servicio, pero la vida está jodida y esto del taxi no es una bicoca. Algo me tendrás que pagar por el viaje, que bien te lo he puesto...

Trágame, tierra. ¿Y ahora qué hago? Si le digo que no, igual me deja aquí tirado.

-Bueno, vale...

Siguieron hablando. Modesto, asustado por el imprevisto sablazo, le contó que era seminarista. Eso igual ablandaba al taxista en la católica España del momento. Que venía de un cantemisa, que le habían llevado hasta Madrid porque desde la capital era más fácil llegar a su pueblo que desde el del misacantano, que le venía justo el dinero, pero que en fin...

Siguieron hablando, pero no se volvió a hablar del estipendio, aunque Modesto seguía con el remusguillo... Cuando llegase el momento ya le mostraría su exigua cartera, a ver si así...

Siguieron hablando: de la situación de España (el taxista tenía barruntos más que derechosos, con el derechismo del humilde que no quiere perder su estatus aunque éste no sea para tirar cohetes; al revés, precisamente por esto). También hablaron de fútbol y se siguieron contando sus vidas, ya en el tuteo. El taxista era de un pueblecito cercano a la cabecera de comarca. Vivía aquí pero iba con mucha frecuencia a su pueblo, total veinte kilómetros. Modesto le dijo que conocía mucho al cura del pueblo. Mentira. Él sí que conocía de vista al mentado cura, quizá de haberle visto por el seminario con algún compañero, pero jamás había hablado con él y estaba seguro de que el tal cura no tenía ni idea de él. Inventó la patraña porque, a lo mejor, la fingida amistad ablandaba el afán recaudatorio del esforzado del volante y le perdonaba el damoclático tributo.

-Bueno, ya falta menos. Vamos a parar en la próxima gasolinera, que está en el cruce con la carretera de mi pueblo. Los dueños son paisanos y me tratan bien. Echo gasolina y echo una meada. Beber y desbeber, lo que se va por lo que se viene.

La gasolinera era grande. Nada más parar, Modesto hubiese querido que se le tragase la tierra. Al cura del pueblo le estaban llenando el depósito de su dos caballos. Como le viera el taxista y le dijese que venía con un amigo suyo, vaya corte. Le tocaría enrollarse inventándose circunstancias y amigos comunes. Desde luego, iba a quedar más corrido que los toros de Pamplona. Gracias a que el taxista iba urgido y no reparó en nada. Cuando quiso salir del servicio, el cura ya se había ido, gracias a Dios. El del coche lo acercó al surtidor.

-Llénamelo, que vaya tragaderas que tiene el cabrón.

-¿No has visto a don Manuel?

-¿A qué don Manuel?

-A quién coño va a ser, al cura del pueblo.

-Ah, pues no, como iba a toda leche al servicio... Pues aquí llevo a un amigo suyo...

Reemprendieron la marcha.

-Pues me han dicho que estaba ahí su amigo, el cura de mi pueblo. ¿No le ha visto?

-Anda, pues no; estaba mirando la carretera. Pues qué pena, me hubiera gustado verlo. Otra vez será.

Llegaron a la calle principal de la ciudad. El taxista paró. Y Modesto:

-Bueno, pues muchas gracias... -Y con sonrisa de conejo:- Y ahora dime...

-¿El qué? Ah, la pasta. Nada, hombre, por esta vez no te cobraré nada. Debes de estar canino, me has hecho compañía en el viaje y , además, eres amigo de don Manuel.

-Bueno, gracias, por lo menos vamos a tomar una cerveza...-Y pensó: Que diga que no, que no me llega para el bocadillo y el billete...

-No, gracias; otra vez será. Me la debes. Es que quiero llegar a casa, que mi mujer se preocupa en cuanto tardo.

-Bueno, pues encantado y gracias.

-De nada, hombre; adiós.

Modesto se fue hacia la estación de autobuses. Iba ufano. ¿Alguno de sus compañeros cinéfilos habría visto West Side Story? Seguro que no. A fardar se ha dicho.

LA OCASIÓN PERDIDA

Doce de la mañana. Sábado. Primavera. Sol radiante. Temperatura incitadora. Pero Modesto no levanta la vista de los folios. Su salida del recoleto seminario castellano-manchego había sido, también en lo económico, un salto sin red. Por eso había tenido que ponerse, después de su singladura en el peculiar colegio de Platapesa, a dar clases en el colegio privado más cutre de todo Madrid, en Orcasitas City, y ahora necesitaba sacar las oposiciones al Cuerpo Técnico de Aduanas para asegurarse el condumio. Ya había aprobado dos ejercicios y no era cosa de dejarse tumbar cuando lo más difícil había pasado. Los demás días, con las clases en el colegio, tenía menos tiempo para estudiar así que los fines de semana, pasase lo que pasase, hiciese el tiempo que hiciese, le tentase lo que le tentase, eran maratónicas jornadas de estudio, sólo interrumpidas para comer mal, dormir poco y despejarse un ratito por la tarde paseando exactamente media hora por los desmontes suburbanos. A su lado, un monje trapense era un vivalavirgen, nunca mejor dicho.

Y tentaciones haberlas habíalas. Más de una vez la señora Remedios, la patrona (él el único pupilo), viuda jamona, cálida y de buen ver (y seguramente de mejor catar), depositaria de piropos y deseos obscenos en el Metro (como ella misma le contaba) y suscitadora de adhesiones incondicionales en algunos viudos del barrio, le había invitado a ir con ella a un baile de viudas, por Ventas, donde le aseguraba que pescaría (y pecaría).

-Así se despeja usted. Se dan muy bien las viudas, necesitadas que están. Si no moja usted, por lo menos el refregón lo tiene asegurado. Cómo bailan las tías. Como lapas. Y me da la impresión de que usted está más virgen que esos folios blancos que usa y ellas más necesitadas y salidas que las putas en cuaresma; así que algo caería. No todas tienen la suerte de tener a mi Fidel...

-No, gracias, señora Remedios. Me juego mucho y todo el tiempo es poco. Cuando saque las oposiciones...

-Allá usted; yo voy esta tarde con una amiga... Así le dejo a usted solo y estudia más, aunque hay que vivir, que se es joven sólo una vez. Míreme a mi; me fastidiaron la juventud y ahora me aprovecho aunque el tiempo no vuelve-. A Modesto le había contado ya que sus padres la habían casado, jovencísima, con el riquillo del pueblo, que le doblaba la edad. Enseguida tres hijos. La poca fortuna del viejo se agotó y tuvieron que emigrar a Madrid. Abrieron un humilde negocio, él enfermó y ella se dedicó a ponerle los cuernos con total dedicación y aprovechamiento, siempre con hombres, eso sí, por lo menos de su edad. Los jóvenes le parecían inexpertos y cruditos. Indirecta clara. Ya antes lo había sugerido por si las moscas y las tentaciones de pupilos anteriores y del presente.

-Pues yo haré lo mismo, divertirme luego. Ahora me toca estudiar.

-Pues no le distraigo más, aunque le viene bien un minuto de charla

-Gracias...

Y así varias veces al día.

Por cierto, Fidel era su ligue. Modesto estaba deseando que Fidel se dejase caer por allí porque ese día se comía mejor y el maromo tenía el detalle de llevarle un par de cajetillas de rubio:

-Tome, hombre, para que no tenga que salir a la calle y perder tiempo.

Luego cada mochuelo a su olivo; bueno, a un olivo dos. Modesto a su estudio, la pareja a lo suyo.

Era, pues, sábado. Modesto sólo había tenido que pedirle tres veces a la señora Remedios que no canturrease al hacer la casa y que no le interrumpiese. Todo era silencio. Y sol. Y buen día. Y seis temas por repasar. Pero a veces el diablo hace de las suyas. Sonó el timbre de la puerta y Modesto oyó hablar a alguien. Luego, silencio. Tema quince: "Productos sometidos a especial vigilancia aduanera". A ver cuánto tardo en repetir el tema. Tengo veinte minutos...

Algún ruido en la cocina, pero silencio otra vez. De pronto, la señora Remedios entra, sin llamar, como siempre.

-Algún día va usted a encontrarme desnudo; llame usted, mujer...

-Pues anda que me iba a asustar. Sería usted el primero... Si me diesen un millón por cada hombre que he visto en pelotas, no necesitaba usted las oposiciones, que ya le daría yo alguno.

-Pues aun así. Si no le cuesta nada llamar, mujer...

-Es que se me olvida... Bueno, a lo nuestro. Véngase usted a tomar unan cerveza a la cocina.

-Qué raro –pensó Modesto- ¿y estos lujos?

-Es que han venido unos amigos a verme con unas cervezas y unas cosas para picar y, al decirles que no hablasen fuerte, que estaba usted estudiando, que cuando yo me he levantado ya estaba usted liado, que prepara oposiciones que ya tiene medio sacadas y que se le van a hacer los sesos agua... Yo, desde luego, no podría hacer lo que usted hace, soy muy burra. Bueno, que me lío. Ellos me han dicho que hablarán flojito y que le invite a tomar algo y así descansa usted un poco.

-Es que quiero repasar seis temas antes de comer...

-Venga, hombre, no sea desagradecido... Se toma usted una cerveza y vuelve.

Acepta. Necesita ya un rato de descanso, lo que tarde en fumarse un cigarro y tomarse una cerveza. Remedios entra a la cocina por delante de él.

-Aquí le tenéis, que no levanta cabeza...

-Buenos días –saluda Modesto. La mesa de la cocina está llena de botellas de cerveza y de pinchos variados. Sentados a ella, dos hombres como de unos cincuenta años y con pinta de obreros o algo así.

-Buenos días –responden los dos. Uno, enseguida continúa: -Ya nos ha dicho Reme que está usted muy atareado con unas oposiciones. Eso está bien; es de joven cuando hay que labrarse un porvenir y buscarse la vida. Hace usted muy bien, que pa luego es tarde...

-Lo que no quita para que descance usted un ratito y se tome una cervecita con unos amigos. ¿Siéntese y tome...

Los dos son amables y atentos. Le dan un cigarrillo de un paquete de Fortuna que hay sobre la mesa, le sirven una cerveza, le aproximan los platillos de los pinchos.

-Gracias; no se molesten, por favor...

-¿Y de qué son las oposiciones?

-De Técnico de Aduanas.

-Estarán bien, ¿no? ¿Sí? Ah, difíciles. Pues mejor, más valdrán la pena. Por lo visto, ya está usted en la mitad. Nada, hombre, ánimo, que esto ya está hecho...

-No lo crea; aún quedamos más que plazas...

-Malo ha de ser, majo, con lo que dice Reme estudia usted... En cambio, ninguno de mis hijos ha querido estudiar. Ellos le verán. Yo he hecho lo que he podido para que no les falte de nada y hubiesen podido estudiar si hubiesen querido. Con su pan se lo coman...

Siguen hablando; le sirven otra cerveza, le acercan otros platillos...

-Venga, pique usted, no esté corto...

De pronto entra un señor nuevo al que no había visto. Entra sonriente, con cara satisfecha. Los otros le miran con un punto de ironía y bastante complicidad en los ojos. Y uno de ellos:

-¿Qué, bien?

Y el que entra:

-Sí, muy bien.

Uno de los de la mesa se levanta:

-Pues voy ahora yo, ¿vale?

Sin esperar respuesta, sale. El recién venido se sienta, enciende un cigarro apresurado y se sirve una cerveza. Mira a Modesto sin decir nada y luego al otro señor.

-Es el pupilo de Reme. Está el hombre muy atareado estudiando unas oposiciones que ya tiene casi en el bote. Es un fenómeno.

El nuevo asiente con la cabeza sin decir nada. Bebe deprisa, con sed. Su cara, un poco arrebolada, refleja una curiosa mezcla de placidez y cansancio. Modesto permanece callado picando y bebiendo discretamente. Remedios hace lo mismo, callada, más seria que circunspecta. Los dos hombres divagan sobre la larga semana laboral, sobre un percance que ha sucedido esta mañana en el trabajo... Modesto no consigue aclararse sobre su tipo de trabajo; sólo que es duro, que madrugan mucho (claro, si acaban su jornada todos los días como hoy, piensa...), que hay carretillas, que transportan cosas... La señora Remedios sigue sin decir nada y mira a Modesto no se sabe si con algo de vergüenza –eso le parece a él-, con complicidad o como pensando: Y éste (Modesto) ¿qué pensará de todo esto? ¿se aclarará? Modesto está intrigado pero no en exceso; piensa más en beber y comer con mesura –no piensen que es un gorrón aprovechado- y en que ya va siendo hora de volver a sus temas.

Uno de ellos suscita el tema del fin de semana. El otro, el más menudo, dice: -Pues yo esta tarde tengo faena. Le llevan a mi hija los muebles al piso, y para llenarlo... No me espera tajo ni na... Muebles para un piso de quinientos metros. Pero que los coloquen ellos; yo a dirigir.

Interviene Reme: -Buena boda va a hacer.

-Sí, un buen braguetazo –dice el otro.

Modesto interviene por decir algo: ¿Se casa con un millonario?

El futuro suegro asiente complacido, pero es el otro el que responde: -Vaya que sí, y bien millonario. Y famoso.

Modesto pregunta con la mirada. El mismo de antes le responde: -Si le gusta a usted el fútbol le conocerá. Es Corzo, el delantero del Real Madrid.

A Modesto le suena y asiente con cara de admiración: -Sí que le conozco, y es muy bueno.

-Y buena persona parece también –afirma el suegro.

Y Modesto: -Pues enhorabuena, hombre, por lo que le toca.

-Gracias; póngase otra cerveza para festejarlo.

Interviene Reme: -Pues vamos a brindar por la suerte de la novia, que tal y como están los tiempos... Que me lo digan a mí...

Y el futuro suegro: Sí, que hoy día nunca se sabe, aunque él parece muy formal. Como mi hija, aunque me esté mal el decirlo.

-Hombre, malo ha de ser –concilia el aparecido.

Levantán los vasos y brindan: Suerte, suerte, suerte... Y vuelven al silencio, que se prolonga. Unos pasos se acercan por el pasillo. Entra el hombre que antes salió. Llega también sonriente y relajado: -El siguiente, como en la barbería...

Se levanta el suegro: -Sí; me toca.

Y sale. La señora Remedios vuelve a mirar a Modesto, pero éste no muestra nada en el rostro. El recién llegado se sienta en la silla que ha quedado libre: -¿Cuál era mi vaso?

Remedios se lo muestra y el hombre, como el anterior, se sirve una cerveza que bebe rápidamente. Todos vuelven con sed, piensa Modesto, pero no alcanza a adivinar a qué se debe. Desde luego, algo de raro hay en eso de que uno entre y otro salga y, por ejemplo, no salgan dos juntos. Además, a la señora Reme se le nota algo seria. Habla menos de lo que suele y, aunque se comporta correctamente, está menos obsequiosa y dicharachera que de costumbre. Modesto observa ahora varias bolsas de plástico, sobre la encimera, llenas a rebosar de lo que parecen frutas y verduras. Debe de ser un regalo y por eso Remedios está correcta aunque tensa. De pronto, Modesto: -Bueno, yo me voy a seguir dándole. Gracias por su invitación y por este rato, pero llevo ya media hora y me he puesto plazos de tiempo por tema...

Le responde el primero que entró: -No tenga prisa, hombre, si ya queda poco... (¿poco de qué?, piensa Modesto). Además, hay que acabarse todo esto. Póngase otra cervecita, que ya nos vamos.

Remedios aprueba la propuesta como si no quisiera que Modesto volviera a su cuarto, y dice seca: -Venga ya, no sea plasta, que estos señores le han invitado de todo corazón. – (¿Está enfadada con él?, se sorprende Modesto)-. Si aún puede sacar una hora antes de comer... Ellos se van a ir ya y, puesto que nos han invitado, ya le da igual un rato más que menos.

-Mucho tarde éste. Se estará recreando en la faena... -socarronea uno de ellos.

Ahora se habla del tiempo. Después los dos hombres se interesan por la vida de Reme. Y ella, que tirando, que el pequeño en la mili, en África, que la hija en su casa...

-¿Hizo buena boda también, ¿no? –se interesa uno.

-Sí, no se puede quejar, pero yo con el yerno parto pocas peras. El hijo segundo está aquí, pero entre el trabajo y la novia no viene más que a dormir. Un poco sola sí que estoy y por eso tengo siempre algún pupilo, aunque poca compañía me hace éste, que del colegio al libro y del libro al colegio...

-Mujer, señora Remedios, mire cómo estoy –se disculpa Modesto.

-Lo que tiene que hacer usted, Remedios, es casarse, que seguro que más de uno, si usted quisiera... -apostilla uno.

Remedios niega enérgica: -Bastante tuve ya... -y se esponja-, aunque proposiciones no me faltan; pero no.

-Cómo le van a faltar, si está usted que llama la atención... Mucho mejor que esa, sin faltar...

Remedios va a responder pero entra el futuro suegro del futbolista. Viene secándose las manos y alisándose el poco pelo que le queda: -Bueno, cuando queráis. Ya está acabándose de arreglar... -Y se sirve una cerveza que apura de un trago.

-Hay sed, ¿eh? –sonríe uno, cómplice.

Se levantan y apuran las cervezas. Y todos, a Modesto: -Bueno, hombre, ya no le quitamos más tiempo, vuelva a su estudio.

-Y a ver si tiene suerte y saca las oposiciones –dice el suegro- que así asegura su vida, que nosotros, mírenos, arrastraos, que el trabajo en Legazpi es duro. Por eso, de vez en cuando, hay que echar una cana al aire y darse un homenaje un poco distinto al de la parienta...

Y todos: -Bueno, lo dicho. Y suerte.

Le dan la mano y se despiden como si tuvieran con él una obligación final de cordialidad. Y se encaminan hacia el pasillo con Reme delante como decidida a abreviar la cosa. Cada uno ha cogido una bolsa de las de la encimera (uno ha cogido dos), pero todavía quedan otras dos. Modesto, ya solo, apura su cerveza y se va a su cuarto. Desde él oye las despedidas. Por un momento le ha parecido oír la voz de otra mujer pero no lo asegura. Con la puerta cerrada no se oye bien. Ahora oye cerrarse la puerta del piso. Modesto coge un tema pero oye, ahora sí, dos golpecitos en la puerta, que se abre. Entra Remedios. Pese a la mirada de reprobación de Modesto, ella comienza a hablar como disculpándose: -Desde luego, esta Tere es la leche, qué descaro. Claro, como Remedios no va a decir que no y no le va a estropear su plan... Vaya cara... -Modesto no entiende nada ni sabe quien es la Tere ni qué pinta en todo esto)-. Es una antigua vecina de cuando vivíamos en Entrevías. Eso sí, muchas manos me echó cuando mi padre y mi marido, enfermos los dos, y la churrería, y los niños..., pero esto ya es demasiado. Desde luego, la pobre lo está pasando mal. El marido la ha plantado como un geranio, con los tres hijos y la madre, que no sé si le dará algo de dinero o no. A mí no me parece mal que se busque la vida, allá cada uno, pero sin liar a las demás, que podía estar aquí mi hijo o haber venido mi hija... Claro que entonces le hubiera dicho que no, pero en estos compromisos no se le mete a una amiga. (A Modesto siguen sin encajarle las piezas, pero coge los folios y se pone como a leerlos, aunque Remedios no desiste). Por lo visto está apurada de dinero y esta mañana

ha ido a Legazpi a ver si sacaba plan con estos, que ya los conoce de otras veces y, hala, a casa de Remedios que no dirá que no. Ya sé que es un incordio, me dijo, pero a mi casa no podía ir con los niños y mi madre... Pues haber ido a una pensión... Mujer, ¿dónde iba a ir a estas horas, así, de repente?... Pues donde vayas otras veces... Mujer, si es por esta vez... Sí, como si fuera la primera... Además ellos son de confianza y fíjate qué majos, que buen convite han traído y vaya bolsas de cosas que te han dejado. Ni así... En fin, qué le vamos a hacer, por lo menos ha traído sus sábanas, aunque ya le he dicho que sea la última vez, que una tiene pupilos y no quiero que crean que esto es lo que no es o que se molesten...

A Modesto le empiezan ahora a salir las cuentas. Eso de que uno entraba y otro salía, el rato que estaba cada uno fuera..., bueno, y las palabras ahora de la patrona, que no hay que ser un lince. Ha asistido sin saberlo a un polvo múltiple. Remedios sigue hablando pero no la oye porque su cabeza está el plena conversación con su instinto. Qué suerte algunos... Bueno, por favor, no vas a envidiarlos; es algo venal, sórdido... Y encima estando casados, que tendrán todo lo que quieran... Que no te pase a ti. Además, no vas a estrenarte así; no eres un animal, esto no es amor... ya, pero con el hambre que tengo... y ocurriendo ahí al lado y yo sin enterarme... Así entraban los tíos, con esa cara de relax... Nota que se va excitando. Que no lo note Reme... Vuelve a oír la voz de la patrona: -Bueno, a usted no le ha venido mal. Ha descansado un rato y le ha salido gratis en estupendo aperitivo, que había de todo... - Remedios sonrío socarronamente: -Claro que no he caído en la cuenta de que usted quizá hubiera querido... Se lo podía haber dicho a Tere; total uno más..., gratis o por muy poco, que ya le hubiera dicho yo.... Mira qué tonta, no caer, con lo bien que le hubiera venido, con tanto esfuerzo con los estudios y estando usted, como me huelo, sin estrenar... Pero también usted podía haber dicho usted algo, si es que se ha enterado de qué iba la cosa, que me da la impresión... Qué ocasión... Bueno, lo siento, créame. Otra vez será. Le dejo a usted estudiar, que no sé si podrá, aunque es usted peor que un fraile...

Modesto quiere concentrarse en los folios pero no puede. Anda que si hubiera sido lo que ha dicho la patrona; haber ido cuando salió el suegro... Y ellos lo habrían visto con toda naturalidad, todos somos hombres, y hasta me hubieran animado. Incluso hubieran hecho sus bromas si sabían que iba de estreno, que Reme no se lo hubiera callado. Que dijese lo que quisieran mientras él... Ella estaría en la cama desnuda... ¿Le hubiera dicho yo que era la primera vez? Quizá hubiera sido lo mejor, aunque seguro que ella lo habría notado. ¿Y cómo habría sido la cosa? Seguro que ella le hubiera dirigido con su experiencia: tócame aquí, hazme esto, ahora ponte así... Así no hay quien estudie. Está a cien. Se levanta, coge un cigarrillo y se asoma a la ventana para fumárselo. A ver si así... Se le ocurre tumbarse en la cama, pero no, ni sentarse, por si... Está incómodo, desasosegado, enervado... Nota cierto picor en la entrepierna, pero ni rascarse quiere. Si hace falta se fuma otro cigarro, pero hay que seguir estudiando. Mejor sin sentarse, paseando por el cuarto, al fin y al cabo, se trata sólo de recitar los temas... "Acuerdos internacionales aduaneros".

A lo lejos se oye a Remedios ordenando la cocina.

NO QUISO HACERLO

La señora Remedios, cuyo único pupilo era Modesto, se había hecho un esguince en el tobillo en la cafetería donde trabajaba y estaba de baja laboral. A Modesto le venía bien que la patrona trabajase. Le dejaba hecha la comida (bueno, era un decir, porque tragaba más latas que una planta de reciclado de desechos metálicos) y se pasaba solo todo el día sin que nadie le molestase, enfrascado como estaba en las oposiciones al Cuerpo Técnico de Aduanas. Entre el colegio donde daba clases y las oposiciones no tenía momento libre y a solas podía empollar mejor sin que le interrumpiese, como solía hacer, la patrona, pese a los gestos de fastidio de Modesto. Ya tenía, pues bastante con el colegio y las oposiciones como para aguantar el “tertium quid” de Reme.

El colegio era tan colegio como la comida que le dejaba la patrona era comida. Un simulacro. Funcionaba en dos pisos de V.P.O. y era el típico tabuco con el que la voraz iniciativa privada suplía la incuria de la administración educativa en los nuevos barrios colmena (o barrios seta, que como éstas surgían en la periferia madrileña). Los profesores eran igualmente selectos. Ninguno acreditaba titulación pedagógica (ni Modesto, que estaba estudiando magisterio por libre), salvo el que hacía de director, un maestro expedientado vaya usted a saber por qué causa. Compensaba, eso sí, su titulación con una afonía crónica que hacía ininteligible su lenguaje. Los demás profesores esquivaban pedagógicamente las cornadas del hambre dando clases –o lo que fuera- sin título alguno, salvo un lejano bachillerato o unos estudios de magisterio inacabados. Por tan satisfactorio trabajo, Modesto había hecho cuestión de supervivencia –y lo era- el sacar las oposiciones. Así podría abandonar los desvelos de la administración educativa, la marginación del barrio, la doliente compañía de sus compañeros, la casi marginalidad laboral. Por eso iba del colegio a la pensión y de la pensión al colegio sin más licencias que las que le exigía el agotamiento. Pero ya tenía las oposiciones medio encauzadas y nada ni nadie le distraerían del esfuerzo final.

Cuando la patrona estaba trabajando, sólo le contaba su vida –sus charlas tan aleccionadoras para un pardillo como él, recién salido de un seminario- a la hora de la cena. Pero ahora, aburrida e inmovilizada como un toro enjaulado, buscaba cualquier pretexto para pegar la hebra pese a los gestos de enfado del pupilo, que llegó a decírsele claramente: -Mire, señora Remedios, que yo tengo que estudiar, que no levanto cabeza... Si quiere, vea la televisión, oiga la radio; si quiere, le traigo libros... pero no puedo perder un minuto. ¿No lo entiende?

-Hijo, qué odioso; vaya sieso. Buena compañía tengo con usted y eso que alquilo la habitación para no estar sola, que los hijos, créelos usted para esto. Una casada, el pequeño en la mili y el que está aquí, ya lo ve, entre el trabajo y la novia, a dormir y basta, el desayuno y sanseacabó. Y yo aquí solita todo el día, que usted con los libros ni habla ni pasma. Qué ganitas de volver al trabajo, que allí por lo menos hablo.

-Ya, ya, si tiene usted razón, pero yo tengo que estudiar. Estoy en la mitad de las oposiciones y no puedo perder ni un minuto. Bastante tiempo me quita ya el colegio. Así que lo siento, pero esto es cuestión ahora de resistencia, asunto de vida o muerte para mí.

Salirse del recoleto seminario había sido, económicamente y en más cosas, un auténtico salto sin red. Su familia no podía darle ni un real (al contrario, debía ser él el que la ayudase) y él tenía que buscarse las habichuelas y asegurarse la vida. Por eso esa vida tan agónica de ahora. Pero todo cambiaría con la oposición y ya estaba bastante conseguida.

A los pocos días de la baja laboral, la patrona le planteó el problema de la compra. Que sería preciso que él la hiciera, que ella no podía, al menos en quince días, que tenían que comer... Hasta ahora se la había hecho su hija, pero no era cosa de abusar, con lo ocupada que estaba ella con los niños y la casa y lo lejos que vivía. Así que a ver qué hacían... Modesto se puso serio y tajante: -Mire, señora Remedios. Yo no puedo. Lo siento pero no puedo. Ya sabe usted cómo estoy. Además, el colegio, de nueve a seis, y no voy a ir en horas de colegio o al

final de la tarde a la compra. Si no puede ser, lo siento, pero prefiero buscarme otro sitio, que lo primero es lo primero.

Remedios se quedó refunfuñando, muy digna en su desgracia, como dolida por el egoísmo del pupilo: -Pues no sé qué vamos a hacer...

Por la noche estaba más animada: -Como no se puede contar con usted, ya he buscado la solución. He llamado a un amigo de un pueblo de Toledo para que se venga a pasar unos días con nosotros; hará la compra y me ayudará en la casa. Mientras viene, entre mi hija y su chacha me echarán una mano.

-Señora Remedios, si lo dice por que me dé por aludido, creo que lo he dejado bien claro. Lo primero es lo primero y punto.

El señor Manolo, le explicó ella, era un señor mayor, labrador acomodado, viudo de dos hermanas y sin hijos, que venía de vez en cuando a la capital a echar una cana al aire. Modesto no se aclaró sobre cuáles eran las relaciones de este señor con Remedios ni como se habían conocido. Sólo había sacado en claro que venía a Madrid, se hospedaba en casa de Remedios y ella le ayudaba a jalearse: le presentaba alguna amiga complaciente y le llevaba al baile de las viudas por Ventas, donde él se buscaba la vida –erótica se entiende-. Pero conmigo –aclaró- nada de nada; no me gustan los viejos.

La señora Remedios era una novela con faldas. La Lozana Andaluza a su lado habría sido una reprimida señorita provinciana. Remedios no era andaluza pero lozana sí, y mucho. Malcasada muy joven con un viejo rico que podría ser su padre, tuvo con él tres hijos. Se perdió el capital, se vinieron a la capital, pusieron una churrería y ella, ardiente y morena, guapa y símbolo becqueriano de la pasión, se dedicó asidua y aplicadamente a ponerle los cuernos al decrepito con varios amantes, alguno fijo... Muerto el marido, siguió con sus avatares eróticos. A sus cincuenta años, era una real hembra, una hembra de toma pan y moja, que encalabrínaba a los machos por la calle y provocaba rozamientos en el Metro. Era el prototipo de la jamona española, mezcla de madurez ya pelín decayente y de promisoría experiencia. Todos estos avatares se los contaba a Modesto en la mesa con una mezcla, que asombraba a éste, de ingenuidad y descaró, de puterío e inocencia, similares a los de una muchacha que llevase en sus manos inconscientes una peligrosa y atractiva bomba sexual. Remedios contaba su vida como si hubiera sido de lo más normal, como si no hubiera podido hacer otra cosa. Refería todas sus escaramuzas eróticas, pasadas y presentes, con la misma naturalidad con que le contaba lo imposibles que estaban los precios en el mercado. A Modesto estas narraciones, pormenorizadas, le encalabrínaban su eros, célibe menos que catecúmeno, o sea, virgen. La patrona le resultaba una especie de prontuario, sólo teórico, de sexualidad, un bautismo de fuego erótico cuya pólvora se le iba en solitarias salvas. Su dios, patria y hogar en el momento no eran más que los temas de las oposiciones, y las historias de la patrona eran las historias de un zoo humano que folgaba aplicada y desigualmente con según qué zona de la anatomía. Él, por el momento, era tan forzosamente asexuado como una ameba, reducido a lector, inconfeso y mártir de anhelos y carencias.

A los dos días llegó el señor Manuel. Su edad le hacía más barba blanca que barba azul, pese a su historial de bi-viudo. Era un setentón apacible, bonancible y asequible a las órdenes de la señora Remedios, que le traía como un zascandil: -Señor Manuel, el pan; señor Manuel, la lista de la compra; señor Manuel, vaya patatas que le han dado... Y el señor Manuel, más mucamo que calavera en trance de satisfacción o, al menos, de promesas, más sirviente que corredor de canas al aire, aceptaba órdenes y riñas dócilmente. Prometer –y obedecer- hasta... debía de ser su lema por aquellos días en los que Modesto volvió, sin los atosigues de la patrona (la intendencia estaba resuelta y colmada la compañía de la señora), a la paz urgida de sus estudios. La convivencia pensionil funcionaba: él estudiaba sin parar, el señor Manuel compraba o limpiaba al dictado y la señora Remedios cocinaba (es un decir).

Comían los tres juntos y la conversación derrotaba a veces por vericuetos de escabrosidades sobre el pasado, el presente ¿y el futuro? amoroso de los dos mayores, ante los oídos curiosos, atónitos y sedientos (¿o mejor hidrópicos?) de Modesto, el virgen. Oyéndoles, un color se le iba y otro se le venía. Pero se olvidaba, eso sí, por un rato de temas, leyes y ucases aduaneras.

-Usted, señor Manolo, -le puñeteaba la patrona- en el pueblo más hambre que los pavos de Manolo -je, qué coincidencia-. Aunque usted a sus años, por seguir la comparanza, estará ya con el moco colgando...

-Póngame usted a prueba.

-Qué más quisiera el gato que lamer el plato... Pero si usted ya sopitas y al rincón...

-El que tuvo retuvo. Donde usted me ve las tuve así -y agrupaba los dedos-. Y todavía en el pueblo alguna pieza cae. Y las que caerán aquí en Madrid cuando vayamos a lo de las viudas o llame usted a alguna de sus amigas.

-Aquí no lo sé, pero en el pueblo, con las gallinas. O manualidades y bricolaje.

No escatimaban detalles ni pormenores y Modesto salía de todas las comidas -debían de ser picantes- acalorado y urgido, con otro tipo de hambre, resuelta a veces con bocadillos particulares.

Por las tardes (ya no había clases vespertinas en el colegio; era junio), cuando Modesto salía un rato -media hora justa- a despejarse, le acompañaba a veces el señor Manolo. Sentados en un desmonte desde que el que se contemplaba la opulencia urbanística de los Poblados Dirigidos de Absorción, el viejo volvía sobre los mismos temas, más que nada para desmontar las acusaciones de inoperancia erótica vertidas por la patrona. Ahora, de hombre a hombre, el señor Manolo procuraba poner los puntos sobre las íes, mayúsculas todavía según él. Modesto le atendía como atendería un errante en el desierto a un anuncio de refrescos. Penaba de sed pero se confortaba con la imaginación de los tragos futuros. Ya llegaría su hora, aunque estos dos puñeteros, con sus conversaciones, se las estaban haciendo pasar putas de anhelos y calentones. Gracias a que las oposiciones debían de ser más depresoras que el bromuro, que si no...

-No hay que hacerle caso -seguía el señor Manolo-, lo hace por provocar. Hay que ver la puñetera, con todo lo que ha corrido, con lo fácil que ha sido para otros y a mí ni catarlo con ella. Si no fuera por fastidiar... Y luego, en los bailes de las viudas, me las pone a huevo o me cita con sus amigas... Y no está uno todavía en el paro, no se vaya a creer, que todavía el gallo levanta la cresta y pide comida... Me ha dicho que el sábado vamos a ir -en taxi por lo del esguince- al baile de las viudas. Ella no bailará, pero me presentará alguna amiga... Además, ha quedado en invitar a merendar su amiga Tere, a la que ya conozco y con la que... Ya sabe usted, a merendar y luego... Cuando le dije a Reme que iba yo a llamarla me dijo que prefería llamarla ella y que mejor aquí para no quedarse ella sola. Pero se van pasando los días y me estoy corriendo una juerga... de la casa al mercado y este paseíto con usted. Qué puñetera, con lo poco que le costaría que nos diésemos un revolcón los dos... y conmigo nada. ¿Y con usted?

-Conmigo menos. Yo con las oposiciones... Y además en una ocasión me dijo, no sé si como aviso, que a ella no le van los jóvenes, que están verdes y que a aprender a Salamanca. Que a un pupilo que le tomó el número cambiado y quiso tema ya le tenía las maletas en la puerta cuando llegó del trabajo. Yo, aunque no hubiera avisado, ni por pienso: ahora a estudiar y nada más. No estoy ahora para ir buscándome otra pensión si le tirara los tejos, tejos que iban a caer contra mis tejas. Además a mí, una mujer tan leída y escribida en el tema, por tantos como habrán mojado la pluma en ella, me da mucho corte. Es muy bachillera para alguien como yo que aún no ha trazado ni los primeros palotes en el asunto.

El lunes siguiente, Modesto hizo el tercer ejercicio de la oposición. Aunque nunca se sabía, salió contento. El jueves le dieron la nota. De los mejores. Ya quedaban menos que plazas a falta de un solo ejercicio. Decidió tomarse un respiro y pasar el fin de semana con un amigo que vivía en un pueblo cercano y que había requerido su visita repetidas veces. Mira que era

cazurro; no entendía que en oposiciones todo el tiempo era poco y que él necesitaba como el comer sacar las oposiciones para comer (y valga la redundancia como dicen los que rebuznan). El caso es que el sábado hizo dedo, autostop, se plantó donde su amigo y pasó un agradable fin de semana olvidado de temas y aranceles.

Los días anteriores, entre el ejercicio de la oposición y la obsesiva espera de la nota, Modesto había desconectado del todo de los ardores del señor Manolo y de las esquivas de la señora Remedios. Sólo sabía que Teresa no había podido ir a merendar, con lo cual, el gozo prometido del señor Manolo cayó en el insondable pozo de sus hambres. Aunque ese sábado quizá habían ido al baile de las viudas y a lo mejor el señor Manolo estaría ya reconfortado de sus ayunos y habría abandonado la famélica legión a la que Modesto y su amigo pertenecían aún. Se dio cuenta de su alejamiento mental de las cuitas del señor Manolo cuando le contaba a su amigo, entre risas y cervezas, las escaramuzas dialéctico-eróticas del toledano y la patrona.

El lunes, bien prontito, cogió el autobús. No podía correr el albur del autostop. A las ocho de la mañana ya estaba en la pensión y, como hasta las diez no entraba en clase y no tenía ganas de estudiar, decidió dormir un rato. En la pensión todo estaba en orden; todos dormían. Procuró no meter ruido para no despertarlos. La alcoba de la señora Remedios tenía, como siempre, la puerta entreabierta. Ya lo sabía él y más de una vez había vencido la tentación no de entrar pero sí de arrimar un ojillo porque la señora Reme dormía –según le había dicho– en pelota picada. La otra alcoba, en la que dormían el hijo de Reme y esos días también el señor Manuel, tenía la puerta cerrada. A punto de dormirse, Modesto oyó al hijo, que se aseaba y se marchaba a trabajar. Todo quedó en silencio y él se durmió plácidamente.

A las nueve y media se levantó para irse a clase. No encontraba los pantalones de diario, aunque los había dejado el sábado preparados sobre una silla. No recordó que la señora Remedios tenía la manía de planchar y guardar cualquier ropa que quedase fuera de su sitio. La prisa que ya tenía no le dejó fijarse en que la alcoba del hijo de Reme y del señor Manolo tenía ahora la puerta entreabierta. En cambio, la puerta de la alcoba de la señora Remedios estaba, contra costumbre, cerrada a cal y canto. Lo que sí advirtió fue que cuando llamó con los nudillos y preguntó por sus pantalones, la voz de la patrona tenía melismas de impaciencia si no de enfado.

-¿Dónde van a estar? En el armario, planchados, en la misma percha que la camisa azul...

-Gracias, y perdone...

Pasó lenta la mañana. En la comida se habló de cualquier cosa. A Modesto le pareció que los otros dos comensales estaban serios. Habrán discutido, pensó. Hablaban entre sí como de ordinario, pero el tema de la conversación no era, como solía, picantón, teniendo en cuenta su temario favorito. A lo mejor la cosa tenía algo que ver con la experiencia venatoria del fin de semana, el acoso y derribo de viudas en el baile de las Ventas a cargo del señor Manolo apoderado por la señora Remedios. A lo peor no había cortado orejas ni festejado rabo. De todas formas, algo había pasado porque era muy raro que la señora Reme no hubiera suscitado la narración de los avatares y aprovechado para, hubiera sido el resultado que fuera, zaherir al señor Manolo. Anda que no hubiera jugado al vocablo de que si las Ventas, que si corrida por aquí o por allí, que si cogida, que si revolcón... Ante la seriedad de ambos, él no se atrevió a sacar el tema y les habló de su fin de semana (el primero en bastantes meses), acentuando los aspectos menos positivos por si el de ellos no había salido bien. Tampoco es que le preocupara mucho el tema. Ya le dirían lo que hubiera pasado y, si no, santas pascuas.

Acabaron de comer y Modesto, como todos los días en que no tenía clases vespertinas, ofició la breve siesta de la llave y se puso a estudiar. Lo dejó hacia las siete para, también como todos los días, salir a dar una vuelta de media hora para despejarse. Cuando les dijo a los dos, espectadores aburridos de la televisión, que se iba a su acostumbrado paseo despejador, el señor Manolo, también como otros días, se apuntó enseguida. Caminaron más bien callados. Cuando

llegaron a un desmante cercano, el desmante observatorio de todos los días, se sentaron. Enseguida el señor Manolo, cariacontecido, se arrancó:

-Vaya faena que me ha hecho usted...

-¿Yo?, pero si he estado fuera todo el fin de semana y hoy no le he visto hasta la hora de la comida y no ha pasado nada, ¿yo?

-No, si ya sé que lo ha hecho sin querer.

-¿qué yo he hecho qué? Pues ya me dirá usted, pero le aseguro que yo no tengo conciencia de haberle hecho ninguna faena.

-Si ya le digo que lo ha hecho usted sin querer. Esta mañana, cuando usted de su viaje, no le oímos nadie al parecer. Como usted sabe, Teresa no vino a la merienda y el sábado, en el baile de las viudas, un calentón en seco y sanseacabó. Un dolor de testículos –dijo testículos- como el de un mozallón en el baile del pueblo. Una parecía dispuesta a llevarme a su casa, pero a Reme se le cruzó el cable, se puso modorra y vengas: que nos teníamos que venir, que ella con el pie así (si ya anda bien, la puñetera), que no iba a dejarla sola... El caso es que nos jodió mayo con no llover. Cada uno a su casa. El domingo, o sea, ayer, volvimos a llamar a Teresa pero tampoco podía venir. Tendría, digo yo, algo más interesante que hacer porque –no sé si usted la conoce- es medio profesional de la cosa o profesional del todo. El caso es que la casa puesta y dos días sin novia; y yo caliente y cabreado. Tentado he estado de tomarme la justicia por mi mano, dicho así, o sea, pero como duermo acompañado... Quizá Reme se sentía un poco culpable, porque mañana o pasado me marchó al pueblo y vuelvo como vine, virgen y mártir. El caso es que esta mañana, después de que se fue su hijo, me dijo que pasase a su alcoba para no me fuese a casa sin mojar, después de casi quince días aquí. Porque vaya viaje de placer y de canas al aire. A la puta leche. Quince días de recadero y de chacha y me iba a ir como vine, con más hambre que los pavos de Manolo, como dice ella (el pavo soy yo), y más salido que a la llegada, mismamente como un recluta. Yo, claro, no me hice de rogar, ya sabe usted las ganas que le tengo y para una vez que ella quería conmigo... Pues a la cosa. Comenzamos, y bien. Yo con tanta hambre y ella tan buena como está y tan experta y caliente como es... El caso es que me armé bien y pronto y todo iba viento en popa... hasta que usted llamó a la puerta. Como no le habíamos oído llegar, pensamos que era el hijo, que volvía porque se habría olvidado algo. Enseguida nos dimos cuenta de que era usted, pero ya no hubo manera: se me encogió. Ella recurrió a todas sus mañas pero que si quieres, ni por esas. Insistimos porque le oímos irse , pero nada de nada. Con el susto, la que dijo el otro: Vencido y desarmado el ejército, no se tomó la fortaleza, y mira que me apetecía...

-Joder, señor Manolo, cómo lo siento; de veras que lo siento... qué putada, y vaya viajecito...

-Nada, hijo, qué se le va a hacer, otra vez será. Más se perdió en Cuba. Lo que es menester es que usted saque las oposiciones.

-Muchas gracias, señor Manolo, y de nuevo lo siento.

LA GRAN CHARCA

Modesto Criado no conoció Madrid hasta los dieciocho o los diecinueve años. Entre ellos dos no existió idilio ninguno; más bien convivieron (juntos, como se redundará ahora) por conveniencia o necesidad. No es que la relación fuera mal de fatal pero tampoco fue para tirar cohetes ni para compartir perdices en la salud y calditos en la enfermedad. No estaban hechos el uno para el otro. Modesto estaba acostumbrado a la monotonía matemática (dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis...) del seminario castellano-mancheño, y Madrid para él era un caos de connivencias, complicidades y otros tratos de cloaca. Así se lo habían predicado y así lo creía, aunque sabía que en la urbe moraban también almas de Dios, pero tan acechadas... Por todo ello, en su mutua relación no hubo cachondeos, meneos, escarceos y otros tonteos propios de una grata convivencia psicofísica sino conjeturas, apreturas y otras premuras de futuro.

-¿Lo de prometer hasta meter?

-Pues no, señor, ni eso. Más bien lo de tente mientras cobro, o lo de hay que besar manos que tendrían que estar cortadas; ya les llegará su segur, ya.

Como casi todos los que tenían que abrirse camino en la vida, Modesto también tuvo que relacionarse con Madrid, rompeolas de todas las Españas, etc..., porque la ciudad ofrecía la rosa de un posible trabajo y la espina de vicios y tentaciones. Colocación o depravación, esa era la cuestión. Cama y mesa o antro y tugurio.

El primer rollito del mozo con la capital fue breve y ocurrió un verano antes de salirse del seminario. Precisaba tratamiento fónico, si no para ser un Fenelón sí para ser, al menos, un fray Gerundio de Campazas no petardeante, en la sacra oratoria que integraría su ministerio clerical. Una tartamudez contumaz, surgida de pronto en su adolescencia, se iba enroscando, como una liana venenosa, en su facundia. Algún cura ya le había admonido con las exigencias del Derecho Canónico de que sin palabra clara no habría ara. Modesto se enteró, no sabía cómo, de que en Madrid un cura, autosanado de dislexias, dislalias y otros ajes verbales, aplicaba con éxito su método a otros perturbados orales.

Entrevista casi penitencial con el rector para lograr la escala de permisos pertinentes. Del seminario no se podía salir casi ni en caso (casi-caso) de incendio. Y si era a Madrid, durante el curso, y uno solo... Lograrlo era casi tan arduo como hacer arquitos mingitorios para un provento prostático. Modesto convenció al rector y éste a la pirámide jerárquica y el balbuceante se encontró con el permiso para viajar a Madrid y entrevistarse con el clerical foniatra. Condición: no pernoctar ni una noche fuera de los tutelares muros.

Modesto no sabía de Madrid más lo que había leído o le habían contado los afortunados conocedores de la ciudad. O sea, mitología pero no metodología. Y él tenía que enfrentarse, solo, a la gran urbe, todos los peligros de la Odisea agrupados en ella. Por fortuna había un condiscípulo que venía viajando a Madrid tres o cuatro veces por curso para tratamientos oftalmológicos y regresaba siempre indemne, y otros compañeros que ya habían visitado Madrid en algún verano. Ellos serían su lazarillo. Primero le explicaron la filosofía de los transportes urbanos y luego su ubicación y praxis.

Notas de una agenda:

-Lo mejor, el metro, unas grandes bocas descendentes (el metro es subterráneo), abiertas en la calle y marcadas con un rombo en cuyo centro hay un nombre: el de la estación que hay debajo. Bajar; taquilla; pagar; previamente tener clara la trayectoria por la que se tiene que ir (ello supone saber línea concreta, dirección del trayecto y estación en que se debe uno apear); localizarla en los pasillos cuidadosamente: hallar andén; comprobar sentido trayecto; ya en vagón, controlar sucesivas paradas hasta que llegue oportuna (conveniencia de no distraerse y de ponerse junto a una ventanilla); ya en andén, bajar pronto de vagón para no ser llevado al más allá (del trayecto, claro); identificar salida por calles (previamente haberla buscado en un plano urbano) en función de la calle concreta y del número exacto a los que se precisa llegar. Innegable

riesgo, evidentemente, pero soslayable con atención y cuidado extremos. Ya en calle, localizar dirección concreta. Atención a los semáforos; tráfico endiablado. Cien ojos, cien oídos.

-En tu caso concreto: Salir de estación Atocha; buscar boca de metro (a izquierda de salida, a unos cien metros); ya en metro (recuerda: bajar, taquilla, pagar), buscar línea 1 dirección Sol (directa); ya en Sol, ojo, trasbordo; buscar en propio andén correspondencia con línea 4 dirección Avenida de América; seguir letreros de pasillos hasta correspondiente andén (no hay que pasar por taquilla otra vez); ir pendiente de estaciones (son varias); en salida, boca de Avenida de América; ya en ella localizar en plano calle buscada, muy pequeña según plano. Preguntar si se tiene alguna duda; gente amable. Ojo, Avenida de América, de las de mayor tráfico.

-Otros avisos de cabotaje: Atento, siempre atento. La ciudad es peligrosa por muchos conceptos. Aparte de los peligros del tráfico, ya avisados, hay más. Ten cuidado con los que se arriman mucho en el metro, pues lo hacen dos clases de entes: los carteristas (roban; también ojo en la calle) y los invertidos, subdivididos a su vez en dos: los manilargos (soban) y los descarados (arriman material). En estas aproximaciones sospechosas, mirarles muy fijamente y procurar apartarse ostentosamente. Ojo también con los timadores: son convincentes. Desconfiar de todo.

Pero no todo se resolvía en la propedeútica del cabotaje madrileño. Faltaba lo referido al atuendo. Como se perdía la condición de persona (civil) en cuanto se cerraba la puerta del seminario en una tarde lánguida de septiembre y no se recuperaba hasta que la misma puerta se abría una radiante mañana de junio, muchas madres optaban por llevarse la ropa de paisano del enclaustrado, que se quedaba solamente con las sotanas –la de paseo y la de trote-, la ropa interior y la intermedia, generalmente poco lucida. Al fin y al cabo, la sotana, como la capa, todo lo tapa. El problema se resolvió mediante colecta popular. Un compañero le prestó unos vaqueros, perfectos como camuflaje para que no cantase su condición seminaristil. Era más alto que Modesto pero los vaqueros podían, sin pecado de lesa moda, redoblarse por los bajos. Otro le prestó un jersey visible y él aportó una camisa con el cuello no ostensiblemente rozado. En conjunto, un brazo de mar, sólo que, pese a todo, cualquier persona que se cruzase con él por la calle sentiría deseos, por solidaridad, de entonar canto gregoriano.

Y llegó la víspera del día D. Últimas recomendaciones de los amigos y casi despedida con pañuelos. Un cura se encargaría de llamarlo porque tenía que coger el tren muy de mañana. Pero no hizo falta. Cuando el cura llegó, Modesto ya se había aseado. Se vistió. No ponerse la sotana le hizo sentirse extraño, como desnudo. Salió de la habitación. En los pasillos, oscuros y silenciosos, sólo se entreoían los ronquidos atenuados de algún profundo durmiente. Se detuvo un momento en la capilla para suplicar puertos de claridad en la azarosa jornada. En la gran puerta de la calle habían dejado las llaves puestas. Al cerrarla tas él y verse en la calle sintió la comezón de un explorador medroso. Anduvo de prisa –veinte minutos hasta la estación del tren- pero respirando libertad en las solitarias calles. Podía irse por una calle o por otra, podía entrar o no en un café –si había alguno abierto- a tomar algo, podía canturrear, podía incluso cometer la locura de no tomar el tren... Respiraba distinto. Eso es lo que querría decir lo de “aires de libertad”. Se detuvo un momento ante la catedral. Nunca la había visto de noche en el claroscuro de la noche de las farolas de la calle. La veía más sugerente; o quizá eran sus ojos, neófitos de independencia y soliviantados de nerviosismo. Las calles del paso de los paseos en fila eran nuevas en su mirada sin rutina. Otra ciudad y otro él.

Ya en la estación sacó el billete: -A Madrid, por favor-, como otras ocho o diez personas que ya se demoraban en la estación con aire de avezados. Sólo para él se trataba de un viaje iniciático y un hito en su vida. Recontó el dinero. No había desayunado. ¿Le daría para un café?. Le daba, había calculado dinero suficiente para los gastos previstos y para algún imprevisto. Se tomó el café con una cosa de bollería cuyo nombre –como el de los demás dulces- ignoraba. - Póngame uno de esos-

Y el dedo. Pagó con desenvoltura. Que pareciese que el viajar era una rutina para él.

Se cercioró del vagón correspondiente y se acomodó en él junto a una ventana. Quería beber cada metro del paisaje y saborear cada minuto de su viaje en libertad (condicionada). Una sabandija que le recorría el cuerpo le provocaba escalofríos de siete grados en la escala de Richter. El tren se puso en movimiento y más todavía la sabandija, que luego se serenó algo sobre la marcha porque Modesto se dedicó a imaginar autos de libertad: en cada trozo del terruño, un hombre; en cada casa, una historia; en cada estación, una encrucijada de destinos. Cada elemento del trayecto le entregaba un fragmento de vida, de la que tan alejada parecía la suya, encerrada en el refugio excesivo del seminario o semillero en el que las semillas iban siendo convertidas en puros reflejos.

Pero Madrid se aproximaba en arrabales y la sabandija se exasperó hasta el calambre según iba el tren frenando su carrera. Atocha ya. Sus compañeros de vagón se apresuraron a bajar. Él se lo tomó con más calma. Salida. Por ahí, claro. Calle. Sí, a la izquierda, como a unos cien metros, el logotipo del Metro. Ya. Bajar. Taquilla. Línea 1; ahí. Coge el tren. Va deprisa. Sol. Ojo, línea 4; por ahí. Otro andén y otro tren. La oscuridad de los túneles le recuerda, no sabe bien por qué, la película de “El tercer hombre!”. ¡Qué poco se ha utilizado el Metro en el cine con lo cinagénico que es!. Diego de León. Ya llegamos. A ver, salida. Calle. Pues no ha sido tal difícil. Ahora, el plano. La calle Zarzal. De frente, ojo al cruzar la Avenida de América. Ya. Ahora, a preguntar:

-Tras esos bloques, enseguida.

Y tras esos bloques, de repente, un islote de inesperados chalecitos con jardín, tan incongruentes entre las torres de pisos como una calesa en una carrera de Fórmula 1. Zigzagueó por las breves calles –nadie a quien preguntar- hasta encontrar la dirección buscada. Sabandija de nuevo. Ya en el recibidor:

-Por favor, el padre Ángel...

-Está en una sesión, pero ya no tardará.

De dentro de la casa llegaba un rumor de lentas sílabas semitonadas que recordaban la salmodia de un mantra budista. Al poco rato:

-Hola, soy el padre Ángel y tú eres Modesto, ¿no? Ya hemos hablado por teléfono, ¿verdad? Pero pasa y hablamos.

Larga y provechosa conversación. En definitiva: lo tuyo es leve y curable; en julio nos vemos al menos por un mes. Y quédate a comer con nosotros. Así verás el ambiente y puedes ir conociendo a los internos. Alguno seguirá aquí cuando tú vengas.

En la comida, culinariamente buena, lo que le sorprendió fue la forma de hablar de los logopacientes. Cuando se lanzaban a hablar, inspiraban profundamente y pronunciaban las palabras silabeando lenta y cuidadosamente. Si cualquiera de ellos hubiera tenido que pronunciar en un evento las consabidas sentidas palabras, éstas se habrían convertido en una larga disertación académica.

Tras acabar la comida y sin demora alguna se fue (quería coger el primer tren, fue el pretexto). Tenía cinco horas para descubrir la ciudad, y lo que primero fue a descubrir fueron los miasmas mefíticos de la gran charca.

Los cinéfilos sin cine del seminario, algunos condiscípulos y él, habían leído en la revista “Film ideal”, que le llegaba subrepticamente a uno de ellos, maravillas del cine de Ingmar Bergman, lo más de lo más, pura filosofía, teología, sociología, psicología y todas las –ías en imágenes de museo, o de libro, o de museo del libro. Bergman, oh, ah... Y coincidía que en Madrid se proyectaba, ya no de estreno, su controvertidísima película “El manantial de la doncella”, una de los primeros filmes que debelaron el inexpugnable baluarte de la censura franquista, pese a su carga de estupro y venganza. Modesto sabía que, sii los curas se enteraban de que había ido a verla, la flamígera espada de la expulsión fulminante le pondría de patitas en la laica calle. Pero se arriesgó: Bergman era Bergman. En conciliábulo con algunos de los

compañeros cinéfilos se había enterado de la sala, de su localización, de los horarios... Todo le era propicio. Cerca de Sol, (la misma línea, por tanto, de la mañana, sólo que saliendo en Sol y volviendo a Sol para coger la línea directa a la estación del tren), sesión doble continua desde por la mañana... Era el Cine Carretas, un cine más para la esdrújula ignorancia de los cándidos cinéfilos levíticos (otras tres proparoxítonas).

Realizó en trayecto inverso, se bajó en Sol (salida Carretas) y localizó fácilmente el cine. La suerte le sonreía, pero la sabandija ahora tiraba bocados. La otra película, que ni le interesaba ni conocía, acabaría en diez minutos. Luego, Bergman. Al entrar en la oscuridad de la sala no veía nada. Luego las ráfagas luminosas de la pantalla le permitieron avistar una zona vacía en el centro del patio de butacas. Se autoacomodó y, mientras acababa la película, se dedicó a recordar lo leído sobre “El manantial...”: el mito medieval, la venganza ritual (la sauna, las ramas de abedul...), la ambientación, el magistral uso del blanco y negro, la fotogenia de Max von Sidow (pese a su prognatismo)... Le sorprendió el continuo deambular de espectadores por la sala, trasiego que aumentó en el breve descanso interfilmes. También le extrañó la casi absoluta ausencia de mujeres. Se apagaron las luces para la ansiada película. Dos espectadores ocuparon las butacas vecinas. Con los sitios que había vacíos, ya era mala suerte. Comenzó a brotar “El manantial...” y Modesto empezó a beber de él, hidrópico de cine. Pero, al rato, el codo del vecino de su izquierda invadió el reposabrazos común. Modesto se apartó un poco, pero el codo seguía avanzando; ya superaba el reposabrazos. Miró con descaro al invasor que le devolvió la mirada pero no el codo a su sitio. Más aún, a poco el antebrazo cayó lánguidamente en el espacio de la butaca de Modesto que, mosqueado (si el tío había ido al cine a dormir, que durmiese, pero que le dejase ver tranquilo la película), le cogió ostensiblemente el antebrazo y lo redujo a su sitio. El vecino le miró con lo que a Modesto le pareció sorpresa pero le dejó en paz.

Él volvió a sumergirse en el manantial, pero, pasado un rato, el proceso codal se repitió. Qué pesado este tío; si se duerme, que se duerma con los brazos quietos. Y de nuevo le devolvió el brazo con un enfático: Por favor... Otra vez a la película, pero no se le dejaba concentrarse en ella porque percibió unos suaves vaivenes en su butaca, provenientes de la del vecino que, al parecer, se dedicaba a sospechosas manipulaciones solipsistas. No aguantó más. Se aproximó al vecino de su derecha, un venerable anciano, y le musitó:

-Oiga, por favor, déjeme pasar a la butaca del otro lado, que creo que el señor de mi lado es un invertido (dijo invertido).

El anciano le miró largamente con aire de desconcierto pero le dejó cambiarse. Él, a su vez, se pasó a la anterior butaca de Modesto y se puso a musitar con el nuevo vecino. Modesto, ahora aislado, pudo ver absortamente el resto de la película, que acabó en un fundido final en negro con la misma melodía de caramillo con la que había comenzado.

Modesto salió raudo. Metro, línea 1, estación de Atocha, ya con la seguridad de los usuarios cotidianos. El tren saldría en media hora. Compró el billete, localizó el convoy y subió. Se notaba cansado y excitado por el día tan lleno de novedades. Partió el tren y volvió la sabandija al estómago de Modesto que no se dedicó ahora a fabular sobre los paisajes, poseído por sentimientos contrarios: Por un lado, la satisfacción de haber resuelto lo de su curso de ortofonía y haber vencido las dificultades de su primer viaje a la capital; por otro lado, la satisfacción de haber visto la gran película (y la de poder fardar de ello ante sus compañeros más conchabados). Pero también la sensación de miedo (y de un cierto arrepentimiento) de que los curas se enterasen de su visión de la doncella, con el efecto de expulsión inmediata de ese tribunal tutelar de menores (así los trataban) que era el seminario. También sentía la melancolía cenicienta de que terminaba el paréntesis de libertad y aventura. De nuevo, la monotonía gris del seminario. Pero entre tantos sentimientos predominaba uno: Madrid le había mostrado una cara totalmente palustre de la gran charca que era. Su virtud, si no en peligro, se había visto asediada por bujarras. No tenía sensación de riesgo –faltaría más- pero le desconcertaba que alguien le hubiera tomado por miembro del coro de los sapos de la charca capitalina. Esperaba que lo que

movió a los hombres malos no hubiera sido algo que de él emanaba sino el ambiente del local, de esa boca de lobo carretero (de Carretas) en la que sin saberlo se había metido. Pero un poco sucio sí se sentía.

Así pasó el viaje, demasiado breve ahora. Comenzaba el crepúsculo. Sus compañeros estaban en las horas de estudio previas al rosario y a la cena. Se demoró –no había prisa en encerrarse- por la calle, ahora repleta de gente que entraba en los bares, remataba sus compras o iría –ay- al cine sin riesgos ni amenazas. Disfrutando, en resumen, de su libertad. Sólo él caminaba hacia el enclaustramiento. Se permitió una licencia más: contó el dinero y le daba para una cerveza. Entró en un bar y se la tomó, pero le supo a cerrado y sacristía, a pérdida y rutina.

Cuando la gran puerta del seminario se cerró tras él, el día acabó; tanto que ahora parecía un sueño ajeno. Se oía el rumor del rosario. Subió a su habitación y se cambió de ropa. Todo ahora un lejano temblor. Se incorporaría a la comunidad en la cena. Cuando al día siguiente comunicase sus gestiones al rector y sus experiencias a sus amigos, todo sería ya pasado; con huellas pero inevitablemente pasado.

En julio volvió a Madrid donde estuvo casi un mes, pero esta singladura no se narra porque está siendo guionizado para un corto cinematográfico que, con el título de Verano de Ortofonía, se rodará como un prototipo de “cinema verité” porque en él no pasó nada: ejercicios de foniatría todo el día y toda la semana, menos los domingos, que los celebraba con otros seminaristas fonopetardeantes. Según el director, la monotonía de aquellos días valdrá para testimoniar la insoportable levedad del ser.

Otro verano, la afición cinéfila de Modesto le hizo volver, breve pero aventuradamente a la gran charca, cuyos azares nocturnos estuvo a punto de padecer. Es lo que se narra en la verídica historia de “West side story”.

Ya fuera de los tutelares muros del seminario, por mor de buscarse el condumio, Modesto tuvo que recalar de nuevo en Madrid por una temporada de seis o siete meses. Empecinado –más cornás da el hambre- en asegurarse la pitanza (clases particulares, clases en un colegio, preparación de oposiciones al Cuerpo Técnico de Aduanas...), no tenía un rato libre, si bien las fangosas ondas de la charca llegaban a su ensimismada vida en forma de turbios asuntos de faldas y pantalones que sus patronas le referían con prolijidad. Madre, qué será lo que tienen los butaneros. Y los maridos, al curre. Tanto era el contraste entre su espartano vivir y el enfangamiento de tales historias que éstas le parecían no realidad lejana sino peripecias de otra galaxia.

Esta etapa tampoco se incluye en esta testimonial historia porque el autor se reserva su riqueza de situaciones, contrastes (vida eremítica de Modesto, desmadre ambiente) y personajes para novelarlos por extenso. Como la frase de “Madrid, la gran charca”, título de este cuento, ha sido sacado de la novela “Pequeñeces”, se pensó titular la futura novela como “Pequeñeces 2”, pero no complugo. Luego se pensó en “Dos pequeñeces”, pero era demasiado minimalista e inducía a error porque no trataría de pequeñeces sino de historias de grueso calibre y de más de dos. Finalmente cuenta ya con un título provisional: “Lucha en el fango”, que a lo mejor luego se cambia. Se promete, pues, novela. Pero, su riqueza novelística se ha anticipado aquí, a manera de parte emergente de iceberg, en las dos breves narraciones anteriores: “La ocasión perdida” y “No quiso hacerlo”. ¿Le han gustado? Pues así será el resto de la novela.

Y llegó una etapa más de Modesto en los Madriles, certero plural que abarca la multiplicidad de facetas –buenas y malas, aguas claras de trabajo y fecales de vicio)- de la urbe. En esta etapa, Modesto tocó el cielo con las manos por haber ganado –¡bravo!- las oposiciones al Cuerpo Técnico de Aduanas. Por fin una nómina. Por fin la seguridad económica. Por fin una sinecura aunque no estuviera exenta de preocupaciones. Antes de desplazarse a su destino laboral, los neoaduaneros habrían de pasar tres meses de prácticas, ya pagadas, en la capital.

Ganar las oposiciones había sido duro y Modesto se había prometido un desmadre, un buceo por la charca matritense, si las aprobaba. La lista definitiva de aprobados salio por la tarde

y Modesto se vio en ella. Aprobado y con buen número. Se fue a la pensión. Dormiría un par de horas y, luego, a quemar la noche, a lo que Dios quisiera o, mejor, a lo que Dios no quería. Se tumbó en la cama vestido –total, dos horas- y se levantó al día siguiente con el tiempo justo para coger el coche de línea de su pueblo y comunicar a la familia la buena nueva del sueldo seguro.

Comenzó el periodo de prácticas. Los Madriles –ya lo hemos dicho- viven en la ocultación y en la contradicción. Todos vivimos en la contradicción. La cara buena de la ciudad la percibió en sus jubilados compañeros de oposición y promoción, que asistían ilusionados –y relajadísimos, ya tenían paga- a las clases matinales de la Escuela de Aduanas. En seguida se formó un grupito que se tomaba unos vinos tras las clases, comía junto en cualquier restaurante de la zona y disfrutaba, junto también, de algún honesto solaz vespertino: cine, visita a algún museo, asistencia a algún acto cultural... Luego, cada uno a su nido a preparar algún supuesto teórico para las clases del día siguiente. Pero esto duró poco porque les proporcionaron por las tardes prácticas reales y pagadas en alguna entidad aduanera. Hubo, pues, que reducir la convivencia a los vinos y a las comidas.

A Modesto le destinaron a la aduana del aeropuerto de Barajas. Primero estuvo comprobando los pasaportes de los que volarían al extranjero. La tarea era fácil. Consistía en comprobar la vigencia del pasaporte y su legalidad (que no estuviera falsificado), y en estampar el sello de salida. El trabajo era monótono pero no para deslomarse. Cuando los jefes de prácticas le consideraron ya avezado, le pasaron a otra sección más comprometida. Ahora, junto con la Guardia Civil, que husmeaba previamente, registraría –calzado con unos immaculados guantes de algodón blanco- las maletas de los aerotransportados que llegaban a Madrid. Con atención pero con discreción, le dijeron, que había gente muy suspicaz y celosa de la intimidad de su valija. Modesto se convirtió entonces en una nueva especie de perro fiel del Estado, mezcla de cancerbero y de Argos, el gigante de los cien ojos, decidido a que nada prohibido pisase el suelo español. Si detectaba algo, aviso a la Policía Nacional y decomiso al canto. Mano de hierro enfundada en guante de seda (o de algodón, para ser exacto). No detectó más que algún contrabandillo de poca monta: algún cartón de tabaco, alguna botella de licor, algún caro perfume, alguna publicación pretendidamente subversiva... Todo iba viento en popa o (en alerón de popa, para ser exacto).

Pero Madrid es una charca y vive de la ocultación y de la contradicción. Todos vivimos de la contradicción y la charca emanaba más hedores que aromas. Pronto le llegó el tufo a Modesto.

Aquella tarde había sido tranquila, incluso con algún paréntesis de asueto. Modesto se disponía ahora a registrar las maletas –ya estaban en la cinta transportadora- de un vuelo internacional procedente de Cali. Entonces llegó un jefe:

-Modesto, váyase a tomar un café, hombre, que se le nota cansado.

-Ya me lo he tomado, jefe.

-Bueno, pues tómese otro; no quiera usted ganar tan joven la medalla del trabajo.

-Pero es que va a llegar el equipaje del vuelo de Cali.

-Es igual; tómese un descansito, yo le sustituyo. Venga, tómese el café en mi honor. Es una orden.

Y así varias tardes. El café forzado siempre coincidía con la llegada de algún vuelo hispanoamericano. Hasta que una tarde, Modesto, mosqueado y con la explosiva osadía de los tímidos, se negó a la imperiosa sugerencia del café y le dijo al jefe que no iba a ir a tomar más cafés por la tarde, que qué curioso que era que los impuestos cafés coincidiesen siempre con la llegada de vuelos ultramarinos... El jefe le miró larga y fríamente y le contestó con un lacónico:

-Usted lo verá.

Y lo vio. A los dos días trasladaban a Modesto una oficina del Ministerio de la Gobernación donde se pasaba las horas cuadrando estadillos del movimiento aduanero.

Los Madriles viven de la ocultación y de la conculcación de todos los mandamientos, conculcados por la hidra de siete cabezas de los siete pecados capitales. Modesto había sufrido en sus carnes el mordisco de la mangancia de guante blanco y dinero negro. Pero otros ataques le sobrevinieron.

Se había premiado, por ganar la oposición, con un flamante reloj de pulsera Longines comprado con información aduanera privilegiada en una tienda de decomisos. Estaba tan contento con su reloj que sólo le faltaba ir con el brazo remangado para que se lo admirasen y envidiasen. Una noche de viernes había quedado a cenar con algunos colegas. Durante la cena, comentaron gozosamente las experiencias de sus prácticas profesionales. Como a todos los habían cambiado de sitio para abarcar más experiencias, Modesto nada dijo del mal olor de su cambio de puesto. A todos, incluido Modesto, les iba bien y estaban contentos. Tras la cena, unas copas y la despedida, ya de madrugada. El Metro había cerrado ya y Modesto se encaminó hacia su pensión. Era cosa de unos cuarenta minutos de camino. La calle por la que transitaba en ese momento era oscura y solitaria. Modesto iba silbando suavemente. Dejó de silbar. Le pareció oír unos pasos tras él. Los pasos ya eran certeza. Apresuró los suyos pero los otros corrieron más.

-Eh, panoli, párate si no quieres bronca.

Dos hombres se le pusieron a los lados.

-No intentes nada y danos lo que llesves o te pinchamos –sintió algo punzante en el costado-. Y sin ocultarnos nada o te dejamos en pelotas, o sea, que no te hagas el listo. A ver, la cartera.

Modesto no se resistió. Total, no le quedaban más de doscientas pesetas.

-Pues vaya mierda. A ver, cadenas, medallas...

-No llevo

-Pues el peluco.

Adiós al reciente premio. Los cacos le cachearon y el expolio concluyó. No llevaba más de valor.

-Y ahora, chitón; no te pases de listo gritando o avisando a la pasma.

Los dos rateros se dieron la vuelta y echaron a correr. Modesto se quedó solo. No le habían dejado dinero ni para un taxi, y buscar a la policía era en vano. Dónde estaría la policía y dónde estarían ya los chorizos. Se puso a andar tranquilamente hacia la pensión. Buen chasco se llevarían otros manguis que intentaran asaltarlo otra vez.

Los hedores de la charca eran variados, un completo “chant d’aromes”. También, como no podía ser menos, soplaba el cierzo del sexo.

Para el periodo de prácticas se hospedó en una pensión de la calle Poceros, no sólo porque era céntrica y estaba cerca de la Escuela de Aduanas sino porque conocía la pensión por haberse hospedado en ella un amigo del seminario que se presentó también a las mismas oposiciones y suspendió. El patrono ya lo conocía, por las visitas a su amigo –alguna vez estudiaban juntos- y le dio una habitación pese a estar todo lleno. El cuarto era grande y exterior, pero tendría que compartirlo, eso sí, con otro chico joven.

-Tiene unos horarios un poco especiales, pero le dejaré estudiar.

-No, si yo creo que no voy a tener que estudiar mucho, por lo menos aquí en la pensión.

-De todas formas, si le estorba, ya hablamos.

-Hombre, van a ser tres meses nada más.

Efectivamente, el compañero de cuarto no le daba demasiado la lata. Tampoco Modesto paraba tanto en la pensión. Salía de mañana y volvía, ya cenado, para meterse en la cama o, si acaso, para estudiar un ratillo algún supuesto aduanero. A esa hora el muchacho, más o menos de la edad de Modesto, se estaba acicalando a tope: pantalones fardones ceñidos hasta el peligro de descosido, zapatos llamativos y camisas cromáticamente vociferantes en flora e incluso en fauna. Vamos, un pincel más bien “fauve”. Repeinado y perfumado de embriagadores aromas. A Modesto le parecía percibir hasta un toque de maquillaje. En esos breves momentos hablaban de

cosas intrascendentes –no se conocía realmente-. Modesto le comentó su situación: oposición ganada, período de prácticas... El otro le comentó su horario, tan anómalo: fiestas y más fiestas nocturnas –¡qué cansado es, pero no tiene más remedio...!-. Es relaciones públicas de una productora televisiva y es en la noche cuando contacta con la peculiar fauna audiovisual. Con qué ganas se metería en la cama como él... Alguna noche le podía acompañar y conocer gente famosa. Y le suelta una retahíla de celebridades televisivas.

A Modesto no le casaba ni el horario ni la humildad de la pensión para un trabajo tan de relumbrón, pero bueno, si él lo decía...

Todos los días el muchacho llegaba al amanecer y, aunque intentaba no hacer ruido, despertaba a Modesto, que percibía su aspecto derrumbado. Ya se sabe, la farra nocturna, aunque sea laboral, debe de cansar tanto... Cuánto echaría el pobre muchacho un despachito con luz y plantas donde trabajar de día...El pobre, en cuanto se metía en la cama, se quedaba roque. A Modesto, en cambio, le costaba recuperar el sueño.

Una noche llegó a la pensión y el patrón le abordó:

-Ya está usted solo en la habitación.

-Anda, ¿y el compañero?

-Le he dicho que se vaya. Esta mañana vino un señor mayor armando follón y exigiendo verlo. Resulta que era chaperero a algo así y el viejo debía de ser su amante despechado. Y yo estas cosas no; ésta es una pensión seria.

Modesto no conocía realmente a los otros inquilinos de la pensión. Total, estaba tan poco en ella..., sólo casi para dormir. En la pared del fondo de su habitación, frente al balcón, se abría junto al techo un ventanuco acristalado que daba luz a otra habitación que debía de ser interior. A través del ventano alguna noche le despertaron unos lloros infantiles y el siseo, que quería ser adormecedor, de una mujer. También una luz apantallada que se encendía en algunos momentos. Le preguntó a su compañero de habitación. Se trataba de una pobre muchacha de pueblo a la que el novio había abandonado con un bombo. La moza tuvo que marcharse del pueblo y se refugió en el anonimato de la capital. Tuvo a su hija y ahora se deslomaba limpiando por las casas para sacar adelante a la niña, que pasaba el día en una guardería. Él las había visto algún domingo cuando ni la chica limpiaba ni la niña iba a la guardería. Más tarde Modesto se había cruzado con ellas por el pasillo.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Luego el dueño de la pensión le había proporcionado más pormenores: la lucha de la muchacha, su soledad, que no quería que en su pueblo nadie, ni su propia familia, supiesen dónde estaba, que estaba en la habitación más barata para ahorrar, que pagaba derecho a cocina para hacerse las cenas, los desayunos y, los días festivos, la comida; también calentaba los potitos de la niña. Qué vida más dura, pobre muchacha, y el cabrón del novio... La pobre estaba tan necesitada de cariño que les había tomado, a su mujer y a él, como refugio de sus desahogos, de sus llantos y de sus penas.

La dueña de la pensión se había tenido que marchar a su Asturias natal. Su madre estaba bastante enferma. Durante su ausencia, la muchacha vendría a comer a la pensión (no se servían comidas a los pupilos) para gobernar el condumio del dueño y de sus dos hijos. Así irían trampeando hasta que la dueña volviera.

Una noche a Modesto le despertaron la tenue luz del cuarto interior, que entraba por el ventano, y unos tenues ruidos que no eran los llantos de la niña. Estuvo escuchando y conjeturando un rato. Luego una vergonzante curiosidad le ganó. Se subió sigilosamente a la mesilla y, de puntillas en ella, pudo atisbar en la habitación vecina. El dueño de la pensión consolaba afanosamente a la moza, que recibía espasmódicamente los consuelos. Como la cabecera de la cama estaba en la pared opuesta a la del ventano, Modesto tenía una visión perfecta de los embates y los envites de las blancuzcas nalgas del dueño y de la arrebatada cara

de la muchacha, que miraba al techo con los ojos cerrados. El ruido que le había despertado era de suspiros y jadeos, luego de quejas y, al final, de estertores.

Modesto se bajó cautelosamente de la mesilla y volvió a la cama, pero tardó en quedarse dormido. Otra faceta de la charca madrileña.

Pero los Madriles viven en la contradicción y la gran charca cría a veces flores en el cieno. Una noche, muy similar a la del atraco, tras cenar con sus compañeros, volvía Modesto, alerta pero despacio, a la pensión. Transitaba por una plaza en la que ya había observado que algunos mendigos, envueltos en cartones y plásticos, dormían al sereno y contra el sereno, que los incordiaba –era autoridad- para que abandonasen su circunscripción. Modesto suponía que lo hacía con cierta permisividad durante la noche porque allí seguían, pero por la mañana seguro que el agente de la autoridad exigía a los mendigos que desbaratasen su istalache porque, por la mañana, camino de la Escuela de Aduanas, los veía ya levantados y con todo el vivac recogido. El sereno no querría que le amonestasen por su incuria. Él, de noche, procuraba no despertarlos con sus pasos. Cualquiera sabía... Igual, si se les despertaba, se volvían agresivos...

Aquella noche los mendigos no estaban solos. Un matrimonio de edad, procurando no despertarlos, les iba dejando unos paquetitos pulcramente envueltos. Modesto se les quedó mirando. El señor, muy educadamente, se dirigió a él en voz muy baja:

-Buenas noches; a ver si no les despertamos. Nos estaba usted mirando. Es que mi mujer y yo algunas noches les dejamos algún bocadillo para cuando se despierten. Pobrecillos, a saber por qué estarán aquí y cómo les habrá tratado la vida. Por gusto desde luego que no están. Nosotros no podemos acogerlos –el piso es pequeño- pero así les aliviarnos un poco. No tenemos hijos y para dos pizzas tenemos más que de sobra.

Modesto se avergonzó. Qué diferencia. Él no hacía nada por esa pobre gente. En cambio, estos ancianos... se buscó en el bolsillo y encontró trescientas pesetas.

.Mire, buen hombre –le salía la cortesía rural-, no se lo tome a mal, pero como yo no puedo hacer como ustedes... Tome este dinero. Los próximos bocadillos van por mi cuenta.

-Muy amable, joven, que Dios se lo pague. Con este dinero habrá efectivamente para más bocadillos.

Modesto se alejó. La gran charca cría a veces flores en el cieno.

La etapa de prácticas acababa. Una última cena de despedida con todos los compañeros para desearse suerte en los destinos e intercambiarse datos para no perder el contacto. A ver si era de verdad, se prometían.

Modesto viajó a su pueblo para despedirse de la familia antes de incorporarse a su puesto. Para llegar a éste debía retornar a Madrid, pero de paso, sólo para coger el tren. No sabía lo que le depararía la vida pero tenía claro que jamás volvería a la capital para vivir en ella, porque la gran charca la había mostrado sus caras y sus caretas y casi ninguna le agradaba.

El joven era aficionado a las metáforas, a las hipérbolos y a otras muchas figuras de la Retórica (metaplasmos, metasememas, metalogismos y demás nebulosas licencias poéticas) y decidió ritualizar una imitando pero superando a Santa Teresa. En Madrid facturó las maletas y subió al tren. Cuando éste se puso en marcha, él también se puso a oficiar la hiperbólica metáfora. No bastaba con sacudirse el polvo de los ajados zapatos que calzaba. Tenía que ser más drástico en su exorcismo. Bajó el cristal de la ventanilla, se quitó lentamente los zapatos y los arrojó ritualmente fuera. Habían pisado tanto fango... Entonces se dio cuenta de que los demás zapatos viajaban en las maletas facturadas, que no podría recuperar hasta la Seo de Urgel, donde entró litúrgicamente descalzo.

DOBLE ANAGNÓRISIS

Modesto Criado había sacado, como ya se ha dicho, las oposiciones de Técnico de Aduanas. O sea, que había sido coronado con el laurel de la perennidad (el laurel es árbol de hoja perenne) de un puesto de trabajo hasta la jubilación y un sueldo hasta el óbito. Pero tales sinecuras se vieron algo contrarrestadas (la juventud es un degrado) con la incomodidad de la lejanía del primer destino: La Seo de Urgel, en los más remotos confines ilerdenses, donde el Pirineo se convierte en un aliviadero español entre la “grandeur” francesa y la “pequeñeur” andorrana. Nunca el ex-levita manchego había estado tan lejos de sus lares en la ancha Mancha (valga la etimológica paronomasia). Añorando de los espacios abierto, le oprimían las masas de las montañas pirenaicas y la mole del castillo-fortín-cuartel con sus sugerencias kafkianas. Pero, sobre todo, le oprimía la soledad de no conocer a nadie. Por eso enseguida se hizo amigo de un compañero de trabajo por encima de diferencias de edades e índoles. El compañero se llamaba Ambrosio Daya.

Pero no fue sólo la soledad la que le hizo amigarse tan pronto con Ambrosio sino también el carácter de éste, un entrañable despistado, tan afectuoso como una flecha de algodón que siempre errase la puntería atinando siempre. Eran precisamente sus despistes los que hacían aflorar ese calor entrañable que otros, más circunspectos, hubieran celado. Podría pensarse que un ser tan ensimismadamente distraído sería un coladero en la aduana y que, por delante de sus narices, pasarían alijos, pasaportes falsos y grandes delincuentes internacionales reclamados por la Interpol sin que el bueno de Ambrosio, siempre en su luna, se percatase. Pero no era así. Entre los aberrantes destellos de su intermitente atención se encendía la bombillita certera de su instinto aduanero. Quizá se le colasen pequeños contrabandos y humildes falsarios, pero descubría con tino el guante blanco del ladrón cosmopolita que le tendía su mano descubierta y el alijo de droga entre los pétalos del ramo de azahar de la novia más nupcial.

Ambrosio nunca tenía prisa por volver a su casa tras la jornada laboral y se demoraba – cosa que a Modesto le venía de perlas- en charlas, cervezas y cigarrillos casi ininterrumpidos porque era un fumador contumaz e irremediable. Y aquí estaba uno de los temas. Los despistes, manías y –eufemísticamente dichas- peculiaridades de Ambrosio debían transmitirse por vía genética porque toda su familia, ancestros y retoños, adolecían también del ramalazo de la – eufemísticamente dicha- anticonvencionalidad del aduanero.

Pero la transmisión también debía de viajar por el contagio del colchón compartido, resuelto en este caso en opinión opuesta. Ambrosio era más bien desaseado en el vestir o – eufemísticamente dicho- dejado de atuendo. Si fumaba de pie la ceniza del eterno cigarro iba nevando copiosa e inevitablemente las solapas y la pechera de la chaqueta o de la camisa en la prominencia esférica de la felicidad. Si lo hacía sentado, la nevada se posaba sobre bragueta y perneras en una metáfora de tizones rijosos ya camino del rescoldo o de la ceniza del funeral erótico. En una palabra, que estaba siempre como un “ecce homo”, tanto que Antonio Machado –proverbial su torpe aliño indumentario-, empedernido como Ambrosio en cigarros y cenizas, como es fama, debía de ser un dandi impoluto a su lado. Pues bien, a la mujer de Ambrosio le había dado fuerte por la limpieza y se empeñaba en tener la casa como los chorros del oro más acendrado, lo que causaba en el aduanero un efecto de triple abanico. En cuanto entreabría la puerta del hogar, era colocado en su mano inmediatamente casi por milagro un cenicero que había de portar mientras permaneciese en la casa. Del mismo modo, tras cambiarse de ropa, la de calle era revisada y cepillada a fondo por la perfecta casada que se dolía constantemente y en voz alta del desaseo marital y de que no se protegiese la ropa –tan carísima- de la diaria lluvia de ceniza y –lo que era peor- de algún irreparable jabalí, que así llamaba ella a las quemaduras del cigarro en la ropa. Finalmente ocurría el confinamiento de Ambrosio en el sofá, munido de varios ceniceros, para que –era la razón- no fuera sembrando volcánicamente la casa de cenizas y hasta de los “lapilli” de las colillas, según las quejas de la consorte, a la que no parecían importar las agresiones tabaquiles contra la salud del marital sino la polución cenicienta en la impoluta

casa. Mientras iba y venía incansable por la casa en un remedo del “perpetuum móvile”, sazónaba su actividad hormiguil con una letanía de quejas: que a ella, sufrida esposa, no se le ahorraba ningún esfuerzo en su inacabable tarea de burra de noria, que qué feliz si estuviera sola, que cualquier día se liaba la manta a la cabeza y se iba y ya verían los tres –marido e hijos- lo que era bueno, que ya la echarían de menos, ya... El caso es que Ambrosio demoraba la vuelta al hogar para reducir las controladas presencias domésticas. Él hacía lo que podía por ayudar, pero dejar de fumar era imposible y sus despistes, como el aire, dispersaban cenizas pese a sus buenos y continuos propósitos.

Además, en el domicilio familiar le acechaban también los problemas filiales, aquejados los hijos, como se ha dicho, por las peculiaridades –eufemísticamente dicho- parentales. Al hijo, dieciséis años, le había entrado gimnástica y pasaba todo el tiempo que podía modelando esculturalmente su cuerpo. Su cuarto era un pandemónium de aparatos gimnásticos. Cuando salía de él andaba por la casa flexionando las piernas y mancuernando los brazos. Era un vigoréxico total que preocupaba a Ambrosio, tan descuidado de su estado somático, porque el chaval confundía la gimnasia con la magnesita y se unía a la madre en la riña continua al padre por las también continuas agresiones a su salud. Ambrosio procuraba capear el temporal en la fe de que, al pasar los años, el vástago abandonaría el obsesivo “body care” y cogería algún saludable vicio.

Lo de la niña, doce años, era peor. La criaturita tenía un solo afán y un único propósito en su vida: ser cura de almas. De nada valían las admoniciones parentales. De acuerdo –reargüía-, las mujeres no podían ser curas, pero ella seguiría rezando y preparándose para el fausto día en que, inevitablemente, la Iglesia admitiría el sacerdocio femenino. Ese sería su gran día porque no la podrían rechazar por su curriculum de piedades acumuladas, y su vida lograría su plenitud. Los padres contemporizaban: que bueno, vale, de acuerdo, pero que, mientras tanto, saliese, entrase y se divirtiese como las chicas de su edad, que con eso no hacía mal a nadie, ni perjudicaba su fuerte vocación y adquiriría experiencia vital que le vendría muy bien, llegado el momento, para el confesonario. Más drástico era el hermano, que diagnosticaba inflexible: -Esta gilipollas está zumbada. La contemporización, sin embargo, se rompía a la hora de elegir la ropa. La madre procuraba comprarle modelitos coquetos, juveniles y hasta un pelín sexis, pero la asceta se resistía e inclinaba su elección hacia los colores negros y los vestidos tan sotaniles que los hábitos de las reverendas del claustro parecían trajes de suripanta acalorada.

Por todas esas cosas, las horas laborales de Modesto eran un oasis que procuraba prolongar, con gran contento de Modesto, pese a que compadecía a su amigo. Con lo buena persona que es este Ambrosio, qué puñetera es la vida. Porque despistado y peculiar es, pero un pedazo de pan.

Habían pasado varios meses. Modesto ya tenía amigos con los que salir, pero su amistad con Ambrosio seguía cordial y estrecha. Con los otros se distraía pero con éste ya había lazos de afecto fraternal. Además Ambrosio ponderaba la cultura de Modesto y presumía de su amistad. Modesto era para él el oráculo de Delfos o, como decía a veces en broma, una joven enciclopedia de bolsillo encuadernada en piel humana. Pese a la diferencia de edad, veinte años al menos, Modesto era, en general, el consejero y Ambrosio el aconsejado.

Se acercaba el verano. A Ambrosio se le notaba cansado. Era natural. Los temas familiares, el trabajo, un segundo trabajo... Había cogido la contabilidad de una empresa de la Seo de Urgel para redondear ingresos y llenar tiempos. Un día, frente a unas cervezas frías, Ambrosio se abrió:

-Estoy preocupado. En la cosa del sexo yo, mal comparado, un burro siempre, activo y asiduo como el que más. Cualquier hora era buena y, si acaso, mi mujer se quejaba de excesos. Siempre me lo decía: Si estuvieras tan dispuesto para todo como para esto, otro gallo nos cantara. Pero sé que ella estaba contenta, al menos en lo de la cama, que en lo del tabaco... Aunque no era el único sitio en que..., si yo te contara... Y en lo de “trempar”, un problema. (Pese a ser madrileño, había adoptado la palabra catalana). En cualquier sitio y ocasión, por

cualquier bobada, hala, empalmado. Y, claro, a veces el bulto cantaba. Un problema como te digo. Y todos los días, al despertar, hubiera ocurrido por la noche lo que hubiera ocurrido, como un burro, la tienda de campaña y el tiento por si mi mujer aceptaba. Pero, chico, últimamente, no me reconozco, y tampoco soy tan viejo. Mi mujer no me dice nada, no sé si aliviada de tanto acoso, por no agobiarme, pero yo estoy muy preocupado. Para una cosa agradable y barata que tiene uno, si se la quitan, qué queda, mejor morirse, total... Tú que sabes tanto de todo, ¿no conocerás algún remedio que me haga volver a ser lo de antes? Es que, si o, estoy dispuesto a ir al médico porque no estoy dispuesto a seguir así. Para una cosa buena que tiene la vida... Claro que tú ese problema no lo tienes.

Modesto se quedó cortado. Vaya papeleta... No estaba dispuesto a perder ante Ambrosio su ascendencia oracular si reconocía que no conocía ningún remedio, pero tampoco quería arriesgarse a medicar a ciegas al confiado. Pensó. Estaba claro que lo que Ambrosio tenía era un estrés de no te menees, de no levantar cabeza (ninguna cabeza), porque no paraba de trabajar y no cesaban las contumelias familiares: limpieza, vigorexia, clericato... Para curarse en salud (y curar si podía al precito) indagó:

-Oye, y aparte de eso, ¿no tienes otras cosas, otras dolencias? ¿No notas nada más que la desgana fornicial?

-¿Y te parece poco? Por otras dolencias lo cambiaba; pero no, sólo tengo eso, que bastante penitencia es.

Modesto se arriesgó. Tras las oposiciones quedó muy cansado y un amigo médico le recetó un completo vitamínico, Pantobionta, que le vino muy bien. Mal, por lo menos, no le haría a Ambrosio el tomarse unas cuantas vitaminas. Lo que mejor le haría (y eso jugaba a favor del improvisado galeno) era que muy pronto tomaría la vacaciones y descansaría. O sea, que el descanso primero y las vitaminas después quizá solucionaban el problema. Y, si no, a la vuelta de las vacaciones le podría decir, si no se remediaba el asunto, que su problema había ido a mayores y que mejor ir a un especialista. Se puso reivindicativo y doctoral.

-Pues no, Ambrosio, yo todavía no tengo ese problema. -(Con lo poco o nada que mojaba, qué cansancio iba a tener o qué abuso iba a provocar..., como no fuera la atrofia...)-. Pero sé de alguien que lo tuvo y, al parecer, hay una cosa que le vino muy bien. Pantobionta se llama. Es sin receta. En el prospecto viene cómo se toma. Y ya me contarás.

-Pues gracias, majo, ya sabía yo que tú conocías algo y que no me fallarías. Ahora mismo, antes de llegar a casa, me paso por la farmacia y comienzo a la de ya a tomármelo.

Pasó el mes de vacaciones. Modesto se había olvidado del problema de Ambrosio y de su prescripción facultativa. Pero Ambrosio no se había olvidado. Ante la primera cerveza del retorno laboral, no sólo no estaba mohíno por la vuelta al curro o por lo otro sino que aparecía exultante, crecido, dominador:

-Oye, Modesto, mano de santo.

-¿Mano de santo de qué?

-¿De que va a ser? No te hagas el inocente, que tu parte has tenido. De mi problema, coño. Mano de santo, chaval. Un toro de nuevo. Un burro. Vuelvo a ser yo, ya me reconozco. Soy otra vez el que era. Todas las mañanas, como un burro, vuelta a acosar a la santa (que se me niega casi siempre pero con la boca chica porque vuelve a reconocer el macho que antes era), y a la mínima, "trem-pao". Gracias, amigo. Te aseguro que esto no lo olvidaré.

Modesto lo recordó todo ratificándose en lo que pensó primero: que la causa del problema había sido el estrés y que la solución había sido el mes de asueto más que las propias vitaminas, pero puso cara de "savant":

-No, si yo ya sabía que esa medicina hace milagros. A mandar, majo. Ójala que para todo hubiera un remedio tan fácil y tan eficaz.

-Desde luego, desde ahora en mi casa no va a faltar.

Aliviado, Modesto se distraía inventando un eslogan versificado de coña: “De vitaminas un complejo, hace que nunca seas viejo.

Un complejo de vitaminas da fuerzas a la minina”.

Y Ambrosio agradecido y a sus pies. ¡Qué bien hacer favores tan sin esfuerzo!

Pasaron algunos meses. La vida ilderdense de Modesto corría por cauces apacibles. Tenía amigos, algún lígüe que otro (más bien un lígüe que ninguno) y algún rentable favor (o más bien mínimo trapicheo) consistente en pasar por la aduana algún producto andorrano sin pagar aranceles para favorecer a algún amigo. Nada importante ni ilegal, pues sabía que se les vigilaba a escondidas. Solamente aprovechar su puesto. En muchas ocasiones incluso se lo comunicaba a sus jefes:

-Voy a pasar un par de esquíes (o un chandal, o discos, o un transistor...) para un amigo. Cosa de poco; más bien un compromiso.

-Bueno, vale, pero sin pasarte, que a todos nos miran desde Madrid...

-No se preocupe, que no voy a crear ningún problema ni a hacer peligrar mi puesto, que bien me costó obtenerlo.

La vida de Ambrosio también transcurría todo lo razonablemente bien que su hiperimpoluta esposa, su hiperdeportivo hijo y su hiperclerical hija lo permitían. Ahora volvía a tener, además, el consuelo de su recuperado verdor fálico (o vigor o ardor o bastantes palabras más acabadas en -or, salvo terror, dolor y bastantes palabras terminadas en -or) y de la nuevamente aguzada reja de su rija, de los que presumía de vez en cuando, siempre entre protestas de rendida gratitud a Modesto:

-Macho, me has devuelto la vida...

Un buen día, al acabar la mañana laboral, apareció Ambrosio con una cara muy rara:

-Oye, Modesto. ¿tienes servicio esta tarde?

-No, ya me voy a casa.

-No te vayas aún, por favor. Te invito a unas cañas, pero sin prisa.

-No me alarmes. ¿Qué te pasa, una recaída en la flojera o problemas domésticos?

-No se trata de nada de eso, pero me ha ocurrido algo sorprendente, extraordinario. Y tengo un invitado a comer aquí que va a tardar un rato todavía y quiero hablar antes contigo.

-¿Un invitado a comer? ¿Aquí? Ambrosio, que te temo.

-Sí, un invitado, y tengo interés en que le conozcas para luego hablar nosotros largo y tendido, que el tema se las trae.

En el restaurante-bar fueron primero a la barra, a la cerveza de fin de jornada. Enseguida Modesto rompió:

-Bueno, a ver qué es eso tan extraordinario y quién es el misterioso invitado. ¿Lo conozco yo?

Ambrosio dio un largo trago, casi la caña entera.

-No lo conoces, supongo, aunque ya no sé qué pensar de nada en la vida. He quedado con él en media hora.

-Filosófico estás. No sé qué ha suscitado el ti el convidado de piedra, pero mucha remoción debe de ser por lo deprisa que bebes hoy.

Ambrosio apuró la caña:

-Camarero, otra. -Y sin transición-: “Verás. Esta mañana el trabajo iba como siempre: la rutina y no demasiado tránsito. Lo normal aquí en un día normal. A mi mostrador llegó un hombre más o menos de tu edad, sin nada especial que le destacase ni nada especial que reseñar.

-Buenos días.

-Buenos... ¿A dónde va?

-Pues voy a pasar el resto del día en Andorra. He estado haciendo unas gestiones en la Seo, que ya he acabado, y quiero pasar la tarde en el extranjero, en Europa. -Sonrió por la hipérbole de llamar extranjero y Europa a Andorra.

-¿En qué viaja?

-En mi coche.

-Ya, en coche propio. Por favor, pasaporte y papeles del coche.

Cogí el pasaporte. La foto; era él. Nombre. Le miré con curiosidad:

-Hombre, qué coincidencia. Su apellido es el mío: Daya. Y no es muy frecuente.

-Sí que es coincidencia, sí. Y yo creo que usted es, salvo mi padre, claro, y yo, el primer Daya con el que me encuentro. Soy hijo único y mi padre también.

-Pues no crea que yo me he encontrado con muchos más: mi padre, mis dos hermanas, mis dos hijos, tres primos hermanos y sus hijos. Y yo. Quince o dieciséis, como mucho. Y ahora usted, claro. Yo he mirado en la guía telefónica de Madrid y hay muy pocos Daya más. Me molesté en llamar a alguno pero ninguno de los llamados tiene nada que ver con mi rama. Veo en su pasaporte que es usted de Madrid, como yo, pero a lo mejor usted fue de los Daya que no llamé.

-A ver si va a resultar que somos parientes.

-No creo, pero nunca se sabe. ¿Cómo se llama su padre?

-Se llamaba. El pobre ya falleció. Se llamaba como yo: José Daya.

-Vaya, una nueva coincidencia. Como se llamaba también el mío, que también murió ya.

-Hombre, José es un nombre muy corriente.

-Sí, pero José Daya... ¿Y de segundo apellido?

-Muñoz. José Daya Muñoz.

-Caramba, esto ya es sorprendente y raro. Mi padre también se llamaba José Daya Muñoz. Muchas coincidencias. Hágame un favor. Tengo ahora la media hora del café. Tómelo conmigo y hablamos. Me da que tenemos mucho de que hablar.

Esta vez no tomé el café en la barra sino que nos sentamos en una mesa retirada y discreta. Le pregunté que cómo era su padre. Primero el físico, luego el carácter.

-Pues debía de medir uno ochenta y de pesar unos ochenta kilos. Hasta que pegó el bajón y enfermó era muy derecho y con bastante pelo blanco. Bigote.

-Mi padre era igual. Parece que lo estuviera usted describiendo. Sigo sorprendidísimo.

-Y yo. De carácter, pues tenía su genio, pero era cariñoso y optimista, quizá hasta un poco vivalavirgen. Las mujeres no se le debieron dar mal. No es que fuera un viejo verde, porque no murió muy viejo, pero era simpático y tenía ínfulas de gallito, de galán. Era dandi y presumido y me temo que un poco ligón.

- De nuevo lo calca usted. Cabalmente como el mío. Si es que no es el mismo. Vamos a ser claros, a coger el toro por los cuernos y a llamar las cosas por su nombre. Respóndame, o mejor, vamos a tutearnos, que a lo mejor tenemos la misma sangre. Respóndeme. ¿Tenía tu padre algo especial en el pecho?

-Hombre, especial... Tenía bajo la tetilla derecha una pequeña cicatriz redonda.

-De un quiste sebáceo que le quitaron, sí. Ceo que ya no hay duda. Ahora procedería, me temo, decir eso de: ¡Hermano mío! Con mucho énfasis, pero la verdad es que no me sale.

-Ni a mí. Eso de encontrarse uno quizá con un hermano y con un padre tal vez bígamo precisa tiempo para digerirlo, para hacerse a la idea. Una cosa más: ¿Qué profesión tenía tu padre o nuestro padre?

-Sí, nuestro padre que está en el cielo, el cabrito, con perdón a su memoria, si es que lo merece, o si no está en el infierno por bígamo. Era viajante de comercio, representante de maquinaria agrícola. ¿Tú no tienes un tractor de juguete?

-Sí, lo tengo. Mi padre, bueno, el de ambos, también era viajante y representante de maquinaria agrícola. Se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa; viajando. O por lo menos eso era lo que nos decía.

-Como a nosotros. O sea, parte del tiempo que figuraba como viaje lo pasaba con vosotros.

-Y la otra parte la pasaba con vosotros, claro, y nosotros pensábamos que estaba viajando. Nos llamaba casi todos los días desde una ciudad diferente. Eso era lo que decía, claro. Y siempre nos contaba el tiempo que hacía en ella.

-Como a nosotros. Bien pendiente de los partes meteorológicos tenía que estar el jeta.

-Pero hace falta ser listo y tener la sangre y la cabeza muy frías para mantener una doble vida sin meter la pata ni hacer ningún renuncio. Desde luego, listo era y debía de tenerlo todo controlado, pues nunca le notamos nada.

-Ni nosotros. ¡Qué punto, el cabrón!

-Oye, un respeto, que es mi padre.

-Toma, y el mío; por eso se lo llamo con total confianza

Un guardia entra en el bar:

-Señor Daya, que ha llegado un autocar entero...

-Sí, voy. -Y a su neo-hermano: -Oye, vamos a hacer una cosa. Entra, si quieres, en Andorra, pero te espero y comemos juntos. Me quedan como dos horas de servicio. Te espero a las dos y media aquí mismo. Tenemos muchísimo de qué hablar. Por ejemplo, del momento crucial, de cuando murió. Para ver cómo hizo para que no nos encontrásemos los de una familia y los de la otra. Es acojonante. A mí me da vértigo. Y, por cierto, a qué te dedicas?

-Soy funcionario de Hacienda, contador del Estado.

-Claro...".

-Y, bueno, Modesto, esto es lo que hay. Estoy que se me ha hecho la picha un lío, majo. Estoy que no me lo creo, como en un sueño. Uno no se encuentra un hermano como si se encontrase un amigo de la infancia o como si se encontrase mil pesetas. Y ni siquiera esto sucede todos los días. Tampoco ocurre que tu padre tenga una doble vida y dos hogares. Claro, así estaba el puñetero, siempre sin un duro; teniendo que mantener dos familias... Siempre lampando, el cabrito. Ahora me explico muchas cosas. Por ejemplo, hubo una temporada en que siempre que hablábamos por teléfono (yo estaba ya destinado aquí) me preguntaba: -Ambrosio, hijo, qué tal son las oposiciones esas de contadores del Estado; es que las está preparando el hijo de un amigo mío... El hijo de un amigo, el cabrito... y tan amigo; él mismo, el más amigo.

Se abre la puerta del bar. Entra un hombre.

-Mira, ese es mi nuevo hermano. Oye, por qué no te quedas a comer con nosotros; es que estoy como confuso y nervioso... así me echas un capote.

EL CÓDIGO POTES

La vida de Modesto Criado transcurría jocunda (él prefería decir leda) por puertos de claridad y entre puertos pirenaicos. Su destino laboral en la aduana con Andorra, que al principio entendió como el inevitable mal del funcionario neófito, el inicial destierro forzoso, estaba resultando mejor de lo esperado: No le deslomaba, no sufría “mobbing” alguno (al revés, estaba bien considerado por sus jefes), le proporcionaba algunas bicocas y sinecuras legales y estimables, y le dejaba tiempo libre, tanto que estaba pensando matricularse en la UNED. Su vida personal tampoco iba mal: tenía amigos y amigas con los que recorrer itinerarios bareros (iba obteniendo su barriguita cervecera) y con las que marcarse algún bailongo discotequero. Hasta se había comprado un 600 con el que turisteaba asiduo por los preciosos entornos paisajísticos y románicos.

Para que nada le turbase en su placidez, las antiguas aporías filosóficas que le habían inculcado en el seminario habían dejado de apurarle (¿o aporarle?) y se habían trocado en afición lectora de libros de misterio y esoterismo y de novelas sobre enigmas históricos y contubernios subhistóricos, que ponían un contrapunto de dócil miedo en su bien instalada vida. Por fruto de estas lecturas había pasado de ser metafísico entitativo a ser nominalista (que creía que las cosas no existían plenamente hasta que no se las nombraba) y luego numerólogo (que pensaba que la realidad no era completa hasta que no se comprendían las fórmulas matemáticas a que responden). En una palabra, el sólido esquema escolástico que le habían enseñado, era ahora un magma fluctuante de posibilidades más que de certezas y verdades. Pero no podía quejarse de su vida, un oasis.

No obstante, alguna nube manchaba el cielo de su placidez vital. No ligaba nada de nada, con las ganas que tenía de novia... Todas le querían como amigo pero ninguna le enviaba las señales precisas (o él no las captaba, seguramente) para echar el anzuelo. Aunque no era mal parecido, aunque no era un Redford, no se comía una rosca por timorato, inexperto e indeciso. Las mismas chicas que estaban tan a gusto a su lado, preferían a otros para escarceos y revolcones. Vamos, que como le decían los amigos que oían sus cuitas, las cansaba pero no las mataba, como los malos cazadores, y podía acabar en un futuro de celibato tan seguro como el que le esperaba si hubiera llegado a cura. Este afán estaba a punto de convertirse en un agujero negro que podía engullir la placidez de su vida. Había recorrido los bailes de los pueblos cercanos, pero no lograba una moza que llevarse a la boca (o a donde preciso fuera). Ni una: ni asnorresas, ni farguesas, ni aranesas, ni seodeurgelinas, ni andorranas (bueno, en este caso, mejor, con lo que duelen...). Y el caso es que no buscaba rollos venatorios-venusinos: lo que quería era una noviecita que llevar al altar y con quien compartir futuro. Estaba comenzando a obsesionarse de carencias prenupciales.

Un buen día apareció por la aduana un exótico personaje. Vestía pantalones pirata y una especie de blusón que tanto recordaba una chupa renacentista como el sobretodo de los pintores parisinos bohemios. Se tocaba, además, con una como medio chapela muy grande y fruncida como la que habían portado Erasmo de Róterdam, santo Tomás Moore o Leonardo da Vinci. O sea, una facha. Alarmado por tal fachosería, Modesto urgió:

-A ver, documentación.

El disfrazado permaneció impertérrito y dijo muy seguro:

-My name is Brown, Dan Brown.

Modesto estuvo a punto de responderle:

-Y el mío es Bond, James Bond-, pero se contuvo porque hubiera podido entenderse como una provocación y su nombre y apellido no eran aptos para el desplante por no ser monosilábicos. Enseguida requirió:

-A ver, el intérprete...-. En cuanto se acercó el idóneo, Brown se embarcó en una larga perorata que el intérprete tradujo:

-Dice que no te alarmes, que viste así porque se está documentando para una investigación sobre Leonardo da Vinci y sus conexiones cripto-religiosas y que se ayuda hasta de su propia veste para ponerse en situación de cara a sus indagaciones. Dice que su libro se llamará “El código da Vinci” y que está seguro de que será un bombazo, tanto que el mismo aduanero se vanagloriará luego de haberlo conocido: -Yo conocí a este señor...

-Bueno, vale, de acuerdo, pero pregúntale que a dónde va...

-Dice que quiere entrar en España para hacer desde aquí el Camino de Santiago porque parece ser que Leonardo lo hizo y en él le fueron desvelados muchos misterios. Dice que él quiere ver si, repitiendo el itinerario descubre esos misterios y le son desvelados, como le ha ocurrido en París, donde ha obtenido una buena cosecha no exenta de víctimas y sangre. Dice que si se va por la vida con la inteligencia bien receptiva y desprejuiciada, se captan muchas realidades ocultas que explican la realidad y la vida.

Dice que esto no lo estos descubrimientos no los ha hecho él sólo, sino que hay una larga tradición de personas que lo han captado. Que, por ejemplo, ya Heráclito, el griego, decía que la realidad y la naturaleza aman el ocultarse, intuyendo que todo viene a suceder en el lado invisible de las cosas y, naturalmente, de las personas. De eso también se dio cuenta Shakespeare, cuando dijo le dijo a Horacio lo de que en el cielo y en la tierra hay algo más de lo que éste había soñado en su filosofía. También Saint Exupery dijo aquello de que lo importante no se ve con los ojos... O sea, que no sólo existe lo visible y que por el hecho de no ver algunas cosas éstas no han dejado de existir, que...

Brown le interrumpe y volvió a su catarata verbal.

-Dice que no hay que fiarse de las apariencias; que las cosas no son como parecen y que hay leyes que las rigen y que no se perciben salvo por los que tienen un cierto don, un resplandor, como en la película de Kubrick. Que no hay blanco ni negro puros, como no hay puras verdades ni puras falsedades, porque, como dijo Saramago, toda verdad lleva inevitablemente una parcela de falsedad, aunque no sea más que por la de la insuficiencia de las palabras que usamos. Igual ocurre que ninguna falsedad es tan radical que no acarree, aunque no se quiera, una parcela de verdad, también por las palabras que expresen la falsedad, pues la falsedad lleva, al menos, dos verdades: la que es propia de cada caso (si miento y digo que miento eso es verdad) y la verdad residual de la que la falsedad acaba por ser vehículo involuntario porque las palabras no pueden mentir del todo, pues vienen con el lastre que adquirieron cuando fueron usadas por la verdad.

-Bueno, vale, de acuerdo; jo con Saramago... Pero...

De nuevo Brown interrumpe y siguió hablando muy deprisa:

-Dice que percibe en ti ese resplandor, esa clarividencia y que debes aprovecharla, sobre todo para resolver un problema que tienes relacionado con las mujeres. Que el resplandor que él también tiene lo ha notado y que lo único que ha hecho ha sido darse cuenta de lo que tú, sin querer, vas mostrando. Dice que aproveches tu don, tu resplandor, y que estés atento a las palabras y a las cosas, que ambas encierran muchísimos significados y abren muchísimas puertas que parece que no existen pero que se abren a otro mundo, a otra dimensión. En descubrir esas puertas consiste la magia y eso es lo que adivinaban los filósofos nominalistas y numerólogos. Que estés atento a las palabras y a las cosas y se resolverán todos tus problemas, que “on all lands jump the are”. Bueno, como esto lo ha dicho en castellano, yo te lo traduzco al inglés.

Seguió hablando el inglés y el traductor haciéndolo casi sin resuello:

-Dice que te fies de las palabras y desconfies de las cosas tomadas como realidades incontestables, porque es muy fina la línea que separa los hechos de las figuraciones, lo visible de lo recóndito, los deseos de sus cumplimientos y lo ficticio de lo acaecido, porque, en la realidad de la realidad, las ficciones ya son hechos, los deseos su cumplimiento, lo secreto lo evidente y lo ficticio lo sucedido. Dice que, aunque nada de lo que te está diciendo sea sí para el sentido común ni para las leyes, tú debes aplicarte a descubrirlo con tu resplandor, con tu luz

interior y que no te limites a las apariencias, simples telones de otra realidad, de otra vida, de las que lo oculto forma parte esencial. Y que, dicho esto, buenas las tengan ustedes.

Brown recogió su pasaporte y, con gesto mayestático, se largó de la aduana, dejando a los dos funcionarios perplejos. Modesto reaccionó con una mezcla de sorpresa y cachondeo:

-Vaya rollo que nos ha soltado en poco rato. Qué tío más raro. No sé si está zumbado y no dice más que bobadas o si es un genio clarividente. ¿No dice que todo se puede deducir por las palabras y que bajo los nombres se esconden secretos? Pues vamos a comprobarlo con su propio nombre. Veamos, qué significa Dan.

-En inglés es apocorístico de Daniel y no significa nada, pero si nos saltamos la frontera de los idiomas, en castellano es del verbo dar, y buena paliza nos ha dado, él y los sabios que ha nombrado. O sea, ellos nos dan...

-¿Y Brown?

-Brown sí que significa algo en los dos idiomas: un color, el marrón...

-Pues está claro. Dan marrón o, como en el cheli, nos endosan el marrón, nos quieren hacer comer un marrón... Si es así, buen marrón le va a caer a quien haga caso a Brown y a sus genios... O sea, que coña y chufla, el tío. A ver si nos ha soltado todo este rollo par a colarnos algún alijo y entonces sí que nos va a caer un buen marrón...

Pero su cachondeo ocultaba cierto temor. ¿Cómo había descubierto Brown su problema con las mujeres y su no comerse un rosco, sus ganas de novia y su frustrante celibato? A ver si había algo de cierto en lo que había dicho... Estas cogitaciones las calló como un puta, pero por dentro le quedó el remusguillo. De vez en cuando sentía el reconcome de hacer una prueba sobre eso de que las palabras eran realidades y puertas y no sólo reflejos, de que eran presencia real y no sustitución. y sobre lo otro de que hay que descubrir las otras leyes, las que, aunque no se vean, rigen de verdad la realidad. Y empezó a ver cosas raras y conexiones ocultas.

Por ejemplo, en una excursión a lomos del 600 llegó hasta el pueblecito de Abella da Conca. Le costó aparcar en la placita del pueblo porque estaba llena de los coches de la gente que, como él, quería ver la iglesia y su precioso retablo. Al volver al coche vio que un enjambre llenaba todo el parabrisas. Tuvo que llamar a ICONA mientras se preguntaba: ¿por qué precisamente en mi coche y no en cualquiera de los otros, más grandes y con colores más vivos? Escamado, estuvo dando vueltas al tema hasta que desalojaron a las abejas. Estaba clara la relación del nombre del pueblo con el percance, pero seguía preguntándose por la elección apina. A ver si era un mensaje... Desde entonces se fijó en los nombres de las cosas para ver si desde ellos columbraba nuevas realidades y recibía nuevas pruebas del poder de las palabras.

Con alguna nueva sorpresa se topó, como en su visita turística al pueblo de Tremp. No se consideraba una bomba sexual, ni tampoco un petardo porque nunca, en sus pocos escauceos venales, había petardeado. Se consideraba, como todos, un aceptable saltador de pértiga, pértiga incorporada, pero no para ser olímpico. En cuanto llegó al término municipal del pueblo se sintió turgente y poderoso. Vio claro que el nombre del pueblo propiciaba en parónimo catalán y producía la trempadura más enhiesta. Paseó por el pueblo procurando ocultar protuberancias y fijándose en si a los demás hombres les ocurría lo mismo, pero no se aclaró mucho sobre si la hinchazón era arbitrio municipal o regalo de bienvenida para visitantes. El caso es que, en cuanto salió del pueblo, las aguas volvieron a su cauce y la magnificencia a la minucia. Volvió a captar el poder de las palabras y la existencia de leyes naturales ocultas y a lamentar que en Trem no hubiera aduana...

Otro día, en otro de sus garbeos llegó hasta Sort. Había oído muchas veces el nombre del pueblo y nada, pero ahora le sonó un despertador interior. Sort, suerte en castellano. Algo le impulsó y compró lotería en "La bruja de oro" y se olvidó. Le tocó más que un buen pellizco. Y de nuevo se planteó la cuestión: ¿Le habría tocado por darse cuenta de la relación entre el nombre del pueblo y el azar? Su inteligencia, desde luego, estaba cada vez más ojo avizor sobre la recepción de posibles avisos y la captación de leyes arcanas.

Un mensaje creyó recibir un día en la aduana cuando registraba una maleta. Entre cosas personales del dueño, dos paquetes de folletos turísticos distintos. En unos se leía: “Potes, donde todo es posible”, y en otros: “Potes, la respuesta”. Preguntó al dueño de la maleta:

-¿Y tantos folletos iguales?

-Pues no sé; soy de Potes y me los dio el alcalde, que es amigo mío, y me dijo que los fuera dejando por ahí, pero sobre todo en esta aduana... Será porque por aquí pasa mucha gente... Así que, si a usted no le importa, cumplo la manda del alcalde y los dejo aquí...

Muchos folletos turísticos invitando a visitar Potes, el encargo de dejarlos ahí, Potes... Sintió que el nombre le concernía y los folletos le avisaban, pero no sabía cómo. El nombre podía tener que ver con hogares o pucheros, pero no encontraba la relación del nombre con la cocina cantábrica... Hasta que brilló la luz. El latín, claro. Potes en él significa tú puedes. Claro: Potes, la respuesta, Potes donde todo es posible... Modesto, tú puedes. Yo puedo.

Ojeó los folletos de la localidad cántabra y sintió nuevas pulsiones. En medio del pueblo se unían dos ríos: el Quiviesa y el Deva. Él también quería unir su vida con la de una mujer. La similitud era clara. Al fin y al cabo, alguien dijo: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar al altar, que es el morir”. Pues vaya estímulo para el casorio. De todas formas, en su caso no sería así. En su caso el altar sería el vivir. No todos veían negro el matrimonio, porque también alguien dijo: “A las cinco de la tarde. Un novio está esperando ilusionado a las cinco de la tarde. Una novia se acerca esplendorosa a las cinco de la tarde. Lo demás serán goces, todo goces, a las cinco de la tarde”. O sea, que hay opiniones para todos los gustos y él tenía muy claro el suyo: casarse. Y en su tálamo puede que algo tuviera que ver Potes. Porque no dejaba de ser curioso, caso y río: casorio. Su caso personal y los ríos de Potes). Así que iría a Potes en un viaje iniciático, con las antenas desplegadas para recibir cualquier señal, sugerencia o revelación.

Se acercaba el verano con su mes de vacaciones y decidió dedicarlas a viajar sin prisas hasta Potes. Con prisas los posibles desvelamientos podrían pasar desapercibidos y no era cosa. Así que en la mañanita del primero de julio, “apenas el rubicundo Apolo, etc...”, cargó el sufrido 600 y se lanzó a la carretera, Quijote en busca de Dulcineas varias. Iba pendiente de cualquier guiño, seña o indicio de la naturaleza o del destino, espiándolos en los letreros de la carretera, en los quietos paisajes y en los semovientes humanos y animales. Durante horas no vio ni sintió nada revelador. Tan pendiente iba de los indicios que, pasada Huesca y ya hacia Pamplona, vio el indicador de Sos del Rey Católico y a punto estuvo de precisar su SOS particular porque casi embiste a un pacífico burro que ramaleaba tras su dueño, absorbo en encender su cigarro. No se paró a interpretar el posible signo oculto en el casi choque porque los petiscos y exabruptos del arriero destrozaron cualquier hermeneútica.

Como vio que no era prudente ir tan pendiente de los posibles mensajes, decidió inducirlos él en lo posible. Sabía que había zonas geográficas, como algunas personas, ricas en vibraciones místicas y en energías telúricas, lugares nodulares donde confluían corrientes espirituales orto y heterodoxas. Al fin y al cabo había leído a Juan José Benítez y a Juan G. Atienza (a Sánchez Dragó no acabo de leerlo por pesado), y tiempos hubo en que creyó que bajo cada piedra se escondía un acertijo, en cada ermita un arcano, en cada casona un concierto de psicofonías suplicatorias y en cada castillo un enigma que resolver y un entuerto histórico que deshacer. Ahora había vuelto a las andadas por influjo del tal Dan Brown.

En busca de un terreno tal, decidió pernoctar por la zona de Puente de la Reina. Él iba en busca de su reina y alguna iluminación alcanzaría. Pernoctó en Obanos, que algo aportaría en su búsqueda. Al fin y al cabo, su efeméride más conocida era su famoso “misterio”. No sacó nada en claro porque el único misterio que encontró fue la hinchadísima factura del hostel. ¿Cómo podían haberle infligido semejante clavada? Pero la dio por buena porque su camino, como el de Santiago, al que se había unido, tenía mucho de penitencial.

Llegó a Eunate. En su misterioso templo, rodeado por una columnata exenta sin contacto alguno con él, tan misterioso y tan cabalístico podría descubrir alguna vena de luz. Se decía que

lo habían edificado los templarios y ya se sabía que nadie tan rodeado como ellos de enigmas, arcanos y códigos. No había novela histórica moderna que se preciase en la que no apareciesen los templarios (bueno, y Leonardo da Vinci, como la había dicho Dan Brown). Llegó al templo, que estaba en obras.

-Hombre, qué bien, -pensó- un monumento que se cuida...

Se acercó y preguntó que si se podía visitar la iglesia.

-Pues va a ser que no. Está cerrada. La utilizamos como archivo y trastero del ayuntamiento y tiene poco que ver. Pero por poco tiempo porque estamos haciendo obras.

-Sí, ya lo veo. ¿Y qué van a hacer?

-Pues mire, vamos a techar la zona entre la arcada y la iglesia porque todo se va a convertir en un centro de recepción de turistas y peregrinos. Así damos utilidad al edificio.

Modesto sintió ganas de agredir al explicativo personaje (el alguacil del pueblo sería), pero se contuvo porque era de natural pacífico e incluso medroso y en un tris estuvo de volverse a su aduana. Pero recordó que nada consiguen los pusilánimes y que sólo los esforzados llegan al éxito.

Él llegó con éxito a Puente de la Reina y aparcó el coche junto a la antiquísima puente para recorrerla a pie. ¿Cuántos peregrinos, cada uno con su secreto, cuantas personas, cada una con su afán lo habrían atravesado? ¿Cuántas músicas humanas se habrían acordado con la armonía del río, que lleva siglos o milenios cantando la misma canción pero con distinta agua? El puente en ese momento estaba solitario. Modesto se acodó en el pretil para mirar absorto el agua en espera de una revelación. Una voz femenina le arrancó de su recogimiento:

-Hola, rey, ¿está solito? ¿No quieres compañía de la buena? Aquí cerquita tengo un cuarto, y soy internacional: el griego, el francés, el búlgaro, el tailandés... Hacemos lo que quieras. Tú serás mi rey y yo la reina del puente... y te lo haré barato. Además, que si eres peregrino a Santiago, luego te podrás purificar lavándote los perendengues en el arrollo Lavacollas, que por eso se llama así.

Modesto la miró espeluznado. La reina que buscaba vuelta en meretriz, su Dulcinea en Maritornes... Su desencanto sonó a cristales rotos.. Tan cortado estaba que sólo acertó a decir:

-No, gracias, perdone...

-Pues tú te lo pierdes, meapoquito... Qué más quisiera el gato que lamer el plato. Pero entérate, pringaillo, de que hace pocos años yo era, en Valencia, la mas famosa de las que hacíamos la calle, que hasta me nombraron callera mayor. Con que, adiós, púdica flor.

Y se alejó con un contoneo de bullarengue que hubiera soliviantado a un eremita pero no a Modesto, porfiado buscador de su doncella y ajeno a todo lo femenino que no le fuera ofrendado por su futura reina, aunque hubiera sido la propia atrayente rima de la ciudad en la que pernoctó esa noche, famosa tanto por esa rima como por sus caramelos de café con leche “viuda de Solano”, la reina del rey del toffe. Desde luego tenía que reconocer que, hasta el momento, el itinerario no estaba siendo pródigo ni en arcanos propuestos ni en revelaciones congruentes. O sea, que lo mismo le hubiera dado haber hecho el viaje en uno colectivo del Inverso o de los hinchas del Urgel Fútbol Club. A ver si en el trayecto que faltaba capiscaba algo, con tantos indicios como decían que había por doquier; a ver si iba a resultar que el ciego a los resquicios místéricos era él, porque hasta ahora sólo lo superficial llegaba a sus ojos.

Y en esto llegó a los pasos de Pancorbo y se bajó del coche para estirar las piernas. Se acercaba un cabrero con su hato. El cabrero en sí era un enigma. Vestía de pastor de zarzuela, con unas ropas más bien ucrónicas (zamarra de velludillo, pantalones de pana con zajones, abarcas atadas con cuerdas hasta la rodilla por encima de unos gruesos calcetines blancos..., y una gorra de visera de Los Ángeles Lakers). Enjuto como era, por su agilidad podría rondar los cincuenta, pero por lo curtido y arrugado de su tez podría alcanzar los cien, aunque cuando hablaba parecía rejuvenecía diez años. Se paró junto a Modesto demorándose en ceremoniosos saludos. Modesto le ofreció un cigarro, que aceptó. El rebaño se esparció comedido por los

pradillos próximos y se dedicó a pastar los malos yerbajos. De pronto una cabra se separó del grupo, se acercó a Modesto y comenzó a refrotarse contra sus piernas con modales más gatunos que caprinos. El cabrero la hostigó:

-Mocha, coño, deja en paz al señor. Perdónela usted, pero es que está como una cabra. Dicen que la cabra tira al monte, pero esta jodía parece tirar más a los pantalones. Qué puta es la condená, y eso que en este rebaño no ha visto más que buenos ejemplos y las cosas por sus cabales, que no se vaya usted a creer..., pero estos animalitos son bastante putones de por raza, tanto ellas como los cojudos de los machos, bastante salidos siempre los cabronazos; de ahí su nombre.

La cabra no le hizo caso y siguió con sus refregones. Y la cosa empeoró porque otra cabra se destacó también del rebaño y también comenzó a frotarse contra las piernas del sorprendido Modesto que de zoología y ganadería estaba ayuno y, por eso, más perplejo. Ambas cabras, al tiempo que proseguían en su descarado froteurismo, procuraban estorbarse mutuamente, hasta que abandonaron el frotar y se enzarzaron en una lucha a topetazos y berridos. El pastor ya no aguantó más y las tundió a garrotazos con su cayado hasta que las separó y las redujo al redujo al grupo. La paz se restauró y Modesto se apartó púdicamente junto a unas rocas para echar una perentoria meada. Aún estaba fluyendo cuando sintió un golpe fuerte y seco que dio con sus huesos en el suelo y con la interrupción del flujo. El macho cabrió del rebaño, un cabronazo, le había atacado con todas las de la ley. Majado por el golpe y atontado por la caída, aceptó la mano solícita del viejo cabrero, que se deshacía en excusas.

-Perdónenos usted; vaya descanso que le estamos dando. Primero las cabras sobonas y salidas y luego el cabrón del cabrito. Hacía tiempo que no me ocurría algo así. Antes ocurría más con peores medicinas. De zagal me ocurrió algunas veces, y los viejos, los rabadanes, también contaban casos así, vistos u oídos de otros rabadanes viejos. Al parecer, a las cabras a las que está atacando la modorra, ya sabe, esa locura que provoca una bolsa de agua en la cabeza que les oprime los sesos, les da por ahí entre otras cosas: por tirarles los tejos a las personas humanas, pero sólo a los machos. Antes había que trepanarles la cabeza para que desaguasen; si no se daba con la bolsa se morían, pero había que correr el riesgo porque, si no, se iban a morir igual. Ahora ya hay más remedios. Lo de sobarse con las personas tiene hasta un nombre, dicen los albéitares o veterinarios, que, si no me equivoco es filantropía o algo así y que significa arresobinamiento con las personas, de fila que es hombre y entropía que quiere decir cariño. O sea, que usted les ha gustado a esas dos zorronas locas. Al verlo, al macho le entraron celos y, encima, como usted se sacó el miembro para mear, se puso en lo peor y le embistió. ¿Le duele algo? ¿Ah, no? Pues mejor. Hombre, ha caído usted sobre la hierba, aunque algún cardenal le saldrá. Yo no barrunté hoy nada aunque las cabras son muy barruntonas. Será que la modorra está muy en su comienzo. Esta noche se tragarán la medicina. Pero sigo, que no me quiero desviar. Los rabadanes antiguos, perros viejos que leían en la naturaleza sin marrarse, decían que las cabras modorras no se pegan a cualquier hombre, sino que tiene su porqué, su aquel de mágico. Los hombres que van buscando algo mandan señales de su búsqueda y, si es algo amoroso, las cabras lo notan y se provocan. Usted debe de ir buscando algo relacionado con las hembras, con las mujeres. O sea, que busca novia o algo así. Y eso las cabras lo ventean, como las gallinas. Y usted lo conseguirá; no tiene más que ver el éxito que ha tenido con dos cabras. Pero el macho le ha atacado, lo que quiere decir que usted pasará sus percances, sus dificultades en la hazaña, pero al fin conseguirá la moza que busca. Así que, si está usted bien, no se detenga más y vaya a por la moza que le espera en algún sitio. Cuando esté arresobinado con ella, acuérdesese del porrazo y de las palabras de este viejo. Que tenga suerte y no se desanime aunque le cueste, que yacer con hembra placentera vale la pena.

Se despidieron cordialmente y Modesto, algo magullado, siguió viaje, ahora por carreteras más humildes pero más propicias al hallazgo, creía. Cuanto más frecuentadas son las carreteras, menos arcanos guardan, y las ciudades menos que los pueblos pequeños. En Poza de

la Sal paró buscando la poza para hacer un conjuro echando sal en ella mientras formulaba un deseo, pero ni poza ni sal encontró y siguió hasta Reinosa, porque de reinas hablaba y él buscaba la suya, y porque cerca había unos montes cuyo nombre era prometedor: Montesclaros. Y claridad necesitaba él.

Se alojó en un hospedaje de los padres dominicos. Tras la cena, salió a respirar un poco la fragante noche y allí trabó conversación con un fraile barbado, pacífico y cordial que provocaba la confianza: el padre Emilio. El afectuoso padre, la noche oscura, las estrellas brillantes y el aura susurradora hicieron que Modesto la relatara detalladamente al fraile su odisea de búsqueda amorosa con sus peripecias.

El dominico se atusó repetidamente la barba con lo que parecía un tic y habló con voz pausada:

-Mira, amigo, creo que vas buscando una revelación y, como sacerdote he de decirte que la revelación, al menos la auténtica, la de Dios, la tienes a tu alcance. En la Biblia y en los Santos Padres...

Modesto le interrumpió:

-Ya lo sé, pero me temo que lo que yo busco no está ahí. Yo busco descubrir y encontrar a mi futura esposa. He leído la Biblia y en ella casi todos la han encontrado ya. Es lo que quiere decir el Libro cuando dice: Y fulano conoció a fulana (que no era una fulana)... y engendró a... Y yo no sé con quién tengo que trabar ese conocimiento tan fructífero. Pues no me queda mili ni nada... En cuanto a los Santos Padres, no los he leído, pero me temo que no me servirán de mucho porque creo que menospreciaban a la mujer hasta el punto de que, al parecer, alguno dijo que la mujer no tenía alma, y yo lo que justamente busco es mi alma gemela, así que...

De nuevo el fraile:

-Quizá llesves razón. Ni la Biblia ni los Santos Padres son un tratado de acoso y derribo, faltaría más... Cada época, además, tiene sus propias armas amorosas de rendición. Yo soy sacerdote pero también poeta y creo que la poesía puede ofrecer igualmente sus revelaciones amorosas. Sin ir más lejos, San Juan de la Cruz propone un método de búsqueda, la del alma que busca al amado. San Juan no es un heterodoxo, que digamos, pero sus versos pueden valer también para la búsqueda amorosa de tejas abajo. Recuerda lo que dice el alma que busca, como tú, a su amor y que iba "... sin otra luz ni guía /sino la que en el corazón ardía./Aquesta me guiaba/ más cierto que la luz del mediodía, /adonde me esperaba/quien yo bien me sabía,/en parte donde nadie parecía". Tú tampoco sabes quién ni dónde, pero deja hablar a tu corazón, que él te dirá en su momento quién es. Por otra parte, me dices que vas mirando a tu alrededor a ver si las cosas te iluminan. Sigue la voz de tu corazón pero, como vas haciendo, vete atento, que a lo mejor las cosas te revelan algo, te lo dicen, como a Rosalía de Castro, que lo tenía muy claro: "Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,/ni el onda con sus rumores, ni con el brillos los astros:/lo dicen, pero no es cierto..." Escucha, sigue escuchando, que quizá oigas. De hecho, ya has oído una voz que te dice que vayas a Potes. Malo ha de ser si no encuentras algo. Y al regreso, si quieres, vuelve por aquí y me cuentas.

Modesto, confortado, prosiguió camino, más seguro ahora de que algo bueno le caería de las alforjas del destino. Por eso entró en Cantabria sintiendo que esta región podría ser su tercera patria chica, tras Castilla la Mancha, donde vivió, y Cataluña, donde vivía. O sea, que si la cosa cuajaba, Cantabria patria querida, Cantabria de sus amores.

En Torrelavega dudó entre ir a Santander o acercarse a San Vicente de la Barquera. Un palpito le hizo elegir la última opción. El nombre sugería una moza. A su memoria vinieron unos versos, aprendidos en su infancia, de las serranillas del Marqués de Santillana, relacionado por cierto con Potes donde tuvo palacio, el torreón del Infantado. Los versos, algo herrumbrosos de olvido (hacía tantos años que los había aprendido...), decían más o menos: "Moza tan hermosa/no ví en la frontera/como la barquera/de la Hinojosa". A lo mejor incluso mojaba (como anticipo al tálamo o como rito de esponsales, eso sí; es decir, previa palabra de casamiento),

porque el propio Don Iñigo lo hizo, y cerca, pues había visto el indicador de Espinama, donde fue ello. “E fueron las flores/de cabe Espinama/los encubridores”.

El caso es que a San Vicente se encaminó a ver si alguna barquera... No iba en plan exigente, en principio, y tanto aceptaría una barquera de remos tomar como otra que se llamase así por tener embarcación, un yate por ejemplo. Paseó por las calles ojo avizor pero no vio nada. Mujeres vio pero no era cosa de abordarlas en frío con mensajes del tipo de: ¿quiere usted ser mi novia?. Pero recibió mensajes misteriosos. Unos chicos, en medio de la calle, repartían propaganda. Uno daba folletos muy aparentes. Cuando Modesto le pidió uno le fue denegado con unas misteriosas palabras que le sonaban: “Sólo le doy un folleto/ a aquel que conmigo va”. En cambio otro chico, que sólo llevaba un folleto, se le acercó y le dijo:

-Le estaba esperando. Esto es para usted; me dijeron que se lo entregara en mano.

Modesto se asustó por lo misterioso de la manda. Nadie sabía que iría a ese pueblo y nadie le conocía en él. Más se asustó cuando vio que el folleto era de Potes. Totalmente azobrado entró en un bar a serenarse tomando algo que le valdría de comida. En la barra, una camarera de mediana edad, que podría ser, por su grosor, capitana de acorazado y, por sus membrudos brazos, remera única de una trainera.

-¿Qué va a tomar el mozuco?

Modesto, timorato ante la corpulenta:

-Una caña y una de rabas, que debe de ser el plato típico de aquí porque lo he visto proclamado, más que anunciado, por todas partes. Por cierto, y perdone, ¿qué son las rabas?.

-Forastero es el mozuco si no sabe lo que son las rabas. Pues son los tentáculos de las sepias y las calamaras.

-Qué curioso, sólo los de las hembras...

-Pues sí, porque los sepios y los calamares tienen rabo, pero suele estar siempre duro y no es cosa de...

Y le guiñó un ojo con picardía. Modesto supo que, en ningún caso, esa mujer sería, ni de lejos, la que buscaba. Parecía bastante daífa y seguramente estaba casada y haciendo pasar las mil angustias (y los mil placeres, que todo va unido) a un fornido barquero con requerimientos carnales a la medida de su corpulencia. Para él, una como esa sería sobredosis. Se tomó rápido la consumición y se fue. Al parecer, había fuerzas telúricas, ocultas y misteriosas, que le guiaban marcándole pautas y caminos. Al parecer, se le requería en Potes.

Pero lo cortés no quita lo turístico y decidió dar un pequeño rodeo y recorrer el desfiladero de La Hermida, de cuya belleza había oído maravillas. Ya en él, cuando la carretera comenzaba a ser una cinta entre escarpadas laderas, vio un todoterreno parado al borde de la carretera y cuatro hombres más bien jóvenes que le hacían señas para que parase. Aparcó delante del todoterreno y fue a ver de qué contingencia se trataba. (-¿Y no sería mejor decir emergencia, oiga? -Bueno, pues emergencia).

-¿No irá usted a Potes?

-Pues sí, allí me encamino.

-¿Y puede saberse para qué?

-Oiga, eso es mucho preguntar, ¿no cree? Pero le contestaré, porque no tengo nada que ocultar. Voy de turista, a ver el pueblo.

-Ya, ya, a ver el pueblo. Eso dicen todos y a lo que van es a levantarnos a las mozas, que ya lo tenemos comprobado, que entre guardias civiles, empleados de correos, funcionarios del catastro, etc... no nos queda a nosotros más que la tuerta. O sea, que va a ser que no va a llegar usted a Potes. Se lo decimos por su bien.

-Oigan, yo voy donde quiero y cuando quiero y no tengo que dar cuentas a nadie y menos a unos desconocidos, porque, vamos a ver, ¿quiénes son ustedes?

- Pues, para que se entere, somos de la ASPO, o sea, de la Asociación de Solteros de Potes y queremos dejar de serlo, es decir, queremos dejar de ser solteros. Así que, venga, coja su coche y dé la vuelta, que ya visitará Potes en mejor ocasión.

¿Tendría este sorprendente encuentro alguna relación con el folleto que tan misteriosamente le habían dado en San Vicente? Porque, ¿cómo iban a saber estos agresivos solteros quién era él y a dónde iba y para qué, si nunca había estado en Cantabria y no le conocía allí nadie. Empezaba a estar seguro –y atemorizado- de que iba a resultar cierto lo de las fuerzas misteriosas que intervenían en su destino. Pero hizo de tripas corazón. No le detendrían nada ni nadie:

-Y un huevo. Yo sigo hasta Potes, faltaría más. Así que de ASPO, ¿no?, pues que les aspen.

Montó raudo en el coche y partió veloz. Los cuatro jayanes montaron también en el suyo y comenzó la persecución. En la zona de curvas Modesto les sacaba alguna ventaja porque el 600, más pequeño, las trazaba mejor que el mastodonte, pero en los trozos menos tortuosos le alcanzaban y le daban topetazos por detrás para amedrentarle o sacarle de la carretera. Incluso intentaron adelantarle para cerrarle el paso, pero Modesto zigzagueando y la angostura de la calzada se lo impidieron. Tras unas curvas, Modesto les había tomado una pequeña ventaja cuando oyó un frenazo en seco. Miró por el retrovisor y se admiró. Un pareja de osos con su cría se había aposentado tranquilamente en medio de la carretera y cerraba el paso al todo terreno. Los de el coche la emprendieron a bocinazos pero los osos seguían sentados tan ternes ocupando la calzada. Modesto creyó advertir que el que debía de ser el macho movía las manos en un gesto repetido que parecía decirle que siguiera. Y eso fue lo que hizo. Ya no le quedaba ninguna duda acerca de la conjunción de fuerzas misteriosas que obraban en pro y en contra de su designio amoroso. Sin más emergencias (-¿Y no sería mejor decir contingencias, oiga? –Bueno, pues contingencias) llegó a Potes, consiguió alojamiento y cena y se metió pronto en la cama. Necesitaba descansar de la ajetreada jornada que le había llevado desde Montesclaros a Potes.

Soñó agitadamente toda la noche. En su alcoba infantil, a la cabecera de la cama, había una imagen de Êpinal, un cromó, en el que dos niños atravesaban una ruinosa pasarela colgada sobre un torrente, protegidos por un ángel de la guarda que, en realidad, era una rubia alada, flamencota y guapetona, que bien podría ser el objeto de los anhelos de Modesto. Él atravesaba en su sueño otra pasarela aún más arruinada. En el otro extremo había una moza guapísima, más incluso que el ángel (o la Ángela) del cuadro, que le animaba con sus dulces gestos y su suave voz a que se reuniese con ella. Pero, de pronto, cuatro siniestras figuras que bajaban de un todoterreno comenzaban a dar hachazos en las maderas medio podridas del puentecillo. Él quería seguir hasta su hada, pero veía que no llegaría a tiempo, que antes la pontezuela iba a sucumbir a los fuertes hachazos y él se estrellaría contra las rocas del torrente, que su fin era irremediable cerca, eso sí, de su amada. En definitiva, él no sería res-catado del peligro y ella quedaría no catada. ¡Válgame san Rafael –pensó- / tener el agua (o la moza) tan cerca / y no poderla beber! Aunque si de beber se trataba y caía al torrente, se iba a hinchar. De pronto, la bella abandonó su dulce quietud y no se sabe mediante qué ensalmos, dicterios, amenazas, imprecaciones o conjuros, hizo que los forajidos dieran con sus huesos en el torrente por cuyas aguas turbulentas fueron arrastrados entre gritos, aspavientos y cortes de mangas. La beldad volvió a hacer sugerentes gestos a Modesto que corrió por la temblorosa y decrepita pasarela, ya sin miedo a caerse al abismo. Ya alcanzaba los brazos de la divinidad cuando se despertó sudoroso y jadeante. El sol brillaba ya en el cielo y se conjuntaban todos esos meteoros que conforman un bello día, tan bello como la beldad de su sueño: brisas, aromas, auras, armonías...

Se aseó, desayunó y se lanzó a la calle. Por fin estaba en Potes, la madre del cordero, el ojo del huracán, el quid de la cuestión, el busilis del tema, el meollo del bollo, etc..., vamos, el epicentro, de su odisea amorosa. Iba eufórico y hasta se le ocurrió, a propósito del nombre de uno de los dos ríos del pueblo, el Quiviesa y el Deva, un chiste malvado que, incluso, tarareó:

“La española que es quiviesa, es quiviesa de verdad, que a ninguna le interesa, etc... Lo interrumpió. El destino podía y debía castigarle por chiste tan nefando. Tendría que hacérselo perdonar.

Donde primero se encaminó fue a la confluencia de los ríos, porque su unión ya le había sido desvelada como la metáfora de su búsqueda y propósito. Para acercarse a los arcanos, se sentó en la hierba, adoptó la postura del loto e inició un asana tántrico, para hacerse perdonar.

De pronto, un pescador:

-Oiga, amiguco, ¿le ha dado un jamacuco o es que papa moscas? Porque tirar la caña, no; por no tener, ni caña tiene.

-No, buen hombre, no me pasa nada. Pero, de alguna forma, estoy tirando la caña, pero no a esta clase de peces.

-Ah, bueno, usted sabrá. Con Dios, que yo sí me voy a ver si pican.

-Y yo.

Entró luego en una antigua aceña, junto al Deva, muy bien conservada. En su aventadero pensó -¿por qué ahora- las palabras que su padre le repetía a menudo:

-Las cosas, hijo, no caen del suelo, hay que moler y moler.

Él estaba dispuesto a moler incansable el grano de su búsqueda.

Comenzó a recorrer las calles con todas sus antenas, sensoriales y ultrasensoriales, desplegadas. No podía escapársele ni una sola revelación ni un solo atisbo y se detenía ante cualquier cosa apta para mensajes: el monumento a la alquitara (quizá por lo ético como forma de conocimiento), el del médico rural, la Fuente de La Riega, el convento de san Raimundo, la ermita del Valmayor, la de la Virgen del Camino, la iglesia de san Vicente Mártir... Pero ninguno de tan sacros ámbitos le dijo nada. Por la tarde recorrió y visitó todas las torres visitables: la de san Pedro, la de Calseco, la de Osorio, la del Infantado... Incluso recorrió muy expectante la torre de La Lama, museo a la sazón de la brujería. Pero nada. El día acabó sin una revelación, ni siquiera con una sugerencia que llevarse a la boca de su odisea amorosa.

De nuevo durmió mal, repitiéndose el mismo sueño, aunque ahora los jayanes daban los hachazos más fuertes y la bella le hacía los gestos más perentorios y urgidos. Volvió a despertarse, a asearse, a desayunar.

En vista del nulo éxito del día anterior, decidió cambiar de método. Se acercaría al monasterio de santo Toribio de Liébana a ver si allí encontraba inspiración para su búsqueda o revelación para su futuro. Cuando llegó, dos autocares soltaban su carga de viejos, azacaneados de viajes por el INSERSO, que más parecían rebaño que grupo de peregrinos. En tropel entraron en la iglesia, Modesto con ellos. Los guías pastorearon con prisa a los ancianos por la iglesia, pero él se quedó un largo rato en ella más esperando órdenes o indicios que rezando. No sintió nada y salió del templo. Los autocares ya no estaban y la explanada estaba solitaria. Tan sólo un fraile, tocado con un sombrero de paja, que regaba unas flores cantando. Con buena voz de barítono intentaba imitar el dramatismo y los dejes de la voz de Concha Piquer: “En Potes hay una casa / y en la casa una ventana /y en la ventana unos signos / que código los llamaban...”. Modesto, sorprendido, recordó que la letra de la copla de doña Concha no era así. El fraile había hecho una adaptación que Modesto entendió que era intencionada. Tan absorto quedó que no escuchó el resto de la letra. Ni falta que hacía. Ahí había, seguro, un mensaje para él que hablaba de ventanas en Potes. Por si fuera poco, el fraile, cuando acabó de cantar, se quitó el sombrero y con apostura torera le brindó su faena canora:

-Va por usted, peregrino.

Volvió a Potes. Ahora patearía las calles una por una fijándose en todas las ventanas. En cualquiera de ellas, en cualquier detalle de ellas habría algo para él. El destino no iba a jugar tanto con él.

Transitaba por una estrecha calle cuando casi le arrolla un gamberro que hacía el caballito con su moto. Gracias a que pudo refugiarse en el hueco de una puerta no sin oír al de la moto que le gritaba antes de desaparecer:

-La próxima vez no te me escapas, so pringao...

Otra vez las fuerzas del Averno. Otra vez los hados adversos. Otra vez los contubernios judeomasónicos. Se calmó y siguió por el dédalo de las callejuelas. En la esquina de una, en pleno barrio de La Solana, un ciego cantaba gemebundo: “El ojo que ves no es /ojo porque tú lo miras;

/ es ojo porque te ve”.

-Será cachondo el tío –pensó-, qué humor más negro. Y encima con citas machadianas. Pero una voz interna le avisó: Ojo al parche, ojo, ojo, ojo... Ahora el cachondo soy yo –pensó otra vez-, prestando ojo, oído y atención a los cantares de un ciego que canta de lo que le falta. Pero su humorada no se sostuvo y la alerta surgió. Si lo del ciego tenía sentido, él tenía que ver algo o, mejor, algo le tenía que ver a él.

-Gracias, señor ciego, andaré con ojo.

-El que tú tienes, vidente.

Al volver la esquina de la rúa se topó con una escena muy curiosa. Dos mozallonas, cada una en su ventana, sacudían furiosos palmetazos a sendas esteras. Cantaban a voz en grito en lo que parecía un concurso de habaneras porque habaneras parecían las canciones que desentonaban. Talmente como en Torrevieja. Una voceaba: “Salió de la Seo, porón, pon, pon / buscando un amor, porón, pon, pon / un modesto mozo, porón, pon, pon / y no lo encontró, porón, pon, pon. / No le queda mili, porón, pon, pon / al enamorado, porón, pon, pon; a ver si abre el ojo, porón, pon, pon, / que está despistado, porón, pon, pon”.

Ay Dios –pensó Modesto-, esto ya pasa de castaño oscuro. Lo de abrir el ojo del ciego, lo de la Seo, lo del modesto mozo... Blanco y en botella. Es evidente que la canción habla –o mejor grita, tal como la canta esa- de mí y que es un aviso. Me está pasando algo como lo que le pasó al Caballero de Olmedo, de Lope, que oyó voces que le avisaban. Como a mí; porque esto está más claro que el agua. Al Caballero, “sombras le avisaron” y a mí, “mozas me avisaron”. Por si fuera poco, la otra moza se desgañitaba contra el colombófilo Iradier: “Si a la ventana llega y no la mira, porón, pon, pon /no es que sea despistado, es que es un lila, porón, pon, pon...”.

Y entonces la vio. O ella le vio a él. Era una ventana, como le habían avisado. Una ventana en el primer piso de una casona antigua. Sintió la enorme conmoción de las certezas meridianas e imprevistas. En esa ventana estaba la clave del código de su circulación amorosa. Los sesos se le hicieron agua, el corazón fuego y las piernas gomaespuma. Tuvo que sentarse para no desmayarse. En medio de su éxtasis oyó al ciego que se aproximaba, precedido del tac-tac de su bastón.

-Vaya, por fin te has dado cuenta, cristiano. Que pensábamos que no caerías...

Y se alejó sin detenerse, seguido del tac-tac de su bastón. A Modesto, ya hecho a toparse con enigmas, ni el comportamiento del ciego le resultó misterioso. Sacó una foto de la ventana y se dedicó a escudriñar las figuras de la ventana. No era grande, tenía las contraventanas nuevas y unos visillos blancos. Alguien, seguro, vivía en ella y quizá le podía explicar algo sobre la ventana. Se acercó a la puerta con el corazón en un puño porque a lo mejor le desvelaban todo el misterio de la odisea amorosa que le había sido trazada; o a lo mejor no, y le esperaba una Circe cualquiera, o un cíclope, o Escila, o Caribdis... desde luego, para Ulises él y no el chorra de Stephen Dédalus. En estas digresiones tan eruditas se demoraba, temeroso de franquear la puerta del misterio y de llamar a la puerta de la casa. Pero pulsó el timbre y esperó. No mucho porque la puerta se abrió y apareció un hombre cuarentón que le recibió afablemente:

-Ah, eres tú. Pasa, que nos tomamos una copa y hablamos. Pero no te asombres, hombre, que no te voy a comer.

Copa servida, asientos confortables y el otro:

-Mira, no te voy a servir de mucho. Esta casa la compramos mi mujer y yo hace cinco años a un viejo solitario, que la había heredado a su vez y antes su padre y su abuelo... A nosotros nos chocaron las figuras de la ventana y, no creas, nuestros ratos nos hemos pasado intentando descifrarlas, pero ni por esas. Tampoco las comprendía el viejo que nos vendió la casa. Eso sí, cuando cerramos la compra nos dijo que a él también le había intrigado la ventana, y a su padre y a su abuelo. Ninguno entendió nada pero se transmitían de generación en generación que un buen día llegaría de lejos alguien a quien le estaba reservado descifrar y beneficiarse del código de la ventana. O sea, que lo tuviéramos en cuenta, que esperáramos. A nosotros nos sonó a chino. Que viniera quien quisiera con tal de que no nos reclamase la casa... La hemos restaurado hasta hacerla confortable, olvidados del que habría de venir (dicho así, suena a mesías, macho). Pero ahora, cuando he oído el timbre, he sabido que eras tú. Siento no poder ayudarte: Eres tú el que tienes que descifrar el código. Yo sólo puedo decirte que has llegado hasta el código, que has acertado, y desearte suerte. Lo que me gustaría es que, si logras descifrar su secreto y sigues vivo, me escribieras o me llamaras contándome tus avatares y el meollo del código. Más que nada por saber de qué iba la cosa. Y porque, a lo mejor, el misterio desvelado revaloriza la casa. Es broma. Y ahora no te entretengo más. Vete a ver la ventana desde la calle porque el código está fuera. Yo no salgo contigo porque eres tú el que tienes que descifrarlo solo. Yo no quiero influirte no sea que te induzca a error. Además, estoy sintiendo un fuerte palpito (y parece que en este asunto los palpitos son una forma de inspiración) de poner música del XVIII. A lo mejor es otra pista.

Modesto salió y se puso a analizar las figuras de la ventana. En seguida se oyó a través de la ventana el hilo limpio y tortuoso de una sonata del padre Soler.

La ventana estaba geminada en dos arquitos de medio punto. En el medio pudo haber un parteluz que ya no estaba, aunque los arcos se unían por el centro en lo que pudo ser el cimacio o el capitel del parteluz. Lo chocante era que en la parte superior de los intradós de los arcos había dos cilindros tallados en la misma piedra. No hacía falta ser un lince par notar que, metafóricamente, los dos arquitos podían verse como unas cejas (arqueadas, claro) y los dos rollos podían ser tomados como dos ojos. Se aclaraba lo del ciego: la ventana eran esos ojos que veían más que eran vistos. Eran ojos porque te veían. Por encima de los arcos, talladas en la misma piedra (-Quizá debía usted decir toza. -Pues no, las tozas son de madera y están talladas lateralmente. -Ah, bueno, perdone), había ocho figuras misteriosas que serían seguramente las claves del código.

Modesto ardía en deseos de descifrarlas, pero se demoró en copiarlas en un papel lo mejor que pudo y, sin despedirse del dueño de la casa, se fue a buscar un laboratorio fotográfico de revelado en una hora. Conseguidas las fotos, se fue al hotel y se dispuso a analizarlas a fondo. Decidió estudiarlas de izquierda a derecha, que era la forma de leer en occidente. Además, el elemento tallado más bajo estaba a la izquierda. Y lo primero que se veía a la izquierda era un círculo rehundido con una especie de estrella de seis puntas o seis gajos como de naranja. Recordó que en el lenguaje artístico eso se llamaba roseta y lo de dentro pétalos. Era, pues, una roseta de seis pétalos, pero prefirió no conjeturar de acuerdo con el vocabulario técnico, menos sugerente. Descartó también analizar el círculo, la roseta, por creer que valía sólo para el rehundido de la estrella, los pétalos. Quedaba, pues, la opción estrella. Una estrella. ¿Algún topónimo? Buscó en su grueso atlas de carreteras y sólo encontró un pueblo: La Estrella de la Jara, en Toledo. Daba la coincidencia de que conocía la aldea y no recordó nada en ella que pudiera valerle. Cierta era que en su iglesia había un atrio con tres o cuatro columnas, pero por lo demás... nada había que hilvanar con las otras figuras.

Tanteó otras vías: estrella, buena, estrella, mala estrella, la de los Magos, que marcaba un camino, el destino está en las estrellas, estrellarse, no te estrelles, hay quien nace con estrella y quien nace estrellado, ver las estrellas... O sea, que de siempre se ha creído que las estrellas rigen misteriosamente los destinos de los hombres. Recordó un lema que le hicieron aprender

cuando era flecha del Frente de Juventudes y que decía algo así como que “la vida es un camino que conduce a la estrella”. No tenía demasiado sentido. Claro que, en muchos casos, la doctrina falangista llegó a ser lo contrario de lo que decía y había que interpretarla a la inversa. Menudo cacao mental se tenían. A ver si había que darle la vuelta al calcetín de la Falange... Aplicó la inversión teórica a la frase: “La estrella es un camino que conduce a la vida”. Bingo; eso tenía sentido. Las estrellas podían ser indicadores de rutas vitales o de jalones del proceso de desvelamiento del misterio, algo así como un consejo: tienes que seguir una ruta determinada (o predestinada) que consta de tantas singladuras. Como comienzo vial no estaba mal: Él como un mago siguiendo la estrella. De seis puntas. Si se descartaban de las figuras las tres estrellas y se entendía como doble la penúltima figura, una especie de palmera con otra cosa en su lado superior derecho, salían seis figuras. Claro, seis puntas de la primera estrella y seis figuras, seis aventuras, o seis lugares, o seis trabajos. Los seis trabajos de Modesto. Hércules, que era más fuerte, superó diez. Él, que era más canijo, seis. Bien. Las otras dos estrellas, de menor tamaño, estaban colocadas tras dos figuras y antes de las otras cuatro. Quizá fueran un punto de inflexión (o de reflexión), algo así como: Ya has superado dos pruebas con éxito, ánimo, que te quedan sólo cuatro... O sea, como en la rayuela o el pati: saltos y descansos.

No era un estrellero, pero esta interpretación tenía su lógica y por algún sitio había que empezar. Pero faltaba el rabo por desollar o, al revés, estaba todo sin desollar salvo el rabo, porque ¿qué significaban las seis figuras? ¿Hazañas, peligros, pruebas, lugares...? Tres de las figuras parecían ser columnas, rehundidas, con sus zapatas o capiteles. Eso parecía sugerir arquitecturas, monumentos, edificios... La primera figura, además, mostraba también dos arcos, uno más pequeño encima de otro mayor –más arquitecturas- y unos rectángulos que, puestos así, podían querer significar vanos, ventanas, puertas... Se inclinó por la hipótesis arquitectónica o monumental. Si esta era la cierta, las figuras podían referirse a seis lugares, tres de los cuales tendrían algo en común, sus columnas, como elemento definitorio. Aceptó pulpo como animal de compañía, puesto que no había otros animales que llevarse al magín. No podía, por el momento, aventurar más y, por otra parte, como decían en su pueblo: ello dará el trun, es decir, ya saldrá el sol por algún lado.

Se centro, pues, en analizar la primera figura de la izquierda. En primer lugar, un rectángulo horizontal rehundido que ocupaba toda la zona baja de la figura y otros dos rectángulos laterales. En medio de estos, un arco de medio punto. La mitad superior de la figura la formaba una especie de W con los brazos verticales y su elemento central sustituido por un pequeño arco, de medio punto también, encima del cual había un rectángulito rehundido que podría interpretarse como una especie de hornacina. A sus lados, en los espacios entre las patas de la W, dos esferas con otro pequeño rehundido sobre cada una de ellas. Ya había adelantado que los dos arcos superpuestos podían referirse a una ciudad en la que los arcos fueran significativos de su identidad, y que los rectángulos podían significar vanos: ventanas, puertas... De repente, las esferas con el pequeño rehundido encima le sugirieron el emblema del arma de Artillería. Ya estaba: Segovia, sede de la Academia Nacional de Artillería. Los arcos, el menor encima del mayor, el Acueducto, claro, hasta con su hornacina votiva (el rectángulito sobre el arco pequeño). ¿Y los rectángulos leídos como vanos? Recordó un chiste de Mingote en el que se veía el Acueducto con la ciudad detrás. Un personaje le decía a otro: “Reconoce que, con tantos arcos, Segovia es una ciudad muy ventilada”. Bueno, era una hipótesis, pero casaban satisfactoriamente todos los componentes de la figura. Se iría a Segovia, que el que no se embarca no cruza la mar. Por lo menos haría turismo.

Muy de mañana, adiós a Potes (a Potes de mi querer, adiós a Potes, nunca te volveré a ver), carretera y manta. Antes de partir, desde el hotel, telefoneó a sus padres para dar señales de vida. Lo cogió su madre:

-Hijo, ya era hora, ¿desde dónde llamas?

-Pues mira, madre, estoy en Potes, en Cantabria.

-¿Y qué haces ahí?

-Pues, nada, que un jefe me pidió por favor que si podía traer unos papeles de la aduana, y como yo no conocía esto, pues dije que sí... Pero ya me voy.

-Sí, tú lo que sea, pero bien dejados tienes a tus padres. Y si por lo menos fuera por una mujer... Que ya tienes cerca de treinta años. Ya dicen que tiran más tetas que carretas, pero tú ni carretas ni tetas.

-Jo, madre, siempre con tu tema. No te preocupes, que muy pronto voy a veros.

-¿Cómo quieres que no me preocupe? Soy tu madre, y creo que no vas por buen camino, que...

De pronto, comenzaron a irse unos pitidos en el teléfono:

-Hijo, ¿estás ahí?

Los pitidos fueron aumentando y convirtiéndose poco a poco en una melodía que Modesto identificó como el Concierto de Aranjuez, del maestro Rodrigo. La música fue bajando de volumen y se oyó una voz extraña, lenta y cavernosa:

-Pese a lo que diga tu madre, vas por buen camino. Relacionas con tino, pero no te creas que ya está todo hecho. Tienes que tener en cuenta que cualquier cosa puede ser una pista.

-Oiga, ¿quién es usted?, que yo estaba hablando con mi madre...

Pero ya sólo se oían los sonidos intermitentes de cuando se corta una comunicación. Quedó asustado. ¿Quiénes eran esos que sabían que estaba hablando por teléfono y que podían interferir tranquilamente en la línea. Por lo menos, tranquilizaría a su madre:

-Madre, que se ha cortado. Te repito que dentro de poco estoy en el pueblo. Hala, un beso a ti y a padre.

La llamada telefónica y la mentira de los papeles de la aduana, le recordó La Seo, su trabajo, sus amigos... Decidió, antes de irse, llamar a su compañero y amigo Ambrosio Daya.

-Hombre, ya era hora de que dieras señales de vida. En cuanto uno se larga de vacaciones se olvida de los amigos, de todo... Por aquí, como siempre. Ah, no, hay una cosa especial. Al día siguiente de tú irte apareció de nuevo el fantoche aquel del inglés que nos comió el tarro con eso de hay que ir con los ojos y los oídos abiertos y lo de que no había que fiarse sólo de las cosas sino de las palabras... En fin, aquel tío que está escribiendo un libro sobre Leonardo que se iba a llamar "El código Da Vinci" o algo así. Dan Brown se llama, acuérdate. Volvía para salir de España. Lo chocante es que me preguntó que si tú estabas. Cuando le dije que no, se puso como contento y me preguntó que si te habías ido a Potes. Yo le dije que no lo sabía, que seguramente te habías ido a Castilla-La Mancha..., pero él me dijo que le olía a que te habías ido a Potes, fíjate qué parida, qué se te habrá perdido a ti en Potes, y que se alegraba por ti porque es donde debías ir. Por cierto, ¿dónde estás? Ah, en Potes... Bueno, tú sabrás, yo, desde luego, no entiendo nada..., ah, que me lo explicarás a la vuelta, pues como quieras, macho..., vale, corto, qué prisas, bueno, un abrazo y que te lo pases bien, y lígate alguna potorra..., es un chiste de doble sentido con potorro... sí, soy un basto, ya lo sabes. Bueno, lo dicho, un abrazo.

Partió para Segovia. No tenía que desviarse mucho de camino para su tierra castellano-manchega y, además, lo primero era lo primero, sobre todo ahora que ya sabía que el misterio rodeaba su odisea y que, lejos de su mano, luchaban secretas fuerzas enemigas.

Hasta Segovia nada de particular le ocurrió, salvo un percance no interpretable –creía- en clave histórica. Paró a comer en un restaurante de carretera y se le cayó una copa de vino en salva fue la parte. Tuvo que ir al coche y entrar en los servicios a cambiarse de pantalones para no parecer un hermafrodita menstruante.

Ya en Segovia, decidió rematar la tarde visitando La Granja. Un poco de turismo inocuo no le vendría mal como descanso de tantos enigmas y avatares, y esperaba que la frialdad palaciega le estigmatizase de nuevos enigmas. Por los jardines paseaba cuando vio a un hombre, alto y muy tieso, arrimado a la pared del palacio junto a uno de los grandes ventanales. No figaba por la ventana porque ésta estaba cerrada a cal y canto.

-Vaya un tío guarro –pensó-, mearse en el Patrimonio Nacional...

Siguió paseando. El jardín en esa zona trazaba dibujos mediante setos bajos de boj. Uno de los caminitos entre parterres llegaba hasta donde estaba el meón, que debía de padecer de la próstata por lo que se demoraba en la micción. Al encarar el caminito se percató de que los pies del hombre se elevaban casi medio metro del suelo. No levitaba sino que estaba colgado con un cinto de una de las crucetas del enrejado. Quedó sobrecogido. Así se explicaba el hieratismo y la inmovilidad del pobre hombre. ¿Suicidio o asesinato? Cabiló en si avisaba o no a la Guardia Civil o a los guardianes del palacio. No le había visto nadie, al parecer, ni a él ni al ahorcado y, si denunciaba el hecho, le marearían con interrogatorios que interferirían sus indagaciones segovianas, así que no, o sí, o mejor no. En éstas alternativas se debatía cuando se le acercó sigilosamente un anciano, de cuya cercanía no se había percatado, aunque le había precedido en pocos metros una melodía que parecía brotar de un transistor que el viejo llevaría en el bolsillo. Identificó la música: el Concierto de Aranjuez, el mismo que había sonado en la misteriosa interferencia que interrumpió su llamada telefónica a su madre. Un misterio más. El viejo le cogió del brazo (pero qué confianzas son éstas –respingó Modesto- y en estas circunstancias...) y le musitó:

-Oiga, ¿se ha dado cuenta de que ese hombre está ahorcado? ¿Sí? Yo sé quién es. Es (o era) un pobre hombre del pueblo, cuarentón, que se ha pasado toda la vida buscando un amor y, cuando lo encontró, la pifió. Ya sabe usted que “boda y mortaja del cielo bajan”, pero también sabrá que se dice que “al que la yerra en casar poco le queda que errar”. El caso es que cayó en la garra de una guarra (y perdone la paronomasia). Lo que no sé es si se ha suicidado desesperado por los desaires conyugales o le ha suicidado alguno de los coimes de la zorróna de su mujer. Sea como sea, ahí está y nunca mejor dicho lo de que “tras cuernos penitencia”. Que Dios le ampare. No sé por qué ha muerto, le repito, pero sí sé que usted anda también buscando amores y que debe andarse con cien ojos, que me parece usted un amator –cuando lo sea- muy bisoño. Así que ojo al parche y que tenga suerte, que en esto del amor siempre se precisa. Es un consejo de amigo. Y, por cierto, ¿le gusta esta música? Una llamada de teléfono anónima, que debe de conocer mi afición peripatética y me melomanía, me dijo que pasease esta tarde por aquí escuchando el Concierto de Aranjuez, que tendría un hallazgo fortuito (y vaya hallazgo más jodido) y podría realizar una buena acción. Llegué aquí y ví y reconocí a la víctima (ese sería el hallazgo). Luego ha llegado usted y he sentido el impulso irrefrenable de darle estos consejos (supongo que serán la buena acción). Y ahora uno más: Váyase, no diga nada nadie de lo que ha visto pero recuerde a este pobre hombre y lo que le he dicho. Y siga con su búsqueda, pero átese los machos para no pifiarla. Y esté atento a cualquier pista. Y ahora, agur, que no quiero problemas y yo me voy también con la música a otra parte (y nunca mejor dicho) a seguir con mi Concierto de Aranjuez. Y usted debería seguir también con él.

Modesto se largó a la carrera. Ya en Segovia encontró hotel. Tan alarmado estaba que ni pensó en cenar ni en meterse en la cama. No le hubieran entrado el mínimo bocado ni la mínima somnolencia. Así es que decidió patear la ciudad, a la caza de indicios y a la ronda de revelaciones. Como en Potes, llegó a la confluencia de dos ríos, pero aquí nada bueno obtuvo. Del Clamores no salía más que silencio (vaya guasa) y del Eresma sólo un rumor que parecía musitarle: Eresmásbobo, eresmásbobo...

-Jo, ya hasta los ríos me toman el pelo...

Pero quizá más que el pelo le tomarían, si se dejaba, cuatro o cinco mozalbetes que se aproximaban dando grandes voces y largos tragos a unas botellas. Cuando oyó a uno de ellos decirles a los demás: “Vamos a correr a gorrazos a ese pringao solitario...”, Modesto echó a correr y no paró hasta el hotel, donde la sábanas le ofrecieron seguridad y descanso. Que tiempos los de hoy en día –pensó-, qué diferencia de cuando Franco, que ofrecía a estos jovenachos Educación y Descanso y, si no aceptaban, garrotazo y tentetieso... Cuánto incivismo, cuánta inseguridad ciudadana... En la seguridad del lecho se quedó dormido.

Mientras desayunaba, recapituló: la voz del teléfono le había dicho que iba por buen camino, luego había acertado al encaminarse a Segovia. Que aquí sabían de su llegada era claro, como también lo era que le advertían cuidado no fuese que, para él, el ahorcamiento de la coyunda matrimonial se le convirtiera en ahorcamiento real como le había ocurrido a la pobre víctima de La Granja.

Se le ocurrió pedir el periódico local, El Adelantado de Segovia, y en él leyó que los guardas del Real Sitio, en su recorrido previo al cierre de los jardines habían encontrado a un hombre ahorcado en una de las ventanas del palacio, que la policía se había personado enseguida, que un viejo, que tomaba el fresco escuchando su transistor cerca de una de las puertas de los jardines, les dijo que había visto, un rato antes, salir corriendo de los jardines a un hombre como de unos treinta años, con pinta de pardillo o de turista despistado, que al cierre de la edición aún no se conocía la identidad de la víctima, que se pensaba identificar pronto al que había huido de los jardines... Modesto se dio cuenta de que llevaba la misma ropa del día anterior, así que volvió a su habitación y se cambió totalmente de ropa. No podía quedarse en el hotel; a Segovia había venido para otros menesteres y no para convertir hoteles en madrigueras. Además, él no había hecho nada (salvo no dar parte de su hallazgo) y nada tenía que reprocharse (salvo no dar parte de su hallazgo) ni nada que temer (salvo que le procesasen por no dar parte de su hallazgo), que ya estaba hasta los mismísimos de los curas del seminario que, en cuanto te dejabas, hacían de uno un pequeño Raskolnikov. A hacer puñetas los complejos de culpabilidad. Nada, a la calle, que allí le esperaban el enigma y la inducción.

Plano en ristre, llegó hasta la Academia de Artillería. Había acertado al interpretar la figura de la ventana de Potes porque, efectivamente, la fachada contenía todos los elementos de aquella: sobre el arco de medio punto de la entrada militar había una hornacina con una imagen (Santa Bárbara, la olvidada salvo cuando truena, supuso) y a los lados dos bombas llameantes (las dos semiesferas de la ventana con sus pirulos encima) de la enseña artillera. Además, cuatro franjas rehundidas enmarcaban la monumental portada. Todo era calcado. O sea, que bien, que era Segovia el destino que le había marcado su sino y que él había adivinado. Pero los arcos de la ventana de Potes también los había leído como los del Acueducto. Y a él se encaminó. Segovia todavía no le había desvelado indicaciones ni indicios, es decir, que faltaba algo.

Junto al Acueducto, se sentó en una terraza y pidió una cerveza. Lo contempló admirado: qué maravilla, qué eficacia aguadora, qué esbeltez, qué longevidad, qué tíos los romanos... No parecía obra humana. Con razón la leyenda decía que lo había construido el diablo para cobrarse el alma de una moza que, harta de acarrear agua, se la vendió al maligno si le acercaba el agua construyendo un acueducto en el plazo de una noche. Relamiéndose de gusto, el demonio, para disimular la construcción, desató una tormenta de horrisonos truenos y de agua a cántaros (¿no quería agua la moza?, pues agua va) que mantuviese a los segovianos encerrados en sus casas. Tal práctica enmascaradora, pero más multiforme, la practicaron luego todos los constructores que en el mundo fueron. Los políticos venales eran los rayos y los truenos, que buenos rayos eran y bien tronados estaban. La política no deja de ser una turbulencia. La faena fue que, a falta de una piedra por poner, un pugnaz rayo de sol se abrió paso entre las nubes y el diablo tuvo que marcharse con el rabo, sin metáfora, entre las piernas y la doncella quedó con agua y alma. Él también tenía que conquistar el alma de una moza. A ver si tenía más suerte que Satanás aunque fuera menos viejo.

La terraza estaba medio vacía y sobraban mesas. Se le acercaron tres venerables señoras. La primavera en sus vestidos de florecitas. Parecían tres hadas madrinas, cariñosas y taumatúrgicas, que bastante milagro era lo bien que se mantenían pese a los años que debían de tener. Con voz feérica una se dirigió a él:

-Joven, ¿nos permite que nos sentemos en su mesa? Es que en ella nos sentamos todos los días.

-Si es por eso, yo me cambio de mesa.

-Por favor, ni se le ocurra, faltaría más. Vamos, si es que nuestra compañía no le molesta.

-Cómo va a molestarme, encantado.

-Pues, gracias, muy amable.

Se sentaron y pidieron sus bebidas: zarzaparrillas las tres.

-No es usted de aquí, ¿verdad?

-No, señoras.

-¿Y qué le parece el Acueducto?

-Es una maravilla; es impresionante...

-Sí, está muy bien para los turistas, pero a nosotros nos hace la faena, porque con tantos arcos y tanto vano, no vea las corrientes que provoca y los catarros que nos pillamos.

-Los romanos lo hicieron muy bien porque trajeron el agua –añadió otra-, pero los de después, cuando el agua vino por otros caminos, lo podían haber quitado. No queremos decir que lo destruyesen, pero lo podrían haber doblado en cuatro y haber hecho una preciosa plaza cerrada que nos abrigase. Una plaza como las de Ocaña, Madrid o Salamanca, que bien preciosas que son y buen refugio prestan a los vecinos. Que las plazas cerradas valen para mucho.. Le recomendamos encarecidamente que las visite, verá qué útiles son.

Tres plazas cerradas... En la ventana de Potes había tres rectángulos rehundidos con una columna en medio con su basa y su capitel o zapata. Esas plazas tienen columnas o pilares y conforman un rectángulo o cuadrado con salidas en los ángulos. Y son tres las que las viejas citaron como eran tres las figuras idénticas de la ventana. Y con sus salidas en los extremos marcadas también en las figuras. De repente, todo casaba: el interés de las viejecitas por sentarse en su mesa, su curiosa opinión sobre el acueducto y su mejor destino, su referencia a las tres plazas cerradas más famosas de España... La revelación segoviana ya se le había descubierto. Tenía que recorrer las tres plazas. Y lo haría por el orden en que las señoras las habían citado. Además le veía bien ver primero la de Ocaña porque le pillaba medio de camino hacia su pueblo.

Apuró la cerveza, se despidió cortésmente de las ancianas y se marchó a recorrer la ciudad. Hasta la mañana siguiente, en que se marcharía, haría turismo. Paseando llegó hasta la iglesia de la Vera Cruz porque le interesaba mucho su peculiar arquitectura y su origen templario. Siguiendo la moda literaria, había leído cosas sobre estos monjes soldados, su aciago fin y su exotérica leyenda. Ahora los entendía mejor porque su vida estaba también rodeada de misterios. La iglesia y estaba abierta y sola. Entró en ella. Un hombre bien trajeado estaba sentado en una silla. Cuando vio entrar a Modesto, se fue y reapareció enseguida vestido ahora con una capa blanca con una cruz roja.

-No le extrañe lo de la capa. Me dedico a enseñar la iglesia y, para que se note bien que soy templario, me pongo la capa para recibir las visitas. ¿Qué le interesa más que le explique?

-Lo que usted crea más interesante, gracias.

Apenas comenzada la explicación, apareció otro hombre bien trajeado también y con la idéntica capa. En un momento dado, entre ambos se cruzaron sospechosas miradas. El recién llegado, se acercó a la puerta de salida y la juntó.

-¿Ocurre algo? –preguntó Modesto alarmado.

-Pues ya que lo pregunta, sí que ocurre algo. Tenemos que celebrar con usted un rito que viene de siglos. Verá un día de la semana como hoy fue quemado en París nuestro gran maestre Jacobo de Molay. Antes de morir, convocó al papa, al rey de Francia y a los sucesores de ambos ante el tribunal de Dios y, si este juicio se retrasaba, sus hermanos practicarían la justicia terrenal. Seguro que usted ha leído algo del injusto proceso de condena y aniquilación de los templarios. Ya sabe que se nos acusó de todo lo acusable; entre otras cosa, de que practicábamos asiduamente la sodomía. Los templarios que quedaron escondidos tras el anatema, se juramentaron para que, este día de la semana y como venganza histórica, los templarios futuros se tomasen la justicia por su mano, o por donde... El caso es que, sintiéndolo mucho, usted es la primera visita que llega hoy y no tenemos más remedio que sodomizarlo.

-Pero, bueno, qué burrada es esta... No me tomen el número cambiado; yo no entiendo. Además, estoy operado de hemorroides y eso sería doble sevicia. Así que hagan el favor de dejarme marchar sin tonterías.

-Usted no va a ningún sitio. Le ha tocado. Los destinos del Señor son inescrutables y a usted le ha tocado la china. Por otra parte sabemos que usted ha leído mucho sobre nosotros y nos comprenderá. Por otra parte, nos consta que usted está bordeando el misterio, o incurso en él, y nosotros no podemos consentir veleidades en torno a las verdades ocultas. ¿No le bastó lo de La Granja para disuadirle? No crea que lo hacemos por lujuria; lo hacemos por reparación histórica. En su caso, además, sobre la reparación histórica está el escarmiento personal. Los secretos deben quedarse para nosotros. Además, el dolor que puede producirle la introducción por tan maltrecho orificio aumentará el valor del rito. Y para su tranquilidad le diremos que lo hacemos con toda higiene. Hermano, ¿has traído los preservativos?

-No; ¿dónde están?

-En un rinconcito de un cajón de la mesa de la sacristía.

El hermano entró en lo que debía de ser la sacristía. Al poco se oyó su voz:

-Hermano, no los encuentro...

-¡Qué inútil! Tiene uno que estar en todo... Voy. Y a usted ni se le ocurra moverse...

Pero se movió y con qué prisa. En cuanto el segundo fraile entró en la sacristía, él abrió la puerta (afortunadamente estaba sólo juntada; pensarían que no se resistiría o pensarían cerrarla al comenzar el rito) y salió corriendo con velocidad de record pese a correr con los glúteos apretados. Pero más corrían los dos monjes que casi le alcanzan en la puerta. La suerte se alió con Modesto: un autocar de turistas estaba vaciando su carga. Los frailes desistieron. Ya caería otra víctima. Modesto siguió andando deprisa, aún aterrorizado por la amenaza que había sufrido su maltrecha zona y toda su anatomía.

Ni se le ocurrió denunciarlo a la policía. Si estos ritos venían practicándose desde siglos y nadie los había descubierto y castigado, el asunto olía a connivencia que apestaba. A ver si por denunciar la agresión le pasaba algo... Por otra parte, ¿quién le decía que alguno de los policías no era templario? Debían de estar ocultos por todas partes. Prefirió callarse, al fin y al cabo su anatomía no había sido ni agredida, ni macerada, ni penetrada, ni vulnerada, ni... Desechó la catarata de adjetivos negativos que se le venían a la cabeza y la idea de visitar por la tarde la catedral, no fuese que hubiera también templarios en ella; templo era al fin y al cabo. Visitaría el alcázar y la casa de Machado, que eran más seguros.

Se marchó de Segovia aún soliviantado. Jamás su físico había estado tan en peligro salvo cuando sufrió un leve accidente de coche y cuando le operaron de hemorroides, un mal recuerdo a punto de desbarate. Además, toda la noche tuvo pesadillas. Soñaba que se bañaba desnudo en una playa tropical solitaria. Tuvo que salirse del agua porque una especie de cohombres de mar nadaban vertiginosamente hacia él en una dirección inequívoca. Luego entraba en un manglar y se veía perseguido por unos negrazos desnudos y enhiestos que parecían ir con intenciones non sanctas. Corría más que ellos –la necesidad hace milagros- y llegaba a un edificio moderno y funcional donde creía que encontraría amparo. Era un hospital. Vale, un refugio como otro cualquiera, o mejor. Pero en el hall había cuatro personas con batas verdes, mascarillas, guantes, zuecos blancos..., es decir, toda la parafernalia del atuendo quirúrgico. El que parecía el jefe le dijo: “Tumbese en la camilla, que tenemos que repetir su operación de hemorroides, que fue una chapuza. Le garantizamos que, tras pasar por nuestras manos, el tema le quedará como el túnel del Guadarrama”. Echó a correr otra vez y se despertó sudoroso y jadeante. Desde luego Segovia le había dado luz y peligros, la rosa y la espina. Bien venido fue y mejor marchado iba. Hala, a Ocaña.

Bordeó Madrid sin pararse (había decidido seguir el orden de las plazas mayores que las haditas le habían propuesto) y se detuvo a comer en Aranjuez. El restaurante más cercano se llamaba “La Rana Verde” y el nombre le chocó. ¿Qué tipo de comida daban en él? Porque la

rana ha sido ancestralmente símbolo y arquetipo de la lujuria. Ya lo decían los latinos: “Putior rana”, que luego nosotros tradujimos por “más puta que las gallinas” porque era un término de comparación más cercano y apto para la España de secano. O sea, rana y además verde. De reputación se trataba. Decidió no entrar; él quería mantenerse intacto hasta el tálamo y a lo mejor servían allí unos platos muy del gusto de Cela (suflé de nabo, pelotas de fraile, tetas de novicia...) pero que a lo mejor tumbaban la virtud del eremita más flagelado y ascético. Quitá, quitá, que no quería tener que recurrir a urgencias venusinas. Por tan virtuosas razones desistió de entrar. Bueno, y también porque los precios eran una clavada con remache, antípoda de su capacidad adquisitiva.

-Efectivamente, es muy caro aunque no se come mal.

Modesto se volvió sorprendido. En chico, como de unos treinta años, leía también el menú. Vestía bien sin excesos e inspiraba confianza.

-Le he visto bajarse del coche. Si le disuado de entrar aquí no es sólo porque la rana cobra más que una fulana de bandera sino por interés mío. Necesito llegar pronto a Ocaña y mi coche me ha dejado tirado. En el taller está el cabronazo. Si me lleva usted hago una brevísima gestión y le invito a comer en un restaurante de su plaza mayor, que es estupendo y no se suben a la parra. Y no me pregunte por qué sé que va a Ocaña. No sé por qué, pero lo sé.

Modesto, mosca por sus recuerdos segovianos, le tanteó:

-Pero no irá usted con malas intenciones...

La cara de perplejidad del otro fue espectacular.

-¿Cómo dice?

-Que a ver si es que quiere usted atracarme, robarme el coche o... -se lanzó temerario-violarme.

- Oiga, por favor, sin ofender. Su coche es un 600; el mío es un Mercedes al que, de puro sofisticado, le ha entrado la neura. En cuanto a lo otro, fíjese qué hétero seré que, de puro macho, hasta me he cambiado el nombre por alejar de mí cualquier cosa femenina que no sean las propias féminas. De ser José María he pasado a llamarme Mario José. Así, ni el María me feminiza. Sólo le digo que si usted y yo estuviésemos solos en una isla desierta, ni aun así correría peligro. Antes me des-penaba y se lo echaba a los peces.

-Bueno, si es así... Perdona usted, pero es que hoy día todas las precauciones son pocas. Vamos; total a Ocaña son quince kilómetros, y ni un pito rápido tendría tiempo.

Durante el camino, breve, hablaron de fútbol. Ya en Ocaña dejaron el coche. Mario José le dijo:

-Tras ese arco está la plaza. El restaurante se llama “La Mesa de Ocaña” (es un juego de palabras). Vaya pidiendo mesa, que yo tardo cinco minutos.

Así ocurrió y la comida fue agradable en platos y conversación. Modesto se disculpó varias veces de sus suspicacias porque ahora estaba enganchado por la atractiva personalidad del comensal. Tras el postre, éste se levantó:

-Perdona, voy un momento al servicio.

Al cabo de un rato fue el camarero el que se acercó.

-Disculpe, señor. Su amigo me ha dicho que le diga que ha tenido que irse urgentemente, que le disculpe. Ha dejado pagado todo y me ha dicho que le entregue esto.

Era un paquetito primorosamente envuelto en papel de regalo. Salió del comedor y se sentó en la terraza del restaurante, bajo los soportales. Pidió un coñac y abrió el paquete. Era un libro: el “Peribáñez y el comendador de Ocaña”, de Lope, en una lujosa edición en pasta española. Desde luego, el regalo más apropiado: el Peribáñez en Ocaña. Ya conocía la obra, la había leído y visto luego en televisión, en el malogrado Estudio Uno. De entre las páginas sobresalían unas tiritas de papel que, evidentemente, marcaban pasajes concretos. Abrió el libro por la primera señal. Era el ingenioso abecedario en el que Peribáñez le recitaba a Casilda las virtudes de la buena esposa: “Amar y honrar su marido / es letra de este abecé, / siendo buena

por la B, / que es todo el bien que te pido. / Haráte cuerda la C, / la D dulce, y entendida / la E...”. A continuación, el abecedario correspondiente, en el que ella enumeraba las condiciones del buen marido: “Pues escucha y ten paciencia. / La primera letra es A, / que altanero no has de ser; / por la B no me has de hacer / burla para siempre ya. / La C te hará compañero / en mis trabajos; la D...”.

Estaba claro; quien fuera le estaba dando consejos de buen matrimonio. Otra vez la mano del misterio. Y casaba bien –nunca mejor dicho-. Si en Segovia el aciago fin del ahorcado le adoctrinaba para no caer en errores conyugales, es decir, le impartían una lección en negativo sobre las consecuencias del error, ahora Lope –tan experto en danzas y contradanzas matrimoniales, nupcial perro viejo- le dictaba la lección positiva del buen hacer conyugal. Picado, siguió abriendo las páginas marcadas. En otra, Peribáñez se jacta ante el comendador –mentar la soga en casa del ahorcado- de la maravillosa mujer que le ha cabido en suerte. En otra, la copla popular es la que hace a Casilda refregar su determinación amorosa en los famélicos belfos del comendador: “Más quiero yo a Peribáñez / con su capa la pardilla / que no a vos, comendador, / con la vuestra guarnecida”. Era lo del “contigo pan y cebolla” ante el ahíto pero hambriento comendador. Otras citas de laudes amorosos encontró, una de ellas, encuadrada con rotulador rojo, que venía a ser el resumen del bienhacer amoroso y del ansia conyugal de ambos personajes en forma de reencuentro: “-¡Esposa! -¡Luz de mi alma! /-¿Estás buena? -Estoy sin ti. / ¿Vienes bueno? -El verte baste /

para que salud me sobre...”. Por fin, entre las páginas finales, una cuartilla doblada con unos versos manuscritos: “Más quiero yo a mi Modesto / con su mesa en la aduana / que al cargo más poderoso / con coche y con secretaria. / Has recorrido caminos, / has afrontado peligros. / En una plaza te espero / para casarme contigo”.

Ocaña ya le había dado su mensaje. No esperaba más pero, por si acaso, se dio una vuelta por los soportales de la plaza con todos los sentidos abiertos al enigma. Un campesino venía cargado con una enorme saca que, por la facilidad con que era transportada, debía de ser de paja. Al cruzarse con Modesto, el campesino le abordó:

-Aprende de mí, galán, que no se me escapa ni una brizna. No echés los consejos en saco roto, que las cosas no se te han dicho a humo de pajas. Y adelante, que la aguja del pajar ya está menos oculta.

Y se fue. Modesto también hacia su pueblo, al que llegó a la hora de cenar. Durante el camino fue recapitulando. Ya había visitado la primera plaza con claros resultados. Ahora tocaba la vez de los dos circulitos de la ventana de Potes, uno más grande que otro y ambos con cuatro gajos, que había interpretado como descanso y advertencia de peligros y números. El anterior ya le había descubierto que le quedaban seis pruebas o sitios en los que correría algún peligro (el de los templarios, claro, y menudo peligro: perder la virginidad o la vida o ambas cosas). Estos le decían que faltaban cuatro pruebas o lugares, con peligros también aunque menores.

Ya en el pueblo, alborozo de sus padres, cena familiar, sabrosa conversación (con alguna reconvencción) al fresco, y a la cama. Durmió como un bendito o como un lirón o como un lirón bendito, sin pesadillas. Le tuvo que despertar su madre cuando la mañana ya era plena. Se aseó y salió al patio. Otra sorpresa y otro indicio. Colgados de dos escarpías en la pared resplandeciente de cal, dos círculos de hojalata, uno más grande que otro, y ambos con unos adornos en el centro, como cuatro gajos de naranja, y largos mangos. Sobresaltado, le preguntó a su madre qué eran aquellos artilugios.

-Ay, hijo, parece que no has vivido aquí; estos artilugios como tú los llamas llevan aquí toda la vida. Son moldes para hacer frutas de sartén; no las habrás comido tú veces ni nada..., y bien que te gustaban. Los estuve fregando para hacértelas cuando vinieras, que sabe Dios qué comerás por ahí. Las haré de postre, bien bañadas en miel, aunque tú bien poco has de comer con las horas a las que vas a desayunar. Haré bastantes; como no se ponen duras... así te podrás llevar algunas cuando te vayas.

Entendía el desconcierto de su madre, que interpretaba como despiste u olvido su sorpresa y su miedo. Ella no sabía que unas figuras clavadas a los moldes, parecidísimas, venían mostrando y rigiendo los caminos de su vida desde hacía unos meses. Ella no sabía que estaba embarcado en una aventura cuyas singladuras le venían mostradas por esos moldes o lo que fueran, singladuras que acarreaban peligros y enigmas y que podían acabar en desgracia o en éxito amoroso. La tranquilizó:

-Ahora ya me acuerdo; es que hace tanto tiempo que no los veía...

Los días pasaban plácidos. Modesto llegó a pensar que todo, desde que conoció a Dan Brown hasta llegar a su pueblo, había sido una especie de alucinación que él mismo había alimentado entre neurosis y ganas de boda. Ya habían pasado más de diez días en el pueblo cuando sonó el teléfono.

-Modesto, es para ti. Un señor.

-Diga...

Una voz lenta, con resabios ultratumbales, le increpó:

-Oye, majo, ¿no te estás durmiendo mucho en los laureles?; vamos, si es que quieres conseguir un amor, que parecía que te interesaba mucho, que venga a jimplar por los rincones y a lamentar tu celibato... Ya está bien de biberones con la mamá. Y cuanto más tiempo pase más se te pasan las ganas... En fin, tu verás, pero para esto no haber metido tantos perros en danza, que son muchas las fuerzas, a favor o en contra, que están en ello, y hay más cosas en el mundo a las que hay que atender para que vengas tú, con tus manos lavadas, y te empereces...

-Pero, oiga, ¿usted quién es?

-No hace falta decirlo y además da igual, pero decídete de una puñetera vez.

Se cortó la comunicación. Su madre le preguntó que quién era.

-Nada, madre, del trabajo. Pasado mañana me voy a Madrid y no sé lo que tardaré en volver. Pero no te preocupes, que estos días luego me los acumulan para otras vacaciones.

A los dos días partió para Madrid. Como pensaba volver al pueblo, dejó el coche y viajó en el de línea. Durante el viaje iba pensando que Madrid era muy grande –más que Segovia y Ocaña- y que por dónde empezaría. Enseguida lo tuvo claro: a Madrid iba por su plaza mayor así que a ella iría lo primero. Y fue. Recorrió el ámbito interior observando a la gente, pero ninguno le dijo nada ni nada extraño vio. Paseó luego los soportales y le llamó la atención un letrero sobre una puerta: “Las POTESades de los potes. POTES gallegos, asturianos y cántabros. Menú del día”. Ya estábamos con las llamaditas de atención. Habrá que entrar. Entró al restaurante y ocupó una mesa. En la pared de enfrente, un gran cartel con la silueta de unos edificios y una frase en gran tipografía: “Lo que la naturaleza no da Salamanca no lo presta, pero lo que la naturaleza da Salamanca lo confirma”. Era más que curioso: en un restaurante de comida cántabrica, un cartel de Salamanca. A lo mejor el dueño o un camarero eran charros. Viva la insistencia, “vuelta a la mata, que hay perdigones”, como decían en su pueblo, ya estaba otra vez la mano que regía sus trabajos y sus días, sus caminos y sus avatares. Estaba claro que el cartel tenía un mensaje que le estaba destinado muy especialmente a él.

-¿Qué va a ser?

-¿Qué diferencia hay entre los potes?

El camarero, amable, se la explicó. El más sabroso, como el amor, y el más ligero era el cántabro. Si lo toma podrá luego tomar nuestro plato estrella: ternera de Salamanca. Y es que se diga lo que se diga, terneras como las de Salamanca, en ninguna parte. –Le guiñó un ojo-. Usted ya me entiende. Yo tengo una en mi casa y estoy en la gloria con ella.

Una vez más alguien le decía cosas, si no crípticas, que también, de doble sentido al menos. La ternera del camarero era su legítima y éste le estaba diciendo que Salamanca, a donde tenía que ir según el itinerario que se le había marcado, era tierra de tiernas terneras (ya hasta aliteraba), de buenas legítimas. Tomaba nota. Durante toda la comida notó que algo le bullía en la sesera, un palpito que quería tomar forma, un parto mental que no acaba de salir. Al hacerlo él

del restaurante, se fijó de nuevo en el rótulo del restaurante y, de pronto, rompió aguas mentales: Potes-tad, Potes, potes, guisos, potestades... El parto cerebral trajo a su memoria el catecismo que le habían hecho aprender a machamartillo, con preguntas y respuestas: “¿Qué son las potestades?: Son el sexto coro angélico. Son espíritus bienaventurados que ejercen cierta ordenación en cuanto a las diversas operaciones que los espíritus superiores ejecutan en los inferiores”. Vale. De nuevo estaba clara la mano que mece la cuna y que rige su odisea amorosa. Eran los ángeles, exactamente los del sexto batallón. No se extrañó. Ahora todo casaba y todo lo ocurrido con él se convertía en casi normal. Ya lo decía el refrán: “Boda y mortaja del cielo bajan”. Eso, del cielo. Era el cielo –o parte de sus moradores- el que le ayudaba en su pretensión conyugal. Se sintió un cruzado mágico (del amor, claro) y como los cruzados decían: “Dios lo quiere; Dios con nosotros”. Pero en contra, naturalmente, el Demonio o, al menos, el sexto pelotón de los antiángeles.

Agradecido y confortado, no sólo por la comida, vio una tienda de “Objetos religiosos. Ornamentos. Hábitos”. Entró.

-Por favor ¿Hay un hábito votivo para los ángeles? ¿Cuál es su color?

Lo siento, pero no hay un hábito específico para los ángeles, pero si usted ha hecho una manda creo que le puede valer el color blanco. De todas formas, si su promesa no es definitiva, le recuerdo que el hábito no hace al monje, ni al exmonje, ni... -y permita que apunte más- al exseminarista, como es su caso, que ya estoy yo enterado. Y no se preocupe usted por hábitos de acción de gracias. Usted va en busca de un amor, que quizá encuentre (nunca falta un roto para un descosido), y para qué más hábito que la legítima. Ya le habituará ella, ya, y a ver si después de muchos años sigue usted pensando en hábitos de agradecimiento. Buen hábito va a usted a llevar, como todos, buena costumbre, como decía Quevedo que decía “mi costumbre” por decir “mi esposa”. O sea, mi hábito. Y será para toda la vida. Como el refrán que usted ha recordado – que lo sé-, boda, hábito y mortaja. Hasta que la muerte nos separe. Amén.

Modesto salió de la tienda y se paró ante su escaparate para admirar toda la parafernalia beata que exhibía. Un hombre se paró a su lado tan cerca que le molestó. Le miró dispuesto a pedirle explicaciones:

-¡Teófilo!

El otro sonreía. Era un condiscípulo del seminario, íntimo amigo además, que había forzado el reencuentro con su actitud.

-Pero, hombre, ¿qué haces aquí tan atento? ¿La cabra vuelve a tirar al monte? ¿Qué es de tu vida?, ¿qué haces?, ¿en qué paras?

Se fueron a tomar unas cervezas y a contarse su vida. Hacía años que no se veían y tenían mucho que contarse, pero Modesto no descubrió su odisea. Que estaba en Madrid a resolver algo familiar que ya había solucionado, que estaba de vacaciones y que al día siguiente o a los dos días se volvía a su pueblo. Frente lo que le ocurría a Modesto (que no lo dijo), Teófilo era un ligón –presumió- al que las mujeres se le daban de puta madre y –claro- de más puta hija. Presumía de ser un buen catador de bollitos.

-Bueno, pero aunque te vayas mañana, esta noche salimos a tomar unas copas y a ver si te jaleas un poco y te jalas un mucho, que en el Pirineo... A las 9 nos vemos en la cafetería Yakarta de la Gran Vía, cenamos y luego larga es la noche.

Se despidieron. Modesto siguió merodeando por los alrededores de la plaza mayor por si vislumbraba algo, aunque Madrid ya le había comunicado cosas: Que eran los ángeles –y los demonios, naturalmente, anverso y reverso, cara y cruz, yin y yan...- los que estaban detrás del asunto, quizá movidos por su ángel de la guardia, que en Salamanca, donde tenía que ir, había buenas terneras, o sea, mozas, que quizá tenía éxito en su empresa y se unía a una consuetudina hasta su muerte... El saldo era positivo con buenos vislumbres de éxito buena calidad uxorial salmantina, si la lograba. Ya sabía que la plaza mayor de Salamanca era su última etapa, que presumía victoriosa, según el código Potes. Pero en medio quedaba otra figura u otras dos cuyo

significado ni localización alcanzaba. De las dos figuras de la ventana, la mayor parecía (o podría pasar por) una palmera y la otra más pequeña, pegada a ella, podía interpretarse como una flor. Pero las palmeras no tenían flores o no eran vistosas. Además ¿a qué palmeras se iría? No tendría que acercarse, pensaba, a un oasis o así...

Logró hotel, se tumbó, se aburrió un poco y no dejó de dar vueltas al enigma de la palmera o lo que fuera: mira que si era un abeto, que puede serlo por su figura... Pues si es un abeto, a los Alpes o no sabía dónde. Bueno, a ver si las potestades se han olvidado de mí y no me indican este paso. Ya tenía lo de Salamanca pero ya había advertido que no se podía saltar ningún paso.

Se encontró con Teófilo; unas cervezas y hablaron más, cenaron y hablaron más y se fueron a tomar la primera a una boite. Un local más cursi que una ensalada de orquídeas y un vocalista más relamido que una ensalada de orquídeas caramelizadas al vapor. El showman, con voz más cursi que una ensalada de orquídeas caramelizadas al vapor con reducción de Pedro Ximénez, entonaba una canción mucho más cursi que una ensalada de orquídeas, caramelizadas al vapor con reducción de Pedro Ximénez y virutitas de ibérico: "Las palmeras", una pastelada del apastelado Enrique Guzmán que había estado de moda años antes y que el rapsoda había desenterrado quizá porque iba con su melíflua voz y porque propiciaba pecaminosos acercamientos y procaces froteurismos:

"Las palmeeeeeras. Las palmeeeeeras. Ay, mi corazón está empezando a padecer / porque aún no te conocí, mi dulce bien. / Ay, que para mí es difícil imaginar / tus besos y tu dulce forma de mirar. / Ven, que las palmeras saben de mi amor / y allí haremos nuestro nido de pasión. / Quiero tus besos / con frenesí, / mi cariñito / dime que sí..."

Modesto, avezado a ventear vislumbres y mensajes (y últimamente a aliterar), los captó. O sea, que abetos no; palmeras. Lo dicho, se veía en un oasis africano, si el cielo no lo remediaba. A Teófilo no le dijo nada de sus cogitaciones. Se marcharon de la boite porque no había ganado sin marca ni planes a la vista, y recalaron un una tablao, más o menos flamenco, por ver si alguna racial... Allí, entre mucha guitarra, mucho jipío, mucho contoneo de bailarinas y muchas palmas (palmas, palmeras, ojo...), un cantaor se desgañitaba: "Elchele guindas al pavo, /elchele guindas al pavo, / que yo le elcharé a la pava /asuca, canela y clavo, / que yo le elcharé a la pava / asuquita, canela y clavo..."

¡Coño, pues claro, Elche, el palmeral de Elche!, el más grande de Europa, si los constructores no han metido mano. Pero digo yo que algunas palmeras quedarán... Por si había alguna duda, Teófilo le abordó de repente:

-Oye, ¿tienes mucho que hacer aquí en Madrid o en el pueblo?, porque estás de vacaciones, me has dicho. Te pregunto esto porque yo tengo que ir mañana a Elche y te podrías venir conmigo. Serán tres o cuatro días. Así el viaje será más ameno y nos pasamos un par de días en la playa, a ver si pillamos cacho de extranjeras. Y no me digas que no, que no lo permito. Tanto tiempo sin vernos, no me vas a salir rana ahora

Y ahora vámonos, que quiero no salir tarde para llegar a comer a Elche.

Modesto no dijo, naturalmente, que no. Otra vez la batuta inequívoca del destino puesta en manos de cantantes, cantaores y amigos. Elche y sus palmeras como lugar marcado inequívocamente.

Partieron para muchos kilómetros de confidencias y, a lo largo de ellos, Modesto le contó a su amigo toda su misteriosa odisea amorosa: la confluencia de fuerzas o azares misteriosos a favor y en contra de su cometido, el encadenamiento de pautas y destinos, las raras anécdotas que le habían ocurrido, las revelaciones y los indicios... Teófilo le llamó zumbado, histérico, obseso sexual, cazador inútil, miedoso con las mujeres, retrógrado, supersticioso, loco total. Bastantes kilómetros de trayecto entre la reconención y la bronca, pero cuando Modesto insistió contándole detalles, Teófilo pasó de la incredulidad a una escéptica espera:

-Oye, pero a mí no me meterás en líos, que yo ya tengo más que quiero. Es cierto que tú has sido siempre muy cortado con las tías y que las cansas pero no las matas como los malos cazadores. Por eso quizá Dios o el destino o el diablo te han tenido que echar una mano para casarte. A mí, desde luego, no me pilla por ahora ninguna. Con tu pan te lo comas, pero no me líes, aunque si hay que echarte –o mejor, elcharte, de Elche, que vayas deducciones las tuyas– una mano, aquí me tienes, que para eso están los amigos.

Llegaron a Elche, comieron y Teófilo se fue a sus asuntos. Quedaron a las siete en el hotel para estar ya juntos y planear el resto del día y de los siguientes. Modesto se dedicó a patear la ciudad a la espera de indicios, mensajes o revelaciones. No las esperaba en cuanto a su próximo destino ya predeterminado, Salamanca, pero sí con respecto a la figurita del lado de la palmera de la ventana de Potes. Empezaría su singladura ilícita por las palmeras, naturalmente, y tomó un taxi hasta el palmeral. En el trayecto, el taxista le preguntó que si era forastero y le advirtió severamente que en ningún caso dejase de visitar el Huerto del Cura, la colección de cactus mejor del mundo (los levantinos, qué fenicios, qué vendedores...). Modesto pateó el palmeral y no percibió nada de lo suyo. Eran cerca de las siete y no aparecía ningún taxi para volver, pero vio el autocar de una excursión, que estaba recogiendo a sus viajeros. Preguntó a la guía que si le podía acercar a la ciudad. Resulta que se alojaban en el mismo hotel y hasta allí le llevaron. Al bajar del bus, la guía le dijo:

-¿Ha visitado usted ya el Huerto del Cura? No puede dejar de visitarlo. Mañana lo hacemos nosotros así que, si anima, nosotros salimos a las nueve. Pero le recomiendo que lo vea solo y despacio; se ve mejor y vale la pena. Se capta mejor solo el misterio de los cactus, esas plantas tan peculiares, con un lenguaje vegetal tan complejo, que siempre dicen algo, aunque sea a pinchazos.

Modesto se encontró con Teófilo, que venía cansado, y se fueron a tomar unas cervezas y luego a cenar. Dieron una vuelta pero se recogieron pronto porque, según Teófilo, Elche, sin playas, no era un buen cazadero. Camino del hotel discutieron. Teófilo quería irse pronto, a la mañana siguiente, a la playa, pero Modesto fue tajante. Él no se iba de Elche sin ver el Huerto del Cura y hacer lo que se le mandase por sus misteriosos mentores. Más aún: hasta que no descifrara la figurita del Código Potes, él no se movía de Elche. Y lo que tenía que descifrar seguramente estaba en relación con el famoso Huerto, por qué, si no, la insistencia del taxista y de la guía. Teófilo repitió la retahíla de insultos del viaje, pero vio tan firme a Modesto que claudicó. Irían primero al dichoso huerto pero luego, a la playa de Santa Pola, a “po las” santas o, mejor todavía, a “po las” pecadoras, malbromeó.

Fueron al Huerto del Cura antes de que apretase la calor. Modesto impuso lentitud, y despacio admiraron las flores suntuosa y efímeras de los cactus, el tamaño y variedad de estos y las peculiaridades de las palmeras (la de siete hijos, la más alta, la de...). Bueno, las admiraba más Modesto, porque Teófilo prestaba más atención a la presencia posible de otro tipo de flores. Estaban frente a un grupo de ejemplares desmesurados de cactus esféricos, de los llamados “asiento de la reina” o “asiento de la suegra” (la diferencia de denominación podía deberse a si se era republicano o casado, porque el aposentamiento posaderil no debía de ser muy agradable). Teófilo vio llegar a una guapa moza que caminaba despacio por delante de un anciano que andaba lento apoyado en su bastón, y se lanzó al requiebro:

-Guapa, si tú quieres soy dulce como un dátil o punzante como un cactus; a tu elección, pero no dejes de catarme que soy gloria bendita para según qué cosas. O sea, que cuando quieras, como quieras y donde quieras, esbelta palmera.

Al renqueante viejo, padre de la palmera, estos piropos del ligón debieron parecerle procacidades extremas, quizá porque no las oyó bien, que no eran para tanto. El caso es que se enarboló, hizo lo mismo con el bastón y la emprendió a bastonazos contra Teófilo que los esquivó sin problema. Modesto, más distraído con los cactus, quiso esquivar también los

indiscriminados bastonazos del anciano, que no apuntaba muy bien, trastabilló y cayó sobre las descomunales cactáceas. Allí quedó casi ensartado con terribles dolores. El viejo despotricaba:

-Bien empleado le está, sinvergüenzas. Que pena que el otro no se haya caído también, golfos, que con tal de ligar no se paran en barras. Mi hija es una doncella inocente y casta y su padre, yo, aunque anciano, no estoy dispuesto a que cualquier mal nacido le quite pretenda la flor. ¿No quieren flores?, pues usted ya las tiene debajo, y usted otro dé gracias a que soy viejo y no le podré correr a bastonazos que es lo que merece. Cabestros, golfos, desaprensivos, sinvergüenzas...

La muchacha tiraba del padre:

-Vámonos, papá, que te va a dar algo: Serénate, anda, que yo creo que estos jóvenes no querían faltarnos...

-¡No te irás a poner de su parte, depravada...! No, si todas las mujeres sois iguales, muy modosas en apariencia pero, luego, unas calientabraguetas... Vamos para casa, que ya hablaremos tú y yo...

Ante el revuelo, llegaron los guardas del parque, levantaron a Modesto, que gemía de dolor, talmente un acerico. Con el ímpetu de la caída las espinas se le habían clavado profundamente. Además, como los enormes cactus estaban apelotonados, la innumerable punción le cogía desde las rodillas al cuello.

-Hay que llamar una ambulancia, que está de espinas hasta los topes y estas no se quitan más que en el hospital y con todo cuidado, que como le quede alguna ya va aviado y tiene lo suyo.

Un desaprensivo (que nunca faltan en los percances ajenos), que había visto el rifirrafe y la desgracia, hizo la gracia:

-Si iba usted buscando ligue para calentarse, ya ha conseguido una buena calentura, que con el picor de las púas que tiene, ardor garantizado. Y gratis. ¿No iba usted buscando calor amoroso y recorriendo tierras?, pues los cactus se lo han dado, que estos son talmente como las mujeres: muy bonitas pero pinchosas.

Modesto -ardores y cabreo- iba a responderle cumplidamente, pero otro espectador, más serio, terció:

-No se ría usted, gracioso de los cojones, de este pobre hombre, que ya lleva lo suyo. Tantos kilómetros recorridos, desde Cantabria hasta aquí, tras su anhelo amoroso y viene a acabar ensartado en unos cactus... Bueno, hombre, no se preocupe, que le sacarán las espinas y en Salamanca, por ejemplo, no hay cactus, y allí será otra cosa y otro ardor. Hay que confiar en el destino, que no hay mal que por bien no venga. Considere este accidente como una prueba desagradable antes del agrado que le espera.

También terció Modesto, demasiado bien librado del "affaire":

-¿No querías Huerto del Cura? Cura, y urgente, es la que tú necesitas. Mira que..., al perro flaco, ya se sabe, las pulgas, aunque tú no las necesitas porque estas espinas deben de picar igual

Llevaron a Modesto al hospital y le atendieron de urgencia. Lo primero que hicieron fue despelotarle del todo; sólo le dejaron la medalla y el reloj. Con la ropa se fueron muchas espinas pero aún quedaron suficientes como para cosechar. Quizá por la quemazón, Modesto estaba enhiesto y, claro, avergonzado, pero no podía ni cubrirse con las manos porque el roce provocaba nuevos dolores. Para romper el hielo -falta le hacía a Modesto su frescor-, el médico le animó:

-Venga, hombre, que no pasa nada, que esto le pasa a cualquiera, que el miembro es muy desobediente e inoportuno, y nosotros estamos más que acostumbrados a ver intimidades: glorias y carencias. Y no tiene usted nada de que avergonzarse. No es precisamente la de "recopla" pero está usted terciadito. -Y a una enfermera-: Aprovechando, digamos la dilatación, empiece usted precisamente por ahí, pinzas y lupa en ristre. Y sin prisas porque, si quedan

algunas espinas, aparte el dolor, si cohabita allí va a ser Troya porque las espinas pasarán a recónditas partes ajenas, aunque no creo que ahora esté por la labor. Pero bueno, amigo, procede abstinencia hasta que no quede usted libre hasta del recuerdo de los cactus. Así que piense que es cuaresma y de carne nada.

-Y a las otras enfermeras-: Vayan también quitando espinas con cuidado y sin dejarse ninguna. -Y a Modesto-: Por cierto, no me han dicho qué clases de cactus ha provocado la escabechina, porque hay algunos con las espinas tóxicas. Pero usted no se preocupe, que no parece haber reacción alérgica, e irá usted sintiendo alivio según se las vayan sacando. Si le duele mucho, le sedamos. Ahora le voy a inyectar un antihistamínico, pero no sé dónde, porque en la nalga no, porque, si le damos la vuelta, como tiene todas las espinas en la parte delantera, se hundan más y va usted a ver las estrellas.

Cada sanitario se dedicó a lo suyo: el médico pinchó y las enfermeras despincharon. Sobre todo, la que se dedicaba a sanear en salva sea la parte, que no estaba salva, se empleó con minuciosa profesionalidad. Modesto, bastante ignaro en cuestiones eróticas, aprendió ese día los rudimentos del erotismo sado-maso. A la vuelta de tres horas, el hombre quedó liberado de pinchos y pudo irse del hospital.

El médico había recomendado a Modesto que permaneciera en el hotel toda la tarde en gayumboless o, mejor, en todoless, o sea, en pelota picada, atento a los picores de posibles espinas no extraídas. Que, como había sido todo por delante, podía, ante el espejo, localizar la espina y marcar el lugar con un rotulador de cirujano que le proporcionaron. Así, al día siguiente, le sacarían las espinas que quedasen. Teófilo estaba amostazado por la juerga que se les presentaba, pero Modesto le convenció (estaba deseoso de ser convencido) para que se fuera a la playa de Santa Pola. No era cosa de que se pasase toda la tarde contemplando el apolíneo desnudo del amigo. Para quitar hierro se permitió la humorada del pujo erudito: “Además, como le dijo Romeo a Julieta en la versión original, para lograr la rendición: “We are not of stone”, es decir, no somos de piedra, y yo no me fío de tu continencia, que estás muy salido”.

Ya solo en el habitación, Modesto puso la televisión y se dispuso a esperar picores. Al final de la tarde, llamaron a la puerta:

-Perdone, han dejado en recepción este sobre para usted.

-Páselo, por favor, por debajo de la puerta, que no estoy visible.

El siseo del sobre resbalando por el suelo. Ya, -pensó Modesto- Teófilo que se largaba a traición a Madrid o que se quedaba en Santa Pola... Pero se había dejado allí todo el equipaje. Además, el sobre tenía una caligrafía claramente femenina. No era de Teófilo. Abrió impaciente el sobre. Era una carta.

“Muy señor mío: Soy María Angustias de Abajo, la chica causante del percance de esta mañana en el que usted se llevó la peor parte sin comerlo ni beberlo. Por el hospital me he enterado del hotel donde se aloja y le escribo por varias razones.

La primera, para pedirle perdón. Compréndalo usted: mi padre es muy irascible como buen viejo (bueno, siempre lo ha sido en realidad) y se pasó. Tampoco su amigo me soltó ninguna burrada, pero los viejos, ya se sabe. Perdón, pues.

La segunda razón es para comentarle algunas cosas bastante extrañas que me han ocurrido y que tienen que ver con usted. Después de comer, me encerré en mi habitación para tranquilizarme del apuro de esta mañana y por no seguir discutiendo con mi padre y puse una de mis músicas preferidas, los Beatles, pero el tocadiscos debió de averiarse y se repetía continuamente una misma canción: “Imagine”. La canción, preciosa, de mis favoritas, llegó a ser un latazo. Además, ¿qué tengo yo que imaginar?, que imaginen ellos. Pero iba a ser yo la que imaginara o, mejor, la que soñara. Apagué el tocadiscos y me dormí. Fue un sueño muy raro, no una pesadilla, y a eso voy.

Soñé con usted. No me interprete mal, por favor, que si fue un sueño húmedo lo fue sólo de sudor por el calor de la habitación. Soñé que usted está siguiendo un camino, que le ha

marcado quien sea, en busca de un amor. Pero soñé también que ese camino, ahora apresurado y riguroso, establecido sobre pautas muy marcadas, no comenzó en un sitio del Pirineo que no he visto claro. Comenzó –o debió de comenzar- mucho tiempo antes, según he podido –o me han dejado- vislumbrar y recorrer parcialmente en mi sueño. Porque soñé que con una costalada de usted en una iglesia llena de chicas, luego siguió con las tentaciones que usted sufrió en una pensión madrileña donde, al parecer, todos disfrutaban menos usted... En definitiva, he soñado –o me han hecho soñar- que toda su vida ha sido un viaje –o más bien un vía crucis- de iniciación y búsqueda del amor que ahora parece próximo a la meta, porque usted se lo ha ganado a pulso con sufrimientos y decepciones que eran, realmente, pruebas amorosas a las que unas fuerzas misteriosas –¿las mismas que me han hecho a mí soñar con usted?- le han sometido y de las que usted, al parecer, no ha salido mal parado sino merecedor de éxito en el amor. También vi otras pruebas: con unos matones, con una fulana, con unas cabras, con unos monjes homosexuales... La última, y quizá la más dolorosa, la que yo presencié si es que no la causé. En ella le daban a usted la rosa y la espina: la belleza de las flores de los cactus (algo soñé de una flor en una ventana del norte, pero no me aclaré a qué venía) y sus pinchazos. Es la cara y la cruz del amor, lo dulce y lo amargo, lo bueno y lo malo, que de todo tiene que haber en la vida y más en la amorosa. O sea, que, a lo mejor aquí en mi tierra ha obtenido usted la palma del éxito (o del martirio) y la flor de los cactus con su belleza y sus pinchazos. Creo que el saldo es positivo y de ello me alegro por usted. En fin, creo que yo he tenido una especie de revelación la que se me ha hecho para que se la comunicase a usted, porque me desperté sintiendo una necesidad imperiosa y perentoria de contárselo todo a usted. Y es lo que hago en esta carta.

Quién me ha manejado o utilizado no importa ni por qué yo. No me malinterprete, por favor, porque también me quedó claro en esa especie de revelación –creo que es mucho más que un sueño- que nuestros caminos no se juntan salvo hoy. Envidia, desde luego, a la mujer destinada a usted, pero tengo claro que no soy yo sino alguien que, creo poder vaticinar, le espera en una ciudad de Castilla y León, creo que Salamanca.

En fin, no sé si esto le será de provecho, le desconcertará, le parecerá ridículo... Sea como sea, yo soñé y sentí un impulso absoluto de contarle mi sueño. Usted sabrá interpretarlo y determinar si le concierne y en qué grado. Sea como sea, lo último que usted debe pensar es que esta carta sea una añagaza ligona de una descocada que de Casta tiene sólo el apellido y que le ha tirado a usted el anzuelo aprovechando un percance en el que los dos participamos. Tengo claro que el destino –o lo que sea- no nos ha destinado, y perdone la redundancia, al uno para el otro, aunque, créame, lo lamento con toda honestidad. Las hay con suerte... No sé qué méritos habrá hecho más que yo. Pero no se puede luchar contra el destino.

Y nada más. Yo he cumplido con la misteriosa obligación que me ha sido impuesta y espero que le sea provechosa a usted. Un cordial saludo de su amiga, Gusti de Abajo”.

Modesto se quedó desconcertado con la carta en la mano. Las potestades, o quienes fueran, habían hablado un vez más. El final estaba próximo y ocurriría en Salamanca. Las palmeras y las flores de Elche ya habían cumplido. La chica de la carta también. Aunque aceptaba que no era la predestinada, le hubiera gustado hablar con ella, verla..., pero ya había vuelto a la inexistencia –como antes del percance- porque no había ni un remite, ni un teléfono, ni una dirección... A lo peor, hasta el nombre era quizá inventado porque sonaba a raro, a misterioso también. Alegría Casta, que fue la que él sintió también porque, de pronto, notó como una oleada de dulce calor que le confortaba. Ese dulce calor se tornó en un acuciante picor porque, de repente, sintió que todas las espinas que le quedaban clavadas levantaban la cabeza, tanto que pudo él mismo sacarlas una a una hasta la última. Quedó liberado, relajado, con una dulce laxitud –casta- que le hubiera gustado compartir con la remitente, esa inocente y confortadora mano del destino. Pensó en buscar en la guía telefónica a los que se apellidasen Casta, pero desistió. El destino no le destinaba a él a esa muchacha y no quería torcerlo ni

interferir en la vida de la moza, que ya había cumplido su misión. Que Dios se lo pagase. Se duchó concienzudamente, se dio una crema relajante por todo el cuerpo y se vistió.

Cuando llegó, Teófilo, asolanado de la playa y decepcionado de su infructuosa búsqueda (ni rastro de ninguna maciza con visos de complacencia) encontró un Modesto radiante.

-¿Pero qué haces vestido? ¿Y las espinas? ¿Y esa euforia?

-Las espinas, por el water; el cuerpo, fresco y radiante; el ánimo exultante, por las nubes, y como unas castañuelas. Tanto que, si lo que más te extraña es encontrarme vestido, estoy tan generoso que no me importa desnudarme de nuevo para ti, sátiro.

-Déjate de coñas y cuéntame, gacela misteriosa y leda.

Modesto le resumió su tediosa tarde y le leyó la carta de pe a pa. Teófilo, ya resignado a rozarse con el misterio a través de su amigo, del que antes pensaba que estaba como una cabra y ahora envidiaba por enchufado del destino, dio por bueno –qué remedio, si era evidente la huella de cualquier más allá- todo lo que Modesto le contó.

Ante impulsos tan soberanos como los que caían sobre ellos y tan inequívocamente guiaban sus pasos, Modesto decidió: Mañana por la mañana, a Madrid. Él por lo menos. Teófilo, si quería, se podía quedar, que combinaciones a Madrid había muchas. Él, desde luego, se iba. Pero Teo, buen amigo, optó por irse con él. Faltaría más, dejar solo a un amigo en días tan cruciales. Además, se sentía culpable del empinamiento de Modesto. Durmieron como troncos alironados, se despertaron pletóricos y se lanzaron a la carretera. Durante el viaje, fueron dando vueltas a la odisea amorosa de Modesto, pero había ya poco que dilucidar y menos que decidir. Éste se iría esa misma tarde a Salamanca.

-No, tú no. Esto me toca a mí solo. Pero no te preocupes. En cuanto se resuelva el enigma, te tendré –o te tendremos- informado. Porque, si todo sale como parece que va a salir, ganarás una amiga, no te quepa duda.

Al hilo del final previsto, cuyas puntadas parecían estar más que hilvanadas, Teófilo confesó que envidiaba a Modesto. Sin duda éste se había merecido la ayuda sobrenatural –o al menos preternatural-. Él, en cambio, un ligue en cada puerto (o en cada puerta, y hay muchas en Madrid). Mucha entrepiera pero poco entrecorazón. Desde luego, las hambres del seminario él las había saciado, pero con alimentos espurios, y ahora tenía otra hambre que le acuciaba. Al revés que Modesto, que tras largos ayunos (y más que ayunos, penurias) estaba a punto de alcanzar el ágape del amor.

-¿Te acuerdas de que ágape viene del griego agapao, que significa un tipo concreto de amor entre los varios que distinguían los griegos?

La precisión erudita les abrió la tapadera del tesoro de los recuerdos compartidos del seminario, de las anécdotas, de las travesuras, de los personajes, de las preocupaciones... Días, fatigas, alegrías...

-¿Recuerdas cuando don Inocencio –ya, ya, Inocencio; un reprimido- nos reñía si nos veía con las manos en los bolsillos porque decía que nos tocábamos la... -e imitaban los puntos suspensivos- navajita?

-¿Y cuando el pobre don Juan, el canónigo, ya decrepito, se fue por la pata abajo cuando decía misa en la catedral y hubo que asearle en la sacristía, justo bajo el Expolio del Greco? Al pobre hubo que expoliarle a conciencia de cazcarrias.

-¿Y cuando nos ponían lentejas con bicho, incomibles, y Conrado, para quitar el hambre, se embauló diez huevos cocidos de segundo plato? No sé cómo le aguantó el hígado.

-¿Y cuando nos pusieron pan caliente en la merienda y a Álvarez le dio un entripado por tragarse una barra caliente entera?

Modesto volvió a su tema para confortar a su amigo:

-Oye, cada uno tiene un camino marcado. Fíjate cómo me surgió a mí, con el Dan Brown de la puñeta que me abrió los ojos. Tú no te ciegues de tetas y culos, que hay algo más. Y señales habrá también para ti, llámense flechazo, palpito, pulso acelerado, llamada del amor –o llama del

idem-, hormigueo en el corazón o mariposas en el estómago... Y qué suerte para la que te lleve, que tú eres un tío estupendo ahora un tanto desencaminado. Ya toca sentar la cabeza, abrir el corazón, cerrar los brazos en el abrazo... Pero, macho, corto, que me estoy poniendo más cursi que una monja en nochebuena y, además, hablo de oídas y en pura teoría, que en estas cosas soy totalmente novicio. Así que corto.

Ya en Madrid, Teófilo llevó Modesto a la estación y quiso quedarse con él hasta que el tren partiese, pero éste no lo permitió. Quería estar solo.

-Bueno, pues suerte. Y no dejes de llamarme. Suerte de nuevo.

El tren a Salamanca iba poco lleno y él quería ensimismarse, prepararse para la epifanía de su amor, así que se sentó junto a una ventanilla en unas plazas que estaban vacías las seis de los asientos afrontados. Con un poco de suerte, él, sus pensamientos y el paisaje como fondo en el que, al revés del ciego del Evangelio, que entreveía a los hombres como árboles que andaban, él vería los árboles como hombres que le decían adiós y le deseaban suerte en la aproximación a su destino salmantino.

El tren ya iniciaba la marcha cuando la burbuja que Modesto preparaba explotó como un globo. Una chica, que trastabillaba por el pasillo cargada de bolsas del Corte Inglés, fue a elegir una de las plazas vecinas a la suya, precisamente la de enfrente.

-Buenas tardes. Ufff, a poco pierdo el tren.

Modesto se limitó a una especie de mueca más que sonrisa, más disuasoria que amistosa, pero la moza no se dio por disuadida. Colocó las bolsas en la rejilla, se repantigó en el asiento y comenzó –ay, Dios- una torrencial perorata.

-Hace calor ahora, pero quizá dentro de un rato, con el aire acondicionado, nos helemos. Es lo que tienen los aires acondicionados, que si no se gradúan bien... Y aquí no lo hacen. Yo, por si acaso, incluso en verano, viajo siempre con mi rebequita.

Y bla, bla, bla... Modesto la miraba con fingida atención y con real displicencia. Por dentro procuraba aislarse de la incontinencia verbal de la prójima, que no paraba. En un momento dado fue directamente interpelado:

-Yo voy a Salamanca. ¿Y usted?

-También.

-Pero usted no es de allí.

-No.

-¿Y qué, familia o negocios?

-Ninguno.

El seco laconismo de Modesto no disuadió a la gárrula y éste se temió lo peor. No serán así todas las salmantinas que, si no, vaya plan. Desde luego, ésta no era la que le estaba destinada. Sí que había sentido ante ella algo por dentro, pero era fastidio y aburrimiento. Y un poco de interés científico porque no sabía dónde clasificarla de acuerdo con Linneo, si entre las loro-cotorras (por lo fea y por lo parlanchina, aunque, realmente, la pobre no era tan fea; del montón) o entre las cotorra-carracas por el frenesí verbal. Tras unos quince segundos de silencio, la ametralladora volvió a la carga ahora con otro centro de interés dialogal.

-A ver si llegamos a la hora, que estos trenes de Salamanca se sabe cuándo salen pero no cuando llegan.

Modesto ni pestañeó. La “verbidesgracia” lo interpretó como asentimiento y se explayó durante casi media hora en los problemas de los trenes en general, de los salmantinos en particular y de los de RENFE en genérico. Nueva pausa de medio minuto para tomar aliento. Modesto maldecía en su interior no llevar un libro, ni un periódico ni, aunque fuera, el prospecto de un laxante, por ejemplo. Cualquiera cosa tras la que ocultarse, cualquier cosa para engolfarse en sus letras. La parlanchina, con las pilas recargadas, reinició:

-Perdone que le pregunte, pero me ha picado la curiosidad. ¿Dice usted que no viaja ni por familia ni por negocios? Ah, pillín, ya sé por qué: por un amor. Tiene usted novia en

Salamanca y va a verla. Claro, no son negocios ni familia. Pues ¿sabe lo que le digo, y perdone que me meta donde no me llaman? Pues que tenga cuidado con los rencuentros, que si besos y abrazos no hacen muchachos, otras formas de cariño sí que hacen niños, ja, ja, ja...

-Oiga usted: en primer lugar, no tengo novia ni en Salamanca ni en las Chimbambas, y, en segundo lugar, lo que yo hiciera con mi novia, de tenerla, no es cosa que le incumba.

La verborreica no asimiló la reconvención y se aferró al “en primer lugar”.

-Perdone, es que me pierde la solidaridad. Y, además, no me creo que con sus prendas de usted y a su edad –ay, perdone- no tenga usted novia. Será porque no quiere. Porque ustedes los hombres lo tienen más fácil que nosotras porque les toca la iniciativa...

Modesto sonrió conejilmente para adentro. Si supiera...

-Y tal como están las cosas no me creo que muchas le dijeran que no... A nosotras nos toca esperar el ronde y nos tenemos que aguantar en la espera, mostrándonos -sólo para que se nos vea- sin exhibirnos, por lo menos las decentes. Claro que yo, tranquila, ya me llegará el día, estoy segura, que otras peores que yo ya han ganado baza y el tiempo siempre hace justicia. Y mal está que yo lo diga, pero tengo suficientes cualidades físicas y morales como para hacer feliz a cualquier hombre. Lo que pasa es que una es recatada y humilde y no va por ahí pidiendo guerra. Aunque, a veces, ganas no me faltan porque los hombres de hoy o están apalominados y no se dan cuenta de lo que realmente importa y de lo que algunas llevamos por dentro, o son unos rijosos que no ven más allá de culos y protuberancias. Y perdone la forma de señalar. Luego mucho divorcio en seguida, claro. Pero yo sé que el que se case conmigo no se divorciará porque colmaré todos sus deseos, tanto espirituales como físicos, que una, aunque recatada, no es un marmolillo. Pero es lo que yo digo, todo a su tiempo y por sus pasos, que la fruta en sazón...

Modesto pensaba: -Esta tía me está tirando los tejos descaradamente. ¿Y dice que en sazón? Más pasada está física y moralmente, como dice ella, que... y, Dios mío, aún no hemos llegado a Ávila... Si esta tía se casa, divorcio no provocará pero sí el suicidio del cónyuge. Y mira que le doy poco pie, que sólo me falta ladrarle... Voy a tener que pasar del poco pie que le doy a las muchas patadas que le debería dar. ¡Qué pesada!...

-... porque es lo que yo digo, que cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento (ay, perdón, con lo mal que suena la palabra nabo...), que ahora hay muchas prisas por catarlo todo y así nos luce el pelo... Yo, en cambio, me reservo y me reservaré para mi futuro esposo. Y he hecho cursos de cocina, economía doméstica, medicina familiar... Desde luego, mal está que yo lo diga, pero a aquel que me elija yo creo que le tocará el gordo de la lotería...

La lotería, el gordo, la gorda, porque te pondrás como una foca, so vacaburra... El paisaje pareció salir en su ayuda. Quizá podría hacer que la emisora sin fin cambiase de tercio o –era casi imposible- se callase.

-¡Que bonitas las murallas de Ávila!

-Ah, sí. Pues como yo digo, el hogar familiar debe estar también amurallado y cerrado, y la mujer es quien debe tener la llave, ser la castellana para cuando el marido venga de la guerra de cada día. Yo por mi parte sé las que deben ser las obligaciones de una buena esposa y...

Partieron de Ávila. Al poco tiempo, el tren se paró. Al parecer, la avería diaria. Encima de cuernos, penitencia. No sólo llegar más tarde sino más tiempo aguantando a esta petarda. Desde luego, me alegro de que este tren no sea el Transiberiano, porque tarda todavía más que éste (aunque no demasiado más) y lamento que no sea el Orient Express donde se asesinaba tan fácilmente. Pero a la petarda (más traca que petarda) hasta la avería le valía:

-Vaya, avería tenemos o lo que sea. Y esto es lo que debe evitar la esposa, las averías y los frenazos en la vida familiar y...

Se calló la perfecta casada (en ciernes) porque todos los del vagón hablaban con todos protestando por el parón. En este plan ella no podía llevar la voz cantante. El monólogo es un pecado solitario. Y allí había, si acaso, solidaridad, no soledad. Así pasaron diez minutos lo

menos no sin conatos de la multilálica de reiniciar su catarata con Modesto, pero éste, aprovechando la circunstancias, la callaba siempre:

-Perdona, vamos a oír qué dicen por si saben algo.

El tren se puso en marcha de nuevo y en marcha también se puso la parlera. Ahora tocaban las obligaciones del perfecto casado.

-Claro que el hombre también tiene lo suyo, me refiero a sus obligaciones, no a otra cosita. Y no sé por qué pero me huele que usted será un estupendo padre y un mejor marido. Porque no hay más que verle: sereno -(Díos, si estoy que boto)-, calmado -(sí, y estoy con ganas de asesinarla)-, educado -(eso sí porque si le soltara lo que pienso...)- amable... Porque usted... (cinco minutos de alabanzas con jaboncillo), porque usted... (seis minutos de panegírico con gel suavizante), porque usted...

Modesto no aguantó más. Si digería mal el recitado de la ética doméstica, más le estomagaba el descarado botafumeiro. Era modesto.

-Perdone, voy al servicio.

Allí se quedaría el resto del viaje. Prefería los hedores a los loores y el pestazo al latazo. Y allí se quedó, pese a diversas tandas de frenéticos golpes en la puerta del water, hasta que oyó por megafonía que el tren llegaba a Salamanca. No se apresuró a salir del excusado por si le esperaba alguno de los intemperantes y urgidos aporreadotes y por si ella estaba todavía en el vagón. Salió a recoger su cosas y ella estaba allí.

-Perdone el plantón, pero es que me encontraba mal.

-Ya se le nota, ya. Haberlo dicho, alma de Dios, que yo hubiera procurado buscarle algún remedio. Por cierto, si va a estar días en Salamanca y tiene tiempo, me ofrezco para enseñarle la ciudad. Mire, aquí va mi teléfono.

Y le tendió una tarjeta. Ya lo tenía preparada, la charlatana. Afortunadamente, a la silenciosa frustrada le esperaban sus padres en el andén, y él se sintió generoso:

-Pues muchas gracias por todo. Desde luego que, si tengo un rato libre, no dejaré de llamarla. (¡Ay, Dios, vaya trola!).

En cuanto se fueron la parlanchina y sus progenitores, Modesto hizo una bolita con la tarjeta de visita y la tiró a los raíles. Que lo que había venido con el tren se fuera con él. Cogió un taxi:

-Lléveme a un hotel mediano que esté muy cerca de la plaza.

En cuanto deshizo el parco equipaje se lanzó a la calle por si Salamanca le desvelaba algún mensaje nuevo. Paseó la plaza lentamente, atento a cada medallón, a cada arco, a cada ventana, a cada transeúnte, pero ninguno le dijo nada. Cenó cualquier cosa en cualquier restaurante y pateó concienzudamente un montón de calles hasta la madrugada, pero nada se le reveló. Se fue a dormir no excesivamente preocupado. Sabía que, antes o después, inevitablemente (si no, vaya patraña la de sus correrías dirigidas, y la patraña era imposible, pruebas más que suficientes tenía de su verdad), la plaza abriría definitivamente el telón de su historia. Madrugó y salió a la calle, pero no se acercó inmediatamente a la plaza. Prefería prolongar el regusto del hambre que espera ser pronto saciada. Pero el velo no se descorría. Salamanca era hermética, si no de belleza sí de revelaciones. Bueno, a esperar; antes o después... A media mañana se dirigió a la plaza. Unas nubes la cubrían y matizaban los esplendores de cada moldura, de cada perfil, de cada voluta, de cada pináculo... Continuó acechando revelaciones y sintiendo la plaza como suya a pesar de la mucha gente que había en ella. De pronto, ya no había nubes y un sol más que radiante inundó la plaza como las diablitas iluminan la escena para la inmediata representación. Ya estaba; era el momento, estaba seguro. El personal que llenaba la plaza se calló de repente o eso le pareció. Por uno de los arcos llegaba una muchacha. Alta, delgada, con una carpeta bajo el brazo. No había duda. Era ella y hacia ella fue con seguridad. También la muchacha se dirigía hacia él.

-Eres tú.

-Sí, soy yo. Y tú también eres tú.

-¿Cómo te llamas?

-Da igual ahora. No hay nombres para el amor.

-Vámonos.

-Sí, vamos.

LA CASA DE GREDOS

(Epílogo)

La carretera nacional 502 va de Ávila al oeste de la provincia de Toledo, según indica el orden de los mojones de los kilómetros, aunque para mí une Talavera de la Reina, al menos, con Ávila porque las primeras veces que la transité fue en esa dirección. La carretera nace y muere en dos valles más o menos planos: el de Amblés y el del Tajo pero durante todo su trayecto se curva y desnivela para cruzar la sierra de Gredos, subiendo puertos y descendiendo valles.

La primera vez que pasé por la 502, yo debía de tener catorce o quince años. Un cura del seminario organizó una acampada de tres días en la laguna de Gredos al acabar el curso. El dinero no daba para un autocar y se alquiló el camión del señor Adrián, entoldado por si la Guardia Civil. Pese al riesgo de ser descubiertos, en seguida ¿Quién refrena a veinte o treinta adolescentes que salían, ya aprobado el curso, tras nueve meses de clausura en el seminario?

Cerca de Mombeltrán, por el kilómetro setenta, a la derecha de la carretera, se levantaba una casa de labranza que agrupaba diversas construcciones según indicaba la diversidad de tejados en tamaño y en altura. A la carretera daba la fachada principal, de mampostería encalada, con una balconada corrida, una puerta de arco grande como para dejar pasar carros, y dos poyos a los lados. Quizá tanto como casa de labor era una posada de caminos en la que pernoctarían, en tiempos de viajes no motorizados, los que bajaban del Puerto del Pico o a él se dirigían. Así de vieja parecía la casona. En uno de los poyos, sentado, había un viejo. Boina, atuendo de pana, el garrote entre las piernas con ambas manos apoyadas en su arco y la barbilla sobre ellas. Al pasar nosotros, gritos y aspavientos de saludo. El viejo ni se inmutó.

Ocho o diez años más tarde volví a pasar por allí en la misma dirección. Esta vez viajaba en autocar camino de un campamento obligatorio para poder ejercer de maestro. De pronto, apareció la casa, que no había cambiado nada en estos años. Incluso el mismo viejo (u otro muy parecido) sentado en el mismo poyo, con el mismo atuendo y en similar postura. Me sorprendió y desazonó la igualdad con la escena que yo recordaba porque el tiempo parecía haberse detenido en el escenario y en el personaje. Esta vez no le saludamos alborozados. Yo seguí mirando al viejo, incluso volviendo la cabeza para seguir contemplándolo, hasta que el autocar tomó una curva y se ocultó la casa. Alguien me comentó que, frente a la casa, al otro lado de la carretera, había visto, medio tapadas por la maleza, las ruinas de una ermita cuya espadaña aún se levantaba firme.

Las sendas de mi vida me llevaron por otros pagos e hicieron que transcurriesen muchos años sin volver a pasar por allí, y me olvidé de la casa y del viejo. Total no era más que una casa rural pintoresca y la coincidencia de un anciano –o dos- sentados en el mismo poyo de la puerta y en la misma postura. Me establecí en Salamanca, me casé, tuve hijos y, cuando viajaba a mi pueblo, al sur de Talavera, prefería otros itinerarios.

En una ocasión optamos por ir por la carretera 502, para que los niños viesen las Cuevas del Águila. Habían pasado al menos quince años desde que yo había pasado la última vez por allí camino del campamento de magisterio. Yo iba conduciendo cuando, de pronto, advertí que pasábamos por delante de una casa interesante con pinta de muy antigua. La miré y di un frenazo. Mi mujer se sobresaltó:

-¿Qué pasa?

-Nada, es que me ha parecido que se cruzaba un animalito por la carretera.

No dije más por no mostrar mi desconcierto. Era la casa de unos recuerdos que ahora se me presentaban de repente. Seguía exactamente igual, como si los años no pudiesen ultrajar su fábrica. Su portón estaba abierto, como las otras veces. También, como las otras veces, un viejo estaba sentado en el poyo de la izquierda de la puerta, con las manos apoyadas en su cayado colocado entre las piernas. Era parecidísimo al viejo que yo recordaba: la misma boina, el mismo atuendo de pana negra (chaleco y pantalones), la misma camisa blanca, la misma inmovilidad... Pero no podía ser el mismo viejo porque habían pasado más de veinticinco años desde la primera

vez que le vi y no se percibía, aunque fuera el mismo, ningún síntoma de la lógica decrepitud. No podía ser el mismo. Sería un hijo del primer viejo, o un hermano menor, o... Al fin y al cabo, desde la velocidad de un vehículo sólo se ven las cosas fugazmente y no se percibe la realidad de los detalles, sino sólo su aparente identidad. Eso sería: coincidencias; sorprendentes pero coincidencias.

Seguimos pasando por allí con cierta frecuencia entonces, siempre en el buen tiempo. Y siempre veíamos al mismo anciano sedente y quieto. Uno de los niños lo notó:

-Mira, papá, el mismo viejo de las otras veces.

Los otros corearon: -Sí, es el mismo.

Yo les dije que sí pero callé mi sorpresa cada vez mayor. En los siguientes viajes, los niños ya saludaban alborozados al anciano:

-Adiós, señor.

Alguna vez el viejo levantó la mano para responder al saludo, con gran alegría de los niños, que ya iban siempre alerta al aproximarnos al lugar para ver si estaba el anciano (siempre seguía allí) y saludarlo:

-Adiós, señor.

En alguna ocasión mi mujer comentó:

-Vaya vida; todo el tiempo sentado a la puerta.

-Sí -dije por decir algo-. La paz de la vida rural. Y los años.

-Si, pero parece que no pasan por él, que ya lo llevamos viendo varios años y siempre está igual. Es de suponer que en el mal tiempo no estará ahí sentado.

-Mujer, cómo quieres. Entonces estará a la lumbre o se irá al pueblo, claro. -Pero me callaba mi desconcierto, mayor que el suyo.

Los niños ya le habían puesto nombre. Discutieron larga y acaloradamente y, al final, optaron por llamarle como yo, Modesto, no sé si por cachondeo o porque me veían tan anciano como el viejo de la puerta. Desde entonces porfiaban en su ruidoso saludo:

-Adiós, señor.

Y alguno:

-Adiós, señor Modesto. -Y se reían ruidosamente.

De nuevo las sendas de mi vida cambiaron trayectoria. Los hijos crecieron y ya no querían ir al pueblo, y mi mujer cayó en una salud valetudinaria o, mejor, en una sarta de dolencias crónicas. Dejamos de pasar por allí durante varios años y supongo que todos se olvidaron del viejo y de la casa. Luego los hijos se casaron y mi mujer murió. Desde entonces mi vida, tan orientada siempre hacia metas muy decididas, cambió de rumbo o se quedó sin él. Todo en mi vida estaba conseguido y perdido y no había trincheras que conquistar ni cimas que escalar. Mi vida se convirtió en una sucesión de días iguales cuyo problema mayor era llenarlos. Yo, ya solo, seguí viviendo en Salamanca, pero decidí pasar algunos meses cada año, de mayo a octubre, en el pueblo, al arrimo de los parientes.

La primera vez que volví a hacer aquel itinerario, me acordé de la casa y del viejo y, en cuanto me aproximé a la zona, fui pendiente de ellos, con el enfado de otros conductores por mi despaciosa marcha. En cuanto vi la casa frené. Allí estaba la casa, igual que siempre, con el viejo sentado, igual que siempre, a su puerta. Aparqué el coche en la pequeña explanada que había ante la puerta y salí del coche. El anciano levantó la cabeza y me miró sin sorpresa ni curiosidad.

-Buenos días. Mire, buen hombre, perdone que le moleste, pero no puedo por menos que manifestarle mi sorpresa y preguntarle algunas cosas, si a usted no le importa.

-Usted dirá. -La voz era débil, tranquila y pausada, pero su calidez inspiraba confianza. Era la voz sin tiempo de la vejez asumida.

-A ver cómo empiezo. Pues mire. Hace más de cincuenta años que pasé por aquí por primera vez, un día de junio. Ya entonces me sorprendió, cómo decirlo, la decadente nobleza de la casa, fuerte y humilde, con su pinta de posada de caminos. Es un ejemplo precioso de

arquitectura rural, sencilla, funcional y sin pretensiones. Aquel día había un hombre, muy parecido a usted, sentado en el mismo sitio y en la misma postura, vestido igual... Desde entonces, todas las veces que he pasado por aquí, y han sido muchas, he visto al mismo anciano –o a varios-, tan parecido a usted que podría ser usted mismo si no hubieran pasado tantos años, los mismos que llevo picado por la curiosidad. Por eso me he parado y le he molestado. Ya sé que usted no puede ser el mismo de siempre, eso sería milagroso, porque el tiempo pasa y destruye, y la persona que está aquí siempre no envejece y, si son varias, se parecen demasiado. Entonces, ¿es usted el que he visto desde entonces? Pero eso es imposible, porque usted está siempre igual y, si no calculo mal, usted ya parecía un anciano cuando le vi hace cincuenta años y debería usted tener bastantes más de cien, lo menos ciento quince. Y si son varios, ¿cómo pueden ser tan parecidos?, ¿quiénes eran, su abuelo, su padre, tíos o hermanos suyos...? Perdone que me meta donde no me llaman, pero, le repito, estoy como desconcertado...

El viejo sacó despacio, del bolsillo de su chaleco de pana, una cajetilla de tabaco. Cogió un cigarrillo en silencio y, en silencio también, me alargó uno. Yo soy poco fumador pero lo acepté porque los cigarrillos eran una aceptación de diálogo. Me dio lumbre, encendió su pitillo y comenzamos a fumar en silencio. De vez en cuando, el viejo me miraba, lento e impasible, y luego dirigía su vista hacia un lugar indefinido. Terminamos los cigarrillos y el viejo volvió a mirarme, sin curiosidad pero profundamente, como si me midiera o buscara algo en mí. Colocó su eterno bastón entre las piernas y apoyó ambas manos en su empuñadura. Carraspeó y empecé a hablar con su voz pausada y humilde, quebrada por los años.

-Entiendo que esté usted desconcertado. Es natural, lo de ver a una persona durante una eternidad en el mismo sitio o a varias personas tan iguales durante tantos años, desconcierta a cualquiera. Lo que voy a contarle tiene también eternidad: la del dolor y el castigo. Quizá también la del amor; la de un amor mal dirigido o traicionado. Si supiera cuantísimas personas han pasado por aquí a pie, en caballería, en coche... Miles he visto pasar. Pero casi nadie para. Los de aquí porque ya conocen la historia, forman parte del castigo y les da cierto temor pararse, por si acaso... Los que van de paso van con sus prisas y, si paran, es para preguntar alguna cosa. Usted es de los poquísimos que se han percatado de la presencia perenne de un viejo en una casa de campo, si no es el único. A lo mejor es el destino.

Calló y volvió a mirarme largamente, como calibrándome. Luego sacó un pañuelo de esos que en los pueblos llaman “de hierbas” y se limpió la frente, húmeda de sudor. Continuó.

-Yo soy la única persona, la que usted ha visto siempre. Ya sé que parece imposible pero nada lo es para Dios y para su largo brazo. La historia viene de hace mucho, quizá cerca de un siglo, y aún dura en mí hasta que Dios quiera. La casa, de mi familia desde siglos, era posada de caminos donde se acogían merchaneros. Tratantes, arrieros, ambulantes... En ella nacimos mis hermanos y yo. En ella viví y la heredé con el oficio de mesonero, aunque tenía que faenar en otras cosas para poder vivir: El trozo de huerto, la corta de los pinos, peón caminero... De la posada se ocupaba más mi mujer.

Era una noche heladora de invierno, con ese frío que Gredos desploma por el Puerto del Pico. Sería hacia la media noche. Yo había estado varios días fuera y me abrigaba en la tibieza de la cama, echada de menos en la ausencia, y me solazaba en el calor de la piel de manzana de mi mujer, embarazada de poco tiempo del que iba a ser nuestro segundo hijo. Unos fuertes golpes en la puerta... ¡Qué poca consideración, qué inoportunos! En susurros nos pusimos de acuerdo mi mujer y yo, interrumpidas las efusiones... Yo, oficialmente, no estaba en casa.

-¿Quién?

Una voz de hombre: -Mire, por favor, somos un matrimonio con dos hijos pequeños. Vamos hacia Ávila y el caballo cojea mucho y no podemos seguir. Además, a estas horas, ni a Mombeltrán podemos llegar. Queremos alojamiento. Hace un frío negro...

-Mire, lo siento. Estoy yo sola, mi marido no está y me tiene dicho que, si no está él, no abra a nadie de noche. Hasta la lumbre está ya apagada...

-Pero, por caridad, que los niños son pequeños y el frío nos entumece. No podemos seguir ni quedarnos al sereno y el pueblo aún está lejos para estas horas y con el caballo cojo.

-No puedo abrirles, ya les digo; lo siento. Pero, miren, al otro lado de la carretera, como a cincuenta metros hay una ermita. La puerta sólo está juntada. Ahí pueden refugiarse y pasar la noche. Yo es que no puedo abrir; mi marido me lo tiene prohibido, así que, por favor, no insistan. En la ermita pueden acogerse.

Los oímos alejarse y volvió el silencio. Nosotros continuamos en el fomento de la lumbre amorosa. Nos dormimos satisfechos, olvidados de los inoportunos. Durante la noche creí oír ruidos extraños, como crepitaciones..., pero en la cama se estaba tan bien... Me levanté pronto y abrí la puerta del mesón. Volví a entrar horrorizado y desperté a mi mujer:

-Levántate, de prisa. Creo que ha pasado algo horrible.

Volví a salir a la puerta. La ermita cercana, o lo que quedaba de ella, humeaba en el gélido azul de la mañana. Fui corriendo. La ermita había ardido, su techo se había derrumbado y, entre las tejas renegridas y las vigas humeantes, creí ver los bultos calcinados de unas personas y de un caballo.

Fui corriendo a dar parte a las autoridades del pueblo, que enseguida se vinieron conmigo hasta la ermita. Yo no les hablé de la escena de por la noche y no me fue difícil quedar simplemente como el atónito y asustado descubridor de la tragedia. Aventuré las hipótesis que la justicia necesitaba. Sería un matrimonio de por esta zona que sabía que la ermita estaba siempre abierta y que, al ver la posada cerrada, se refugiaron en ella. Harían fuego para calentarse y quizá se durmieron o se prendió algo... Desde luego, es terrible, pobre gente, sobre todo los niños, criaturitas, y qué angustia la de los padres si se percataron del peligro. A lo mejor no se dieron cuenta de que se abrazaban. Por un lado, mejor así, por lo menos no sufrirían.

Se levantaron los cadáveres; nadie los reclamó y se les dio cristiana sepultura. En el entierro todos se interesaban por los detalles que yo les podía dar de primera mano, mostrándome una curiosa condolencia, como si yo fuera un deudo. Todos me compadecían por el terrible trago del descubrimiento. Pero la rutina de los trabajos y los días fue cubriendo la tragedia de olvido. La ermita no se reconstruyó y de sus ruinas se fueron apoderando las zarzas. La vida volvió a la normalidad para todos menos para mí, atormentado por no haber ayudado a los pobres viajeros. Mi mujer y yo evitábamos hablar del asunto. Si hubiéramos hablado hubiera sido para acusarnos mutuamente. Pero había que trabajar y sacar adelante a la familia, aunque hubiéramos sido causa directa de la destrucción de la otra. Yo sentía una necesidad cada vez mayor de permanecer sentado a solas en el poyo donde estamos ahora y yo siempre. Dios ahora no habla a los hombres (estamos en el siglo XX) pero yo creía oír su voz de justicia.

Era el verano y mi mujer estaba ya casi fuera de cuentas. Yo, en la corta de pinos. Me vinieron a avisar al trabajo. Una desgracia –otra-. Al parecer, mi hijo, de cuatro años, jugando, había encendido una cerilla y prendido unos zarzalones medio secos del huerto; lo que nos había visto hacer la criaturita, tan despierto que era. El caso es que se le prendió la ropa. Mi mujer intentó ayudarle pero, pesada como estaba por la preñez, no pudo. En conclusión, los dos –o los tres- quemados. Para mi fue un mazazo tan que dejó mi vida sin sentido. Habían muerto mis seres más queridos. Mantuve el tipo como pude durante los días del duelo. Cuando todo – entierro, funerales...- acabó, me senté aquí a rumiar el fin de mi vida. Su terminación y su futuro. Me entró una especie de paz que era la del vacío total, la de la desesperación sin horizonte. Algún pensamiento de acabar con todo se me cruzó por la mente. Pero otra idea se fue apoderando de mí, como si viniera impuesta desde fuera, hasta llegar a la clarividencia. No podía morir porque tenía que cumplir un destino. No sé si Dios es vengativo (mi familia había muerto abrasada como la otra) y sé que en estos tiempos ya no habla con los hombres, pero creo que conmigo se comunicó de algún modo porque tuve clara mi misión: esperar en mi puerta, sentado en el poyo de día y despierto en la cama por la noche –no he vuelto a dormir- para esperar a algún viajero y ayudarle si lo precisaba. Y así hasta que Dios dispusiese.

Comencé mi penitencia. Las necesidades físicas se solucionaban ellas solas. No sé como, pero en mi despensa nunca faltaba comida sin yo traerla. Del mismo modo, en la alcoba, tan sola, aparecía la ropa que había de menester. Todo en mi vida era ya pura espera, espera total. Yo no dije nada a nadie pero los del pueblo supieron, no sé cómo, lo que se me había impuesto. No se aclaraban sobre si era milagro o castigo o ambas cosas, pero me dejaron en paz como se evita cualquier cosa anormal que rompe las lindes de la rutina de sus días. Un saludo al pasar, un comentario sobre el tiempo los más expresivos y ya. Quizá fueran ellos, que no lo creo, los que traían comida y ropa; no lo sé ni me importa, aunque los hubiera sentido. Para ellos yo no era un apestado pero tampoco un vecino más porque había sido tocado por el misterio o el milagro. La cercanía con lo sobrenatural siempre da miedo aunque yo no lo sentía. Sólo conformidad o resignación.

Fueron pasando los años, murieron los de mi edad y yo seguía casi sin envejecer. Cada año que pasa por mí debe de equivaler a diez o quince de los de los demás. Por eso casi no envejeczo. Pero desde hace muchos años me vengo preguntando que cuándo moriré, para descansar. Porque, aunque envejezca tan despacio, algún día llegaré a la decrepitud total y entonces ¿qué pasará? Porque digo yo que algún día tendré que morir, aunque el milagro no sabe de calendarios. Éste no saber cuándo es ahora mi tormento, no el de esperar. Cada vez deseo más la muerte. ¿Hasta cuándo no saldré mi deuda? No sé si rezo o no, pero al aire —o a quien sea— cada vez le pido con más angustia que me suelte, que me deje morir. Hace poco recibí una carta, la primera desde mi castigo, pues ya no tengo quien me escriba. La abrí. Sin remite ni firma, pero escrita por alguien que conocía mis cuitas. Se me decía que podría descansar en paz el día en que alguien ocupara mi puesto porque, como en la mili, la guardia no puede quedar desatendida ni un minuto. Y aquí estoy en una doble espera: la de un viajero y la de mi libertador.

Sacó un cigarrillo y me ofreció otro. Fumamos. El viejo, que durante su pargo parlamento no había apartado la mirada del cielo o del paisaje, ahora me miraba con detenimiento y casi con súplica.

-Usted ha sido el primero que, desde que cumplo mi sentencia, se ha parado sin prisa. Usted es el primero al que he contado mi historia; bueno, creo que también, al principio, al cura del pueblo. Quizá le he cansado, perdone. Para mí haber hablado con usted ha sido un consuelo y una liberación.

-No, por favor, no me ha cansado; al revés, usted me ha mostrado muchas cosas y me ha planteado cuestiones en las que yo había pensado en la vida. De alguna forma, usted ha hecho que ya no vea la vida como la veía hasta hace un par de horas. Ahora mismo, estoy confuso, abrumado y agotado. Si no le importa, déme otro cigarro, que me voy a pasear un poco para digerir todo lo que usted me ha contado. El coche lo dejo aquí.

Me encendió el cigarro y yo me fui a pasear. Primero pasé por la ermita ruinoso, luego seguí por cualquier camino. El viejo se quedaba, imperturbable, sentado en su poyo. Caminé y caminé no sé cuánto tiempo. Finalmente, cansado, me senté en una roca. No entendía nada o lo entendía todo, pero tenía la cabeza como un bombo y unas se me iban y otras se me venían.

El que la hace la paga, la justicia de Dios. ¡Qué justicia de Dios; hay tantos que las han hecho más gordas y, al menos en este mundo, no las han pagado! ¿Por qué Dios se cebó con este pobre hombre? ¿Y que va a pasar si nadie le viene a sustituir? Así hasta que Dios quiera, y parece que quiere para largo... Y su cansancio, tan hondo, el cansancio del que no espera descanso... Pobre hombre, bien lo pagó ¿Qué pinta aquí ya? Bueno, ¿y qué pintas tú? Ni se te ocurra, ni lo pienses. Este hombre no tiene hijos, pero qué dirían los tuyos. Bueno, tampoco me echan tanto de menos. No; es su cruz y su castigo. ¿Y tú no tienes nada que merezca castigo? Sí, pero a mí Dios, al parecer, me la guarda para luego. Este pobre hombre lo está pagando con creces en esta vida. Supongo que cuando muera, si muere, irá al cielo, que bien ha pagado su culpa. Desde luego, si a cada uno de los hombres Dios nos castigase del mismo modo, el mundo

sería un infinito poyo donde estarían sentadas millones de personas eternas. A lo mejor el purgatorio no es otra cosa que un incómodo poyo donde se espera. A lo mejor el infierno es un poyo eterno ya sin espera y sin este bello paisaje. ¿Me libraré yo de estos poyos, al menos del último? Si es por lo que he hecho en esta vida, no lo creo... Hay tantas formas de matar y tantos grados de muerte... ¿Cuántas muertes, al menos parciales, habré yo causado, teniendo en cuenta que todo lo que hacemos tiene sus repercusiones? Quizá todavía no sea demasiado tarde. Está la confesión... Sí, pero ¿qué me hizo a mí fijarme en esa casa y en el viejo sentado siempre a su puerta? ¿Qué me empujó a pararme y preguntarle, la curiosidad? No lo creo; a lo mejor los renglones torcidos de Dios. A lo mejor es una oportunidad. A lo mejor me ha mentado, pero cuando parece que yo soy el único al que ha contado su historia, tan milagrosa o, al menos, tan extraña, por algo será

¿Quién ha establecido todo esto? Creo que me estoy resistiendo a aceptar la luz. Me da la impresión de que mi vida, tan vacía ahora, puede cobrar significado bajo un duro sentido de perennidad.

Han pasado dos o tres horas, no lo sé. Pero se me han hecho cortas. Vuelvo a la casa. Allí sigue el viejo, que me mira larga y profundamente, como preguntando.

-Abuelo, no le digo que se lleve el coche porque seguramente no sabrá conducir, pero, si va despacito, puede llegar al pueblo a tiempo aún de tomarse unos chatos, que yo me quedo al cuidado de esto y que sea lo que Dios quiera.

ÍNDICE

Prólogo heteroexegético...
Noche de todos los santos
Misas aciagas
Dos días de junio
La traición de un diez
Una excursión campestre
Noche de inocentes
West Side Story
La ocasión perdida
No quiso hacerlo
La gran charca
Doble anagnórisis
El Código Potes
La Casa de Gredos

